

Selecta

Degustame

*Julianne
May*



Degústame

Julianne May

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A mi abuela Lucía,
que marcó mi vida con sus locas aventuras y
me enseñó que siempre hay que ser valiente.
Donde estés, te quiero mucho, abu.*

*Ya Marcelo,
desde lo más profundo de mi alma.*

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

Prólogo

Dicen que nuestras vidas están marcadas por un destino que ya está escrito, que venimos a este mundo solo a descubrir y a vivir lo que la vida nos tiene preparado *a priori*. Y no hay verdad más certera que esta... hasta que descubres que ese camino que te toca es una mierda y prefieres cuestionar tus propias creencias que a seguir siendo meada por el infortunio.

Pues bien, yo, Pam Smith, el imán de las desgracias ridículas, me cansé de estar en el lado oscuro y, sin más, le declaré la guerra al destino y a la suerte.

Y mi historia es prueba de ello.

Capítulo 1

Abrí la puerta de mi apartamento lo más rápido que pude, entré y la cerré con mi propia espalda, que no pudo sostener más el peso de mi empapado cuerpo. Llovía. En el peor día de mi vida, llovía como nunca antes... Aunque al tratarse de Londres, dudo de que fuera muy diferente a lo de siempre. En realidad, lo que había hecho distinto ese día de otros no era el horrible tiempo, sino la escena asquerosa que habían contemplado mis ojos quince minutos atrás y que, dicho sea de paso, me había hecho renunciar a mi trabajo. ¿Habrían sido mis pecas? ¿Mi mirada marrón y común? ¿O mi cabello ligeramente rojizo lo que no le convencía tanto? No lo sabía. Y, aun así, no podía dejar de llorar. Las fuerzas se me iban en cada suspiro mocosos que largaba, por lo que dejé que mi cuerpo, aún apoyado en la puerta, se escurriera hasta el piso. Me acurruqué, abracé mis rodillas y permití que mi más molesto alarido de rabia y sollozo saliera. Claro que no duró mucho, pues enseguida escuché resonar el palo de la escoba de mi única vecina del primer piso. Vieja de mierda. ¿Acaso nunca había sufrido por amor? ¿Su corazón no era más que un maldito témpano como el de...? De solo recordarlo, se me hizo un nudo en la garganta. Los puños se me tensaron más y mis piernas tomaron las últimas fuerzas que tenían para hacerme correr hacia mi habitación. Revoqué mi viejo morral, limpié mi congestionada nariz con la manga de mi uniforme de cocina y emparenté mi móvil con mi *home theatre*. Al demonio con los ruidos de escobas y las brujas malas vecinas. Puse a todo volumen el

único tema musical que me permitía liberarme de toda la porquería que tenía que soportar mi corazón... No, en realidad, puse la canción que hacía años nos identificaba como novios. Bueno..., más bien puse el tema que solo yo sentía que nos representaba como la pareja que, por supuesto, para él ni siquiera existía: *Other side of the world*, de KT Tunstall.

Me lancé sobre la cama y empecé a aullar toda la letra que pude hasta que no lo soporté más y me ahogué en llanto sobre mi almohadón favorito. Lo había hecho mi abuela con retazos de distintas telas. Pero recordar aquello no me ayudó mucho. Había fallecido hacía tres meses y sus últimas palabras no fueron «Te quiero» ni «Sé feliz». Lo último que le dijo a su más amada y única nieta fue: «Déjalo. Es un idiota. No es para ti».

«¡Mierda! ¡Mierda!».

Tomé el cojín y, con toda la rabia del mundo, intenté hundir mi rostro en él, pero no pude, pues una masa dura hizo que cada una de las terminaciones de mi cara insultara al maldito libro que guardaba siempre allí. Abrí la funda y, como cada día de mi triste vida, leí las primeras páginas por enésima vez.

—¿Otra vez? —dijo, sentado en el borde de mi cama, sosteniendo mi edición favorita de *Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen.

Era Chad, el poseedor de la única copia de llaves de mi apartamento y mi mejor amigo. Ese tipo de amistad que todos dicen que no existe. No lo conozco desde mi sana y tierna infancia —gracias al cielo— ni mucho menos es homosexual —¿por qué rayos todos los mejores amigos de chicas tienen que ser *gays*?—. Por el contrario, es un maldito bastardo rompecorazones de puras jovencitas, mentiroso, fiestero, asqueroso, fanático de los Red Hot Chili Peppers y obsesivo del porno. Ese es Chad. Y aunque resulte inverosímil, jamás se me lanzó. Jamás. Simplemente nos hicimos amigos y punto. Agradezco a mi primer trabajo en la pastelería de su abuelo —igual de baboso

y puerco—, donde lo conocí cinco años atrás.

—No me molestes —contesté, aún medio dormida. Tomé la manta y volví a cubrirme hasta la cabeza.

Chad tomó mi móvil y cortó mi canción favorita que, al parecer, había estado sonando de forma incesante durante siete horas.

—Estoy harto de esto, Pam. —Lanzó el libro como si fuera un *frisbee*—. Tu vida es un desastre y solo porque tú dejas que así sea.

Me senté en un solo movimiento y escruté su intensa mirada azul.

—¡Ja! ¡Mira quién lo dice! El más repugnante hombre destroza-sentimientos de Londres al que no le basta cuanta vagina andante haya en la ciudad, que consume los vídeos más cochinos del mundo para terminar de satisfacerse. Oh, sí... Eso sí que es ser feliz.

—Al menos no me la paso llorando —dijo sin problemas y arqueando sus gruesas y oscuras cejas—. Y, por cierto, soy el segundo hombre más repugnante de Londres. El primer puesto será por siempre para ese idiota al que dices amar...

«Hijo de...».

—¿Y para qué vas a llorar tú, si para eso están todas las estúpidas que tienen la mala suerte de cruzarse con tu maldito pene?!

El guaso sonrió.

—¿Mala suerte? Yo no diría eso. Y creo que ellas tampoco...

Resignada, puse los ojos en blanco y suspiré.

—Eres un estúpido. No entiendes nada del amor.

—¿Y crees que tú sí? —inquirió en una mezcla de enfado con indignación. Se levantó y clavó su mirada directo en mis hinchados ojos—. Ya basta, Pam. Esto no es sano y lo sabes. Debes dejarlo. No merece una mierda, pero menos de ti. Hasta la pobre Maggie se cansó de decírtelo, incluso minutos antes de morir.

—¡Hey! ¡Mi abuela no murió por eso! ¿OK? —contesté rabiosa.

—Yo no dije eso, aunque...

—¡Ya frénate, Chad! Además, si es por hacer lo sano y toda la estupidez que profesas, no eres el más indicado para hablar.

Bufó y revoleó los ojos.

—Espera, espera. Yo no les digo que quiero ser su novio ni nada parecido, Pam. De hecho, jamás siquiera nombro palabras ñoñas ni relacionadas a tu vomitivo «amor».

—¡OK! —exclamé harta—. Dejemos de lado a las pobres almas de todas las mujeres a las que dejas suspirando y centrémonos en lo único que no puedes negar que es enfermizo y constante: ¡tu estúpido porno, Chad!

Elevó las cejas, desafiante.

—Muy bien. Lo acepto. No soy el más indicado para hablar ni dar consejos. Pero si lo fuera, cambiarías de parecer, ¿cierto?

Dudé unos segundos.

—Calculo que sí... Aunque no se me ocurre cómo. Así que, lo siento —respondí, haciendo una exagerada mueca de falsa pena.

—Yo sí sé cómo —dijo, cruzándose de brazos. Arqueé una ceja, sorprendida por su determinación—. Te propongo un pacto.

Largué todo el aire de mis pulmones.

—No, Chad. Eres un idiota mentiroso. ¿Crees que soy tan estúpida como para creerte?

—No. Pero sí creo que eres lo suficientemente inteligente para darte cuenta de que esta es una buena excusa y oportunidad para empezar a vivir en serio, Pam. —Entrecerré los ojos—. Y prometo que también cumpliré.

Suspiré.

—Habla...

—Pues yo te prometo que no consumiré pornografía durante un mes, si tú...

Lancé la más chocante carcajada. Él solo se limitó a parpadear lento y sin palabras de por medio hasta que se me pasara.

—¡No, no, no! ¡Es que realmente subestimas mi maltratado cerebro! Entiendo que mi delicada situación sentimental me hace un blanco fácil para

creer hasta en hadas madrinas y unicornios, pero esto... ¡Esto es demasiado, Chad! —exclamé sin poder dejar de reír.

—Pam, lo digo de verdad —expresó más serio que nunca, lo que me hizo callar de inmediato. Sus ojos mostraban una sinceridad tan extraña de ver en él que hasta se me erizó la piel—. Yo no veré porno durante un mes, pero tú... tú debes venir a la fiesta de hoy.

OK. La promesa de Chad era muy poco creíble, pero si había algo aún más imposible en este mundo, era llevarme a mí de parranda. Con mencionar que mi más alocada noche había sido jugar a las cartas con Maggie hasta las 5 a. m., creo que digo todo...

—Chad... —expresé, resignada y dispuesta a dar mi mejor excusa.

—¡Vamos, Pam! ¿Acaso no quieres algo distinto al infierno en el que has estado viviendo durante estos últimos cuatro años?

—Sí, entiendo lo que dices, pero no quiero algo peor, no quiero...

—¡No puedes saber si es peor si no lo vives primero, Pam! —me interrumpió.

—Es cierto, pero hay ciertas cosas que no necesito probar para saber que no son las más adecuadas para seguir el camino que, en realidad, quiero para mi vida. ¿No crees? —repliqué, haciéndome la adulta.

—¿Una fiesta? ¡¿Disfrutar de una maldita y puta fiesta te parece inadecuado, Pam?! —inquirió indignado—. ¡Vamos! ¡No puedes estar hablando en serio!

No podía responderle. No quería hacerlo, aunque mi cabeza negaba una y otra vez de forma automática e insegura.

Y sonó mi móvil. ¿Adivinen qué tema musical había escogido como tono de contacto para «él»?

—Es Ferdinand... —dije, mirando mi teléfono con cierta esperanza.

—¿En serio?! ¡Si no me lo hubieras aclarado, creo que jamás hubiera imaginado quién demonios era! —ironizó—. ¡Odio esa puta canción! ¡Y si vuelvo a escucharla en algún otro lado, juro que me corto las pelotas! ¡Lo juro! —exclamó indignado.

Suspiré. Nunca había visto a Chad tan mal. Y menos por alguien que no fuera él mismo. Y muchísimo menos por una mujer. Mi mirada se turnaba entre el incesante móvil que sonaba con el tema de KT Tunstall y el frenético Chad que se agarraba el pelo una y otra vez mientras insultaba al estúpido y creído de Ferdinand.

Sí, estúpido Ferdinand... Estúpida yo.

Miré el piso; el libro de Austen había quedado abierto con un machucado marcapáginas a la vista, que mi abuela me había regalado para que dejara de usar sus servilletas como guía de lectura.

Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo.

Albert Einstein

Librería El ciego

Mierda. Sentí el mazazo en la cabeza... y en el corazón, pues había vuelto a latir, pero no por amor, sino por recuperar las ganas de vivir, de disfrutar.

—Vamos, Chad —lancé determinante al mismo tiempo que me puse de pie.

Mi amigo elevó la vista y salió de su refunfuño para entrar en un estado de desconcierto absoluto.

—¿Qué...?

—Lo que oíste. Vamos a la maldita fiesta, Chad.

Salí de la habitación, decidida, aunque riendo al escuchar las apagadas y angustiadas palabras de Chad.

—¿No... no veré porno por un mes?

Capítulo 2

—¿Lista? —me preguntó Chad en la puerta del infierno. Un infierno bastante minimalista e interesante, al menos desde afuera. Aunque para mí, una *pastry chef*^[1] *cake designer*^[2] de casi treinta años con alma de anciana de noventa y ocho con ganas de pasar a mejor vida, me resultó intimidante.

Lo miré insegura y di tres pasos hacia atrás. Cuando quise darme cuenta, me abrazaba a mí misma, como si me protegiera del frío o algo más.

—Mejor... creo que me voy a casa, Chad. Tú sabes, esto no es para mí y...

Bufó. Me tomó por los hombros y buscó mi mirada.

—¡Hey! Hablas como si estuvieras a punto de perder la virginidad. Cálmate. Es solo una fiesta de viernes por la noche. Nada más que eso. Te aseguro que es un lugar tranquilo.

Fruncí el ceño. No podía confiar en Chad, aunque al mismo tiempo sabía que no permitiría que nada me pasase..., al menos mientras él estuviese consciente o, siempre y en tanto, no estuviere entre las piernas de alguna pobre víctima.

Exhalé y traté de destensar mis músculos.

Aun así, no pude evitar mirar mi facha *superbuenaonda*: pantalones negros tan holgados que parecía un ser sin culo, la chaqueta blanca de mi uniforme de cocina —lo único más ajustado que he usado en mi vida— y la mejor parte de todo mi atuendo: el enorme abrigo marrón sin forma y de lana, antigua pertenencia de Maggie y que salvé de que ella misma botara.

Me miré de arriba abajo y luego fui directo a los ojos de mi amigo. Negaba

con la cabeza con una pena que me dio vergüenza.

—No puedo entrar así...

—No.

Se hizo un silencio horrible mientras me miraba pensativo. Creo que de no haber sido su amiga, hubiera aceptado mi propuesta de retirarme.

Suspiró y, sin advertencias de por medio, me arrancó el abrigo calentito que tanto amaba. Lo miró, me desaprobó con la mirada y lo revoleó al cesto de basura más cercano.

—¡Chad! ¡No! —exclamé angustiada.

Claro que le importaron una mierda mis súplicas.

Observó mi torso y, de vuelta, impulsivo, fue directo a mis botones. El puerquito desabrochó tres de ellos, de abajo hacia arriba. Uno más y mis pequeños senos hubieran salido sin problemas. Acto seguido, desarmó mi trenza y despeinó mi pelo al estilo de los años ochenta.

—Y ahora el toque final.

—¿De qué estás hablando?

Tomó el botón de mis pantalones y lo desabrochó. ¡Sí! ¡Eso hizo el muy degenerado!

Le pegué en las manos y me lancé hacia atrás.

—¡Tranquila! ¡No voy a hacerte nada, Pam!

—¡¿Nada?! ¡Me estás convirtiendo en una *stripper* de temática cocina, Chad! ¡¿Cuál es tu maldito problema?!

—No estoy haciendo eso. Confía en mí, ¿OK?

Suspiré resignada.

Tomó la cintura de mi pantalón y la bajó hasta el hueso de mi cadera, lo que lo convirtió en un corte de tiro bajo.

—¡Genial! ¡Ahora todo mi abdomen está listo para ser lamido por cuanto cochino desesperado haya en la fiesta!

Puso los ojos en blanco.

—Ahora sí estás lista, aunque un poco de labial rojo te hubiera dado un

toque sofisticado y de vida, pero en fin... No está nada mal para ser un *look* descontracturado, *after office, casual...*

—Claro, por supuesto... Tan casual, natural y poco armado como los de las historias de tus vídeos porno, ¿cierto?

Negó con la cabeza y, sin hacerme caso, me tomó de la mano para finalmente llamar a la puerta y entrar.

—¡*Fuck*[3] —expresamos ambos, en voz baja y apenas moviendo los labios.

Mis manos, para nada lentas, abrocharon los botones de mi camisa para que mi abdomen no fuera el centro de miradas. Por supuesto que no logré dicho cometido, aunque sí pude cerrarlo y quedar en condiciones relativamente normales antes de lo esperado.

Chad tragó saliva varias veces y hasta con angustia. Era una fiesta, sí, pero no como la que él esperaba. Para mi sorpresa —y suerte—, eran varias las jóvenes que estaban vestidas con uniformes de cocina, incluso algunos hombres. Todos estaban de pie y bebían algún coctel armado por la barra que estaba en el fondo. Y si bien no era un lugar tranquilo, tampoco era del estilo fiestero de Chad. Creo que mi amigo sintió una gran desilusión al deducir que ninguna de esas chicas entraría en estado de absoluta inconsciencia para jugar a darle alcohol del pico de la botella, alentándolo a que bebiera todo el contenido sin respiro de por medio.

—¡Chad! —gritó un joven desde la barra, que estiró su brazo.

Ambos entramos y, mientras nos dirigíamos tímidamente hacia el fondo, rearmé mi trenza deshecha. Sin dudas, un magnífico comienzo para mi nueva vida... Estúpido Chad.

—Peter, ella es Pam, mi mejor y más aburrida amiga —me presentó. Puse los ojos en blanco—. Pam, él es Peter Chanella, el más estúpido de todos los amigos que he tenido —finalizó medio gracioso, medio furioso.

—*¡Wow!* No estás de muy buen humor, querido Chad —dijo el robusto rubio sin darle mucha importancia. Luego se dirigió a mí—. Un placer finalmente conocerte, Pam. Siempre me habla de ti.

Sonreí. Chad bufó al mismo tiempo que tomó el vaso que Peter había dejado cerca de su mano.

—Eres un idiota, Peter. ¡¿Por qué rayos no me dijiste que la fiesta sería... sería esto?! —expresó, tratando de disimular sus gestos de disgusto.

Debo reconocer que tenía razón. Parecía que pronto empezaría una buena... partida de bingo.

—Oye, no es para tanto, ¿OK? —respondió mientras armaba otro trago—. Además, recién comienza. Creo que te mencioné que se trataba de una fiesta sorpresa que quisieron armar los de mi trabajo por un... digamos... inesperado ascenso de uno de ellos. —Suspiró—. Y, sí o sí, debía venir para ayudar con la barra —finalizó y, con una sonrisa que hinchaba aún más sus rellenos mofletes, me ofreció el vaso.

—¡No! —expresó serio y con los ojos chispeantes de furia—. Jamás mencionaste ese pequeño gran detalle, bobo. —Bufó—. ¿Ahora qué demonios haré? ¿Mmh? Encima se suponía que sería la gran noche para Pam... Acaba de dejar al malnacido que hace años le hace los cuernos.

—Gracias, idiota —dije impulsiva y sin poder evitar el tono furioso.

Tomé medio vaso de un tirón. Puaj.

—Eso no fue cortés —dijo Peter. Los dos lo miramos rabiosos. El pobre tragó saliva—. Quise decir que lo que dijo Chad no fue muy amistoso de su parte. —Sonrió incómodo.

Suspiré resignada. La verdad era que, más allá de que no me hubiera gustado el comentario de Chad, estaba en lo cierto.

—Pero tiene razón..., aunque esa no es la peor parte... —Miré de reojo a Chad, que no pudo evitar mirarme extrañado—. Como si eso fuera poco, también perdí mi trabajo... En realidad, renuncié. Ambos trabajábamos en el mismo lugar —aclaré a Peter antes de volver a tomar un gran sorbo.

Chad escupió parte de su trago.

—¿Por qué demonios ibas a renunciar, Pam?! ¿Has perdido la cabeza?! Está bien que sea un idiota sin remedio, pero no debiste dejar tu empleo. Con abandonarlo a él, hubiera sido suficiente. Y en última instancia, ¿no eres tú la que tiene que dejar su trabajo, sino él!

—Creo que tiene algo de razón —acotó Peter, extendiéndome otro coctel.

Suspiré. No entendían ni podrían hacerlo si no me explayaba un poco. Y qué más daba. Ya no podía humillarme más.

A la mierda. Debía contarlo.

—Si todo el mundo sospechara o, peor aún, supieran pero hicieran como si no, que tu novio, chef principal del mejor restaurante de la zona, está con la mesera de turno, ¿renunciarías a tu trabajo?

Ambos se miraron con cierta duda, pero no tardaron en responder.

—Claro que no —aseguró Chad.

—Tampoco yo —lo siguió Chanella.

—OK. Pienso igual. De hecho, es lo que hice durante estos últimos años. Hacerme la ciega y aguantar que los demás hablaran y se rieran de mí a mis espaldas. Espantoso, pero soportable. Ahora... —tomé aire— si fueran las doce del mediodía y vieras un tumulto de empleados amontonados sobre la puerta de la cocina, que ríen a escondidas y, cuando te acercas, descubres que es porque tu novio se está follando a la dueña del gran restaurante, sobre la mesa que tú usas para diseñar los más deliciosos postres, ¿renunciarías?

Ambos dejaron caer sus mandíbulas hasta que, en simultáneo, bebieron un buen sorbo de sus tragos.

Agotada, agaché la mirada y, luego de exhalar todo el aire de mis pulmones, vacié el vaso en dos segundos.

—Pam: mereces la mejor noche de tu vida —dijo Peter—. Por empezar, olvida lo del trabajo. Chad me ha hablado mucho de lo que eres capaz de hacer y, aunque suene raro, confío mucho en él, así que... este lunes que viene, me aseguraré de que tengas una entrevista. Llámalo suerte o coincidencia, pero

la pastelería en la que trabajo busca ya hace un tiempo un reemplazo y, si bien es temporario, creo que puede ser una buena oportunidad. —Tomó un papel, escribió algo que yo no leería hasta el día siguiente y me lo dio. Esbocé una especie de sonrisa en agradecimiento—. Guárdalo. Y segundo, yo mismo me encargaré de que este lugar se vuelva una digna fiesta.

—¡*Yeah!* —exclamó Chad, cerrando su puño como gesto de victoria.

Yo, resignada, suspiré.

Dos horas. ¿Qué se puede hacer en ese tiempo? Pues muchas cosas, como follarte a tu jefa varias veces, diseñar un simple pero hermoso pastel y también, por qué no, reanimar una fiesta... Aunque, por supuesto, eso no fue lo que ocurrió.

—No puedo creer lo que estoy escuchando... —De fondo, sonaba *Wannabe*, de Spice Girls—. Jamás en mi vida desperdicié tanto un viernes...

Los invitados seguían de pie —hubiera jurado que no habían tocado sus tragos— y si no nos hubieran dicho que era una fiesta, hubiera pensado que estábamos en el museo de muñecos de cera. El pobre de Chad no difería de los demás, aunque resignado y con ambas manos que sostenían su cabeza para que no chocara contra la superficie de la barra.

—No desesperes, Chad. Seguro que ya mejora... —intenté animarlo mientras hacía girar mi sorbete de esa forma lenta y molesta, que lo hizo bufar.

Peter se encogió de hombros. Su intento por hacer más amena la fiesta no fue más que pedir que reemplazaran la música ochentosa por una cercana a la del nuevo milenio. Definitivamente, no había estado en sus planes ni en los míos cambiar la onda del lugar a lo que Chad en realidad esperaba. Sin embargo...

—Disculpa, ¿eres tú Chad Miller? —preguntó cortésmente un tipo muy apuesto y cuya postura delataba lo inglés que era. Dos enormes amigos-roperos lo escoltaban.

Mi amigo apenas giró la cabeza. Lo miró de arriba abajo y suspiró.

—Pues no te conozco, viejo. Pero si eres el encargado de la música, te recomiendo que corras antes de que comience la próxima pista —dijo, volviendo su mirada al vaso.

—Entonces eres Chad Miller.

No le respondió, pero el hombre buscó en mi mirada mi aprobación, algo que no tardó en llegar. Quería mucho a Chad, pero me fue imposible no responder a esa coqueta mirada gris.

Para mi sorpresa, miró a sus escoltas y estos dos, en una milésima de segundo, lo tomaron por debajo de los hombros y lo giraron para que el pobre Chad quedara de frente al apuesto caballero.

—¿Qué mierda...?! —exclamó Chad con los ojos abiertos de par en par y el ceño hiperfruncido.

La verdad era que, de haber sido otra persona, hubiera dejado mi dulce y delicioso coctel de lado para defenderlo. Pero, al tratarse de Chad, seguir disfrutando de mi bebida había sido lo más indicado. Y, por supuesto, ¡cataplum! Mi queridísimo y más puerco amigo recibió una buena patada en medio de las pelotas, que lo dejó tendido en el suelo.

—Y la próxima vez que te acerques a mi hermana, te las cortaré —amenazó sin perder su elegancia. Se acomodó un mechón de su perfecto cabello y las solapas de su saco—. Que tengan buenas noches —se despidió con suma caballerosidad.

Peter y yo nos miramos. No sabíamos si acercarnos al pobre de Chad o si dejarlo ahí para que se revolcara del dolor un buen rato y para que de una buena vez aprendiera a no joder más.

Elegimos la segunda opción.

—Esto... —dijo mientras se levantaba como podía— ¡esto se acabó! —terminó por exclamar con energías renovadas. Apoyó todo su torso en la barra y pasó su brazo al lado de Peter para arrebatárle la botella más cercana. Tomó la mitad de un solo tirón—. ¡¿Qué rayos...?! —expresó asqueado. Sacudió la

cabeza y, sin perder tiempo, se dirigió al resto de los invitados que, desde hacía un buen rato, contemplaban su *show*—. ¡Al demonio! ¡¿Quién quiere una fiesta de verdad?! —preguntó incentivado. Todos se miraron entre sí, confundidos e incómodos, claro, aunque solo una tímida mujer de unos cincuenta años se animó a elevar la mano. Chad se acercó hasta ella y le levantó el brazo entero como a los boxeadores cuando ganan una pelea—. ¡Perfecto! ¡Ya somos dos! ¡Peter, haz que pongan el tema más fuerte que tengas!

—¡A la orden! —exclamó Chanella, animado.

Y así *Bye Bye Bye*, de NSYNC, no tardó en sonar.

—¡¡¡¡*Fuck!!!!* —exclamó Chad enfurecido. Tomó la otra mitad de la botella, la revoleó por el suelo y, sin pausa, atragantó con su lengua a su única aliada de medio siglo.

Al fin llegaron los gritos de euforia. Había logrado su cometido. Y es que así era Chad: nada, ni una buena patada en las pelotas ni los grupos pop del dos mil podían con él cuando de una fiesta se trataba.

Pero yo seguí allí, sin que su alocada fiesta me hiciera efecto. Aunque sí con un nivel de alcohol en la sangre que más que hacerme divertir me hacía acordar de forma repetitiva y con mayor nitidez el peludo culo de mi ex en pleno movimiento contra el flacucho de su jefa. Sacudí la cabeza y me levanté para, al menos, dar un recorrido por la casa —sí, lo sé... el plan más buena onda que pueda ocurrírsele a alguien—. Como fuera, necesitaba distraerme y nadie se daría cuenta, pues estaban perdidos en las depravadas propuestas de Chad. Y la verdad era que no tenía nada mejor que hacer antes de irme. No solo había sido un mal día, también se había convertido en la peor noche de toda mi existencia. La peor de todas, hasta que... ¿Hasta que encontré a mi príncipe azul? No. Simplemente hallé a alguien que estaba peor que yo.

Exacto, nada en la vida es imposible. Se los aseguro.

Apenas subí las escaleras, arrepentida de mi intromisión, me di media vuelta dispuesta a marcharme, pero me detuve al escuchar aquel tema musical por el que mi abuela Maggie se volvía loca: *I should have known better*, de The Beatles. De hecho, era lo que escuchábamos cada noche que jugábamos a las cartas mientras tomábamos té. No pude evitar reír. Y, aunque suene *superloser*, la verdad era que las mejores noches las había tenido junto a ella. Volví a girarme en la dirección que iba. Debía saber de dónde venía —claro que no provenía de la fiesta que continuaba abajo, sumergida en música pop mezclada con los gritos de aliento a Chad que iba por su séptima botella y que pronto ganaría una nueva apuesta a varios ingenuos que, definitivamente, no conocían de cuánto más era capaz—. Caminé por el pasillo, que pudo ser de cualquiera, pues estaba vacío, sin fotos ni nada que indicara que aquella casa fuera un hogar. De hecho, no parecía más que una de esas frías viviendas que aparecen en las revistas de decoración de interiores. Y entonces fue cuando una puerta, apenas entornada, me llevó a poner el ojo. A ver... ¿Yo era mala al cantar? Pues de haber conocido unos años atrás a este desafortunado *cantante*, interesante imitador de John Lennon y Paul McCartney, hubiera pensado seriamente en seguir una carrera vocal. No miento: estaba enfrascado en su mundo de gritos perrunos... O, tal vez, *embotellado*.

—¿Quién eres tú? —expresó luego de dar el último grito desafinado, seguido de un buen sorbo de la botella que tenía en su mano y que había usado de micrófono.

Me sorprendió. ¡Rayos que lo hizo! No pude emitir palabra alguna. Me sentí como una niña descubierta con las manos en la masa. Y, para peor, reaccioné como tal, pues en cuanto lo oí reprenderme, abrí los ojos como dos huevos, agaché todo el torso estilo Quasimodo y pasé a intentar retirarme caminando en reversa. Esa *yo tímida*, ingenua y aniñada había vuelto a aparecer al hacer a un lado a la muy pícara y extraña Pam que se había reído de aquella pobre alma ebria.

—¡Hey! ¡Espera! —exclamó al mismo tiempo que, en dos pasos, se acercó y abrió la puerta de par en par.

Su ceño estaba fruncido y no dejaba de mirarme el rostro. ¿Acaso era una inspección de pecas?

Tragué saliva.

—Perdona. No sabía que había gente... —Negué con la cabeza por lo estúpida que había sonado, pues estaba en una fiesta, ¿no?—. Quiero decir... Me perdí buscando el... el *toilette* y... —mentí, y maldije mentalmente haber pronunciado «cuarto de baño» en francés, una costumbre que solo mi madre había tenido. Resignada, bufé y lo miré.

Elevó una ceja. Le quedaba muy gracioso, pues aquel gesto hizo que aparecieran unas ligeras arrugas en su frente. Claro que eso no le quitó lo bonito que era, aunque... ¡Qué demonios! Estaba más bueno que comer pastel de chocolate recién horneado a las 3 a. m. de un fin de semana lluvioso. Sus ojos, de un color verdoso, eran dulces a pesar de que intentaran mostrar rudeza, y su cabello, ni muy rubio ni muy castaño, me hizo acordar a las publicidades de «Soy *Bronde*», lo último en moda de L'Oréal. De solo pensar eso, me reí y él volvió a extrañarse, aunque trató de reprimir una sonrisa. Desde su altura, aquella pequeña de pecas y con trenza también le había dado risa. Y, la verdad, no lo culpaba.

—*Toilette*... —pronunció con un perfecto francés.

Yo enarqué mi entrecejo medio sorprendida, medio avergonzada por lo que le habría sonado mi pronunciación francesa de cloaca.

Carraspeé incómoda.

—Sí, exacto. No fue mi intención molestarte, así que seguiré con mi... búsqueda. —Mostré una sonrisa forzada y con todo el ánimo de huir.

El desgraciado sonrió de tal forma que sus hoyuelos quedaron a la vista.

Mierda. Sí que estaba bueno. Y el alcohol que circulaba por mi cuerpo me recordaría cada momento que pudiese...

«¿Te los imaginas manchados de chocolate? Alguien debería limpiarlos, y el

cómo sería la parte más interesante, Pam».

—¡Por favor! ¡Ya basta! —exclamé angustiada para dar fin a la cochina fantasía en la que se los limpiaba con mi lengua.

Cielo santo... Los tragos y la magnífica influencia de Chad se habían aliado peligrosamente en contra de mi habitual y tímida yo.

Se extrañó por mi brusca reacción. Creyó que le había hablado a él.

—Si te refieres a mi animado canto, puedes darte por vencida, ratón pelirrojo. Ahora, si te refieres a que deje esto... —levantó su botella—, pues también deberías rendirte y seguir con la búsqueda del ansiado *toilette* —dijo, remarcando la última palabra con burla. Dio media vuelta y se echó sobre su confortable cama tamaño *king*.

«¡¿Ratón?! ¡¿Y pelirrojo?!».

—¿Disculpa? —inquirí ofendida. Sin darme cuenta, había entrado a la habitación—. ¿A quién llamaste «ratón»?

Dejó el pico de la botella y me miró por el rabillo con toda la altanería que pudiera existir.

—A ti. Solo los roedores se meten en los lugares que no deben... Y no dije solo eso, sino «ratón pelirrojo» —corrigió soberbio y asquerosamente burlón.

El muy creído sonrió y volvió a beber.

Idiota.

Mis ojos se entrecerraron al estilo «vaquero a punto de asesinarte». Y mis dientes presionaron tan fuerte que hubiesen funcionado como un perfecto rompenueces.

—¿Yo? ¿Un ratón? Pues lo prefiero antes que ser un estúpido... ¡perro aullador!... ¡y borracho! —sentencié enfurecida y desafiante, aunque con todo el cuerpo dispuesto a huir para quedar con la última palabra.

Sin embargo, el ruido de sus labios al despegarse de la botella me anunció que nada terminaría allí. Se puso de pie y entonces pude notar que su camisa, blanca y desabotonada, dejaba entrever unos buenos pectorales y unos abdominales del santísimo infierno. Pero eso no iba a poder conmigo, no...

Aunque sí su caminar lento, sensual y rebelde que lo acercó a mí hasta quedar a solo unos ratoncillos de distancia... ¡Quiero decir *centímetros*! ¡Centímetros!

—¿Borracho? ¿Y cómo puedes tú saber eso? —preguntó, entrecerrando los ojos, aunque sin quitar su mirada de mí.

Tragué saliva. No pude evitar pensar que lo mejor hubiera sido haber huido en cuanto lo llamé «perro». Pero ya estaba allí, de frente, acorralada por el orgullo y con todo el cuerpo que me temblaba.... y no solo de la vergüenza.

—Estás borracho, porque... porque alguien normal no actuaría como tú lo estás haciendo —terminé de decir, nerviosa y mirando para todos lados.

—¿En serio? —Esbozó media sonrisa. Sus ojos estaban algo rojos—. ¿Crees que cantar como yo lo hago no es normal mientras que husmear en casas ajenas sí lo es?

«Mierda».

—Bueno... Ya te he dicho que solo me perdí buscando el... el... —Pestañeeé varias veces y decidí no volver a pronunciar en francés—. ¡Ya basta! ¡Estás ebrio y punto! —Me enderecé y crucé los brazos, tratando de ganar algo de seguridad.

Y de pronto... Hizo la posición del «4» al mismo tiempo que reía con las cejas enarcadas de forma exagerada.

—Ahora, ¿qué me dices, *Fievel*[4], versión pelirroja?

«¿Fievel?!».

¿Es que se había comido un payaso en mal estado o el alcohol lo había hecho retroceder a su estúpida niñez?

Como fuera, el muy maldito estaba perfectamente en equilibrio.

—¡Eso no es prueba suficiente! ¡Tu-tu-tus ojos están rojos! Y... —tartamudeé. No se me ocurría nada más. Estaba furiosa, nerviosa por todas las idioteces que decía y hacía hasta que me di cuenta de que el tema de The Beatles había estado sonado sin parar. ¡Eureka!—. ¡Y nadie, en su sano juicio, escucha o canta la misma canción una y otra vez! —exclamé satisfecha y burlona, aunque... qué suerte que no me conocía.

Desafiante y como si le hubiera encantado mi argumento de pelea, entrecerró los ojos.

—Así que, por eso, estoy ebrio... —se acercó un poco más. Me miró la boca — y no soy normal. Entonces dime, roedor, ¿qué estupidez más podría hacer alguien como yo?

Tragué saliva. Y ninguna palabra pudo salir de mi garganta, pues posó su mano en mi mejilla y comenzó a acercar sus labios a mi rostro con toda la intención de besarme, pero...

«¿Cuántos hombres en esta Tierra harían exactamente la misma locura que tú, Pam?».

Pocos. Seguro que muy pocos, pero que encima estuviera más apetecible que pastel glaseado, pues... solo uno y estaba allí, frente a mis narices, a la espera de ser degustado.

¿Qué haría? ¿Acaso estaba loca? No podía salirme de mis carriles. Después de todo, era una chica de vida muy ordenada, tranquila y con un noviazgo de años que debía respetar... Sí, eso era: una chica correcta, aunque bastante estúpida también.

No. No lo dejé besarme. Por supuesto que no, porque... ¡Qué más daba! ¡Lo hice yo primero!

¡A la mierda con mi vieja vida! ¡A la mierda con la tímida y tonta Pam!

Capítulo 3

«¡P or Dios! ¡¿Qué demonios hice?!».

No podía dejar de preguntarme con una mano que tapaba mi boca por miedo a decirlo en voz alta. Allí estaba el perro de los hoyuelos tentadores, magníficamente desnudo, boca abajo y con el culo para arriba tan perfecto y mullido que daban ganas de apretarlo varias veces más. Y seguro que también disponible para repetir el desenlace de nuestra *discusión*, aunque para mi suerte, profundamente dormido.

«Bueno, no es lo que parece. En realidad, fue una larga noche en la que estuvimos conociéndonos como dos perfectos adultos, disfrutamos de un buen momento de karaoke e intercambiamos puntos de vista acerca de los efectos del consumo del alcohol, que nos llevaron a... a... ¡Rayos!».

No hubo caso. Aunque era lo que más deseaba en ese momento, no pude mentirme a mí misma. Yo, Pam, la joven más tranquila, ordenada y medida de toda la historia de Londres, se había aprovechado de un hombre... ¡ebrio!

Sacudí la cabeza para tratar de salir de mi asombro y, desesperada porque no despertara, comencé a juntar cada una de mis prendas para vestirme lo más rápido posible. Sin embargo...

«¿Y mis bragas? ¡¿Dónde demonios están mis ridículas, diminutas y tan necesarias bragas?!».

Busqué debajo de su ropa dispersa en el piso, también abajo de su cama real e incluso sobre el escritorio donde estaba el ordenador del que salía su

cansadora canción. Pero nada. ¡Mis bragas habían desaparecido!

Cielos... No me podía ir de allí sin esa prenda interior, claro que no... Excepto si el sexi canino aullador comenzaba a despertarse.

«¡Demonios! ¡No puede ser! ¡Se va a despertar! ¡Y yo sin bragas! ¡Sin *esas* bragas!».

Cerré los ojos, respiré profundo y los volví a abrir. Debía tomar una decisión difícil: esperar a que se levantara y pasar la mayor vergüenza de mi vida al tener que dar explicaciones de qué rayos hacía yo ahí, sin ropa interior, o bien vestirme, marcharme y abandonar la escena del crimen y el elemento más vergonzoso que alguien pudiera reconocer como propio.

«Pam, tranquila. Sé razonable. Eres una mujer adulta, libre y pensante. ¿Qué tiene de malo hacerlo? Después de todo, no lo volverás a ver nunca más en tu vida», me dije.

Y así hice lo más adulto y correcto. Sí, tomé la decisión más madura y conveniente...

«¡A la mierda! ¡Yo, de aquí, me marchó! ¡Qué se quede con las bragas!».

—¿Dejaste tus bragas en su habitación?! ¡Estás loca, Pam?! —exclamó un Chad más que sorprendido.

Lo miré sin cambiar mi posición sentada en medio de la cama, abrazada a mis rodillas, aunque con mi viejo almohadón de por medio. Mi ceño estaba fruncido hacía varias horas y, si no hubiese sido la culpa, la vergüenza y la inseguridad lo hubieran mantenido en la misma posición por largo rato.

—¿Qué quieres que hiciera?! ¿Que esperara a que despertara para pedirle ayuda y buscarlas? —satiricé.

—Hubiera sido preferible —afirmó frío, al mismo tiempo que se dejó caer en la silla de mi escritorio.

Bufé.

—Es que no entiendes, Chad. ¡Jamás en mi vida hice algo así! Nunca me acosté con un hombre a la primera de conocerlo, del que no supiera siquiera su nombre y... ¡mucho menos con alguien borracho, sin uso de su consciencia!

—Corrección: ayer lo hiciste.

Revoleé los ojos y hundí mi cara en la almohada hecha por Maggie. Pocas veces había estado tan arrepentida. Suspiré y traté de calmarme.

—Como sea, ya está. Será ese oscuro secreto que solo quedará entre tú, él y yo.

—Y tus bragas...

—¡Ay! ¡Ya basta! ¡No me las recuerdes más! —grité como una loca angustiada.

—Es que, Pam, piensa. ¿Qué ocurriría si el tipo este se pone en plan de búsqueda y publica la foto de tus braguitas en todas las redes sociales, eh? ¿Te imaginas un primer plano con algún filtro supercolorido y emoticones cochinos alrededor de tus bragas? ¡Y con muchos *hashtags* inculpadores que sin duda apuntarían a ti! *#hotsexypastrychef*, *#hotcakedesigner*, *#pastelerapelirrojahot*, *#bragasflojas*, *#londonhotcake*! —exclamó, moviendo sus brazos como si de titulares hubiese estado hablando.

—¡No, Chad! ¡No digas eso, por favor! —La voz se me quebró al mismo tiempo que me dejé caer boca abajo sobre la cama.

Suspiró, aunque sin mucho arrepentimiento.

Bobo.

—Tranquila. Nada de eso ocurrirá. Solo estaba bromeando. Además, si estaba tan bueno como dices, no debió ser la primera ropa interior en quedar allí. Se deshará de ella, se mezclará con las del resto o, a lo sumo, la guardará en la interminable colección que tendrá en uno de sus cajones...

Di un salto hasta que quedé nuevamente sentada. Entrecerré los ojos y lo asesiné con la mirada.

Chad = cero sensibilidad.

—Eso será difícil —dije segura e impulsiva. Al instante, me arrepentí.

Exhaló y me miró con cara de «pobre ingenua».

—Ay, Pam... Es indiscutible que eres especial y... —tardó en encontrar las palabras adecuadas— hermosa a tu manera. Pero eso solo lo puede decir alguien que te conoce como yo. ¿Entiendes? Una noche fugaz no puede hablar de ti ni hacerte inolvidable, y mucho menos una ropa interior.

Insegura, lo miré fijo y fruncí el ceño.

—Pues... No estoy tan segura de eso, Chad.

Chad enarcó una ceja. Luego de unos segundos, frunció las dos mientras inspeccionaba mi inalterable expresión para finalmente entrecerrar los ojos.

—Pam... —se acercó hasta quedar de rodillas y a centímetros de la cama. Cerró los ojos, respiró profundo y los volvió a abrir más calmado para preguntarme lo obvio—: ¿qué bragas usaste?

Mi boca empezó a temblar y mi chillido de sirena de ambulancia empezó a salir antes de que hundiera mi rostro en el hombro de Chad.

—Yo... Yo...

Chad me abrazó y me dio palmaditas en la espalda.

—Pam, ¿qué hiciste? No me digas que usaste... unas de Maggie.

—¡No! —exclamé. Él suspiró relajado, aunque no duró mucho—. ¡Ojalá!

En un santiamén, se separó de mí, me tomó por los hombros y clavó sus dos horrorizados ojos azules en los míos, hinchados y manchados de máscara de pestañas.

—¿¿Cómo que «ojalá», Pam?! ¿¿Qué puede ser peor que eso, eh?! ¿¿EH?!

Tomé aire.

—Pues... Pues...

—¿Pues qué, Pam! ¡Dilo ya! —exclamó desesperado.

—Pues... Usé las de... las de... —Exhalé y, con la poca valentía que solía caracterizarme, lo lancé—: ¡Usé las pantaletas de la frase que ya sabes!

Chad me soltó como si le hubiesen lanzado un balde de agua fría y, como pudo, volvió a sentarse en la silla.

—Lo siento, Pam. Estás jodida. Simplemente, jodida. Prepárate para todo lo

que te dije y mucho más también...

Y tenía razón. ¿A quién demonios se le hubiera ocurrido usar esas bragas un viernes por la noche? Solo a mí. Claro que nunca imaginé que quien vería mi tanga de «*Park here!*[5]», decorada con un rechoncho automóvil guiñando un ojo, sería alguien distinto al idiota de mi ex.

Jamás deseé tanto que fuera cierta aquella borrachera.

Ojalá no se acordara de nada.

«Ojalá no se acuerde de mí...».

Capítulo 4

Desempleada, con cuernos y sin bragas. Jamás había pasado tan mal un fin de semana. Es que, en realidad, antes de todo este brollo, solía trabajarlos. Los sábados y domingos eran los días favoritos para salir a cenar y, si bien mi especialidad eran los pasteles, no me sentía para nada desafortunada intentando diseñar los más exquisitos postres de Londres. Pero, claro..., luego de una cómoda, inalterable y monótona rutina, mi cabeza estalló y tomó la decisión más increíblemente estúpida: renunciar. Por supuesto que había tenido un asqueroso e inolvidable motivo, pero, en ese momento, dejar mi empleo no había sido una buena idea. De hecho, las cuentas por pagar no me esperarían...

Como fuera, mi primer fin de semana libre lo había comenzado como siempre imaginé lo hubiera hecho mi antítesis jamás conocida, hasta entonces, *free* Pam. El problema era que yo no era esa... al menos hasta la noche anterior en la que perdí mi tanga. Y así estuve, ambos días, acurrucada bajo una vieja manta del mismo estilo del almohadón hecho por Maggie, refrescando cada cinco minutos todas las redes sociales en busca de algún perverso *hashtag* que me llevara a mí. Pero nada.

«Respira profundo, Pam, y piensa qué es lo que harás de ahora en adelante».

Buena idea. No había hecho más que perder el tiempo enfocada en un pasado que, si bien reciente, se suponía que no sería más que eso: pasado.

Decidida, me levanté, me senté frente al ordenador y tomé todo el aire que

pude: buscaría un nuevo empleo. Aunque...

«¡San Peter Chanella! ¡Cierto!».

Sonreí y, ansiosa, fui a tomar el papel que el amigo de Chad me había dado durante la fiesta, luego de enterarse del vergonzoso motivo de mi renuncia.

55 Abbey Rd.

Lunes, 11 a. m.

Sr. Chris Campbell

¡No llegues tarde! ¡Lo odia!

Fruncí el ceño. Es que esa dirección me sonaba mucho, pero no lograba ubicarme, hasta que Google Maps refrescó mi memoria...

—¡OMG[6]! ¡Es la pastelería Chocolat Home!

La vida, al fin, había dado uno de esos giros maravillosos de los que siempre me hablaba Maggie, pues, al menos en ese papel, tenía asegurada la posibilidad de mis sueños: trabajar en la mejor y más codiciada pastelería de Londres. Por supuesto que fue imposible evitar la ansiedad que me generó saber que tendría la entrevista con uno de los pasteleros más exigentes de la ciudad y que solo conocía de revistas. De hecho, sabía por el abuelo de Chad que se trataba de un hombre muy meticuloso, pues en su juventud, y antes de que se convirtiera en el excéntrico empresario que todos conocían, había trabajado en su negocio.

Aun así, la alegría fue más fuerte. Y, por supuesto, los ridículos saltitos de emoción —que, por suerte, nadie tuvo que contemplar— no se hicieron esperar.

De la oscuridad de la vergüenza había pasado a resplandecer por la esperanza. Oh, sí. Me sentía con una energía fortalecedora, muy similar a la que había tenido ni bien me recibí de pastelera. ¡Cómo olvidarlo! Mi alma

emprendedora, los sueños que tenía por cumplir y la felicidad de ver que, poco a poco, todo iría tomando forma aplastaron a esa Pam miedosa e introvertida que solía ser. Y Maggie había sido, en gran medida, mi motor. A diferencia de mí, ella era impulsiva, no se andaba con medias vueltas y directamente hacía. De hecho, no pasaron dos días de aquella vez que le conté cuál era mi idea, ya con el título en mano, que ella se puso en plan «manos a la obra». Jamás olvidaré la sorpresa que me llevé al entrar al apartamento y ver aquella bicicleta rosa, de un estilo bien *vintage* como el que me gustaba a mí, con su canasto por el frente y, por supuesto, con el casco al tono y más noño que pudieran imaginar. Claro que eso no fue lo que pensé en ese momento. La ilusión y alegría de ver lo que tanto quería para empezar mi emprendimiento de *pastelería a domicilio* fueron increíblemente cegadores a mi capacidad de análisis de *imagen corporativa*.

«—¡Abuela! ¡¿Pero qué es esto! —Corrí emocionada a toquetear la bicicleta y el enorme moño de regalo.

Maggie bufó y dejó a un lado su amado libro *Cincuenta sombras de Grey*.

—Si quieres que sea realmente un regalo, no vuelvas a llamarme ‘abuela’, ¿OK?».

Sonreí y no tardé un segundo en ir a abrazarla de esa forma melosa que decía odiar pero que, en realidad, amaba.

Así había sido Maggie: de pocas palabras —incluso duras o frías—, pero de acciones que hablaban del enorme corazón que tenía. Eso sin contar la inmensa responsabilidad que tuvo, de un día para el otro, al hacerse cargo de mí, en ese entonces, una pequeña de ocho años. En fin...

La cuestión era que me sentía inundada de esa maravillosa energía de antaño y que esperaba tuviera mejores frutos que la fallida, aunque divertida, experiencia de la pastelería a domicilio.

Nada podía salirme mal. ¡Absolutamente nada! Mi currículum vitae estaba

impreso y guardado en una delgada carpeta de cuero que había pertenecido a Maggie; mi camisa blanca, impecable; mi falda negra corte tubo, sin un solo pliegue; mis tacones color *nude*, imponentes; mi trenza, tensa, a la perfección, y mi rostro, iluminado con excepcionalidad. Me sentía tan segura y poderosa como una amazona... claro que más bien con un estilo un poco más estructurado y londinense, je, je. ¡Pero mi alma sí que estaba suelta! ¡Sabía que me llevaría al mundo por delante! ¡Sabía que sería un gran día y, al fin, mi vida comenzaría de una vez por todas! ¡Sabía todo eso! Aunque...

«¡Ding dong!».

No sabía que el timbre iba a sonar. Y mucho menos que, al levantar el telefonillo, sonaría la voz de...

—¡Soy yo, cariño! ¡Ferdinand! —exclamó apurado y con falsa calidez—. ¿No vas a abrirme? ¡Es una emergencia, linda!

Suspiré sin evitar fruncir el ceño y perder toda la esperanza que había tenido hasta entonces. Y tal como el clima de mi ciudad, el maravilloso día soleado no pudo durar mucho.

—Ferdinand... Es que... —Acomodé la voz—. Es que tengo que irme. No puedo hablar ahora y...

—Pam, abre la puerta —me interrumpió, sabía que lograría lo que quería.

Resignada, hice lo que esperaba: presioné el botón para que entrara, calculé sus diez segundos en subir a los saltos la escalera y le abrí la puerta.

—Hola, cariño —dijo, apoyando una mano en el marco. Estaba agitado, aunque sexi, con el mismo rostro alegre y sin culpa de siempre.

—Escucha, no tengo tiempo para hablar. Debo irme a una entrevista de trabajo y...

Entró como si nada le estuviera diciendo y miró desesperadamente hacia todos lados, como si buscara algo. Dio media vuelta y volvió a mirarme.

—Yo tampoco tengo mucho tiempo, preciosa. Si quieres, luego hablamos de lo que quieras. Solo necesito... —Sonriente, frotó su pulgar con el dedo índice.

Quería dinero.

Suspiré indignada. ¿Ferdinand pensando en mí? ¡Qué estúpida! ¡Ni que alguna vez lo hubiera hecho!

—Claro... Como siempre —me animé a decir, aunque en voz baja.

Frunció el entrecejo.

—¿Como siempre? ¿Por qué dices eso? Somos una pareja y debemos ayudarnos, ¿o ya no piensas así, dulzura?

Mi ceja izquierda no pudo evitar elevarse por sí misma.

—¿Es un chiste? No hablas en serio, ¿cierto?

—¡¿Por qué?! ¡Claro que hablo en serio! ¿Qué rayos te ocurre, Pam? Estás extraña —dijo, acercándose para abrazarme.

Di un paso atrás y puse una mano delante para que se detuviera.

—Ferdinand, haciendo a un lado lo que ocurrió el viernes... —chasqueó la lengua y revoleó los ojos—, jamás en la historia de nuestras vidas has hecho algo por mí, ¿OK?

Puso sus manos en la cintura, en forma de jarra.

—Pam, respecto a lo del viernes, fue una estupidez. No significó nada para mí. Fue... un momento de debilidad. Y sabes que tú eres... —Se incomodó y tardó unos segundos—. Tú eres... mi chica, ¿está bien? —terminó de decir, en voz baja, con una ligera y mal disimulada vergüenza.

Idiota.

—¿Tu chica? No lo creo tan así. Y puede que a ti no te significara mucho, pero a mí sí, Ferdinand. No puedes ir por la vida haciendo... ¡haciendo *brochettes*[7] con todas las mujeres que se te cruzan! ¡Y menos si tienes una *chica*! —dije, gesticulando las comillas.

Él volvió a poner los ojos en blanco.

—Está bien, Pam. Lo siento, ¿OK?

Se hizo un silencio.

¿Eso era todo? ¿Se ensartaba a medio Londres femenino y con un «lo siento» debía volver a perdonarlo por enésima vez?

Cocinero asqueroso y de cuarta. Había soportado demasiado y pude haber aguantado bastante más, pero no la vergüenza que me había hecho pasar en vivo y en directo frente a todos mis excompañeros. Ese había sido, impensadamente, mi límite de tolerancia.

Entrecerré los ojos y abrí la puerta invitándolo a salir.

—Ferdinand, por favor, vete. Debo irme.

Abrió los ojos como dos huevos. No lo culpaba. Era la primera vez que, aunque de forma muy patética, ponía cierto límite en nuestra *relación*.

—Espera, Pam. No sé qué es lo que estás esperando que diga o haga. Pero no puedes ser así de dura conmigo. Después de todo..., también te he ayudado o... acompañado cuando lo necesitaste. No puedes...

«¡¿WHAT?![8]!».

La indignación me llegaba a las narices.

—¡¿Tú?! ¡¿Acompañar?! ¡¿Ayudar?! ¡Dime aunque sea una sola vez en la que hayas hecho algo por mí y... —saqué la cartera de mi bolso y la apoyé en la mesa— y te prestaré algo de dinero!

Los ojos de Ferdinand se llenaron de luz al ver la fuente de su salvación. Tragó saliva, mojó sus labios y movió los ojos, de un lado hacia otro, simulando pensar.

—Pues...

—¡Nada! ¡¿Lo ves?! —sentencié rápido.

Tomé mi cartera y cuando estuve a punto de guardarla, me interrumpió.

—¡Aguarda! —gritó. Lo miré extrañada. Él, seguro de lo que diría, se irguió para tomar fuerzas—. Claro que te he ayudado, ¿acaso ya lo olvidaste? —inquirió, acercándose muy lento hacia mí.

Me sentía mal porque no podía recordar nada. Absolutamente nada. Y para cuando quise mirarlo, lo tenía a pocos centímetros, con esa sonrisa gatuna y esos ojos marrones que a más de una hipnotizaban. Cerré los ojos. Me tenía de nuevo en sus garras, pues me tomó las manos y acercó sus labios a mi oído.

—¿No fui el primero en degustar tus preciados y deliciosos *muffins*[9]? —

inquirió el muy estúpido, refiriéndose a mis senos. Sí, porque así los llamaba él...

Me dieron ganas de vomitar. ¡¿Qué demonios?!

Abrí los ojos enfurecida y me separé de su cuerpo.

—¡Eso no puedes contarlo como un favor, Ferdinand! ¡No puedes ser tan...!
—quise objetar, pero no pude terminar, pues me dio un beso en la mejilla y salió disparado por la puerta.

—¡Nos vemos, hermosa! —gritó alegre y satisfecho mientras bajaba la escalera. Y, al llegar al primer descanso, volvió a gritar—: ¡Oh! ¡Y gracias! ¡Ya te lo compensaré! —vociferó sonriente, mostrándome... ¡mi maldita cartera!

«¡Mierda!».

—¡Devuélveme eso! ¡Lo necesito! ¡Ferdinand! ¡¡Ferdinaaaaaand!!! —grité sin éxito, pues ya había desaparecido y solo se escuchaban sus inalcanzables saltos *parkour*.

Y el sonido de la puerta del edificio marcó la victoria del bobo de mi ex y el regreso de mi infortunio. Un clásico en la vida de Pam.

Pero el mayor problema no era ese. No, aunque parezca increíble. El mayor inconveniente era que... ¡tenía una entrevista en media hora y no tenía dinero para viajar!

Y como si fuera poco, gracias a mi estúpido trastorno por el orden, ¡todo el maldito dinero y las tarjetas estaban allí, en la tan necesaria y entonces arrebatada cartera!

Claro «no desesperes, Pam», «siempre hay una solución», «puedes ir caminando». ¡Pues no! ¡Nadie, a menos que sea Flash, puede ir de Little Russell St hasta Abbey Rd en menos de media hora! ¡Y mucho menos caminando! ¡¿Cómo rayos haría para hacer casi seis kilómetros sin ningún tipo de transporte?!

«¡Chad!».

Lo llamé una, dos, tres y ¡cinco veces! ¡Pero nada! ¡El muy maldito no me

atendía, e ir hasta su pastelería no solo no hubiera sido seguro encontrarlo, sino que, además, me hubiese llevado unos veinte minutos que no disponía! Y todo eso sin tener en cuenta que lo más probable era que el muy puerco estuviera con las narices en su cochino ordenador, incumpliendo su promesa.

«La bruja del primer piso».

«¡Rayos!».

No tenía muchas más opciones, así que, antes que ir a su puerta, preferí llamarla al teléfono. Realmente me daba vergüenza pedirle dinero, pero... ¡tampoco nada!

¡¿Qué demonios ocurría con el mundo que ni la vecina, odiosa del mundo exterior, estaba en su casa?! ¡¿Acaso todo el universo conspiraba para arruinar mi vida?!

Pues no. No todos. Maggie, y sus maravillosas formas de aparecerse en los momentos más oportunos, estaba allí, una vez más, para mí. Claro que de una forma extraña, incómoda, *vintage* y demasiado rosa...

«A recordar viejos tiempos, Pam».

Pues bien, allí estaba yo, en la puerta del edificio, tomándome los últimos segundos para chequear que todo estuviera en su lugar. Y, claro..., también tratando de asumir mi nueva facha. Mis tacones estaban perfectos... y estratégicamente ubicados en el canasto de la bicicleta, junto a la carpeta y mi bolso. Mis tenis fucsias, casi sin uso, eran el toque especial de mi *look* «elegante-sport», la falda tubo estaba donde debía estar: enrollada hasta la mitad de mis muslos, una extraña apariencia que a Chad le hubiera sonado a «tenista *hot* en aprietos»... un papel ideal para sus amados *films*. Y, por supuesto, el detalle principal que hablaba de mi exitosa y afortunada vida: el casco ultranoño. Eso sin nombrar los *stickers* de florecillas y de Hello Kitty que tenía pegados por todos lados y la infaltable campanilla de mi

supervehículo. No voy a mentir: en realidad, amaba todo eso —bueno..., no tanto el achicamiento de mi falda—, pero no creía que fuera el *look* que precisamente me fuera a asegurar el puesto en la más fina, formal y elegante pastelería de la ciudad. En fin...

Tomé aire, miré mi reloj —¡me quedaban veinticinco minutos!—, subí mis pompis al asiento que esperaba que, luego de seis kilómetros, no se quedara atorado allí y arranqué de una vez por todas.

«¡A rodar!».

No debía pensar en nada, solo concentrarme en andar correctamente por el carril para bicicletas y lo más rápido posible. Pero...

«¿Qué diré en la entrevista cuando me pregunten por qué me fui de mi trabajo? ¿Digo la verdad o...? ¿Y si no les agrado? ¡Peor aún! ¡¿Y si se dan cuenta de mi medio de transporte?! ¡Oh, Dios! ¡No me contratarán! ¡No lo harán!».

—¡Cuidado, soquete rosa! —gritó un enfurecido gordinflón al mismo tiempo que sacudió su morral de trabajo.

¡Rayos! Había cruzado con la luz para los peatones y, de no haber sido por su advertencia, hubiera terminado en mi canasto como acompañante de mis zapatos.

Claro que no pude detenerme y solo giré mi cabeza para gritar un «lo siento» de pura cortesía. Nuevo error. Al girar para mirar al frente, otra luz, que permitía el paso a la gente, me obligó a tener que virar a la derecha para no llevarme por delante a varios más que me hubieran hecho picadillo.

«¡Demonios!».

La mala vibra no se despegaba de mis tripas aun yendo a una velocidad que jamás hubiera esperado de mis piernitas escarbadiantes. Y entonces vino a mi cabeza otra *gran idea* de Chad, que nunca había puesto en práctica, pero vaya a saberse por qué quise hacerlo en ese momento.

«Tal vez tenga razón. Un poco de labial rojo me dé más vida y, por qué no, hasta me quite esta mierda de energía. Después de todo, el rojo hace eso,

¿no?».

Sí, exacto. Yo tampoco sé por qué rayos se me ocurrió tan, pero tan estúpida idea. ¡Jamás me maquillaba así! ¡Apenas, y rara vez, un poco de máscara de pestañas! ¡Ni siquiera un corrector de ojeras, Dios mío!

Pero de nada sirve reprenderlo, porque, como fuera, me había decidido a conseguir el maldito labial, creyendo estúpidamente que así mejoraría mi arruinada imagen y también el día.

Estaba sobre Oxford St y sabía que a unas pocas cuadras, en una esquina, una tienda de cosméticos me daría *la gran solución*.

«¡Sí! ¡Serán solo unos segundos! ¡Solo unos segundos que...».

¡Y a la mierda con una pobre joven que acababa de comprar algo así como tres zumos de naranja!

—¡Idiota! ¡Mira lo que has hecho! —gritó en dirección a mi bicivolador.

«¡Otra vez! ¡Rayos! ¡Rayos!».

Por fortuna, ni la había tocado. La pobre dio un impulsivo salto hacia atrás para no terminar sentada en mi canasto, aunque no pudo evitar volcarse todo el jugo encima.

«Cielos... ¿Será que mi desgracia es contagiosa?».

Unos pedaleos más y... ¡voilà! ¡Allí estaba la tienda!

Dejé la bici, corrí al interior del negocio y traté de calmar la respiración para que dejaran de verme como si hubiera salido de algún centro de rehabilitación, dispuesta a robar cualquier porquería.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —me saludó muy lenta y encantadora la única vendedora que se acercó a mí sin chistar, lo que me indicó que muy probablemente fuera una empleada... nueva.

«Rayos».

—¡Hola! ¿Labial rojo? —dije apurada.

La pobre frunció el ceño y acomodó la voz.

—Bueno... En... En la línea de esas tonalidades... Digamos que... que contamos con las marcas de... —dijo insegura y aún más lento que en su

saludo. ¿Es que se había comido una maldita tortuga?

—¡No, no, por favor! ¡No me importan las líneas! ¡En serio! —la interrumpí con tono desquiciado—. ¡Solo necesito cualquier labial rojo y ya!

Abrió los ojos como huevos sin entender bien qué hacer. Respiré profundo y, al divisar las muestras, busqué entre todas, tomé una y se la di.

—¡Este! ¡Listo! —expresé, mirando mi reloj. Me quedaban quince minutos.

—OK... —Acomodó la voz—. ¿Cómo... cómo desea abonar?

—¿Abonar? —inquirí horrorizada y clavándole los ojos en los suyos con la misma expresión.

Asintió.

«¡Santísima puta madre!».

No pude evitar recordar, en primer plano, la estúpida sonrisa maliciosa de mi ex con mi cartera.

Tragué saliva. Otra vez el universo en contra de mí...

—Va a abonar, ¿cierto? —preguntó miedosa de que, en realidad, yo resultara ser lo que seguramente todas sus compañeras habían pensado desde un principio.

Debía actuar. Una faceta no muy buena en mí. Entrecerré los ojos, simulé inspeccionar el labial y la miré.

—¿Sabes? No estoy segura del tono. ¿Puedo probarlo?

La joven suspiró con alivio.

—¡Claro! Permítame que...

No le di tiempo. Aunque suave, tomé el labial de su mano y lo probé directo en mis labios, algo que, claramente, no se hace, pero que yo me animé, pues... ¡no tenía dinero! Y, como no podía ser de otra manera, me miré al espejo, fruncí la nariz y negué con la cabeza.

—Mmmhh... Creo que no es para mí. ¡Gracias de todos modos! —Y me fui corriendo... sin el labial, por supuesto, aunque sí con la boca maquillada.

¿Si me quedaba bien? Mejor no hablar de ello...

Tomé mi bicicleta y, creída de que todo marcharía bien, retomé la ruta,

aunque exigiendo mis piernas como si la intención hubiera sido convertirlas en las de Dwayne Johnson en *Hércules*. Pero creo que no fue buena idea pensar en los dioses, pues no sé si yo era su pesadilla, su juguete, arlequín o qué, pero lo cierto fue que los había hecho enfadar y mucho. Creo que se habían dado cuenta de que Pam había salido al mundo exterior y estaba contagiando su suerte a todos los inocentes de la ciudad. Como fuera, el cielo se oscureció repentinamente y el trueno no se hizo esperar.

«Oh... Dime que no... ¡Te lo ruego, Maggie! ¡Si estás allí arriba, por favor, golpea en las pelotas a San Pedro, Zeus o el que sea que está a punto de hacer que mi día sea peor que los de *Mr. Bean!*».

Pero no. O bien Maggie estaba en el infierno, o bien se había unido a las carcajadas divinas, pues otro trueno silenció Londres. Y, enseguida, la lluvia que empezó como unas ligeras gotas refrescantes terminó por convertirse en el clásico aguacero perfecto para una velada romántica..., no para una entrevista laboral y, mucho menos, en las precarias condiciones en las que me había envuelto el destino. Eso sin contar lo triste que, de por sí, era mi vida amorosa. Así fue cómo supe que estar con la bicicleta bajo la lluvia, intentando cambiar mi vida, fue preferible a la posibilidad de haberme quedado en mi casa, sola, sin dinero ni trabajo, arruinando el tema de KT Tunstall con mi llanto de ambulancia... Claro que eso solo fue lo que creí.

Miré el reloj.

«¡Cinco minutos!».

Creo que ni en mil años luz hubiera sacado la fuerza que tuve para pedalear en ese entonces.

«¡Hércules! ¡Ven a mí!».

Presioné mis dientes como si eso me hubiera dado algún tipo de poder especial y mis manos casi rompen el poderoso manubrio de mi pegaso *vintage*. No pararía. De hecho, mi campanilla sonaba sin cesar, advertía que estaba loca y que lo único que haría era seguir aumentando la velocidad.

Pero todo esfuerzo vale la pena. ¡Claro que sí! O, al menos, la mayoría. Y,

por supuesto, los míos pertenecen a la minoría.

Me quedaban solo dos cuadras, dos malditas y estúpidas cuadras que parecieron cientos de kilómetros. No podía más. La lluvia ya no acariciaba mi rostro, sino más bien le estaba dando una paliza, al punto de tener que tragarme el agua y respirar como si hubiera estado buceando. No, no exagero. Y en esa milésima de segundo en que mis ojos no soportaron la cantidad de agua, en esa ínfima medida de tiempo en el que se cerraron para despejarse, un oscuro paraguas y un enorme café espumoso volaron por los aires, al igual que yo y todas las porquerías de mi canasto.

—¡Oh, por Dios! ¡Cuánto lo siento! —exclamé al mismo tiempo que intentaba levantarme.

Mientras juntaba mis cosas, a grandes rasgos y de costado, pude ver que se trataba de un tipo que, si bien no había caído, estaba enardecido. No paraba de limpiar su camisa y saco de vestir.

—¿Es que no miras al manejar?! —gritó furioso y de espaldas al tiempo que se inclinó para recuperar su paraguas. En cuanto se irguió, la enorme sombrilla solo me dejó ver que su mano libre se movía intentando limpiar el café de su finísima ropa.

Rápido y como pude, levanté la bicicleta, el bolso, la carpeta y tomé los papeles, que se habían salido de esta. Iba a volver a guardarlos para que no se mojaran más, pero no llegué a hacerlo, pues al ver que él no tenía nada con qué limpiar, coloqué la carpeta bajo mi brazo y me puse el currículum en la boca en el afán de buscar en mi bolso, desesperadamente y con ambas manos, algún pañuelo para ayudarlo. Al menos eso sí tenía. Bueno, en realidad no era mío, sino de Maggie.

—Permítedmeeee... —le dije, tratando de hacerme entender con el currículum entre mis labios. Me acerqué hasta quedar bajo el paraguas y de frente a él, aunque con la mirada fija en la mancha. Puse el trozo de tela en su camisa y empecé a fregar—. Lod ziedto tadto, no fuo mi indtedción. Eztaba moy apudada y nu lo vi. Lod qui paza ez qui... —Elevé la vista para dirigirme

a él..., pero no pude continuar.

¿Maldición? ¿Castigo? ¿Karma? El que fuera —o quizá todos juntos— estaba prendado a mí como los conejos en época de celo.

Abrí los ojos como dos pelotas de golf. Torpe, metí los papeles en la carpeta y me subí a la bicicleta para abandonar, por segunda vez y a la velocidad del sonido, *la escena del crimen*.

Sí, exacto. Hice lo que mejor sabía hacer: huir. ¿Por qué? Simple: el arrollado había sido ni más ni menos que... el perro de los hoyuelos tentadores. O, peor aún, el poseedor de mis bragas sexis.

Pues bien. Si me hubiera detenido a pensar en todo lo que había experimentado en tan poco tiempo, definitivamente me hubiera rendido. ¡¿A quién demonios le podían pasar tantas cosas frikis?! Solo a alguien como a mí.

Por supuesto que ni el universo ni nada similar tenía pensado cambiar mi suerte. En cuanto estacioné, si bien no pude bajar mi nivel de agitación, decidí que no pensar en el choque con el perro aullador ayudaría a no subirlo. Y, por suerte, logré enfocarme lo suficiente como para recordar que debía sacarme los tenis, desenrollar mi falda y colocarme mis hermosos zapatos. Un plan bastante sencillo de ejecutar, a pesar de la maldita lluvia. Un plan bastante básico y prácticamente imposible de no lograrse, a menos que... a menos que, al momento de colocarte tus finos tacones, descubres que te falta uno de ellos.

Cerré los ojos y, tomando el zapato con ambas manos, no pude evitar darme varios golpecitos en la frente.

«¡¿Por qué?! ¡Solo quiero saber por qué!».

¿Es que sería cierto lo de la reencarnación y mi alma era la de un ladrón, asesino serial y mujeriego, cuyo karma lo estaba pagando ni más ni menos que en esta vida? No lo supe y creo que tampoco querré saberlo jamás. Como fuera, no era el momento de hacerme esas preguntas. Solo debía decidir si

entrar o no.

«¿Entrar con un solo tacón o...?».

Y allí estaba. Empapada, con la carpeta en la mano, el bolso, la ropa hecha un desastre y mis pies... luciendo los tenis fucsias. ¡No iba a entrar con un solo zapato! ¡¿Quién hubiera estado tan loco como para contratar a una cenicienta del siglo XXI de bajo presupuesto y pasada por agua?!

Como fuera, por unos segundos, pude olvidar quién era yo y solo me limité a contemplar lo que, desde hacía tiempo, había sido mi sueño: Chocolat Home. El lugar era increíblemente hermoso. La blancura, la finura de cada mueble, las relucientes vitrinas y la luz que entraba por aquella cúpula de vidrio ubicada en el centro del techo eran impactantes. Y el color estaba en cada uno de los finísimos y perfectos productos de la pastelería. Un escenario único y muy poco acorde a mi facha.

—Disculpe, ¿la puedo ayudar? —inquirió una jovencita de voz dulce.

Caí de vuelta en mi triste realidad.

¡Cielos! ¡Estaba perfecta de pies a cabeza! ¡Ni un solo cabello desalineado! Y su maquillaje era... era todo lo opuesto a como yo seguramente me veía en ese entonces.

Suspiré para tomar valentía y tratar de ignorar todo aquello.

—Oh... Buenos días. Necesitaría ver a... —Me puse nerviosa y no recordaba si en el papel figuraba el nombre del hombre que tanto admiraba o si sería otra persona la que me entrevistaría. ¡Sí! ¡Ni siquiera eso! Empecé a buscar en mi bolso mientras intercambiaba alguna que otra incómoda sonrisa con la joven y, una vez que lo encontré, me interrumpió.

—¡Oh! ¡No se preocupe! Usted debe ser el *delivery* de Perfect Tea. Vino a dejar unas muestras, ¿cierto? —expresó sonriente, luego de echar un breve y contundente vistazo a mi cabeza.

Mi boca comenzó a abrirse tan lento como mi mano a acercarse a mis sienes. Mis cejas se fruncieron de la angustia.

—¡¿Por qué?! —grité sin darme cuenta de que lo había hecho en voz alta.

Sí, había olvidado sacarme el *ñoño-casco*.

Cuando logré sacármelo, volví mi vista a la pobre muchacha y noté que su expresión no solo denotaba que no entendía nada, sino también que temía que yo no fuera más que una loca próxima a atentar contra su seguridad personal. Afortunadamente, la salvadora presencia del gran Peter Chanella evitó que me echara.

—¡Pam! ¡Al fin llegaste! —saludó alegre, tratando de disimular la radiografía que me había hecho de arriba abajo—. Acompáñame. Te llevaré a la oficina donde te entrevistarán.

—¿Entrevista?! —inquirió entre dientes la sorprendida recepcionista.

Suspiré avergonzada y lo seguí.

Capítulo 5

—Cuánto lo siento, Peter. Yo...

—¡Vamos! Puedes quedarte tranquila. ¡No es nada! —dijo alegre. Me entregó una toalla para que me secara lo que pudiera y luego se dispuso a preparar una bandeja con té y exquisiteces como las que había visto ni bien entré a la pastelería.

Un poco más aliviada, largué todo el aire de golpe.

—Es que, en serio... Me siento fatal, Peter. Jamás me he vestido así. Y si supieras por qué tuve que venir en bicicleta, no te sorprenderías tanto si nombro a mi ex.

Apoyó la bandeja en un costado del escritorio.

—¡No lo hagas, por favor! No lo conozco, pero ya empiezo a odiarlo por solo ver a lo que te lleva. —Apoyó su mano en mi hombro y, sin borrar su pacífica sonrisa, me miró a los ojos—. Relájate, Pam. Chris es una persona muy sencilla, trabajadora, y no te quepa la menor duda de que entenderá. Solo enfócate en ti como *pastry chef*, como la *cake designer* que eres. Estoy seguro de que lo deslumbrarás.

Sonreí tímida.

—Creo que será un poco difícil sorprender a alguien con tanta trayectoria, ¿no crees?

Frunció la frente.

—Si lo dices por lo meticuloso, pues sí. Es bastante perfeccionista, pero te

acostumbrarás. Créeme. No por nada fue el gerente durante cinco años.

Me asombré por aquella aclaración. ¿Cinco años? ¿Gerente? Era mala en matemática, pero algo no terminaba de cuadrar en mi lenta cabeza.

—Hablas de Chris Campbell, ¿cierto? —pregunté inocente.

Los ojos de Peter se tornaron nostálgicos.

—El mismo, Pam. Y ahora es el propietario de todo esto. De hecho, ese fue el motivo de la fiesta a la que fuiste el viernes. Claro que fue una sorpresa armada de buena fe por el personal...

Asentí creyendo entender, aunque no terminaba de sorprenderme que, hasta entonces, no hubiera sido siempre el único dueño. Al menos, eso era lo que la gran mayoría daba por descontado.

Peter sonrió una vez más y se despidió para dejarme sola en aquella superoficina.

Era un breve momento en el que podía respirar y pensar bien cómo me presentaría, lo que diría sobre mi experiencia. Pero, para entonces, solo una cosa vino a mi cabeza: «¿Por qué demonios y justo hoy tuve que cruzarme con el último hombre que hubiese querido volver a ver?».

Y eso quitando el cómo, que, más que un *cruzarse*, fue un *atropellarlo*.

Cielos...

Pero ni siquiera durante esos minutos pude despejarme y enfocarme en lo que realmente debía. Tampoco pude seguir intentando...

La puerta se abrió y yo preferí bajar la mirada hasta que entrara definitivamente. Sin embargo, el «clack» de la puerta al cerrarse tardó en llegar. ¿Es que se habría dado cuenta de mis tenis coloridos? Cerré los ojos y rogué que su mirada estuviera fija en otra parte. Lo supliqué como jamás en mi vida...

Y se me cumplió.

Abrí los ojos y vi que sus pies apuntaban a mí. Eran negros, brillosos, recién lustrados. De a poco, elevé la mirada. Sus pantalones de vestir color gris perla eran pulcros y perfectos. Ni una sola arruga... Igual que mi falda, je, je.

Subí un poco más y noté que su camisa era blanca, pero... estaba manchada.

«¡Clack!».

La puerta se cerró en el preciso momento en que mis ojos, al fin, llegaron a los de él.

«¡¡¡WTF!!! ¡¿Por qué demonios?! ¡¿Por qué?!».

Tragué saliva e insulté al maldito cosmos. Juré venganza a todo el puto mundo divino. Jamás perdonaría al dibujante de tan mal gusto de mi destino, pues quien tenía frente a mis narices era ni más ni menos que... el perro de los hoyuelos sexis.

Mejor que nadie me lo pregunte, porque ni yo sé cómo pude estar tan meada y perseguida por esta *suerte*.

—Vaya coincidencia... Aunque, al menos, ha llegado a tiempo. Chris Campbell... junior —se presentó con un tono frío y pedante.

Me temblaba el cuerpo entero de la vergüenza, pero traté de olvidar todo como si nada hubiera ocurrido. Me levanté y, en el mismo intento por alisar mi falda, extendí mi mano. Y como si con la radiografía de Peter no hubiese sido suficiente, este cantante de ópera me había hecho una resonancia con contraste.

—Pam Smith. —Contuve el aire. Su mano era más tibia de lo que recordaba —. Un placer conocerlo, señor Campbell.

Elevó una ceja. Aquel gesto resultó tan sexi como soberbio. De solo recordar que también se había expresado así la noche en que lo conocí, fantaseé con sacar la lengua y salir corriendo... A decir verdad, algo no muy distinto a lo que había hecho las dos veces anteriores. Pero, además de que no me hubiera animado por mi tan característica cobardía, trabajar allí era un sueño que podía volverse realidad. Y más aún: necesitaba el trabajo, por lo que no podía darme ese infantil lujo si quería seguir trabajando en lo que había estudiado.

—Podría decirse que, de alguna extraña y particular manera, ya nos conocemos, ¿no cree, Pam Smith? —dijo pensativo y con los ojos entrecerrados.

«Santa Maggie, por favor, dime que no recuerda nada...».

Sonreí... forzada, claro. Mi miedo de que se acordara algo de aquella noche y lo trajera a luz me carcomió el alma.

Decidí enfocarme, sin perder la cortesía. Miré su camisa y volví a hablar.

—Señor Campbell, quiero pedirle disculpas. Jamás fue mi intención ensuciarlo. Realmente yo... —Sus cejas fruncidas enmarcaban una mirada seria e inquisidora a mis labios. ¡Rayos!—. Yo...

Sacudió la cabeza.

—Disculpe que la interrumpa, señora Smith, per...

—Señorita —me nació decir impulsivamente.

—Oh... Lo siento. Me corrijo entonces: señorita Smith. —Carraspeó por mi intervención, pero volvió a hablar luego de echar otro un fugaz vistazo a mis labios—. Disculpe que la interrumpa, pero me temo que tengo... algo suyo, muy personal, y que me veo obligado a devolver para que pueda hacer uso del mismo.

«¡¡¡¡¡WHAT?!!!!».

Su mano fue directo al bolsillo. ¡Cielos!

Mis ojos se abrieron como dos huevos fritos. ¡¿Me estaba jodiendo?! ¡¿Es que podía ser alguien tan enfermo como para llevar unas bragas en su bolsillo a la espera de encontrar a su dueña?! Y lo peor de todo: ¡¿se acordaba de mí?!

Bajé la mirada, tapé mi rostro con ambas manos de la vergüenza y me erguí de un solo salto. No iba a seguir humillándome. No era justo. ¡No lo era!

—Disculpe, señor Campbell, pero...

Y su mano extendida hizo que me callara. Me devolvía... mi pañuelo. El de Maggie, mejor dicho.

«¡Oh, sí! ¡Al fin algo reconfortante!».

Me calmé al deducir que todo apuntaba a que solo se acordaba de mí por nuestro accidente húmedo, caliente... y con sabor a café.

—Le agradezco por la intención que tuvo de reparar el daño de mi camisa que, por cierto, seguirá así, al menos hasta que pueda limpiarla con algo más

efectivo. Sin embargo... —frunció el ceño horrorizado al clavar la vista en mi boca—, creo que a usted le servirá lo suficiente como para no asustarnos lo que resta de la entrevista, ¿no cree? —expresó, y señaló sus propios labios.

Espantada, lo capté y no tardé un segundo en tomar el espejo de mi bolso. ¡Por todos los cielos! ¡El payaso de *It* era un juego de niños! ¡Mi boca era un desastre! ¡Dónde rayos se me había desparramado así el labial? ¡Cualquiera hubiera pensado que era una puerca comehombres! ¡Demonios! ¡Parecía un bebé luego de comer helado derretido!

Rápido, usé el estropeado pañuelo de Maggie para quedar lo más presentable posible.

¿Qué más me podía pasar? ¿Qué más?

—Lo siento tanto... —expresé resignada.

—Lo comprendo. Solo tome asiento y, en lo posible, ¿podría entregarme su currículum?

Asentí con la cabeza sin pensar lo estúpido que eso quedaba.

—Aquí tiene, señor Campbell —dije con un entusiasmo que se borró al notar que el lateral derecho de mi humedecido currículum poseía la huella roja de mi absurda y pasional boca—. Oh..., no puede ser.

Por supuesto que sonrió, aunque trató de contenerse.

—Pues ahora entendemos el porqué de su aterrador *look* de hace unos minutos —acotó en un intento de relajar la incómoda situación.

Pero la verdad era que nada se había relajado. ¡En mí, nada! De por sí, él ya me ponía nerviosa, pero encima... ¡todo estaba siendo una completa mierda, cuyo final amenazaba con una recuperación de memoria y unas ridículas bragas sobre el escritorio!

Tomó el currículum con dos dedos a modo de pinza y, exagerado, lo sacudió un poco. Sirvió a ambos un poco del té que Peter había preparado y, sin palabra de por medio, lo leyó de principio a fin.

—Pues bien... Al menos no se ha mojado tanto como para volver inentendible su experiencia profesional. —Acomodó la voz y, luego de un

breve silencio, continuó—. Debo reconocer que es interesante, sumado a todos los comentarios que ha recibido el señor Chanella. —Suspiró. Se dejó caer sobre el respaldo de su silla—. Pero antes de hacerle algunas preguntas, quiero aclararle que el puesto es temporario, debido a que la persona a la que reemplazaría está por dar a luz. No obstante, cuenta con la posibilidad de efectivización, puesto que en este momento la pastelería necesita ocupar el puesto de gerente, que será dividido en dos jefaturas. De hecho, todavía no lo he anunciado. No obstante, las mismas no serán otorgadas de la forma convencional, sino que se le ofrecerán como premio a los creadores del mejor pastel para un importante cliente. Por supuesto que no está obligada a participar, pero si se siente interesada en continuar su carrera aquí y capacitada para satisfacer todos los requisitos de nuestro cliente cercano a la realeza, pues entonces puede acceder a esta posibilidad. —Hizo una pausa y tomó aire para volver a hablar—. Es así que le pregunto, señorita Smith: ¿le interesa la propuesta?

¿Era broma? ¿Era una maldita y estúpida broma?! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! La posibilidad de aquella entrevista ya había sido una locura absoluta, conociendo lo difícil que era obtener un empleo allí. Pero que, encima, tuviera la chance de quedar efectiva como jefa por hacer, ni más ni menos, que un pastel a alguien próximo a la realeza, ¡era sencillamente de película!

¡A la mierda con los nervios y lo friki de la situación!

—Sí, me interesa —logré responder sin dar señales de los saltitos y grititos ñoños que imaginaba en mi cabeza.

¡La buena suerte comenzaba a estar de mi lado!

—Estupendo. Solo me quedan dos preguntas por hacerle para poder evaluar la posibilidad de que ingrese como temporaria. Una puede elegir si contestarla o no, mientras que la otra, definitivamente, deberá responderla —dijo frío y con una malicia que trataba de disimular.

Tragué saliva. Eso me había sorprendido mucho. Él se dio cuenta de mi rigidez y, por su expresión, pareció gozarse.

—Uno: ¿por qué renunció a su trabajo? O dos... —se tomó un segundo para decirlo lento y punzante—: ¿ha podido *estacionar aquí*?

«¡Hijo de la gran...!».

No voy a mencionar el tono malicioso con el que había hecho la última pregunta. Había sido tan claro como su memoria. Creo que la fortuna me había durado un poco menos que la fidelidad de Ferdinand.

Lo nervios, la vergüenza y los deseos de huir volvieron a mí. Pero intenté ser más fuerte. Cerré los ojos y traté de ignorar mis pensamientos. Debía hacerlo. Era la posibilidad de que, al menos, uno de mis sueños se cumpliera.

Respiré profundo. No hubo lugar a dudas en la elección.

—Mi exnovio, el chef principal del restaurante, tuvo sexo con la propietaria del local sobre mi mesa de trabajo —dije rapidísimo, y largué todo el aire con suma rabia, aunque disimulada.

Abrí los ojos. El desgraciado había sonreído.

—Mucha suerte, Pam. —Extendió su mano al mismo tiempo que se irguió. Con lo poco que me quedaba de valentía, lo acepté y lo imité—. Y espero que tenga más cuidado al manejar. No quisiéramos tener una empleada... *fugitiva* —remarcó—. Hasta pronto...

Sí, estaba jodida... jodidamente loca, pues no sabía si estaba más sorprendida por mi impulsivo coraje, por su comentario del «*estacionar aquí*» —relacionado, por supuesto, a mis braguitas *park here*—, por el «fugitiva» o porque se le había escapado llamarme, simple y dulcemente, «Pam».

«Rayos».

Capítulo 6

¿Tiene sentido hablar sobre mi vuelta a casa? Absolutamente no. ¿Por qué? Pues... ¿adivinen qué? ¡El día se había tornado el más soleado del mes! Ni una maldita gota caía de aquel extraño cielo londinense. Para entonces, mi casco rosado brillaba más que nunca con sus deslumbrantes *stickers*... Rayos. No quise poner atención al hermosísimo paisaje y clima que no habían querido acompañarme una hora atrás. Solo puse la suficiente atención para no atropellar a nadie y llegar sana y salva. No fuera a ser que chocara con alguien y terminara, vaya a saberse cómo, otra vez metida en su cama y sin bragas.

Como fuera, solo me limité a entrar al edificio y a dejar la bicicleta, junto al casco, en la entrada. No tenía ganas de subir al pegaso. No tenía ganas de nada, pues ya no sabía qué pensar. No sabía si era capaz de hacerlo. Todo parecía una fantasía absurda y sin sentido. Aunque, también, una estúpida broma de Chad.

Necesitaba llamarlo y contarle todo. Hacía años que era un excelente amigo, pero los últimos tres meses, desde que Maggie pasó a mejor vida, se había comportado como si de mí se hubiera tenido que hacer cargo. Tiempo que le quedaba libre —fuera de su trabajo y cochinos *hobbies*—, tiempo que dedicaba con exclusividad a mí.

Entré a mi apartamento, me saqué los tenis, me puse unas viejas bailarinas que siempre dejaba al lado de mi sofá y tomé el móvil. Estaba segura de que él me daría un punto de vista más objetivo. O, al menos, me tranquilizaría.

Marqué su contacto y esperé a que me atendiera, pero nada, aunque... a lo lejos, pero no tanto, pude distinguir aquella conocida canción: *Give it away*, de Red Hot Chili Peppers. Fruncí el ceño y corté la llamada. Silencio absoluto. Me tomé unos segundos y volví a marcar. Otra vez la misma canción. ¡Chad debía estar cerca! Ansiosa, corrí a mi habitación y a cada uno de los rincones de mi casa, pero... ¡Ninguna señal de él o su teléfono! Y solo cuando terminé de convencerme de que no estaba allí, tomé mis llaves y salí. Ojalá hubiera estado equivocada, pero no. Toqué la puerta de la bruja del primero y, al quinto «toc-toc», se abrió el ancho de un ojo.

—¿Qué quieres?

Quise chismosear un poco, pero la muy amargada lo impidió.

—Disculpe, señorita Lewin, pero ¿puede ser que mi queridísimo amigo Chad se haya confundido de piso y esté aquí?

Su ceja se frunció ofendida. Y, a punto de exclamar alguna buena excusa, el mismísimo Chad abrió la puerta de par en par.

Hubiera preferido que no lo hiciera.

—¡Pam! —expresó alegre, aunque un tanto dormido.

Estaba en pelotas. Todo al aire, aunque con un extraño corbatín y un sombrero de cartero de los años cincuenta. Carraspeé y, sin poder evitarlo, eché un vistazo a la odiosa vieja. Tenía su clásica bata floreada y debajo podía distinguírsele ¡un antiguo estilo Moulin Rouge!

No quise exclamar un horroroso «¡Por Dios, Chad!» ni taparme los ojos, pero fue lo que hice. La imagen me había superado.

Y, por supuesto, inmediatamente, me retracté de haberlo buscado.

Suspiró cansado, giró hasta quedar de espaldas y se agachó para tomar sus *boxers* que estaban libres y sobre el fino suelo de la señorita Lewin. De más está decir que, al hacerlo, ambas pudimos ver su mullido culo en primer plano, escoltado por sus pelotas colgantes. Por supuesto que las expresiones de ambas fueron opuestas. Levantó el resto de la ropa, su móvil y le lanzó un beso al aire a mi *nueva hot vecina* para, al fin, subir a mi departamento.

—¿Acaso tu madre no te abrazó lo suficiente de pequeño? Tienes un serio problema con las mujeres maduras —le dije mientras entrábamos a mi casa.

—¡La que tiene el problema con ellas eres tú, Pam! Yo creo que me entiendo y bastante bien, para ser honestos...

Puse los ojos en blanco y con la mirada lo fulminé de tal manera que entendió el mensaje: «¡Vístete o te echo, puerco asqueroso!».

Rio por mi expresión, pero acató la orden. Yo fui directo a la pequeña cocina, cuya barra para desayunar era lo único que la separaba de la sala de estar, y me dispuse a preparar un té.

—Además, rompiste tu promesa —expresé mientras terminaba de ponerse sus *jeans*.

—¡Eso sí que no! Creo que fui claro, Pam. Dije que no *vería* porno, no que no fuera a *hacerlo*. —Guiñó un ojo—. Y como sea... No creo que me estuvieras buscando para controlarme, ¿cierto? —Se echó sobre mi viejo sofá—. Anda, larga el rollo, que contigo me licencio de psicólogo.

Bufé. Pero tenía razón. Era mi amigo y un poco psicólogo también. Tal vez un tanto degenerado, pero bastante bueno para escuchar.

—Pues... ¿cómo resumírtelo? —expresé angustiada, al tiempo que colocaba las tazas y tetera en la práctica barra separadora de ambientes.

Enarcó una ceja, me miró fijo por unos segundos y suspiró.

—Ya ni me digas. Te descartó por la facha. Era una posibilidad, Pam. Ya lo sabías y más aun tratándose de ese tipo. ¿Quién demonios no sabe lo asqueroso y frío que es? ¡Puff! —Se levantó de un santiamén con una sonrisa de esas típicas de Chad y se acercó—. ¡Al demonio con ese viejo de mierda! ¡Vamos a festejar!

—¿A festejar qué, Chad? —Revoleé los ojos y le di su taza de té—. Además..., no es un viejo.

Frunció las cejas.

—Hasta donde yo sé, nos lleva cerca de unos treinta años, querida Pam. Ahora si se mantiene y su energía aún es como la nuestra, bueno... eso es otro

tema. —Puso cara de pícaro, pero al ver que no reaccioné, continuó—: Espera... ¿dices eso porque te dieron ganas de tirártelo? —Empezó a reír a carcajadas.

Puse los ojos a medio cerrar y negué con la cabeza.

—¿Por qué demonios todo en tu mundo tiene que ver con follarse a la gente? —Bufé y, luego de dar un sorbo, seguí—: Y no me dieron ganas. Lo hice.

Las risas desaparecieron de un segundo a otro. La cara de mi pobre Chad era... era imperdible.

Dejó el té a un lado y me tomó las manos con marcada preocupación.

—Pam..., entiendo que por este soquete de Ferdinand quieras descargar toda la rabia y también sé que no soy el más indicado para decir esto, pero... no creo que follar solucione tus problemas, ¿sabes?

¡Ja, ja, ja, ja, ja! Asqueroso hipócrita. Aunque tierno.

No pude evitar sonreír. Era tan raro y lindo ver a Chad en ese papel.

—No es lo que estás pensando, bobo. Resulta que con quien tuve la entrevista es con el señor Campbell junior, su hijo.

—Eso no cambia mucho las cosas...

—¿Y el que se haya quedado con mis bragas?

Abrió los ojos como huevos.

—¡Otra vez, Pam?! ¡Yo tendré un serio problema con las mujeres maduras, pero tú lo tienes con la ropa interior! ¡No puedes andar regalando tus bragas así como si nada!

Puse los ojos en blanco.

—Tanto porno te afectó al cerebro. ¿No entiendes? Campbell junior es... ¡el perro de los hoyuelos sexis! ¡Y se acordó de todo!

Chad se tapó la boca con ambas manos.

Y, claro, como no pudo ser de otra manera, mi móvil sonó. Tragué saliva y atendí. Era la secretaria de Campbell. Su voz afrancesada y tan elegante me hizo sentir mal, pero por fortuna la llamada no duró más de diez segundos, pues mi participación se limitó a «Con ella habla», «Por supuesto», «Muchas

gracias».

No supe si sentir alivio o ponerme a llorar.

—Pam... —expresó mientras se acercaba, lento, hacia mí.

Pero lo detuve con lo que dije.

—Estoy contratada, Chad. ¡Estoy contratada! —grité medio feliz, medio preocupada.

—¡Ahora sí que estás completa y putamente jodida, Pam!

Y nos abrazamos en una extraña mezcla de compasión con felicidad.

Capítulo 7

Cerré los ojos, respiré profundo y salí. Esa vez, con el dinero suficiente como para poder prescindir de mi antiguo pegaso rosado. Después de todo, Ferdinand no se había portado tan mal. Al menos, había regresado para dejar mi cartera... sin dinero, aunque con mis tarjetas bancarias intactas. Tampoco pude regañarlo por lo que me había hecho pasar, pues ni siquiera lo vi. Se la había dejado a mi querida y *hot* vecina con la excusa de «no molestar». Vaya paquete de novio... o ex... o... La verdad era que ya no sabía qué era él de mí.

En fin. El asunto era que, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba frente a la pastelería en la que siempre había querido trabajar. El puesto requería de un reemplazo con urgencia, por lo que al día siguiente debía empezar. Y allí estaba con la gran oportunidad frente a mis narices, aunque... se me hacía imposible no pensar en aquel *pequeño* detalle. Sí, el de las bragas. Sinceramente, no sabía si me había dado el trabajo de corazón, por la recomendación previa de Chanella o si había decidido dármelo en cuanto me vio para vengarse de mí. Después de todo, no lo conocía, pero parecía un tipo bastante pedante, frío y creído. Y, tratándose de alguien tan apetecible a los ojos de cualquier mujer, en especial para las *devorafortunas*, dudo de que alguna vez lo hubiesen abandonado en la cama. Más bien lo hacía uno de esos idiotas coleccionistas de ropa interior, rompecorazones a los que ninguna mujer les hacía efecto. Entonces, ¿y si me había dado el trabajo para hacerme pasar vergüenza? ¿Quién no lo pensaría? ¡Era una oportunidad ideal para

tramar algo bien vergonzoso, como hacer aparecer mis bragas frente a todo el mundo y gritar a los cuatro vientos lo que había pasado entre los dos! Dios mío... Sí que era una gran posibilidad aquella. No por nada suelen decir: «La venganza es un plato que se sirve frío», y el perro de los hoyuelos sexis parecía el tipo de hombre que llevaría tatuada tal frase.

Fruncí las cejas. ¿Debía entrar? Me expondría a una situación más que posible. El miedo empezó a circular en mi sangre hasta hacer efecto en mi piel y luego en mis músculos que comenzaron a contraerse para dar marcha atrás. Y así fue.

Uno, dos, tres pasos en reversa y...

—¡No esta vez! —gritó, haciéndose velozmente a un lado.

Desperté de mi ensueño miedoso y lo miré.

Sí, era él.

—Lo... lo siento, señor Campbell. Yo... —logré decir insegura y nerviosa.

Él entrecerró los ojos.

—Descuida. —Elevó su café e, irónico, continuó—: Al menos, esta vez evitamos el *húmedo accidente*, aunque... —me miró fijo por unos segundos y volvió a entrecerrar los ojos—, ¿acaso estabas a punto de huir?

Abrí los míos como pelotas de baloncesto.

—¿Huir? ¿Yo? ¡Claro que no! Solo... solo...

—Solo estabas por irte, ¿cierto? —me interrumpió a secas. Se adelantó unos pasos hasta quedar cerca de la puerta y volvió a girarse, aunque con una mirada más fría que los inviernos ingleses—. Pues eres libre de hacerlo. De hecho, si eres tan cobarde e incapaz de hacerte cargo de tus decisiones, te ruego que lo hagas. La debilidad no es bienvenida en mi empresa. —Tomó un sorbo de su café y, apuñalándome con los ojos, se despidió con un sutil movimiento de cabeza—. Buena suerte, Smith.

Y entró con un andar firme y tan seguro que hizo arder mi sangre de la furia.

«¿Huir? ¿Debilidad? ¿Buena suerte?».

¡¿Pero quién demonios se creía ese paquete?! ¡¿Me echaba y me hacía cargo

a mí?!

Tomé todo el aire que pude y, sin pensar una mierda más, entré... Claro que sin imaginar quién estaría aguardando por mí.

—¿Señorita Smith? —inquirió, mirándome de arriba abajo.

Me había impactado. Era alta, con unas piernas tan perfectas y esbeltas que daba la sensación de que podía envolverte en ellas hasta estrangularte, como en *Anaconda*. Sus ojos eran de un verde envidiable y sus pestañas, oscuras como la noche de su pelo que estaba ordenado en un hermosísimo y elegante rodete. Me hizo sentir tan minúscula y ridícula que me enojé conmigo misma por haber decidido entrar.

«Bien, Pam. Tu día ha empezado genial. ¿Imaginas cómo terminará?».

—Pam Smith, a sus órdenes —dije, extendiendo mi mano.

Enarcó una ceja al mismo tiempo que miró mi mano. Por supuesto que no la tomó.

—Bienvenida a Chocolat Home. Mi nombre es Laurie Dubois y soy la asistente administrativa de Chris Campbell. Por ende, cualquier consulta que desees hacerle o que esté relacionada al trabajo y que no sea de pastelería, lo tratarás solo conmigo. —Sonrió, acartonadamente—. El señor Campbell es un profesional de negocios y está muy ocupado como para dedicar su preciado tiempo a... a cuestiones de menor importancia —resolvió sin anestesia, aunque con un tono tan fino y agradable que imposibilitaba a cualquiera de poder replicar... O a casi cualquiera.

—*Stronzo francese* —pronunció la mujer que estaba detrás del mostrador y que no había quitado la mirada de encima de Laurie en cuanto me vio entrar. Era muy robusta, su pelo castaño como el chocolate y sus ojos, verde claro, redondos como uvas. Pero lo mejor había sido su tono de voz, seguro y alto.

Al instante, se acercó Chanella, que no pudo evitar sonreír. Había escuchado.

Laurie borró su practicada sonrisa para pasar a lucir unas aletas de nariz bien abiertas.

—¿Qué fue lo que dijo, Peter? —cuestionó a secas y marcando cada palabra.

—Pues... —Acomodó la voz para evitar una sonrisa que fue totalmente detectable—. Creo que quiso decir «elegancia francesa», Laurie. Ahora, si nos permites, necesitamos de la señorita Smith lo antes posible, pues el señor Campbell informará acerca del excéntrico pedido de nuestro último cliente. Y me gustaría acompañar a la nueva empleada para su mayor comodidad. Si nos disculpas... —Hizo un gesto con su mano para darme el paso y saludó a Laurie con la mirada para terminar aquella bienvenida de mierda en mi primer día.

Sin dudarlo, caminé y seguí a Peter hasta lo que era la cocina. ¿Cómo explicarlo? A ver... ¡Jamás había visto un espacio tan amplio, pulcro y mejor preparado! ¡Era el lujo de los lujos!

—*Wow...* —no pude evitar pronunciar.

Peter pareció no darse cuenta de mi asombro. Tal vez fue por la cantidad de empleados que se estaban amontonando en la infinita cocina.

—Chris me dijo que te vio en la entrada, pero que habías desistido del empleo. Salí lo más rápido que pude, pero, por suerte, ya estabas dentro. Fue una simple confusión, ¿cierto, Pam? —inquirió preocupado.

No iba a volver a flaquear. No, al menos, con Peter que se había jugado por la amiga de un amigo. Algo poco común y para nada valorado en los tiempos de hoy. No iba a ser ese pedazo de porquería de personas egoístas de las que yo siempre me quejaba.

—Claro, Peter. Creo que no entendió que me quedé un tanto perpleja. Aún no me lo creo. Este era uno de mis sueños. —Sonreí tímida pero sincera.

Su mirada se relajó y me devolvió el gesto. Se notaba que era una de esas buenas personas que el maldito mundo necesita.

Iba a volver a hablarme, pero su voz lo impidió.

—Y Fievel regresó. ¿O acaso debería empezar a llamarte *boomerang*? —dijo asquerosamente burlón al pasar entre un extrañado Peter y yo, pero para seguir de largo.

«*Boomerang* tus pelotas. Yo nunca me fui», pensé sin quitarle la mirada de

encima.

Idiota..., aunque debo reconocer que tenía un culo de los dioses. Si bien estaba enfurecida, no pude evitar mirar sus pompis moverse con espectacular sincronía hasta que llegó al fondo de la cocina. Y debo decir que no fui la única que lo hizo.

—Vaya pastel... —murmuró un joven picarón a su compañera.

—Je, je... Creo que no me negaría a amarlo —respondió la chica.

—Pues que no te escuche Laurie, querida. A menos que tengas ganas de sentir sus tacones en el culo.

Y... ¡sorpresa! El perro de los hoyuelos tenía dueña. Y qué dueña...

—Estás algo perdida, ¿cierto? —inquirió Chanella.

«Sí, me he perdido entre esas monumentales pompis, Peter, y que por lo visto no podré volver a apretar».

—¡Oh! No, no es eso. Solo me siento un tanto abrumada. El lugar, la cantidad de empleados...

Sonrió.

—Te entiendo, Pam. Pero no te preocupes. Esto no ocurre todos los días. —Volvió a fijar la mirada en Chris, que se acomodaba para hablar, pero continuó —: De hecho, nunca. Lo que pasa es que se trata de un evento muy especial y coincidió con esta idea un tanto extraña que ha tenido de escoger a los nuevos jefes para la pastelería.

Asentí.

Me sentía muy cómoda con Peter y me animé a entrometerme un poco más.

—Y, Peter, ¿por qué no has quedado tú directamente como gerente? Chad me ha dicho que hace siglos estás aquí y que trabajas a un nivel de exigencia inigualable.

—Pues gracias por el elogio. —Sonrió—. Y lo que preguntas fue la primera decisión de Chris, pero la rechacé. La verdad es que amo la parte exigente de este arte, pero no estoy hecho para liderar y hacerme cargo de lo que cada uno haga. No te negaré que la propuesta fue tentadora, pero la libertad de ser ese

artista de los pasteles al que los demás acuden cuando necesitan una mano me agrada mucho más y va mejor conmigo. —Suspiró—. Pero me alegra que gente como tú o Annetta puedan llegar a ocupar ese puesto.

Fruncí las cejas.

—¿Annetta?

Peter movió sus labios para responder, pero no pudo continuar, pues el perro aullador con culo de mula comenzó a hablar.

—Buenos días a todos. —Saludamos en respuesta—. Seré breve, pues no me gusta este tipo de intervenciones, pero la situación lo amerita. Por lo visto y escuchado, algunos ya se han enterado que mi más fiel Peter Chanella ha rechazado el puesto que debía ser para él. —Se oía un murmullo de fondo. Y, de pronto, un claro «Idiota» se escuchó en una voz femenina y enfurecida que hizo sonreír a Peter. Chris acomodó la voz para que volvieran su atención a él—. Pues bien, no estaba en mis planes, pero con esa decisión y el pedido de un exclusivo y particular cliente, la gerencia se ofrecerá en dos puestos: una jefatura en Gestión Gastronómica y otra en Diseño Creativo, que quedarán en manos de quienes logren diseñar y hacer el mejor pastel para este comprador. —El murmullo aumentó—. Claro que el trabajo deberá ser realizado en duplas y se les indicará ciertos gustos del cliente para que puedan diseñar lo más acertadamente posible. Desde ya que pueden no participar en esta competencia y, de ser así, deberán informarlo a Laurie. ¿Alguna pregunta?

Un hombre levantó la mano. Chris le cedió la palabra.

—Señor, ¿puede decirnos quién es el cliente?

—No aún, pero sí que es cercano a la realeza. Se trata de alguien muy respetado en su ambiente.

Una mujer elevó su mano. Era la misma que había intervenido cuando conocí a Laurie.

—¿Y cómo rayos personalizaremos el maldito pastel si no sabemos de quién se trata? —inquirió con un tono poco paciente.

Chris, acomodando la voz, trató de guardar la sonrisa que le había generado

su expresión.

—Entiendo lo que dices, querida Annetta. Pero no puedo decir quién es por pedido exclusivo del cliente. Aun así, podrán conocerlo y saber de sus gustos dentro de tres sábados, pues deberán asistir a una fiesta de presentación que realizará en el parque de su casa en las afueras de Londres. Allí no solo lo conocerán, sino que deberán llevar una muestra del pastel y el dibujo del diseño que realizará cada una de las duplas. Pero al tratarse de una fiesta de gran envergadura, el cliente solicitó que se presenten como invitados y, si lo desean, con un acompañante. Por favor, recuerden informar a Laurie el nombre de su pareja con tiempo, pues la seguridad es extrema y podría ser considerado una gran descortesía no cumplir con las formalidades habituales. Por otra parte, sí me ha autorizado a indicarles tres importantes cuestiones que tendrán para inspirarse y tener en cuenta a la hora de realizar sus trabajos. —Tomó un papel y lo abrió para leerlo—. Uno: su familia es próxima a la realeza. Dos: la fiesta principal se hará en un lugar con vista al mar. Y tres: ama lo clásico, aunque el sabor debe ser tan único y especial como el de la mismísima *perla negra* de Périgord[10]... —Acomodó la voz.

«WTF[11]...».

La gran mayoría frunció las cejas sin entender cómo demonios se había dado tal mezcla.

—Otro maldito rico, cocainómano fumador de hierbas de mierda... —acotó Annetta, ajena al contexto.

Chris tosió tentado.

—Pues bien. Eso es todo por ahora. —Iba a retirarse, pero volvió a elevar la vista hacia el fondo. Mejor dicho, hacia mí—. Oh, lo siento. Olvidé mencionarles que en el día de hoy ha ingresado el reemplazo de Martha. Su nombre es Pam Smith. Por favor, denle la bienvenida y sean cordiales con ella. Nos vemos en los próximos días. Para entonces, espero grandes avances. Hasta pronto y que tengan buenos días.

Apenas giraron para mirarme. Todos estaban concentradísimos en encontrar

una pareja. Suspiré aliviada por no haberme convertido en el centro de atención.

Sin embargo...

—Con que tú eres Pam... —dijo mientras se me acercaba. Era la mujer robusta que había estado detrás del mostrador y que, por su tono de voz, también había intervenido minutos atrás.

Peter apoyó su mano en mi hombro.

—Ella es Annetta. Y si me lo permites, Pam, te recomiendo que seas su pareja.

Sonreí y acepté la propuesta. Después de todo, no conocía a nadie ni tenía las agallas de lanzarme a ello.

—Pareces bastante normal... O, al menos, no una zorra como todas las de aquí —dijo con mirada de «me importa un huevo» a un par de chicas que la miraron rabiosas por su comentario. Claro que su sorprendente mente sin filtros no se detuvo ahí—. Solo no te embaraces, ¿sí? —suplicó, extendiéndome su mano.

Reí al mismo tiempo que acepté su saludo.

Embarazarme... ¡Ja! Era lo único que me faltaba.

Capítulo 8

Dos semanas. Ese era el tiempo que había pasado desde mi primer horrible día en la pastelería. Quince días en los que mis ojeras habían aumentado un ciento por ciento y en los que mi lento cerebro había absorbido miles de recetas tan minuciosas y perfeccionistas como únicas y secretas. Desde el sencillo *mi-cuit au chocolat* con crema inglesa —que había aprendido a hacer gracias a la gran Maggie— hasta un *pâte à choux* o un delicadísimo *macaron*, todos con el toque y punto de cocción específico de la pastelería, me estaban volviendo loca. Y todavía me faltaban varias recetas exclusivas y difíciles de mi nuevo lugar de trabajo. Pero, aun con todo ese peso y las extensas jornadas, no era lo que más me había preocupado hasta entonces. Estaba distraída. Si las pocas veces que lo había tenido frente a mí, los nervios se habían debido a su presencia, para entonces fue su ausencia lo que me mantenía preocupada, ofendida y, por sobre todo, intrigada. ¿Tan poco le importaba su propia pastelería que desaparecía casi dos semanas? ¿Qué tipo de hijo cuidaba así lo que su padre había construido con tanto esfuerzo? Pero no me sorprendí tanto al recordar su actitud en la fiesta, que supuse que había sido para él. Era un malcriado desagradecido. Fue entonces que me pregunté si realmente la situación extraña y loca de haberme contratado luego de haberse acostado conmigo no era algo corriente en él. ¿Y por qué no? Era joven, apuesto, con buena posición económica. Era muy probable que lo que había ocurrido conmigo lo hubiera hecho antes, en su tiempo como gerente, con alguna otra.

Incluso podía ser la forma en que Laurie, antes de convertirse en su aparente novia, consiguiera su empleo. Como fuera, aunque enojada y, a veces, con rechazo no dejaba de preguntar por él. La más afectada era la pobre Annetta que, además de verse obligada a explicarme absolutamente todo lo del trabajo, debía soportar mi curiosidad desmedida en asuntos poco relevantes relacionados al nuevo y *hot* propietario, aunque también me animé a cuestionarle por qué el señor Campbell le había cedido la pastelería a su hijo o si este pensaba regresar en algún momento. Claro que no supo responderme y sus pocas pulgas tampoco me permitieron insistirle más. Sin embargo, las preocupaciones no fueron realmente serias hasta que...

—¿Seguro que estás bien? —inquirió un preocupado Chad.

A duras penas, levanté los dedos asintiendo.

Una de sus manos sostenía mi trenza mientras que la otra estaba apoyada en mi encorvada espalda, tratando de mitigar el esfuerzo. Y yo, pues... tirada en el piso de mi minúsculo baño con la cabeza metida en el retrete.

—¡Puaj! —exclamé levantando el rostro seguido de un gran suspiro—. ¡Ya está! ¡Solo una descompostura! —Sonreí y me levanté sacudiendo mi *ropa*.

Chad chasqueó la lengua.

—Descompostura una mierda, Pam. Mírate... No puedes más contigo misma.

Puse los ojos en blanco y salí del baño perseguida por mi amigo.

—Si lo dices por mi *look* —resalté—, entonces llevo años sin poder conmigo.

Ni bien llegué a la cocina, metí las narices en la heladera en busca de ese algo que tapara el ruido de mi estómago.

—Ya me he dado por vencido. Tu poco amor y respeto por la moda es tan implacable que ni un vagabundo aceptaría tus prendas. Ni aunque le pagaras. En serio —dijo con la mirada cansada. Y siguiendo cada uno de mis movimientos, suspiró—. Más bien me refería a lo otro. Tus arcadas. Y ahora tu extraña desesperación por vaciar el refrigerador.

Cerré la puerta del refri de un sopetón. Me saqué el *cupcake* que tenía en la

boca y dejé los otros cinco sobre la barra.

Suspiré.

—No es nada. Solo son nervios... Ya me conoces. Estamos a pocos días de la fiesta presentación de gustos y ni Annetta ni yo sabemos siquiera qué maldita mezcla hacer para el relleno. —Volví al pastelito, que no tuvo suerte y quedó por la mitad de un solo bocado.

Chad elevó una ceja.

—Pam..., jamás comiste así. Jamás tuviste ese tipo de arcadas y, lo más extraño: jamás perdiste la cortesía... hasta ahora. —Miró el medio *cupcake* y el resto, que estaban amontonados esperando el mismo destino.

Dejé de masticar en cuanto lo dijo. ¡Era una bestia! ¡No le había ofrecido siquiera uno! ¡¿Qué rayos me sucedía?! ¡Yo no era así! ¿Es que acaso...?

—¿No estarás embarazada? No quiero alarmarte, pero la verdad es que esto sí que es preocupante... Las dos cosas, lo de la ropa y esta nueva conducta, claro —acotó medio divertido para no sonar tan preocupado.

Tragué saliva. No supe qué responder. Mi mente no me había permitido dudar hasta entonces. Había estado completamente enfocada en la pastelería... y en *su ausencia*. Y, a pesar de mi gran esfuerzo por brillar, sabía que, para que aquel empleo temporal pasara a ser estable y fijo, debía ganar aquella absurda competencia. Pero nunca lo lograría sin antes convertirme en una digna *pastry chef*, *cake designer* de Chocolat Home. Algo que, si hasta entonces me estaba costando bastante, no quería imaginar con esta nueva y gran incertidumbre.

—Me he cuidado, Chad —me salió decir, tímida y confundida.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuándo fue la última vez que tuviste relaciones sexuales, Pam? Si mal no recuerdo, no fue con el idiota de Ferdinand. Y hasta donde te conozco, no eres de las que suelen llevar condones en el bolso *por si acaso*...

—Se cruzó de brazos sin quitarme la mirada de encima—. Tendrás que hablar con él —sentenció.

Abrí los ojos como platos de sopa.

—¿¿QUÉ!?! —exclamé horrorizada—. ¡Eso jamás! ¡Podría perder mi empleo! ¡O, al menos, la posibilidad de él! —Sacudí la cabeza de los nervios que me daba el abanico de desenlaces, en los que, sin poder evitarlo, incluía a Laurie—. ¡Estás loco, Chad! ¡Es simplemente imposible! ¿¿OK?! Yo... —Traté de hacer memoria, pero lo único que se me vino a la mente fue el tamaño de su miembro y cómo me había reído al verlo—. ¡Mierda! ¡Estoy casi segura de que usó uno! Estaba todo un tanto borroso, pero vi cuando... cuando se tomó su... ya sabes... su... *baguette*[12].

—¡Oh, por Dios! —exclamó Chad asqueado—. ¿¿Tenías que decirlo así?! ¿¿No pudiste simplemente llamarlo «pene»?!

—¿¿Qué rayos quieres que haga, Chad?! ¡No estoy acostumbrada a hablar de estas cosas! ¡No me gusta y lo sabes!

Negó con la cabeza.

—¿Y qué me dices de Ferdinand? ¡Y no me refiero al tamaño, por favor! ¡Guárdate esa información para ti! —se atajó—. Solo dime si con él te cuidaste, si es que has tenido algo más que una primera vez con ese estiércol. —Suspiró.

—Sí. Lo obligué a ponérselo. De hecho, fue la noche anterior a... mi renuncia. Un poco más de dos semanas, más o menos.

—¿Y te engañó al día siguiente de haberse acostado contigo? —Bufó con rabia—. Al menos te conseguiste un pedazo de mierda con varias municiones, Pam...

Y hubiera seguido insultando de no haber sido por el «clinck» de mi móvil. Mensaje de texto... de Ferdinand.

Lo leí y suspiré. Chad me miró con cara de «¿y ahora qué?».

—No vendrá... a la fiesta de presentación de pasteles. No puede acompañarme. —Me dejé caer sobre la silla y me tomé la cabeza con ambas manos—. ¿Qué voy a hacer, Chad? ¿Qué rayos haré? ¿Es que no entiende lo importante que es para mí este evento? ¡No puede hacerme esto! ¡No puede! ¡Se lo pregunté mil veces y le dije que no era una fiesta normal! ¡Que me

respondiera con responsabilidad! ¡Esto es muy serio! ¡Será una vergüenza!
¡No puedo avisar a último su ausencia a causa de su idiotez! —Me acurruqué y
abracé mis piernas—. Y encima todo esto... ¡Mierda! Me echarán, Chad... Me
echarán...

Su mano le dio calor a mi hombro.

Elevé la vista y una media sonrisa, mezclada con compasión, me llenó de
esperanza.

—¿Qué dices? ¿Me veo como un «Ferdinand»?

Sonreí y, sin pensarlo, salté para abrazarlo. Él era el gran Chad.

Mi Chad.

Capítulo 9

Y varios días después...

—Es la puta quinta vez que me lo preguntas en el día, Pam. Ya te lo he dicho, no sé cuándo es que volverá ni me interesa. Eso deberías preguntárselo a la estirada lamepollas de Laurie. Ella siempre sabe dónde está su pene. Por lógica, sabrá dónde mierda está él..., a menos que se lo haya cortado, algo muy probable de que ocurra cuando la zorra francesa detecte tu estúpido interés en Chris —sentenció Annetta, harta de mí.

Suspiré y me desplomé sobre una de las sillas para contemplar a mi compañera que chequeaba en la web sobre la estética de los extravagantes pasteles de la realeza. Por suerte, ya teníamos la muestra que llevaríamos a la fiesta. No estábamos muy convencidas, pero un pastel de vainilla, relleno de *mousse* de fresas silvestres y *champagne*, era clásico y aceptable, aunque bastante lejano a la maldita metáfora excéntrica de la perla negra de Périgord. Trataríamos de ganar con la propuesta de estética que teníamos hasta el momento: tres pisos recubiertos de un blanco immaculado y cada uno decorado, en el centro, con la clásica rosa de Inglaterra.

Como fuera, me sentía una estúpida. Ya ni me daba cuenta de la cantidad de veces que preguntaba por el perro de los hoyuelos... o, mejor dicho, mi jefe. Sin embargo, a mi estúpido interés sin sentido se le sumaba la preocupación de que detectaran mi nuevo estado de desesperación. Algo que, muy probablemente, no tardarían en descubrir...

Chanella, que acababa de entrar y saludar con su amigable tono, se acercó a mí para ofrecerme un poco de su enorme infusión. Mi nariz enseguida sintió el intenso olor del café con leche que no tardó en llegar a mi cabeza y... estómago.

Mis mejillas se inflaron unas dos veces y, aunque intenté sellar mi boca con la mano, no pude evitar el triste desenlace.

Corrí lo más rápido que pude hasta el cesto y...

—¡Puaj! —Descargué toda mi porquería.

Respiré profundo, me limpié y acomodé los mechones de mi pelo detrás de las orejas para erguirme y girarme.

El silencio no era lo peor, sino los rostros boquiabiertos de Chanella y Annetta.

Tragué saliva y me volví a sentar como si nada hubiera ocurrido.

—¡Maldito y puto imán de mierda! ¡¿Qué rayos sucede que todas las que se me acercan se preñan?! —expresó Annetta.

Suspiré y revoleé los ojos.

—No estoy embarazada. Fue solo un mareo.

—¡¿Mareo?! ¡¿Acaso estamos en un maldito barco que de la nada te pones a lanzar?! ¡¿Crees que somos idiotas?! ¡Ni un estúpido borracho te creería semejante excusa de mierda, Pam! —terminó decir antes de bufar enfurecida.

Peter, aún sorprendido, se me acercó y me tomó ambas manos.

—Pam, debes ser honesta con nosotros. Por favor, dinos, ¿estás embarazada?

Lo miré y luego dirigí mis ojos a una preocupada y cruzada de brazos Annetta.

No podía mentirles.

—No... No lo sé.

—Pe... ¡¿Pero qué demonios?! —gritó Annetta. Se tomó la cabeza por unos segundos y luego puso sus manos en la cintura, en forma de jarra—. ¿Acaso olvidaste cómo mear? ¿Tienes puta idea de lo que es un test de embarazo? —inquirió sarcástica.

—Hace solo tres semanas que... que...

—Que te follaste a un tipo. Sí, ¿y qué?

A desgano, asentí.

—Bueno, por lo que leí, sé que aún es muy poco tiempo para hacer un test. Por lo que...

—¿Y qué esperas para hacerte el maldito análisis de sangre?

Fruncí las cejas y suspiré. Peter entrecerró los ojos. Me había comprendido.

—Tienes miedo de perder la posibilidad de quedar como efectiva aquí, ¿cierto?

Afirmé con la cabeza y los ojos llorosos. Claro que mi miedo era mucho mayor al saber quiénes entraban en juego...

Annetta frunció la frente.

—¿Y por qué rayos iría a perder el trabajo? Eso es una estupidez.

—Annetta, Pam ingresó como temporaria. Y cree lo lógico. Si se enteran de que es probable que esté embarazada, la despedirían, pues no sería algo redituable para la empresa. A lo sumo, la dejarían cumplir el tiempo como temporaria para definitivamente no contratarla —dedujo Peter sin saber lo inimaginable.

—Por favor, no quiero negar la posibilidad, pero no quisiera que este *asunto inesperado* se torne un obstáculo para cumplir mi sueño, ¿entienden? De estar embarazada, no dudaré en decirlo. Pero no ahora. Quisiera tener la chance de demostrarle al señor Campbell lo que puedo lograr. Si decide no efectivizarme, que sea por mi falta de experiencia o por no lograr cumplir con su nivel de exigencia profesional, pero no por un posible embarazo. Por favor, entiéndanme.

Annetta se rio sin poder evitarlo.

—Mierda... Se nota que no conoces ni un poco a Chris. —Se sentó y, más calma, acercó su silla a la mía—. Escúchame, podrás tener mucha razón en lo que has analizado, pero ante todo debes ser honesta. Más aun tratándose de un tipo como es nuestro jefe. No voy a mentir. Es un gran pedazo de mierda

egocéntrico y estirado, pero solo en apariencia. Créeme. No regala nada, pues no es Santa Claus ni mucho menos Mahatma Gandhi, pero si te mereces el maldito trabajo, te lo dará aun así seas una zorra embarazada, ¿OK? —Sonrió.

Peter hizo el mismo gesto risueño al tiempo que asintió con la cabeza.

Sin dudas, eran buenas personas y, por unos segundos, dudé en contarles la verdad entera, pero no pude seguir analizando, pues...

—¿Quién está embarazada?

Esa voz. Ese tono. Era ella. La...

—Lamepollas a la vista —dijo Annetta, irguiéndose mientras negaba con la cabeza.

Laurie entrecerró los ojos.

—¿Acaso eres tú la preñada, Annetta? Déjame adivinar... ¿Esperas quintillizos? —Señaló el mullido vientre de mi compañera sin filtros—. ¡Felicitaciones! ¡Qué más puedes pedir! ¡Enhorabuena! ¡El sobrepeso no se debe a tu maldita boca! —ironizó punzante a un nivel que nos dejó helados tanto a Chanella como a mí.

—¡Son mellizos, zorra! —exclamó Annetta tras tomarse sus enormes senos.

Laurie negó con la cabeza, pero aquello no le hizo olvidar lo central.

—Pues bien. ¿Nadie va a responderme? ¿Quién está embarazada? ¿Eres tú, Smith? Pues dudo de que esta poco elegante italiana se haya acostado con alguien, a menos que haya vuelto con ese perdedor de artesano.

«¿Artesano?». Interesante historia que mi curiosidad no dejaría pasar, aunque no en ese preciso momento.

—Vete a la mierda, Barbie sin tetas —replicó.

Laurie puso los ojos en blanco y volvió a mí.

—Responde. ¿Estás embarazada, Smith?

Y mis ojos se hubieran quedado estancados en los verdes de ella, analizando qué responder. Hubieran hecho eso, sin duda, de no ser por la llegada de él.

Sus ojos se hundieron asombrados en los míos. Y yo no pude más que rendirme a la mirada de Chris, aunque sin poder evitar que una lágrima rodara

por mi mejilla.

Capítulo 10

¿Impotencia? ¿Vergüenza? Tal vez. Pero mi corazón tenía bien en claro que lo que en realidad sentía todo mi cuerpo era aquel maldito sentimiento del que jamás me despojaría: miedo.

Allí estaba, en su oficina, sentada enfrente de él como en la entrevista, pero esta vez no nos separaba solo un estúpido escritorio. El miedo, la incertidumbre y el asombro formaban un gran abismo entre ambos. Y, por supuesto, Laurie era la perfecta guardiana de aquella brecha.

—Creo que tienes mucho que explicar, Smith. ¿No crees? —preguntó Anaconda de París.

Tragué saliva. Apenas pude dirigirle la mirada por una milésima de segundo. Yo solo quería mirar el piso, a la espera de que se rajara y me tragara.

—¿No contestarás? —Se impacientó Laurie, y se cruzó de brazos—. Porque de ser así, puedes retirarte y no volver jamás.

La miré como pude. Parecía más alta de lo que en realidad era. Esos tacones y el hecho de que estuviera a solo unos pasos de mí, una escuálida y pequeña pelirroja de metro sesenta sentada en una silla, me hacían sentir absolutamente ridícula y minúscula.

Mis labios comenzaron a moverse para intentar explicar algo que ni yo aún entendía. Pero decidieron llevarme a tartamudear para luego temblar y endurecerse hasta enmudecer de nuevo. No quería llorar. No quería...

—¿Pero qué demonios te pasa?! ¿Acaso eres una niña que no puedes

responder como un adulto?! ¡Responde! ¡¿Estás embarazada o no?! ¡¿Entregaste una orina ajena para que diera negativo en los análisis preocupacionales?! —vociferó harta de mi silencio absoluto.

—¡No! —exclamé, y liberé mis lágrimas llenas de rabia. Pero no podía mentir—. Solo entregué mi orina..., pero tampoco sé si estoy o no embarazada —continué resignada, y volví mi mirada al suelo.

Laurie rio indignada. Acomodó su voz, respiró profundo y dirigió los ojos a Chris para, seguramente, sentenciar y dar por cerrado el caso. Pero no pudo. El gesto de su mano frenó aquella lengua de víbora.

—Es suficiente, Laurie. Puedes retirarte. Yo me encargo.

—Chris, no tienes por qué preocuparte. Siempre me hago cargo de estos asuntos. El tema es simple: nos ha ocultado información más que importante, ha mentido y se ha aprovechado de tu buena fe. Pero la gran noticia es que nos hemos dado cuenta a tiempo del *tipo* de persona que es. —Sonrió la muy zorra—. Como sea... Tienes mucho que hacer. No tienes por qué lidiar con esto, así que...

—Dije que te retires —la interrumpió seco y determinante.

Se hizo un breve silencio, aunque no tardó en volver a la carga.

—Pero, cariño, yo sé que tú...

Chris frunció las cejas, algo extrañado, algo furioso. Al parecer sus cejas tenían un poder especial cuyo efecto no solo me había llegado a mí.

Laurie mordió su labio inferior, escupió todo el aire de sus pulmones y me clavó una fría mirada antes de retirarse sin emitir palabra alguna.

No voy a decir que sentí un gran alivio, pero sí que el peso se tornó mucho menor..., por unos segundos, pues recordé que él estaba allí. Él. El perro de los hoyuelos sexis.

«¡Maldito y estúpido destino! ¡¿Por qué a mí?! ¡¿Qué demonios se supone que le diré?! ¡¿Que he estado vomitando y comiendo como una maldita vaca durante los últimos días por nervios?! ¡¿Que, en caso de que no fuera eso y sí lo más sospechado, el padre de la pobre criatura podría o no ser él?!

¡Magnífico!».

Y era cierto. Si estaba preocupada por solo tener el título de diseñadora de pasteles, para entonces podía quedarme tranquila porque sentía que acababa de recibirme de *zorra*.

No sabía por dónde empezar, pero, por fortuna, él dio el primer paso.

—¿Te encuentras bien? —inquirió lo más frío que pudo, aunque no pudo evitar poner su mano sobre la mía. Enseguida se dio cuenta de mi sorpresa y, veloz, la quitó de encima.

«¡Oh! ¡Pero claro que sí! ¡De maravillas! ¿Quién no lo estaría? ¿Qué más puede pedir una chica que ser engañada por su novio de la forma más vergonzosa para luego conseguir el trabajo de sus sueños bajo las órdenes del tipo al que se tiró por despecho, eh? ¿Qué más se puede pedir? Tal vez... ¿un embarazo? ¡Bingo! ¡Aquí tenemos a la ganadora del premio más de mierda que se pueda esperar! ¡Pam Smith! ¡La *loser*[13] número uno de Londres y del puto mundo de los pasteles!».

—Pues... no muy bien —me limité a decir.

Chris respiró profundo y apoyó su espalda en la silla. Sus fríos ojos no dejaban de mirarme, aunque podía jurar que con una especie de compasión encubierta.

Aquello me paralizó. Como todo... Pero si había algo que siempre me movilizaba, era que se creyera algo de mí que no era cierto. Eso y que me desafiaran, claro.

Y así, como si Maggie hubiera bajado del cielo para abofetearme con algún libro erótico —pues siempre llevaba uno en su mano—, reaccioné.

—¡Pero quiero aclarar que no les he ocultado nada! ¡Lo juro! Sé que parece todo una locura, pero no es así. Yo solo...

—¿Y te parece que no es una locura? Si estás diciendo que no nos has ocultado nada, ¿por qué dicen que estás embarazada, Smith?

Suspiré. Tras que no era buena hablando, dar explicaciones no me ayudaría a amar el arte de la oratoria. Pero debía hacerlo y lo mejor que pudiera.

¿Hacerlo con cortesía? ¿Detalle por detalle? O...

«Ve al grano», me imaginé a Maggie murmurarme.

—Desde hace unos días que tengo vómitos y apetito desmedido, pero yo lo adjudico a mis nervios, pues en estas tres semanas viví más que en mis últimos veinte años —dije rápido y sin respirar.

El canino sexi frunció el entrecejo.

—*Tres semanas...*

—Sí, más o menos —dije sin imaginar lo que analizaba él—. Pero Ferdinand siempre se cuida, así que no tengo por qué...

—¿Ferdinand? —inquirió extrañado.

Levanté la mirada y enseguida me volví a ubicar en tiempo y espacio. No estaba hablando con Chad, sino con mi jefe..., aunque también era el tipo del que me había aprovechado.

«¡Mierda! ¡Mierda!».

—Cielos... Sí, Ferdinand, mi nov... mi exnov... —Sacudí la cabeza y lo llamé por lo que realmente lo identificaba—. El sujeto que me fue infiel con su jefa sobre mi mesa de trabajo.

—¡Oh! ¡Claro! —expresó risueño, conteniéndose. Pero no le duró mucho, pues suspiró y, tras desabrocharse el botón superior de su camisa, volvió a hablar—: Eso significa que...

—¡Nada! ¡Simplemente que son nervios! ¡No hay más chances! No existe otra posibilidad, pues...

Entrecerró los ojos, analizaba cada uno de mis gestos.

—Quiero creer que aún recuerdas que tú y yo hemos tenido un encuentro algo más que *tibio y húmedo*... —Quise hablar, pero me interrumpió para terminar su oración—. Y no me refiero al accidente con el café, Smith.

«¡Rayos!».

Acomodé la voz y, con toda la negación que una persona pudiera tener en su psiquis, repliqué:

—Pues sí, pero... si mal no recuerdo, tú... —Tosí muchas veces y seguí

balbuceando pavadas sin sentido.

Su mirada permanecía fija en mí y con las cejas tan fruncidas que se notaba que dudaba si yo, simplemente, no era buena hablando, o bien me había golpeado la cabeza de chica, lo que me habría anulado varias de las principales funciones cognitivas del cerebro.

—Espera. Cálmate —me interrumpió, y largó todo el aire de un sopetón—. Estás queriendo decir que tú recuerdas, ¿qué cosa de mí?

«¿Cosa? ¡¿COSA?! ¡Claro que sí! Pues...».

El ridículo de la semana en tres, dos, uno...

—¡Exacto! Recuerdo bien cuando tú tomaste la base de tu *baguette* y...

Sus ojos se abrieron como platos y el ceño se le arqueó como el lomo de un gato.

—Aguarda... ¿Oí mal o realmente dijiste «*baguette*»?

«¡Bien, Pam! ¡Felicitaciones! ¡Acabas de decirle de la forma más ridícula que tiene un pene enorme y largo! ¡Sigue así y tal vez te promueva!».

Llevé las puntas de mis dedos a la boca en un intento de vergüenza. Y digo «intento» porque ya no me quedaba más.

—Sí... —Y como si hubiera sido poco, mis ganas por hundirme a mí misma continuaron haciendo de las suyas—. Lo siento, solo me quise referir a tu... miembro.

«¡Oh! ¡Sí! ¡No olvides explicarlo, Pam! ¡Seguro que no lo entendió!».

Sus mejillas se sonrojaron y la risa, que hacía semanas tenía contenida, resonó en toda su oficina.

—Sin dudas, eres una caja de sorpresas, Smith. Y debo reconocer que tu francés ha mejorado *desde entonces* —dijo sugerente.

«Oh, por Dios... Un perro sexi y con memoria de elefante. Genial».

—Pues bien... No sé qué es lo que tú recuerdas, pero, si bien suelo ser un hombre precavido, no puedo asegurarte que todo haya salido como seguramente ambos esperamos. Por lo que...

—Por favor, no me eches —le dije, pensando en Laurie, aunque sin poder

evitar que mi mirada penetrara la suya en una sincera súplica.

Frunció las cejas con gran ofensa.

—¿Qué dices? ¿Por qué haría eso? ¿Acaso tienes idea de cómo soy? Si lo mereces y ganas la competencia, el trabajo será tuyo y punto. Nada tiene que ver este asunto. Por supuesto que es un embrollo, sí. Pero hacer con mi vida y dinero lo que quiera no me hace un desalmado irresponsable. —Bufó y miró para el costado, herido, enfurecido. Y su frialdad volvió—. El asunto es sencillo: sigue con tu trabajo. En unos días, te realizarás un nuevo análisis. En caso de estar embarazada, haremos el estudio de ADN. —Se levantó y se acomodó el elegante saco, aunque sin quitarme la mirada de encima—. Y puedes quedarte tranquila que, si es mío, tomaré la responsabilidad como es debido, Smith.

Tragué saliva. Aquellas palabras me habían caído como un puñal de hielo en el pecho. ¿ADN? Cielos... Es que era cierto, ¿qué más podía pretender de él? De hecho, debía estar agradecida de que fuera aquel hombre responsable que decía ser, pero la verdad era que jamás, ¡jamás!, hubiera imaginado tener un hijo en esas condiciones. Adiós con el típico sueño de una familia clásica y de ensueño.

Me levanté para salir de la oficina y, en cuanto Chris abrió la puerta, los ojos llenos de lágrimas de Laurie no fueron tan llamativos como el gesto de rabia de su boca endurecida.

—¡¡Perra asquerosa!! —gritó, saltando directo a mi cuello.

Capítulo 11

—**P**ues, para haber recibido un ataque de esas garras esculpidas, estás bastante bien. Cualquiera en tu lugar se hubiera quedado sin mejillas ni cuello —dijo Annetta mientras me limpiaba con un paño embebido en alcohol.

—¡Auch!

Los rasguños de Laurie habían sido más eficientes de lo que hubiera esperado.

—Y gracias a Chris, no llegó a más —dijo Peter, acercándose lentamente hacia mí—. Pero no termino de entender lo que sucedió, Pam. Intenté preguntarle a Chris, pero no pudo decirme nada, pues tuvo que acompañar a Laurie hasta su apartamento. Estaba realmente fuera de sus casillas.

—Siempre lo está. Es una estúpida y loca perra francesa —dijo Annetta descargando la simpatía que la secretaria y supuesta novia de Chris le producía—. Aunque debo reconocer que, si esta Barbie tiene una lista de personas más odiadas en su vida, acabas de sacarme el puesto número uno, Pam. ¿Qué rayos sucedió allí dentro?

Suspiré. Enseguida sentí la mirada de ambos junto a un silencio de espera lleno de ansiedad que no duraría mucho.

—Aguarda... Solo una cosa la puede volver más loca que yo... ¿Te abalanzaste sobre el pene de Chris y frente a su respingona nariz francesa?!

—¡Annetta! —exclamó un avergonzado Peter.

Largué todo el aire de mis pulmones.

—¡Lo sabía! ¡Fue eso! ¡Fue eso!

Chanella abrió los ojos como dos huevos fritos y yo solo tragué saliva.

—Pam... ¿En serio hiciste eso? ¡¿En qué demonios estabas pensando?! —preguntó él.

—Y seguro que fue con su boca. Es lo más rápido que pudo haber hecho para que esta loca se pusiera así en tan poco tiempo. Además, ninguno de los dos estaba en pelotas, así que...

Nerviosa, negué varias veces con la cabeza.

—¡No, no y no! —exclamé para que Annetta dejara de crear esas espantosas imágenes que solo podían existir en su mente sin filtros y en la depravada de mi amigo Chad.

—¿No? —inquirieron ambos al mismo tiempo y con las cabezas hacia un lado, como si no hubiera chance a otra explicación.

Bufé enfurecida. Definitivamente, trabajar en esa pastelería no dejaba muy bien de la cabeza a los pobres empleados.

—Eso no...

—Pero... —continuaron ansiosos.

—Pero sí me acosté con él, ¿OK?

Y al unísono, sus bocas se abrieron como la de los peces en busca de oxígeno.

—¡¿Qué demonios...?!

—¡Pero no ahora! —me atajé, tratando de evitar una nueva escena pervertida en manos de Annetta.

—No entiendo, Pam —intervino Peter—. ¿A qué te refieres con el «no ahora»? Chris no ha estado presente estas últimas semanas y...

—¡Te lo tiraste el día de la entrevista! ¡Eso sí que es ser malditamente zorra y efectiva! —dijo Annetta divertida y natural.

Claro que a mí no me causó ninguna gracia. Y Peter frunció el ceño con los ojos más abiertos que antes. Creo que no podía encontrar lógico que yo, con mi facha y conducta de desafortunada joven, pudiera esconder semejante perra

descorazonada y porno como la que había creado mi querida compañera con sus deducciones.

—¡Ya basta, Annetta! ¡No ocurrió nada de todo eso! Solo...

—Te lo follaste, sí, ya lo sabemos. El enigma es descubrir cuándo —me interrumpió entusiasmada y sin problemas.

Puse los ojos en blanco y, por fortuna, Peter apoyó su mano en mi brazo; me daba el espacio para que contara si así lo necesitaba. La verdad era que hubiera preferido no hacerlo, pero, viendo lo rápida y contundentemente efectiva que era la imaginación de Annetta en los demás, me vi obligada a explicar.

—Sí, es cierto. Me acosté con él y, si pudiera dar marcha atrás en el tiempo, les juro que no lo repetiría.

Annetta, de inmediato, largó una carcajada.

—¡Oh, sí, por supuesto! —Puso una voz ridícula y aguda, que acompañó con gestos de niña—: «Si pudiera volver el tiempo atrás, no me acostaría con semejante bombón de chocolate blanco que todo el puto mundo quiere tirarse. ¡Juro que no! ¡Juro que no!» —intentó imitarme.

La verdad era que tenía razón. No me arrepentía de aquella noche. No, al menos, de lo que había ocurrido antes de perder mis bragas. Otro asunto más que debería resolver, pero que, por supuesto, no me convenía acotar en ese momento.

—Pe... pero ¿cuándo, Pam? No pareces ese tipo de jóvenes que en una entrevista fuera a hacer eso con tal de conseguir el trabajo de sus sueños —dijo Chanella.

Annetta hizo trompetilla con su boca. Preferí no responder a ese gesto. Yo hubiera pensado lo mismo de no haber sabido lo que en realidad había ocurrido.

—No hice eso, Peter. La verdad es que estuve con Chris. Sí. Pero fue antes de la entrevista y ni siquiera sabía que él era él. —Negué con la cabeza tras ver la expresión de desconcierto en ambos—. A ver... cómo rayos explicarlo...

—Tomé el aire que pude y lancé todo tal como venía a mi mente—. La noche en que fui a esa fiesta y en la que nos introdujo Chad, conocí por accidente a Chris. Yo estaba buscando un... *toilette* y...

—*Toilette* —me corrigieron el francés de cuarta que tenía.

—Sí, eso. Y bueno... subí las escaleras y lo encontré a él cantando, lo que me llamó la atención, por lo que...

—Espera... ¿Chris cantando?! ¿Ese día?! —inquirió Chanella extrañado—. No puede ser, Pam.

—Cielos, hoy es día de «a la mierda con las máscaras» o esta chica está más loca que Laurie —agregó mi compañera de lengua veloz.

—Sí, Chris estaba cantando. Y si no me crees, ve y pregúntaselo. Estaba solo y aullando sin parar un tema de The Beatles con una botella de micrófono. Con esto quiero decir que también estaba ebrio, aunque él lo niegue —sentencié.

—Mmhh... Tiene sentido —expresó Chanella, pensativo.

—Y... con esto entonces quieres decirnos que te aprovechaste de él, ¿cierto?

—¡Annetta! —la reprendió Peter tras despertar de su análisis.

Suspiré con culpa.

—Pues yo siento que así fue, aunque él recuerde casi todo.

—¿Casi? —preguntaron los dos.

—Casi todo... Es decir... El detalle de si utilizó o no un condón es la parte que ambos no recordamos con lucidez... —dije angustiada.

—Mierda... —expresaron al unísono.

—Pero como les dije: yo ni siquiera sabía su nombre. Y en cuanto tuve la entrevista con él..., no lo podía creer.

—Vaya... ¿Ni siquiera le preguntaste su nombre? —preguntó Annetta, y luego rio—. Pues no te culpo. Atrae mujeres tan rápido como la luz a las malditas polillas.

—Pam... Sinceramente trato de ponerme en tu lugar y... debes sentirte fatal —dijo Peter, tratando de no hacerme sentir tan mal.

—Lo que quieras, Peter. Pero ni aun habiendo pasado por todo eso desistió del trabajo. Tan mal no se sintió.

Tanto él como yo la reprobamos con la mirada.

—Por favor, Annetta, no me obligues a contarte que, más allá de que trabajar aquí siempre fue mi sueño, estaba sin trabajo a raíz de haber renunciado porque mi exnovio, excompañero de trabajo también, se folló a nuestra jefa sobre la mesa en la que yo diseñaba los postres del restaurante para el que trabajaba... frente a mis narices... y frente a todos los empleados que espiaban, claro.

—Putra madre... ¿Es que te bautizaron con meo de gato negro que tienes tanta mala suerte? Mierda...

Suspiré al notar un poco de compasión.

—Y, con todo esto, ya podrán entender lo que pasó hoy en su oficina.

Se hicieron varios segundos de silencio. Hasta que...

—Peter, creo que ya es hora de que tú y tus pelotas se retiren. Es momento de que estemos solas —dijo Annetta.

Peter, aturdido por toda la información, asintió con la cabeza y, luego de una suave palmada en mi hombro, se retiró.

—¿Por qué siempre hablas así? —le pregunté realmente intrigada.

—¿Por qué eres tan tonta? —me replicó—. Son esas malditas cuestiones de la vida que, tal vez, nunca tengan una puta respuesta.

Revoleé los ojos y suspiré cansada. No podía dejar de mantener la cabeza gacha y mi cuerpo todo encorvado, por más que estuviese sentada en una silla. De hecho, Annetta, aun sentada a mi lado, debía agachar su torso cada vez que se dirigía a mí.

Daba pena. En serio.

—Tienes razón, ¿sabes? Hay cuestiones que no tienen remedio: la idiotez, la ingenuidad, la infidelidad, la deshonestidad y muchas más que no se me vienen a la cabeza —expresé resignada y de forma reveladora incluso para mí misma.

—Mmmhhh... Algunas de las que mencionaste no tienen puto caso, pero...

¿ingenuidad? ¡Vamos! Esa es la más fácil de curar, si en realidad fuese un problema... Y que, en tu caso, decididamente, lo es —se atajó para no darme falsas esperanzas.

Sonreí al no creerlo posible y la miré agradecida.

—Gracias, Annetta. Sé que, a tu modo, tratas de animarme.

Elevó una ceja.

—¿Gracias? ¿De qué mierda? Lo único que quiero es que estés bien para poder ganar la maldita competencia... —dijo tratando de volver a endurecer su expresión. Suspiró y continuó—: Escucha... Lo único que a ti te falta es salir un poco más y conocer el mundo, pero no tan de golpe ni absolutamente sola, ¿entiendes lo que digo? Debes interactuar más, socializarte, conocer gente para aprender a distinguir entre idiotas, enfermos mentales, aprovechadores y buenos tipos. Y, lo principal, sin necesidad de amasar sus pollas.

Puse los ojos en blanco.

—Suen a buena idea, pero creo que ya es un poco tarde.

Bufó.

—Rayos... Sí que eres tonta. Dios mío... Embarazada o no, puedes hablar con personas y conocerlas, entablar una relación, sin la necesidad de que empiece en la cama. Incluso puedes mantenerla sin tener que lidiar con humillaciones como la de tu ex. —Hizo un silencio, como si pensara en algo, hasta que sus enormes ojos verdes se encendieron—. ¡Tengo una gran y maldita buena idea!

—¿Qué? —le pregunté, sin imaginar nada de lo que me diría.

—Te acompañaré a tu casa, encenderás el ordenador, te crearás una cuenta en un sitio de citas y conocerás a alguien hoy mismo —terminó, y dio un golpecito a la mesa con una enorme sonrisa llena de satisfacción.

—Es... Espera... ¿Qué has dicho? ¿Yo? ¿Una cita? ¡¿Y hoy mismo?! —Reí nerviosa—. Tratándose de mí, la creo la peor de todas las ideas y más aún...

De pronto, la puerta se abrió, lo que interrumpió mi negativa. Era Chris. Y no sé por qué, pero volver a verlo no hizo más que hundirme en un profundo

vacío oscuro, lleno de vergüenza y humillación.

—Pam... ¡Hum! —Tosió para corregirse cómo se dirigiría a mí—. Smith, ¿te encuentras bien? ¿Puedo ayudarte en algo o...?

Annetta, quien se había percatado de mi estado, no tardó en interrumpirlo.

—Está mejor, Chris. Los rasguños ya sanarán y, como ya es la hora y terminamos la muestra que llevaremos mañana a la fiesta, creo que es buena idea que nos vayamos —dijo al mismo tiempo que se levantaba y tras haberme tomado del brazo para que la imitara.

Chris abrió y cerró la boca varias veces sin saber muy bien qué decir, y yo, simplemente, me dejé guiar por la experta de Annetta.

—Está bien, yo solo... —empezó a decir.

—Adiós, Chris. Y quédate tranquilo que, si por esas cuestiones muy probables de la vida tu muñeca francesa llega a aparecer tratando de cometer asesinato en primer grado, te avisaré sin falta.

Chris, no tan sorprendido, sonrió forzado y asintió en silencio. Y yo...

—Adiós... —me limité a decir, aunque clavándole una triste mirada, antes de cruzar la puerta, arrastrada por mi compañera de pasteles.

—Adiós... —dijo. E, imperceptible, pero suficiente para mis oídos, continuó —: Y que se diviertan.

No supe qué pensar de eso, pero sí me sentí confundida y extrañamente atraída por la idea de que lo hubiera dicho con una pizca de interés, pues, sin duda alguna, había estado detrás de la puerta escuchando más de lo que había parecido.

Capítulo 12

¿Cómo imaginarías un viernes luego de una larga jornada de trabajo en la que, además de sentirte confundida e insultada, terminas rasguñada por una Gatúbela francesa? Creo que cualquiera lo menos que haría sería tratar de descansar, relajarse, tomar algún que otro té para luego ir directamente a resolver los problemas con su almohada. Bueno, eso era lo que yo hubiera hecho. Y bien dije: hubiera.

—Es simple. No seas cobarde. Solo debes elegir una de esas tantas páginas de mierda que toda la puta web tiene de sobra, te creas un usuario con una contraseña bien asquerosa —remarcó con serio entusiasmo— para no olvidártela, eliges una foto que esté bastante buena, pero que no raye lo prostituta y ¡listo! Luego es solo cuestión de dejarte llevar... Aunque, en este caso, yo te guiaré para que no termines con un psicópata o trabajando para una red de acompañantes baratas —aclaró mi compañera *curarrasguños*.

Durante el camino, le había contado un poco de mi historia con Ferdinand, lo que hizo que se entusiasmara aún más con su idea de salir a conocer gente.

Suspiré y, sin decir una sola palabra, cerré la puerta. Acabábamos de entrar en mi apartamento. Me acerqué hasta la cocina y puse a calentar agua para el té. Era lo único que quería, por lo que me quedé mirando la hornalla hacer su trabajo.

—Hey, *friki*..., ¿has oído algo de todo lo que te dije? —inquirió Annetta, acercándoseme.

La miré por unos segundos hasta que el ruido del agua hirviendo en el tradicional hervidor de Maggie me hizo pestañear para luego volver la mirada al fuego.

—¿Una taza de té? —le pregunté, en modo zombi, mientras vertía el agua.

Me di cuenta de que Annetta iba a decir alguna guarrada con el único fin de saber el porqué de mi ausencia mental, pero el ruido de llaves y el ingreso de Chad al apartamento desvió la atención.

—Quizá tres —dijo, girando sobre sí para mirarlo de arriba abajo—. ¿Quién es este paquete? ¿El ridículo panadero responsable del bollo que tienes en el horno?

«Posible responsable».

Suspiré.

Chad cerró la puerta y, con una ceja enarcada, muy lento, se acercó hasta la barra y la miró de los pies a la cabeza para finalmente estancar sus ojos en... en los senos de Annetta, quien no tardó en darse cuenta.

—Olvídate, asqueroso pervertido sin filtros ni moral. Estas —se tomó a sus *chicas*— jamás serán tuyas.

«Cielos. Aquí vamos...».

Chad alzó el entrecejo, divertido, encendido y, por supuesto, más que estimulado.

—No te preocupes. Solo les sacaba una fotografía mental para después. — Sonrió, sacudiendo puercamente su puño hacia arriba y abajo.

Fruncí las cejas y negué con la cabeza.

Annetta volvió a girarse, pero esta vez hacia mí.

—¿En serio?! ¿Tienes cerebro o solo te acuestas con idiotas por hospitalidad?!

Respiré profundo y alcé las manos para que ninguno de los dos continuara.

—Annetta, él es Chad, mi mejor amigo, al que hay que hacer pasar como el estúpido follador de jefas.

Ambos me miraron con los ojos entrecerrados.

Era cierto. No había sido la mejor forma de insultar a mi ex, siendo que mi particular situación con Chris no difería tanto.

Bufé.

—*OK... OK...* No es mi ex o el idiota que tal vez... —no quería referirme a ese como el posible padre de un bebé que, para entonces, ni siquiera sabía si existía—. En fin... No es Ferdinand. ¿Está bien?

—¿Y por qué demonios tiene las llaves de tu apartamento? —inquirió intrigada.

Chad las revoleó sobre la barra separadora y se sentó frente a ella.

—¿No puedo tenerlas? —inquirió desafiante y sin ganas de explicar por qué.

Sabía que Annetta no tardaría en dar su opinión para lograr satisfacer su necesidad de husmeo, por lo que me apuré a responder para tratar de cerrar el asunto.

—Tiene las llaves de mi casa porque hace tres meses falleció mi abuela... —dije rápido y sin ganas.

Claro que no alcanzó.

—¿Y? ¿Qué mierda tiene que ver eso con que él pueda entrar y salir de tu casa cuando le plazca?

«Demonios».

Se hizo un silencio. Chad tragó saliva y yo no podía levantar la mirada del piso. La verdad era que la propia Maggie, un mes antes de morir, se las había dado. Y era que, en lugar de haber estado pensando qué hacer en sus últimos días, lo único que había hecho había sido pensar en mí. Sabía lo débil, cobarde y poco constante que era yo y temía que su muerte me fuera a «afectar más de lo debido». Eso mismo le había dicho a Chad. Y, con sinceridad, tuvo razón en pensarlo. La probabilidad de que me hubiera encerrado a llorar hasta que las ratas me comieran era muy alta, pues ella había sido todo lo que tuve en mi vida. Era mi única familia. Mi hogar. Mi todo. Y, sin ella, yo ya no era nada.

Pero Chad no tardó en cortar aquel incómodo silencio al que yo jamás

hubiera podido hacer frente.

—¿Y quién rayos eres tú para cuestionar lo que Pam hace con su vida? ¿Acaso te tiras algún príncipe que hablas con tanta seguridad de ti misma?

Levanté la mirada, sorprendida y, por supuesto, más que curiosa por lo que Annetta respondería.

Nos miró a ambos, puso pico de pato dudando si contar algo sobre sí hasta que...

—Al demonio... —dijo resignada—. Mi vida es una porquería, ¿sabes? Y si meto las narices en la tuya, es solo para que no vivas la misma mierda que yo.

Fruncí las cejas. Chad esbozó media sonrisa.

—¿Mierda? ¿Por qué dices eso? ¿Qué tiene de malo tu vida, Annetta? —no tardé en preguntar.

Sí, lo sé. Lo que tenía de cobarde lo tenía de entrometida.

Revoleó los ojos. Sentía un poco de su propia medicina.

—¿Hace falta? —inquirió sin ganas de hablar.

Chad y yo sonreímos, asintiendo despacio con la cabeza.

Chasqueó la lengua y tomó aire.

—Pues... Hace no mucho tiempo, yo fui alguien como tú... Bueno, no tan tonta, pero lo suficiente como para que un artesano, fornido y puro músculo sin cerebro, me sedujera al punto de convertir mi casa en su hotel y mis pobres ahorros, en la fuente de su mierda de arte.

—Oh... —expresamos con Chad.

—Sí... Un idiota... —dijo, tratando de dar por terminada la explicación.

—¿Y qué es? ¿Un pintor? —pregunté intrigada.

—¡Putra madre! ¡Sabía que lo preguntarías! ¡Lo sabía! —Nos miró con angustia contenida a la espera de un poco de compasión, pero al ver nuestros ojos hambrientos de más, bufó para luego continuar—: Pues no. Su arte... Su arte es... ¡Mierda! —Se presionó la frente hasta que lo largó—: ¡Intenta vender unos asquerosos *gnomos* en bolas y de porcelana fría, que ni su estúpida madre jamás compraría!

¿Era en serio? ¿Gnomos desnudos? ¡¿Pero qué demonios?!

Se hizo un silencio que, por supuesto, no duró más que unos segundos, pues tanto Chad como yo estallamos en risas.

Annetta revoleó los ojos y, resignada, se acercó hasta mi viejo sofá para dejarse caer.

—Sí... Ni que fuera una puta broma... —Suspiró y, a punto de darse por vencida, abrió los ojos como dos huevos de avestruz al fijarse que, sobre la mesita antigua frente de sí, estaba mi *notebook*... En realidad, la *notebook* de Maggie. Yo solo usaba el cacharro a pedal que tenía en mi dormitorio y que apenas encendía.

Mi carcajada se cortó enseguida y, de forma automática, cambié mi rostro por el de una anciana estreñida. Me giré hacia la mesada y volví a mi taciturna tarea de servir el té que, por cierto, preferí hacerla de forma superlenta.

Chad frunció el entrecejo y empezó a turnar su mirada entre Annetta y yo.

—¿Qué rayos pasa aquí?

No iba a hablar. Y era obvio que ella sí.

Sonrió maliciosa.

—Pues le he dicho a tu amiga que, esté o no embarazada, debería seguir conociendo gente para practicar y entender que no necesariamente debe terminar en la cama con cada persona con la que hable. Y también para aprender a discernir entre un buen tipo e idiotas como su ex o el mío.

Chad arrugó la boca no muy seguro de lo que decía Annetta.

—Bueno... La verdad es que no sé si estoy tan de acuerdo con lo que dices, pero es cierto que tampoco me gustaría que termine en bancarrota y rodeada de enanos en pelotas... —Suspiró—. ¿Cuál es tu idea?

Annetta volvió a sonreír. Tomó la *notebook* y entrecerró los ojos con picardía.

—Esta es mi idea. —Sacudió el portátil—. Nada mejor que una buena dosis de *chats* y citas *online*. —Guiñó el ojo, intentando convencerlo.

—¡¿Dices que Pam entre a una página como www.citasdemierda.com, se

cree una cuenta y empiece a levantar tipejos con alguna foto cochina y palabras *pure hardcore sex*?! —inquirió con falsa preocupación, impulsiva imaginación y marcado entusiasmo porcino.

—¿Qué mierda es eso de *pure hardcore sex*?! ¡Lo que yo digo es que solo hable con alguien, idiota depravado!

—¡Oh, sí, claro! —empezó a replicar un irónico Chad. Pero no escuché más de la discusión que estaban teniendo aquellos dos.

Mis oídos se ensordecieron y dejaron el barullo de fondo para solo enfocarse en el sonido que mi cuchara causaba al girar en la taza de té. Amaba ese ruido. Me transportaba a mis días con Maggie y a las conversaciones sin límite de tiempo en las que expresaba todos y cada uno de mis sueños.

«—No puedo evitarlo, Maggie. Es pasar por allí y sentir que el aroma de los pasteles me llaman. Siento un imán que me arrastra para entrar y jamás volver a salir. Es... es saber que mi vida está allí. Lo sé. ¡Lo sé! —expresé romántica, refiriéndome a *Chocolat Home*.

Maggie bajó el libro del marqués de Sade y, con la mirada fija en mi rostro bañado de infantil fantasía, se quitó los anteojos de lectura.

—Si ese es tu sueño, ¿qué rayos haces aquí sentada contándomelo por enésima vez en lugar de entrar a esa maldita pastelería y pedir un formulario de empleo?

Sonreí y revoleé los ojos. Tenía razón. Casi siempre la tenía.

Suspiré y le serví un poco más de té.

—Pues... Creo que aún no estoy lista. Ya sabes... No sé si soy lo suficientemente buena para trabajar allí, por lo que...

—Es mejor quedarse aquí y ni siquiera intentarlo, ¿cierto? —Bufó—. Demonios, Pam. ¿Cuándo aprenderás de una vez por todas? Ni Dios lo sabe. —Negó con la cabeza y luego continuó—: Por el momento, que te animes a salir a cumplir lo que deseas quedará solo como mi segundo maldito sueño.

Fruncí el ceño, aunque sonriente porque hasta sus anhelos solo se trataban de

mí.

—¿Segundo? ¿Y cuál es tu primer sueño, Maggie? ¿Conocer a un superguapote como el señor Grey o —señalé su libro— el marqués? —Sonreí divertida.

Maggie suspiró al mismo tiempo que revoleó los ojos.

—No, Pam. Mi primer sueño es que dejes a ese idiota donjuán vaciador de carteras. Solo eso...».

Y, sin más comentarios, volvió a su lectura erótica tras dejarme con la boca abierta como un pez.

Vaya recuerdo y oportuno, claro, pues mi móvil vibró con la llegada de un mensaje de texto que me hizo regresar a mi presente.

«Ferdinand».

Ni siquiera lo abrí para leer. Dejé de revolver el té y suspiré agobiada por la tristeza que me generaba lo único en lo que nadie estaba analizando con seriedad: la posibilidad de un embarazo. Pero la angustia me agitó hasta un pronto ataque de pánico al recordar que, de ser cierto, un 50% de esa probabilidad era que él fuera el padre.

«Demonios...».

¿Por qué todo era tan difícil en mi vida? ¿Por qué? Nunca había sido una chica arriesgada, siempre había sido lo suficientemente conformista como para no deberle nada a nadie, excepto a Maggie, claro. ¿Es que haber sido así me había hundido en la mierda del infortunio? ¿O el haberme arriesgado por primera vez en mi vida aquella noche con... con mi jefe? ¿O quizá todo junto? ¿Era yo el problema? Quién lo sabía... Como fuera, allí estaba: perdida y con una gran responsabilidad que afrontar, aunque mis amigos parecían no darse cuenta de eso.

—Yo elegiré al candidato —dijo Annetta, empujándolo hacia un lado para apoderarse de la *notebook*.

—¿Tú?! ¿La que acaba de mencionar que el amor de su vida es un

perdedor escultor de *gnomos* en bolas?! ¡Ni lo sueñes! —sentenció Chad, y retomó el mando del ordenador.

—¡Oh! ¡Lo siento! ¿Quieres hacerlo tú, cuya única relación estable es con tu pene y solo porque el pobre no tiene la opción de salir corriendo de tu cochina entrepierna? —replicó mi compañera, tironeando de la máquina que Chad no pensaba soltar.

—¡Ya basta! —grité, y capté la atención de los dos. Si no los hubiera frenado, la historia habría seguido todo el fin de semana—. ¡¿Qué rayos es lo que les pasa?!

—Tu amigo —lo señaló con el pulgar—, tiene un serio problema. No pienso dejarle elegir el candidato. ¿Sabes por qué? ¡Porque quiso poner de foto de perfil un *collage* que acaba de armar con tu cara y el cuerpo de una de sus actrices porno favoritas! ¿Qué me dices, eh? ¡Es un asqueroso enfermo!

Cerré los ojos de la indignación.

—¡Hey! ¡No es tan así como suena! —exclamó Chad, tratando de defenderse.

Lo miré con los ojos entrecerrados y le pedí con un gesto de mano que volteara la *notebook* para poder ver la imagen. Bufó y, aunque dudó unos segundos, la giró de un sopetón.

—¡Por todos los cielos, Chad! ¡¿Qué mierda es eso?! ¡Bórralo! ¡Ya mismo! —exclamé espantada de ver mi cara semidormida, de una foto que él mismo me había sacado unos años atrás en el cine, fundida con el cuerpo de una Pamela Anderson que se tomaba sus enormes chicas.

—¡Pero si no es tan mala! —replicó mi amigo, para continuar aún más descarado—: No es de una actriz porno y, además, no está desnuda. Tiene un microbikini —terminó de decir, señalando la pantalla.

Y lo peor era que lo decía en serio.

—Dejen eso de una vez por todas y háganme el favor de irse los dos —dije tranquila, pero seria.

—No te pongas así, Pam. Puedo modificarla si lo deseas. Aún no la

publiqué. Solo es la vista previa, pero con este botón... —quiso sonar gracioso, pero no lo dejé.

—¿Vista previa? ¡¿Vista previa de qué?! —lo interrumpí al deducir que, de verdad, estaba a punto de ponerla como foto de perfil.

Abrí los ojos como nunca antes y, desesperada, quise correr hasta él para sacarle el ordenador de las manos, pero no pude, pues... descubrí que, definitivamente, el destino tenía un serio problema conmigo.

Todavía puedo recordarlo y no sé por qué, pero me quedó grabado en cámara lenta y con las voces graves, como la de Jigsaw en *Juego del miedo*.

—¡NOOOOOOOO! —exclamé horrorizada y con ambas manos en dirección al ordenador.

Chad, enseguida, dejó la máquina sobre la mesita y, con Annetta, espantados por mi locura, fruncieron el entrecejo y se hicieron a un lado como si de una bomba a punto de estallar se hubiera tratado. Me dejaron el paso libre. A mí y a mi infortunio, pues en la desesperación por apropiarme de la maldita *notebook*, caí de rodillas frente a ella y aplasté todas las teclas con mi mano izquierda y... las únicas dos del *mouse*, con la derecha.

Se hizo un silencio de dos segundos. Nuestros ojos no podían despegarse de la luminosa pantalla:

Su foto de perfil se ha subido exitosamente.

Los tres nos llevamos las manos a la boca.

—¡¡¡¡No, no, no, no!!!! —exclamé a punto de volverme más loca—. ¡Chad! ¡Haz algo! ¡Haz algo ya, por favor! —grité, supliqué.

Mi amigo sacudió la cabeza y, sin dudar, se acercó para revertir lo que yo misma me había hecho. Sin embargo...

¡Plum! ¡Adiós, luz! ¡Londres en la oscuridad! O mejor dicho, solo mi apartamento, pues afuera seguía todo normal y creo que era la única de toda la ciudad a la que se la habían cortado por falta de pago.

—¡¡¡Mierda!!! —vociferé desquiciada, acurrucada en el piso y sin poder

soltar mi cabeza.

Y así comenzaría mi fin de semana: oscuro como mi propio destino, aunque, en este caso, no pudo ser más literal.

Capítulo 13

Ya no sabía si reírme o llorar. Estaba en una especie de *shock* nervioso en el que o bien podía quedarme paralizada con pocas reacciones que indicaran que aún estaba viva, o bien podía explotar y asesinar, por ejemplo, a mi mejor amigo, a mi compañera de trabajo y, por qué no, a la pobre alma de atención al cliente del servicio de luz, que lo único que pudo prometerme fue el regreso de la energía a partir del lunes —si pagaba, por supuesto—. Afortunadamente, la primera opción fue la más acorde a mi introvertida personalidad, que aún no se daba por vencida y prefería mantenerse firme y segura.

Por supuesto que eso no quitó que echara de mi apartamento a mi gran querido Chad y a Annetta, una vez que ambos me aseguraron de que se encargarían de la cancelación de la ridícula cuenta en el sitio de citas para *desesperados*. Pero yo seguía allí, en la oscuridad, con frío y sin ánimos de siquiera hacerme un pobre té. Es que estaba a punto de enloquecer hasta que mi mente empezó a ocuparse de lo que, de verdad, era preocupante: Ferdinand.

«Cielos...».

Tomé el móvil —lo único que aún funcionaba—, me acurrugué con la vieja manta de Maggie en mi cama y, decidida, abrí el mensaje de texto.

Ferdinand:

Hola, preciosa! Seguramente estés muy ocupada y no te culpo. Pero quería pedirte un pequeño favor. Me transfieres algunas libras a mi cuenta?

Lo necesito urgente para esta noche y no puedo pasar por allí. Gracias!
Besitos donde más quieras! ;D

Bufé. Su actuar, su habla, todo era más que increíblemente predecible. Tomé todo el aire que pude, tratando de incrementar mi bravura, y le escribí.

Pam:

Hola, Fer. No puedo prestarte nada. Acaban de cortarme la luz por falta de pago. No voy a pedirte dinero, quédate tranquilo. Pero hay un asunto importante que debo hablar contigo y es urgente. Otra cosa: ¿puedes instalarte WhatsApp? Temo quedarme sin crédito.

Esperé varios minutos con la nariz pegada en la pantalla y con los dedos sin uñas por cómo los mordía debido a la ansiedad. De hecho, el pulgar estaba a punto de sangrar hasta que... ¡Clink!

Ferdinand:

Ya te he dicho que no tengo espacio en el teléfono. Y lo siento, pero no puedo hablar ahora. Acabo de pedirte una transferencia porque no puedo ir. Espero el dinero. Otro día me cuentas. Bye.

«Oh, qué sorpresa... Otra vez no está para ti, Pam».

Suspiré y, antes de volver a escribir, decidí fijarme cuánto crédito me quedaba. Créanlo o no, mi saldo me obligó a ser directa y brutalmente valiente.

Pam:

Tengo un retraso. Creo que podría estar embarazada. Por favor, ven. Tengo miedo. Te necesito, Ferdinand.

Y lo envié, aunque al volver a leerlo me arrepentí mucho de haber escrito «Tengo un retraso». Annetta hubiera estado de acuerdo con eso, pero le habría agregado «mental» por aguantarme el inigualable nivel de idiotez que tenía

mi... mi... puff, llamémosle solo «Ferdinand».

Esperé eternos minutos que no tardaron en hacerse horas. Chequé que el móvil tuviera señal y fantaseé con que ese fuera el problema, pero, para aumentar mi tristeza, las barritas de la señal estaban llenas. Bien llenas todas. Intenté llamarlo... Y bien dicho: *intenté*, pues mi saldo era como yo me sentía para él: insuficiente. Miré el reloj. Ya eran las 10 p. m. y, para completar la situación, a la batería de mi *smartphone* le quedaba solo el 5% de vida.

Fue un segundo, de un momento a otro, que comencé a sentir mi corazón galopar a mil por hora. Quería gritar, pero no podía, quería insultar a alguien, pero estaba sola... y tampoco tenía crédito, claro. Y lo peor era que deseaba con fervor llorar, pero no me salía. Tragué la angustia como pude, pues me costó tanto como si mis amígdalas hubieran estado hinchadas estilo pelotas de tenis, y suspiré todo el aire de mis pulmones, creyendo que así me sentiría mejor. Pero no. No lo soporté más. Necesitaba hacer algo, necesitaba correr hacia ningún lado, necesitaba salir a como diera lugar. Y eso hice. Llena de rabia, dolor e impotencia, tiré la manta a un lado, me puse un espantoso *sweater beige*, mis bailarinas cómodas y viejas, y salí de mi apartamento lo más rápido que pude. No quería saber nada más de mi vida. ¡Nada de nada! Podía sentir mi pecho agitado, ansioso de abrir la puerta de la entrada del edificio que estaba a solo unos pasos de mí. Puse las llaves en el cerrojo con todo el temblor que mi mano pudo haber tenido, pues estaba a solo un giro de escapar. Un giro de huir de mi vida. Un giro que me llevó a la más inesperada sorpresa de ese viernes...

—Lo siento. No quise tocar tantas veces el timbre —dijo Chris algo sorprendido de verme petrificada—. Si estás ocupada, puedo pasar en otro momento o... —Acomodó la voz y se puso un tanto más firme—. Disculpa, no es nada importante. Podemos verlo el lunes en la pastelería. Lo siento. Que descanses... —Hizo un ademán con la cabeza para despedirse y se giró para marcharse.

Sí. Yo tampoco entendía una mierda. ¿Qué rayos hacía él ahí, en la puerta de

mi casa y con una pequeña bolsa de cartón en las manos? De hecho, mis cejas no pudieron evitar alzarse de la sorpresa, primero, de verlo allí y, segundo, de notarlo tan nervioso.

—¡Espera! —exclamé. Él se dio vuelta y volvió a mirarme. Me acerqué con los brazos cruzados por el frío, y la puerta se cerró por sí sola—. El timbre no funciona porque... —No quise ser sincera. Decirle que era una deudora no me hubiese ayudado en nada, más que a causar una pena que no hubiera ayudado a mi bajísima y triste autoestima—. Es una larga historia. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? Aunque dudo de que pueda hacerlo...

El perro de los hoyuelos enarcó una ceja y esbozó media sonrisa, lo que me hizo suspirar por dentro.

«Dios... ¿Es que habrá hecho algún pacto con el Diablo que hasta estos gestos lo hacen verse sexi?».

—No te tienes mucha fe, por lo que escucho... y *veo* —agregó, mirándome de arriba abajo de forma superveloz.

Tarado. Lo que tenía de sexi, lo tenía de creído.

—OK. Entiendo. —Sonreí irónica—. Gracias por tu visita sin sentido. Que descanses —sentencié ofendida, y di media vuelta.

No tenía ganas de soportar un insulto más de parte de nadie. Y mucho menos de él.

—¡Hey! ¡Aguarda! ¡Fue solo un comentario para romper el hielo! ¡No quise ofenderte!

Al ver que no me detendría, me tomó con suavidad del brazo, lo que me hizo frenar más que asombrada. Entrecerré los ojos y lo miré fijo. Me soltó automáticamente.

—Lo siento... Lo siento. No quise... Yo... —Bufó, moviendo su cabeza hacia un lado y el otro, arrepentido—. Disculpa, es que solo venía a entregarte algo que creo que es tuyo... —dijo tras elevar la pequeña bolsa de cartón.

«Dios: Si es lo que creo que es, te juro por Maggie y todos los pasteles del mundo que me aliaré con el demonio para vengarme».

No podía ser cierto. ¿Había ido hasta mi casa para entregarme... mis bragas?! ¿Justo ese día?!

Como fuera, y aunque en el momento sentí la mayor de las vergüenzas, me convenía, pues no tenía ni tendría la suficiente valentía para pedírselas.

Tomé la bolsa con rudeza y la abrí para confirmarlo.

«Mierda...».

—Es tu zapato, ¿cierto? Si mal no recuerdo, se te cayeron cuando me chocaste con tu bicicleta y, desafortunadamente, solo encontré uno... O, al menos, es lo único que olvidaste recoger antes de *volver* a huir —remarcó disimulado y luego tosió, aunque sin quitarme la risueña mirada de encima.

Achiné los ojos, miré la bolsa de nuevo y, resignada, suspiré profundo. No tenía las energías suficientes ni el coraje para explicar por qué me había comportado como una cenicienta de una película cómica de bajo presupuesto.

—OK... —Sonreí forzada pero agradecida. Después del día de mierda que había tenido, que me devolviera el compañero del único par de zapatos decentes que tenía era lo mejor que me hubiera podido pasar. Levanté la bolsa y dije lo único que quedaba por decir—: Gracias... Es lo mejor que ha pasado en mi día.

Sonreí de nuevo a modo de despedida y di media vuelta. Fueron unos pocos segundos de silencio absoluto en los que solo escuchaba mis pasos, el ruido del tráfico de fondo y... mi corazón latir desahoradamente.

«¿Qué te pasa?! ¡Es solo un tipo! ¿Qué rayos es lo que esperas?! ¡Deja de imaginar idioteces y sigue caminando, que todavía tienes temas más graves por resolver!».

Sí... Me moría por dar la vuelta para hacer no sé qué. ¿Tal vez ofrecerle una taza de té? Después de todo, se había acercado hasta allí para devolverme algo que, tranquilamente, pudo haber tirado. Era buena idea, agradecer con un pobre e indigente té, aunque... Claro, mi casa estaba a oscuras.

«¡Sí, por supuesto! ¡Invita a Ricky Ricón versión sexi *on fire* a tu miserable y oscura cueva *vintage*! ¡Y no olvides ponerte las viejas pantaletas *beige* de

Maggie! ¡Seguro que así lo llevas a la cama de nuevo, Pam!».

Negué con la cabeza de solo imaginarme la escena. Por Dios... Chad tenía razón: era un caso perdido. Pero no tenía sentido seguir pensando en eso. Estaba a solo dos malditos pasos de abrir la puerta para volver a mi triste mundo cuando esa voz hizo que me frenara en seco al tiempo que llenó mi barriga de estúpidas e inexplicables mariposas.

—Oye, Smith, yo... yo... —Pude escuchar el sonido de las suelas de sus zapatos acercarse a mí. Aproveché y giré para quedar de frente a él. ¡Madre mía! No pude evitar suspirar. Sus cejas, sus ojos, su boca... Todo en él se veía delicioso, y era que esa expresión de culpa y arrepentimiento era tan notoria que parecía otro Chris. Un Chris con corazón. Se frenó y clavó sus ojos en los míos. Me miró unos segundos con una sensibilidad que me llegó al pecho, tragó saliva y pestañeó para volver en sí—. Yo... quería pedirte discul...

Y cómo no: mi móvil sonó. Era... Ferdinand, claro.

Chris reaccionó con la canción de KT y, como si hubiera despertado de un hechizo, parpadeó varias veces y carraspeó irguiéndose de tal forma que pareció como si se hubiera puesto de nuevo aquel palo en... la espalda. Sin dudas, mi maldito globo de esperanza se pinchó y todo gracias a *brochetteador* humano.

Como fuera, yo también desperté de aquel ensueño sin sentido para volver a la realidad. Podía estar embarazada y, al fin, Ferdinand se había dispuesto a actuar como un adulto. Bueno, eso es lo que pensé al recibir su llamada.

—Ferdinand... —contesté nerviosa y tímida a la vez. No sabía cómo comportarme con Chris delante de mí, aunque él parecía estar en la misma situación, pues miraba para cualquier lado, con las manos en los bolsillos, tratando de hacer que no escuchaba nada.

—¿Pam?! ¿Me escuchas?! ¿Pam?! —Se oía poco, como siempre.

—¡Ferdinand! ¡Te escucho, aunque muy bajo! ¡Me alegra tanto que por fin llamas! ¡Yo...!

—*¡No tengo tiempo, Pam! ¡Solo necesito lo que te pedí! ¡Es urgente!*

Tragué saliva.

—¡Pero necesito que hablemos, Fer! ¿Leíste el último mensaje? El asunto es que...

—¡¡Pam!! —gritó harto—. *¡Te acabo de decir que no tengo tiempo para eso! ¡Envíame el dinero a mi cuenta! ¡¿Quieres?! —*Se me hizo un nudo en la garganta. No podía responder. Solo no lo podía creer... O, en realidad, sí, solo que no quería creerlo posible—. *¡¿Hola?! ¡¿Pam?! ¡¿Estás ahí?! ¡¿Pam?! —*

Y me hubiera encantado cortar la llamada, pero el 5% de batería no aguantó lo suficiente como para darme esa magnífica posibilidad que me hubiera hecho sentir mejor o un poco menos humillada.

Mis dientes chirriaron de la furia, aunque luego no paré de decir insultos inentendibles al tiempo que mis manos apretujaban al maldito teléfono como si hubiera querido estrangularlo y con tanta rabia que imaginé tirarlo al piso para pisarlo hasta hacerlo añicos diciéndole: «¡Maldita basura inútil! ¡Te odio con toda mi alma! ¡Sirves para cualquier cosa, menos para cuando te necesito de verdad!». Y claro, hubiera sido bastante confuso porque no habría sabido si aquel insulto hubiera sido para el pobre aparato o para Fer. Pero, por supuesto, tampoco pude darme ese lujo. A una milésima de hacerlo, recordé que no tenía ni una libra para pagar mis deudas, por lo que destruirlo no hubiera hecho más que aumentar las únicas dos cosas que iban en ascenso en mi vida: la pobreza y la humillación.

Respiré profundo y, con un movimiento hiperforzado, guardé el estúpido *smartphone* en el bolsillo de pantalón de vieja que, como siempre, llevaba puesto. Cuando logré calmarme, vi su rostro y volví a la realidad. Su cara era de «Pobrecita... Seguro que de pequeña no pudieron pagarle la educación preescolar y así quedó».

Suspiré profundo y bufé.

—Lo siento... Debo irme. Que descanses y —levanté la bolsita de cartón— gracias de nuevo por esto. Adiós —dije muy rápido. Di media vuelta y me dispuse a entrar.

—Smith..., espera. Yo... —expresó, pero no pudo seguir.

Y seguramente creerán que no continuó hablando porque lo interrumpí para decir alguna estupidez que él acalló con un pasional beso o, mejor aún, para yo besarlo a él de esa forma improvisada y superromántica que salva cualquier noche de mierda, ¿cierto? No, claro que no. Lo que han olvidado es que se trata de mi vida... ¡de mi friki vida! El tema fue más que simple: Chris no pudo seguir porque el ruidito enfermizo y desenfrenado del pomo de la puerta no lo dejó, pues mi mano no paraba de intentar abrir, inútilmente, la entrada.

—¡¡Por los huevos del demonio!! ¡¿Por qué?! ¡Por qué?! —grité sin filtros, dando unos saltitos aniñados de rabia. Toqué innumerables veces el timbre de la vecina del primero y tampoco nada. ¡Qué vieja de mierda! Vencida, apoyé mi frente en la puerta y, como si me hubiera convertido en un helado bajo el sol del verano, me dejé caer muy despacio hasta quedar sentada en el escalón de la entrada. Terminé de girarme, aunque con los ojos cerrados para no verlo a él, apoyé mi frente en las rodillas y me abracé sin ánimos de volver a erguirme nunca más.

—¿Los... huevos... del demonio? —inquirió un sorprendido Chris justo cuando yo terminé de derretirme frente a la entrada.

«¡Pero por todos los putos cielos, Pam! ¡No insultas casi nunca y se te ocurre hacerlo delante de míster *Baguette*!».

Míster *Baguette*... Rayos. Cuando me puse a pensar en la situación, ya no sabía qué cosa más humillante podía pasarme que todo eso y delante del hombre que, caprichosamente, tres semanas atrás, se había adueñado de mis ridículas bragas. Sin lugar a dudas, no lo sabía...

Y, al fin, escucharlo repetir mis palabras logró lo que no había podido hasta entonces: llorar... con mi chillido agudo de ambulancia, claro.

Imaginé el rostro de desconcierto que pudo haber puesto. Y cuando ya daba por sentado su pensamiento «¡¿Qué demonios...?! Maldita loca pobretona... ¡Yo mejor me largo de aquí!» seguido del sonido de los zapatos que hace

alguien cuando corre o huye, el destino me tuvo preparada una mejor e inesperada sorpresa. Sí. De vuelta sé lo que piensan, pero no... ¡El maldito puto cielo fue testigo del pedorreo más estruendoso de San Pedro! Y claro... seguido del meo más repentino de la historia de Londres. Créanme: jamás en mi vida, ni en las películas cómicas, vi tan impecable simultaneidad entre un puto trueno y una tremenda lluvia...

—¡¿Por qué rayos no nací en el Caribe?! ¡¿Por qué?! —grité mirando al cielo, algo que no pude hacer por mucho tiempo, pues el aguacero estaba a punto de ahogarme. Y creo que, por la expresión de Chris, era lo que él deseó que ocurriera.

Sus cejas estaban fruncidas y su mirada transmitía una lástima que ya me dolía, me avergonzaba. Se sacó el sobretodo y, sin pensarlo dos veces, lo colocó sobre mi cabeza. En ese momento, completé mi *look* de pobre inglesa indigente. Se agachó hasta quedar a mi altura. Pude sentir el calor de su aliento. Y agradecí que oliera a menta, pues suspiré profundo al tenerlo tan cerca con esa expresión tierna llena de compasión.

—Smith... Si hubieras nacido en el Caribe, habrías salido volando por algún huracán. Te lo aseguro. Y lo más importante: jamás hubieras aprendido a hacer esos deliciosos *mi-cuit au chocolat* que hiciste la primera vez que estuviste a cargo de ellos... —Abrí los ojos como huevos. Me había sorprendido lo que había dicho, pues yo lo había sentido un fracaso total al descubrir que su sabor resultó ser tan distinto a los que se hacían en Chocolat Home. Y, además, se suponía que él había estado ausente—. Ahora, si estás de acuerdo, ¿vamos a mi automóvil? —me preguntó, ofreciéndome su mano. El pobre ya comenzaba a temblar. Estaba empapado hasta las... hasta los pies.

Asentí despacio; todavía estaba medio tonta por su *especie* de halago. Aunque, pensándolo bien, lo fue... En realidad, creo que me sentí así porque hacía tiempo que nadie me decía que había hecho algo bien.

Rayos...

Y fue en ese momento, fue en esos segundos en los que nuestras miradas se

fundieron, cuando me di cuenta de que ese hombre, ese Ricky Ricón sexi, engreído, pésimo cantante y que tenía absolutamente todo servido en bandeja, era la única persona que, sin obligación alguna y con aguacero de por medio, estaba allí con la mano extendida, dispuesto a convertirse en Aquaman solo por mí.

Capítulo 14

Pues bien. Allí estaba yo, sentada en el lugar de acompañante de su coche. Claro que, cuando corrimos a su automóvil, lo primero que intenté hacer fue esperar a que abriera la puerta trasera, incluso, por qué no, la del baúl. Pero, por supuesto que, en cuanto se dio cuenta de mi intención, elevó una ceja y se limitó a un «Por favor, no soy un taxi, Smith...». Sin dudas, Ricky Ricón nunca había viajado en uno o, al menos, no tenía ni puta idea de que jamás ni a mí ni a nadie se le hubiera ocurrido ver su Aston Martin negro azabache, último modelo, como un taxi... Como fuera, ahí estábamos los dos, en silencio, sin saber qué decir ni hacer. Bueno, en realidad, mi mente podrida y necesitada imaginó muchas cosas por hacer, aunque ninguna tenía que ver con hablar. Creo que las fantasías de Chad y Annetta comenzaban a hacerme efecto.

—¡Hum! —Medio tosió, medio acomodó la voz. Era obvio que quiso romper el iceberg de la incomodidad—. Pues...

—Gracias —lo interrumpí. Tuve que hacerlo porque si no, no hubiera hablado nunca más. La vergüenza me carcomía lo único que por el momento no tenía endeudado ni hipotecado: el alma.

Él sonrió levemente. Se notó que le había agradado haber hecho algo bueno.

—No tienes que agradecerme nada, Smith.

—Sí, debo. Y quiero —dije, clavando mi mirada en él, y con tanta seguridad que no me di cuenta de la firmeza de mi voz. Escuché el suspiro sutil pero inevitable de la sorpresa que le generó mi actitud y, por supuesto, volvió a mí

la estúpida timidez que me hizo bajar la mirada a mis manos, que jugaban entre sí como las de una niña de cuatro años—. Es lo menos que puedo hacer. Si no fuera por ti, todavía estaría bajo la lluvia.

—Me alegra haber sido de ayuda. En serio. Ahora... Dime, ¿adónde te llevo? ¿Tienes algún lugar dónde quedarte? ¿Tal vez en lo de tus padres o...?

«Mierda...».

«¡Hey! ¡Qué gran aprieto, querida Smith! ¿Cómo le dirás que, realmente, pero realmente eres una indigente sin un techo al que acudir? ¡Ja, ja, ja, ja!».

Ya ni sabía si esos eran pensamientos de mi cabeza o Maggie o algún amigo suyo del infierno.

—Pues, en realidad... —No tardé mucho en pensarlo y decirlo en voz alta—: ¡Chad!

—¿Chad? ¿No era Ferdinand? —preguntó algo confundido.

No lo culpo. Hasta entonces solo me había oído nombrar a hombres. Cielos... ¿Pensaría que era una especie de *escort* mal paga en mis tiempos libres? ¿O algún tipo de *neohippie vintage* liberal e inglés? No... Después de haberme visto montada en mi bici, la primera opción, seguro que no.

Fue tal el ardor en mis mejillas que enseguida supe que se habían puesto tan rojas que cualquiera hubiera pensado que alguien había aplastado dos tomates en ellas.

—Lo siento... Sí, Chad es... mi mejor amigo. —Y por su reacción, me adelanté y respondí a su posible pregunta—: Sí, es solo un amigo. —Chris arrugó la frente—. Y no. No tengo padres. Bueno..., los tenía, pero ya no —terminé de decir algo nerviosa.

—Oh, lo lamento. No lo sabía... —expresó confundido, aturdido.

—Descuida. Fue hace mucho tiempo. —Sonreí de compromiso, pero enseguida cambié el rumbo de la conversación al tiempo que metí mi mano en el bolsillo de mi pantalón—. Creo que lo mejor será que llamé a Chad, pues él...

Y no continué porque, al sacar el maldito y estúpido *smarthphone*, recordé

que estaba muerto. Tiré la cabeza para atrás y, a punto de volver a maldecir, su mano extendida con su teléfono ultramoderno y del futuro hizo que mi mirada se enfocara, de nuevo, en él.

—Fui testigo de lo que pasó. No te expliques. Anda, llámalo.

«Vamos... ¿Acaso crees que tienes una mejor opción? Es tomar su móvil y hacer uso de un crédito que a él no le importa perder, o pedirle si, por favor, puedes usar su coche de lujo como habitación para no tener que dormir bajo un puente».

Tragué saliva y, en contra de mis deseos, tomé el teléfono. Tengo que decir que no solo estaba agradecida por eso, sino también por ser el número de Chad junto con el del idiota de Ferdinand los dos únicos que me acordaba. Sí, exacto: el mío no lo sabía.

Y, entonces, llegó el incómodo momento del ruidito de espera:

«Piiiiiii... Piiiiii...».

Por supuesto que acompañado de furtivas y fugaces miradas cargadas de ansiedad por parte de míster B.

—*¡Hola!*

—*¿Chad?! ¡Por todos los cielos! Creí que ya no me atender...*

Y no pude seguir, pues...

—*¡Ja, ja, ja, ja! ¡Caíste! ¡Lo siento! Pero en este momento no puedo atenderte porque... Bueno, seguro que estoy en algo más importante. Deja tu mensaje luego de la señal. ¡Bye!*

«*¡Piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!*».

Tonto y estúpido Chad. Ya había olvidado el mensaje de su contestadora...

«Algo más importante». Sí, claro. Y seguramente que *eso* tendría que ver con el ordenador y gente sin ropa...

Suspiré profundo y lo miré resignada.

—Lo siento. No contesta... —Su ceño estaba fruncido, pero no indicaba extrañeza, sino decisión—. ¿Te molesta si...? —pregunté elevando el móvil.

El negó con la cabeza como un claro gesto de cortesía.

Y me lancé a lo último que hubiera querido hacer: llamar a Fer.

«Piiiiiiii... Piiiiii...».

«Pam, corta. Sé por qué te lo digo», imaginé a Maggie decirme con los anteojos de grueso marco negro en la mitad del puente de su nariz.

La verdad era que no sabía si en realidad quería que me atendiera. Ya ni sabía qué podía ser más humillante: si seguir abusando de la generosidad de mi jefe o rogarle a Fer un espacio en su apartamento.

«Dormir bajo un puente. Créeme. Es la mejor opción para ti, Pam».

Suspiré y, a punto de cortar la llamada, escuché lo que creí un lejano y confuso *Hi*[14].

—Rayos... Se escucha tan mal... —Alejé el móvil de mi oreja y pestañee más de la cuenta sin saber qué hacer.

—Es simple. —Se inclinó, lo que hizo que quedara a solo unos centímetros de distancia de mí. Cielos. Qué bien olía... Como fuera, tomó el teléfono—. Es solo cuestión de ponerlo en altavoz —apretó la opción en la pantalla—, pues hay veces que...

Y maldije aquella oportuna idea. Hicimos silencio absoluto. El coche estaba a oscuras y nuestros rostros, iluminados por la luz de su aparato. Nuestras miradas quedaron congeladas en la pantalla del móvil que poco nos podía decir, a diferencia de lo que oíamos...

—*¡¡Oh!! ¡Sí! ¡Eso es! ¡¿Quién es mi pastelero?! ¡¿Quién es mi pastelero?!*

—*¡Yoo! ¡Yo soy tu pastelero! ¡Oh! ¡Dios, Natalie!*

—*¡¿Y el pastelero quiere comerse este pastel?! —Se escuchó un «chas», una palmada cochina—. ¡¿Eh?! ¡¡¡¿Quiere comerse este maldito pastel?!!!*

—Otra palmada, pero más fuerte.

—*¡¡Sí!! ¡Quiero! ¡Quieroooo! ¡Ohhhhhhhhhhh!* —Y, tras ese gritito de placer ahogado, se hizo un breve silencio hasta que...

—*Fer, creo que tu móvil ha dejado de grabar, pero me parece que...* —El ruido indicó que había tomado el teléfono.

—*¡¿Qué demonios...?! ¡¿Hola?!*

Alarmado, y de forma superveloz, aunque con cierto asco, Chris acercó la yema de su dedo índice a la pantalla para finalizar la llamada.

No hace falta mencionar qué es lo que sucedió allí, aunque sí es necesario aclarar que ese «¡Hi!» no había sido más que un «¡Ay!».

Por unos segundos, hubo silencio absoluto hasta que lo único que se escuchó fue a Chris tragar saliva.

—¿Tienes alguien... *menos ocupado* que pueda recibirte? —preguntó con la clara intención de no herirme.

Pero ¿qué más daba? ¡Ya estaba hecha trizas! Y que él intentara hacer de cuenta que nada había pasado me hacía sentir aún más *loser* y desdichada.

Me tapé la cara con ambas manos y lloré, no por Ferdinand ni por lo que acababa de hacerme —no era algo nuevo—, sino por yo haber superado el nivel de humillación. Y como si todo eso hubiera sido poco, mi hombro sintió la tibieza de una mano. De su mano.

«No puede ser... Lo que me falta es que me ofrezca tener sexo por compasión».

Cual loca tras escapar de un psiquiátrico, me incorporé de un salto al mismo tiempo que dejé de llorar. Inspiré para que toda sustancia mucosa no saliera de donde debía estar y lo miré fijo.

—Por favor, llévame a un hotel. —Sus ojos se abrieron como dos huevos y entonces me di cuenta de lo poco hábil que era para comunicarme—. Es decir... Yo... pasaré la noche... *sola*... hasta lograr dar con Chad —aclaré.

Chris elevó una ceja de esa forma altanera y graciosa, y puso ambas manos al volante.

—Disculpa, Smith —resaltó lento y con los ojos achinados—, pero no tienes dinero porque, calculo, que has dejado la cartera en tu apartamento. Y yo no pienso prestarte una sola libra. —Tenía razón y no pude evitar suspirar de la angustia. Ya estaba dispuesta a bajar del coche para robar alguna caja de cartón al primer indigente que me cruzara, pero no pude hacerlo. Chris no había terminado de hablar y encendió el motor de su coche para dejarlo claro

—. Pues solo me queda una última propuesta y que solo haré a cambio de un favor... —Sí, imaginé lo que hubiera esperado Annetta o Chad acerca de esa propuesta, pero no, no me pidió sexo oral ni ninguna cochinada que se le asemejara, por suerte... ¿por suerte? En fin...—. Yo te daré asilo en mi casa con la única condición de que tú... de que tú me muestres cómo haces ese mágico *mi-cuit au chocolat*. ¿Qué dices?

La vida me había acorralado a esta situación y a él también. Pero lejos de mostrar incomodidad, su rostro parecía lleno de diversión y desafío. Estaba segura de que, muy en el fondo de su corazón, me lo había propuesto así para que me sintiera menos humillada, tal vez con la intención de hacer que la vergüenza se me fuera de a poco. Como fuera, la cuestión era simple: ¿pasar la noche cocinando en una casa de lujo llena de comodidades que excedían a mis lastimosos tés y con míster *Baguette*, o... el puente?

«¡Dios mío, Maggie! ¿Qué hubieras hecho tú?».

Y de solo imaginar a mi abuela diciendo: «¿Dónde está la duda, Pam? ¡Ve por la maldita *baguette!*», dije lo obvio:

—Trato hecho, míster B.

Le di la mano y, en cuanto me dio la suya, me di cuenta de que mi lengua comenzaba a responder a pensamientos ajenos a la conocida Pam. Cerré los ojos y supe que él, al hablar, lo haría sonriente:

—Míster B... Me gusta y, aunque imagino su origen, me encantará oír de tu propia boca una clara y precisa explicación a tal apodo, querida *Park here*...

«¡Mierda!».

Y no lo pude evitar. Sin darme cuenta, reí... tímida, pero al fin algo me había motivado a hacer algo distinto a llorar.

Capítulo 15

Al entrar creo que me sentí tan culpable que, de no haber escuchado su voz, hubiera escapado otra vez.

—Adelante... No temas, no hay ninguna trampa para ratones... —dijo queriendo sonar gracioso.

«Ja, ja, ja... Bobo».

Puse los ojos en blanco, aunque dudo de que lo haya notado, pues él estaba detrás de mí. Entré y todo parecía tan immaculado como la primera vez. Claro que, en esa ocasión, sin gente que mirara mi ombligo al entrar. Sin embargo, el vacío que había descubierto escaleras arriba era, esa vez, también muy notorio en la planta baja. Cielos... ¿Rentaría semejante casa? Aquella frialdad no podía significar otra cosa. Y, además, ¿no tenía siquiera una foto de Laurie? Fue entonces, en ese momento, que mi cabeza empezó a deducir que tal vez, solo tal vez, aquel impresionante *penthouse* no era ni más ni menos que una cueva secreta para hacer degustar su particular *baguette* a cuanta se le diera la gana...

Chris entró detrás de mí y pude notar que, al arrojar las llaves de su apartamento sobre una mesita y sacudirse el cabello mojado, nunca me había quitado la mirada de encima. Su ceño se frunció en cuanto terminé de deducir que era un experimentado felino adinerado.

—¿Y ahora qué? —preguntó desconfiado al tiempo que se cruzó de brazos y apoyó todo su peso contra una columna, de esa manera tan estúpidamente

sensual e inconsciente que habría hecho que cualquiera, con dos dedos de frente, se le lanzara encima para devorarlo.

«Maldito *baguettón* sexi... Pam, si no te vas, terminarás por hacerlo *aparcar* otra vez...».

—Nada —mentí rápido y con todo el cuerpo más tieso que el de Pinocchio. Chris achinó los ojos. Tragué saliva, me estaba poniendo nerviosa. Debía irme. No podía permitir que volviera a ocurrir *eso*; era más que claro que era un donjuán y la verdad era que ya no podía confiar ni en mí misma. Quedarme solo implicaría más de lo mismo: humillación—. Yo... solo... creo que debería...

—Arremangarte ese *sweater* y acercarte lo más rápido que puedas a la cocina, porque el trato ya está hecho —me interrumpió, irguiéndose de nuevo—. Claro... a menos que seas de esas personas que no cumplen con sus promesas —dijo hiriente y con un tono lleno de soberbia, aunque también repleto de un desafío que me hirvió la sangre.

«Pues bien, ¡que te den! ¡No sé cómo harás para no tirártelo y encima cumplir tu estúpido trato!», me reprochó la *free* Pam de mi cabeza.

Un acuerdo que, por cierto, tenía su lado más que beneficioso para mí, pues evitaría que peleara con los indigentes por el hueco más cálido en la calle.

Suspiré profundo, lo miré, me arremangué y, con todo el intento de seguridad del mundo, fui directo a la enorme cocina de estilo abierto que se veía detrás de él. Tomé su delantal y volví a encararlo. Él se había girado solo para verme.

—¿Y qué esperas ahí parado? ¿No pensarás ayudarme? La vez pasada he husmeado un poco, pero a la cocina no llegué. Créeme. —Sonreí al mismo tiempo que elevé una ceja.

Vi cómo Chris reprimió una sonrisa y, en cambio, solo acomodó la voz.

—Creerte... —Suspiró y, mientras se acercaba a paso gatuno, acarició su cabello hacia atrás. Su mirada estaba colmada de esa nostalgia que parecía tener un poder telequinético con mis bragas, pues estas querían salirse para

nunca más regresar—. Pues, sinceramente, yo no creo en nada ni en nadie, solo en los hechos... y en la recetas, claro —dijo apoyando sus fuertes brazos en la mesada y sin quitarme la mirada de encima.

¿Qué tipo de respuesta había sido esa?! Por Dios... Soberbio manipulador y delicioso estimulante sexual. Como si no hubiera detectado su estrategia para abrir piernas... Declararse un ateo, una muralla insensible, era lo único que le faltaba para terminar de convertirse en un afrodisíaco con pene incluido.

Puse los ojos en blanco y traté de imaginarme en una bañera con agua bien fría. Sin dudas, no era inmune a sus artimañas; tendría que hacerme fuerte en la habilidad del autocontrol.

«¡Ja, ja, ja! ¡Verás que ni en tus sueños será eso posible, Pam!», imaginé a Buda reírse de mí.

—Humm... —Acomodé la voz y, como pude, bajé la mirada a la mesada—. Pues... la verdad es que la que no te cree nada de lo que dices soy yo. —Tragué saliva y elevé la mirada, simulando que no me había hecho efecto su discurso tiembla-bragas. Necesitaba urgente desviar esa mierda de temas profundos que harían que terminara sumergida en sus sábanas y que él, probablemente, sumara otras pantaletas vergonzosas a su supuesta colección perversa—. ¿Empezamos o no?

Alzó el entrecejo, sorprendido por mi postura reticente y esquiva, y se irguió, despacio, elevando el mentón.

—Ya te estabas tardando demasiado. Tú dirás. —Se cruzó de brazos. Y sus bíceps se marcaron de tal forma que la camisa pareció más bien una obra de *body painting*.

«Maldito cabrón sexi».

Lo imité en el gesto y elevé una ceja, tal como él solía hacer.

—Entonces, ¿qué esperas tú? —dije extrañamente resuelta. Chris frunció el ceño—. ¿Acaso no pondrás música? No puedo cocinar un *mi-cuit au chocolat* sin mi estimulante...

«¿Estimulante? ¿De qué rayos hablas, Pam?! Si con este pedazo de bombón

blanco no te motivas, ¡pues dedícate a cocinar *hot dogs!*», me dijo mi *free Pam*.

Entrecerró los ojos y tomó su móvil.

—Pondré *la música* —dijo burlón— y, de paso, iré a ponerme un poco más cómodo. Ah, si quieres, puedes ir tomando los ingredientes. La cocina es toda tuya... —expresó y, tras guiñarme, se giró para caminar hasta las escaleras, lo que me permitió disfrutar del vaivén de aquellas nalgas de acero.

«Je, je... Mejor no te digo qué más me gustaría que fuera mío...».

Suspiré. Y, en cuanto me di media vuelta para abrir las alacenas, escuché las primeras notas de aquella melodía que, oportunamente, me trajeron uno de mis mejores recuerdos con ella...

«—Abuela, ¿cómo es que se te ocurrió esta receta y, además, querer enseñármela? —le pregunté al tiempo que leía el papel amarillento.

Maggie, torpe y a desgano, tiró la cuchara llena de chocolate derretido en el fregadero, se limpió las manos en su delantal —cuyo dibujo era el cuerpo de una mujer en pelotas, con unas supertetas— comprado en una tiendita *sexshop* que pocos conocían, y me miró. Luego se acomodó los anteojos manchados de harina y bufó.

—Porque es la única mierda que sé cocinar, Pam. Y también lo único que aprendí de tu bisabuela, de la que seguro heredaste el estúpido amor de vivir rodeadas de cacerolas y esas porquerías... —Revoleó los ojos. Es que si por ella hubiera sido, habríamos desayunado, almorzado, merendado y cenado comida china todos los días... Bueno, de hecho, casi que fue así hasta mis trece años, momento en el que decidí estrenar nuestra inmaculada cocina. Como fuera... Maggie se lavó las manos y volvió a mirarme—. Alguien debe transmitirlo... O, al menos, eso es lo que mi madre pidió que hiciera —expresó harta—. Anda, Pruébalo.

Tomé una cuchara y, sin pensármelo dos veces, corté un trozo del pastelito y lo llevé a mi boca. ¡Por Dios! Creo que la cantidad de veces que puse los ojos

en blancos fue tal que cualquiera hubiera dicho que parecía imitar alguna escena de posesión demoniaca de *El exorcista*, o que en cualquier momento tendría alguna especie de ataque epiléptico.

—¡Abuelaaaooo! —exclamé con la boca llena, a lo que Maggie respondió con un suspiro seguido de una negación de cabeza.

—Traga, por todos los santos, Pam...

Cumplí su orden, pero solo porque preferí acabar con la delicia que no pensaba compartir ni con ella.

—¡Uf! —Sonreí después de tragar—. ¡Abuela! ¡Está buenísimo! ¡Es tan distinto a los que hasta ahora había probado! ¡¿Qué es lo que tiene?! ¿Es lo último que dice la receta? ¡Dime qué es!

Maggie achinó los ojos.

—Como vuelvas a llamarme «abuela», la próxima vez que lo cocine le pondré mi laxante y no saldrás del cuarto de baño hasta que venga un plomero a rescatarte. —Suspiró y, cansada, se acomodó frente a la barra de la cocina.

—¡En serio! —Me senté enfrentada a ella y volví a tomar la cuchara para terminar de limpiarla con mi lengua—. ¡Es una delicia! ¡Y es ideal para nuestras noches de té y cartas!

Puso los ojos en blanco. Respiró profundo para armarse de paciencia y clavó su mirada en la mía.

—¿Quieres saber lo que lo hace distinto del resto? —Asentí al tiempo que tomé el plato para chupar y aspirar, cual niña de tres años, los restos que habían quedado—. ¡Tiene pimienta! ¡Una puta pizca de pimienta! ¡Lo que le falta, pero de a libras, a tu vida, Pam!».

Sonreí. Y, sin darme cuenta, comencé a tomar los ingredientes y recipientes al compás de *I should have known better*.

—Pensé que te enfadarías si ponía este tema, pero, por lo que veo, te trajo buenos recuerdos...

Estúpido engreído.

Bufé, pero me mantuve de espaldas. No quería ni mirarlo. Y, además, estaba tratando de alcanzar, con una larga cuchara, un *bowl* de la estantería que estaba dos cabezas arriba de mí. Gran hazaña para mi altura de hobbit.

—Tienes razón. Me recuerda a mi abuela. Amaba este tema de The Beatles —dije rápido y después de tomar aire para volver a intentar tener éxito en mi maniobra cual orangután en busca de una banana.

—¿A tu abuela? A mí me recuerda a mis padres —dijo acercándose, hasta que lo vi de costado y...

¡Santísima Maggie! La mandíbula se me cayó al piso y la baba no chorreó solo porque imaginé a Annetta diciendo: «¡Hey! ¡¿Por qué no le dices directamente que se la quieres chupar y listo, eh?!». Cocinar era lo último que hubiera querido hacer. El muy maldito se había puesto unos vaqueros desgastados y rotos con una camisa negra abierta hasta la mitad de su pecho que solo invitaba a quitársela con los dientes.

Chris me miró y puso esa media sonrisa que daban ganas de tirar a la mierda el delantal y la cuchara. Para mi infortunio, se dio cuenta de lo que estaba tratando de hacer y, con la vista fija en el *bowl*, se acercó hasta quedar a unos pocos milímetros de mí. De haber sido Annetta, le hubiera lamido todo el pecho cual helado de chocolate. ¡Mierda! Se me erizó la piel de solo sentir el calor de su cuerpo tan próximo... Pero eso no fue nada, no. ¡Nada en el mundo de Pam termina bien o normal! ¡Claro que no! Faltaba la fresa del postre, ese detalle ideal para estamparme en la frente el sello de «Ridícula necesitada»: se me cayó la cuchara al piso.

«Bien, Pam. Ya casi... Ya casi que te llevas el premio a la *loser* del año».

Como si Maggie hubiera ido a pegarme con una cacerola en la cabeza, reaccioné y quité la mirada babosa de sus pectorales de acero inoxidable. Me agaché y tomé la bendita cuchara que estaba usando de ramita para empujar al *bowl*. Respiré profundo para ver si de esa manera mi cerebro comenzaba a oxigenarse y a funcionar, al menos, con normalidad, pero no pude. ¡¿Y quién demonios hubiera podido hacerlo?! ¡¿Quién?! ¡Nadie! ¡Era imposible pasar

por alto aquel desmesurado bulto! ¡Por todos los santos! En cuanto comencé a elevarme para ponerme de pie, el efecto imán de su paquetón no solo atrajo mi babosa mirada, sino también a mi naricilla que chocó cochinemente ni más ni menos que contra su enorme pan francés...

«¡Santa Maggie! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué a mí?! ¡Libérame de estos pensamientos glotonos que manejan mi cuerpo! ¡Libérame de su tentadora *baguette!*».

Su cara fue la típica de «¡*WTF!*!». Y yo... Cielos. Aturdida y pestañeando como si me hubiera dado en el ojo, tiré la cabeza hacia atrás y me desestabilicé de la vergüenza. Vaya forma de reencontrarme con su cargamento... Con un brazo, me tomó para evitar que cayera hacia atrás. Y, así, con mi rostro hecho un maldito tomate, logré mantenerme en pie.

—¿Estás bien? —dijo con el *bowl* en la otra mano y con una expresión que contenía una carcajada que de haberla liberado se hubiera meado encima.

«¡¿Yo?! ¡Claro que estoy bien! Solo que tu pene ha rozado mi cara y, de no ser por la vergüenza, muy probablemente mi versión porcina hubiera tirado un pequeño tarascón...».

—Sí... Estoy... bien —logré terminar, tocándome la punta de la nariz, como si hubiera querido verificar que esta siguiera allí.

El idiota sonrió y la distancia cero entre los dos me estaba haciendo sentir esas cosquillas traicioneras que harían que flaqueara si no me alejaba de una vez por todas.

—Si necesitabas ayuda, con habérmela pedido hubiera alcanzado, ¿no crees? «¿Ayuda? ¡Claro que sí! Aunque el problema no está arriba ni en ese *bowl*, querido mister B, sino más bien abajo, en un horno que parece que echa humo... Parece que *algo* se quema. ¿Quieres darle una miradita? ¿O qué te parece si mejor ponemos a hornear el pan?».

—¡Basta! —grité a mi versión cochina, pero Chris, ajeno a mi estupidez mental, solo elevó una ceja—. Quiero decir... Lo siento. Es que estoy acostumbrada a estar sola... —«Oh, sí... Qué respuesta afortunada». Bufé, pero

continué—: Más bien a cocinar sola.

Él asintió lento y con el ceño fruncido, como si hubiera escuchado a una loca. Bueno, la verdad era que no estaba tan desacertado si así lo pensó.

—Está... bien —dijo no muy convencido. Apoyó el *bowl* en la isla, se acercó a uno de los cajones y sacó una *tablet*. Clavó su mirada en el aparato y, luego de dar algún que otro toque y quedar listo para escribir, volvió a hablar —: Estupendo. Te escucho.

Fruncí el entrecejo.

—Chris Campbell junior, el hijo del gran *pastry chef* de Londres, ¿quiere que le dicte *mi* receta? —le pregunté con esa media sonrisa burlona y creída típica de él.

Achinó los ojos, metió los labios para adentro y los mojó hasta dejarlos con ese toque jugoso.

—¿Acaso eso es un problema para ti? Porque, de ser así, no tengo inconvenientes en pagarte los derechos de autor que pidas, estimada Smith. Quizá con ellos puedas costear una copia de llaves, por ejemplo, así la próxima vez no te quedas afuera... —replicó el muy bastardo con esa sonrisa que le formó los malditos hoyuelos sexis.

Fruncí los labios para evitar sonreír. Podía ser muy galán y yo una torpe babosa, pero había algo de lo que estaba muy segura: no me quitaría esa receta tan fácil. Y, además, era el momento ideal para conseguir lo que tanto necesitaba y solo él tenía...

—Claro que no. —Me crucé de brazos—. Te dictaré toda la receta tal como mi abuela la tenía escrita, pero...

—Pero... —repitió para que yo continuara.

Me acerqué unos pasos con una inusual picardía que lo hizo sonreír y entrecerrar los ojos.

—A cambio... —tomé todo el aire que pude, no debía pensar ni titubear un segundo más— me devolverás mis bragas. —Y extendí mi mano—. ¿Trato hecho?

Rio, negó con la cabeza y hasta se mordió el labio, pero, al notar que se lo había dicho en serio, puso las manos en su cadera a modo de jarra y, tras dudar divertido, me la estrechó.

—OK. Hecho. —Ambos nos miramos pícaros. Era obvio que algo escondíamos—. Y que conste que estoy siendo más que benévolo.

—¿Bénévolo? Sí, claro, como si supieras cómo conseguir ese sabor tan especial —dije al tiempo que tomé el cuchillo para empezar a cortar el chocolate.

—Podría declinar mi propuesta de hospedaje, y asunto terminado. —Elevó una ceja.

—Pues hazlo. Será un maravilloso y sin retorno *adieu* a mí... y a los ansiados *mi-cuit au chocolat*, por supuesto... —expresé con un horripilante francés, pero que me llenó de satisfacción.

—Si lo que acabas de hacer fue amenazarme con volver a pronunciar en francés si no te dejo dormir aquí, pues tranquila: has ganado.

Lo miré por su comentario y sonreí a la par que él. Su rostro era tan fresco cuando reía... Sus hoyuelos parecían reclamar una admiradora, sus ojos parecían desconectarse de ese centrado y duro Chris que aparentaba ser veintitrés horas al día para pasar a mostrar una verdosa mansedumbre impensada en él. Y sus labios... ¡Rayos! Parecían prometer unas caricias que no sabía si eran un delicioso recuerdo de aquella noche o solo producto de mis calenturientas fantasías de necesitada. Mierda... Y así fue como me di cuenta de que ya me estaba ablandando de nuevo. Si no me contenía, terminaría tirada sobre la isla, abierta de piernas como un pollo y bañada en chocolate suplicando por su lengua.

Como si me hubieran puesto hielo allí abajo, tosí y volví a mi estado de «Prohibido estacionar aquí». Él suspiró y retornó a su puesto de «Yo, gran jefe».

—Hummm.. Bien, anote, por favor —dije con tanta formalidad que su mirada de «¿WTF?!» no me pasó desapercibida—. Para esta receta se

necesitan: tres huevos, ciento veinte gramos de azúcar, noventa gramos de mantequilla, ciento diez gramos de chocolate negro, cuarenta gramos de harina...

Chris, con los ojos a medio abrir y una ceja levantada, me miraba fijamente hasta que decidió interrumpirme.

—¿Es una broma, *Smith*? —remarcó mi apellido como burla a mi vuelta a lo formal—. Soy bueno, pero no idiota.

«Eso es algo cuestionable...».

Alcé las cejas.

—Me pidió que le diera la receta y eso mismo es lo que estoy haciendo —expresé a secas.

Crispado, revoleó los ojos. Suspiró para calmarse y volvió a mí.

—OK, OK... ¿Algo más?

—Sí... —Él me miraba con tanta expectativa que me hubiera encantado tenerlo en vela toda la noche. Acomodé la voz, respiré profundo y, con los ojos cerrados, agregué—: Una pizca del ingrediente secreto.

Se hizo un silencio de varios segundos. Yo me mantuve inmóvil, y él se acomodó para disimular la tensión.

—Humm... Y ese es... —me invitó, exagerado, a que lo completara.

—Y ese es...—hice una pausa para torturarlo, pero continué—: secreto —terminé, y volví mis ojos al cuchillo.

—Espera... espera un momento. —Se sacudió el pelo—. Hicimos un trato, ¿o acaso ya lo olvidaste? —preguntó tranquilo, aunque intentando contener los nervios.

—Por supuesto que no lo olvidé. Tampoco soy idiota... —contesté sarcástica—. Prometí repetirte la receta de mi abuela tal como ella la tenía escrita y eso hice.

Río indignado.

—¿Y quieres que te crea? —inquirió serio. Yo solo asentí—. ¡Ja! ¿Estás hablando en serio? Es decir... ¿acabas de decirme que literalmente tu abuela

escribió: «Una pizca del ingrediente secreto»?

—Sí... Bueno, en realidad, mi bisabuela.

Suspiró.

—No te creo. Estás mintiendo.

—Dijiste que solo creías en hechos... y recetas. ¿Por qué dudas entonces?

—Creo en las recetas, no en lo que la gente dice de ellas. ¿Cómo puedo saber que lo que dices es verdad? —Se cruzó de brazos.

Respiré hondo y, con toda la tranquilidad del mundo, dejé el cuchillo a un costado para mirarlo directo a esos ojos que, de no ser por mi forzado autocontrol, habrían podido hacer conmigo lo que quisieran.

—¿Crees en las recetas? Pues bien: ve hasta mi casa, trepa o convence con un disfraz de cartero y algunos asquerosos arrumacos a mi vecina del primer piso para que te devuelva las malditas llaves que dejé puestas dentro y busca el estúpido papel en la tetera vieja. Aún lo conservo y solo porque sabía que algún día llegaría alguien tan escéptico que no me creería... —finalicé irónica.

Frunció la frente al punto de formar una *uniceja*.

—¿Disfraz de cartero? ¿Vecina? ¿De qué ray...? —No continuó. Vencido, suspiró al tiempo que puso los ojos en blanco para luego mirarme—. *OK*, lo siento. Déjalo. No me importa. —Se acomodó el cabello hacia atrás—. Lo descubriré al mirarte cómo lo haces. —Y movió su mano para que yo siguiera con la receta.

—Pues eso no ocurrirá. —Sonreí y volví a bajar la mirada para poner manteca a los pocillos de cerámica.

—Eso ya lo veremos... —replicó y, aunque no quise mirarlo, pude imaginar la estúpida expresión de suficiencia que habrá puesto.

Se hizo un silencio en el que hubiera agradecido un sonido un poquito más fuerte que el que se consigue al esparcir manteca... Mi mente trataba de enfocarse en la maldita receta; lo que menos quería era desconcentrarme, por lo que mirarlo no entró en mis planes. De hecho, lo primero a lo que me obligué fue a no hacerlo por nada el mundo hasta terminar de cocinar, a menos

que quisiera que se quemara todo, incluidas mis bragas.

Por supuesto que míster B tosió, lo que complicaba mi situación de ignorarlo para no fracasar en el plan de hacer el pastelillo y, principalmente, en el de no hacer explotar la casa.

«Oh-Oh. Si no dices algo, tus ojos apuntarán de nuevo hacia donde ya sabes y las consecuencias serán, como diría Chad, casi pornográficas, querida Pam...».

—Pues bien... —dije volcando el elixir dulce en un recipiente en el que se derretiría. Respiré profundo y solo me concentré en lo que hacía, con el amor con el que solía hacerlo siempre—. Ahora, solo se trata de fundir el chocolate con la mantequilla, pero a fuego lento, despacio y revolviendo con suma delicadeza, aunque sin parar nunca... Esto es muy importante porque si se quema, el sabor será amargo y no hay marcha atrás. Es un ingrediente noble y parece muy común, pero tiene esa delicadeza secreta que no todos tienen en cuenta...

—Ajám. Interesante. Creí que solo se trataba de simple chocolate... —expresó a secas, aunque con una clara intención de buscar guerra.

«¿Es idiota? Vaya *pastry chef*...».

Sonreí indignada.

—Pues no. Hay muchas clases y de distintos gustos. Algunos más duros, otros más blandos, pero todos exquisitos. Eso seguro. Y lo más importante es que, al calentarlos, hay que hacerlo con mucho amor.

—¿Solo con amor? —preguntó enseguida.

—Pues, en mi caso, prefiero que así sea. Los resultados marcan la diferencia.

—Oh... —Acomodó la voz—. Así que nunca lo has hecho sin amor...

«¡Pi, pi, pi! ¡Alerta roja! ¡Se ha detectado un absoluto doble sentido peligrosísimo para tu estacionamiento, Pam!».

Tragué saliva. Por nada lo miraría, aunque eso implicara seguir su estúpido juego.

—Exacto. Jamás. Aunque debo decir que si el chocolate no es de buena calidad, pues no tiene ningún sentido si lo haces con o sin amor.

—Claro... Entonces sabrá a porquería.

—Su sabor solo será amargo o, quizás, en el mejor de los casos, para nada memorable —lo interrumpí.

—Hummm... —Se tomó un tiempo, pero volvió a hablar, sugerente—. Pero si es bueno, su gusto...

—Será inolvidable. Y único —finalicé. Respiré profundo y traté de ignorar que mi corazón latía a mil por hora.

Limpié mis inmaculadas manos en el delantal y, sin dejar de controlar la mezcla del chocolate y la mantequilla, de un solo toquecito, rompí cada huevo para volcar el contenido en otro recipiente.

—Increíble. Jamás conocí a alguien que, de una sola vez, pudiera romper tan bien los huevos, querida Smith...

«Ja... Qué gracioso...».

—Pues yo sí, y no hace mucho. —Sonreí con marcada ironía al recordar a Laurie, aunque sé que aplicó a la perfección con él.

Tosió y, al instante, cambió a un tono de pastelero serio, por supuesto.

—¿Y ahora?

—Es importante que, al mezclar los huevos con el azúcar, esta quede totalmente integrada. Para eso —dije al tiempo que tomaba el batidor de mano — es importante hacerlo con cierta intensidad, aunque sin excederse, pues la idea es que no se llene de aire. —Y batí sin perder fuerza alguna.

—Hummm... Me imagino —expresó un poco incómodo—. Se nota que tienes buena mano, Smith. Pero ¿no prefieres que un aparato lo haga por ti? De esa manera evitarías que se te canse la muñeca y los dedos...

«Retrasado».

—Pues, la verdad es que no uso ni los dedos ni la muñeca, Campbell junior. Los aparatos no son de mi gusto. Prefiero un robusto batidor. Con eso y un buen movimiento, se llega al punto deseado sin duda alguna.

Pude escuchar cómo contuvo el aire y lo largó de golpe.

—Entonces, qué suerte que has tenido conmigo, Smith. Al parecer, no pareces disconforme.

«Je, je... ¿Ahora lo llamaremos *batidor*?».

—Bueno... Es lo que hay —me animé a decir.

«¡Maldita sinvergüenza! ¡Si jamás en tu vida has visto uno como el suyo! Y no me refiero al batidor, claro...», escuché a mi *free* Pam.

—Mmhh... no creo que pueda cambiarlo, pero con que sea suficiente, me alegro. Ya lo veremos en los resultados...

«Al *mi-cuit au chocolat*, llegaremos. A lo otro... espero que no, cielos».

Respiré profundo y largué todo el aire. ¡Dios! Necesitaba más que un respiro. ¡Quería huir! ¡¿Qué rayos era todo eso?! ¡¿Desde cuándo la ironía y la desfachatez se habían convertido en mis únicas y mejores amigas?!.

—Ahora, debemos verter la mezcla del huevo con la del chocolate —afirmé, volcando con suavidad el contenido mientras con la espátula revolvía lo que iba cayendo. Luego, tomé la harina y la fusioné sin dejar de girar la enorme cuchara.

—No diré nada. Continua —trató de expresarlo serio, pero, por supuesto, no le creí.

—La clave está en que el horno esté a 200° C.

—*Wow*. No sabía que manejaras tan altas temperaturas, Smith. ¿Realmente crees que sea lo ideal? Si no lo manejas bien, puedes llegar a perder el control, y digamos que será bastante complicado evitar un inminente incendio... Podrías quemarte.

Puse los ojos en blanco.

—Lo importante de la receta es que solo se hornearán los bordes de los pastelillos y el interior se mantendrá líquido. De allí la alta temperatura, querido Campbell, y también el poco tiempo que deben permanecer *dentro del horno*... ¿Diez minutos tal vez? —remarqué mientras vertía la mezcla en los tres pocillos de cerámica.

—¿Un rapidito? —dijo altanero.

Elevé una ceja.

—Sin duda, lo tienes más claro que yo... —Y sonreí.

—Fue una pregunta, Smith... —replicó el muy creído.

—Diez minutos es lo ideal, en realidad —respondí y me traicioné al hacerlo.
¡Maldita cabeza de *free* Pam, que solo pensaba en su pene!

—Pues bien... ¿Eso es todo o...?

—Claro que no. Falta el ingrediente secreto para que salga perfecto y único.
—Di media vuelta para abrir la alacena, pero recordé que me estaba viendo.
Dejé mis manos apoyadas en las puertas a la espera de que fuera él quien volviera a hablar.

—Creo que allí no encontrarás a tu amigo secreto...

—¿No? ¿Acaso ya lo descubriste? Si es así, dímelo, porque, de lo contrario, no pienso tomarlo con tus ojos puestos en mí. —Yo seguía con mis manos en las perillas de las alacenas. Si Chad me hubiera pillado en esa pose y en esa situación, habría dicho que interrumpió la escena previa a las clásicas cochinadas de sus vídeos.

—Claro que sí... El ingrediente secreto que lo hará inolvidable es... ¡Una braga *park here!*

«¡*WHAT!*».

De un santiamén, me di vuelta. ¡El asqueroso degenerado tenía en una de sus manos mis braguitas ridículas! Pero eso no era lo peor de todo, ¡pues las movía delante de su *smarthphone!* ¡El puerco insensible me estaba grabando!

—¡¿Qué rayos...?! —Me estiré por encima de la isla para intentar, sin éxito, obtener mis bragas.

—¿No es este el ingrediente? Espera un momento... ¿No estábamos hablando de sexo, Smith? ¡Oh, cuánto lo siento! —Y lanzó una carcajada que me hirvió la sangre.

Eso había sido todo. Que se metiera los pastelitos en medio de sus nalgas de mula y se olvidara de todo tipo de trato. ¡A la mierda! Prefería dormir y

desayunar cerveza con pan duro junto a los indigentes de algún puente que a compartir la noche con un idiota pseudofrancés de su calibre.

Revoleé el delantal y me dirigí directo a la puerta de su vacío y triste palacio.

Escuché cómo se levantó de un salto y me siguió hasta colocarse delante de mí. Las aletas de mi nariz parecían las branquias de un pobre pez agitado. Pero no tuve opción. Me detuve, aunque descargué mi furia en los puños que mantenía cerrados a los costados de mi tenso cuerpo.

—Lo siento —dijo poniendo la mano, que sostenía mis bragas, en su pecho, del lado del corazón, mientras con la otra alzó su teléfono y presionó el botón de *stop* para cortar la grabación frente a mis ojos—. En serio, perdóname, Smith. Fue solo una broma. No te lo tomes tan mal. —Sin quitarme la mirada de encima, se guardó mis braguitas en el bolsillo de su pantalón. Luego y lento, se agachó, abandonó el *smarthphone* en el piso, se levantó y lo pateó suavemente hacia un costado, como si de un arma se hubiera tratado—. No lo planeé. Lo juro. Fue algo del momento. Al notar que no me mirabas, se me ocurrió grabarte. Al principio, con la intención de hacerte ver lo distinta que eres cuando cocinas, pero luego la conversación se me fue de las manos y... ¡Vamos! ¡Era muy buena como para dejar de grabar! —Rio, pero enseguida dejó de hacerlo—. Solo... Perdóname. ¿Seguimos con la receta? —expresó, tratando de mantener la seriedad.

«¿Hacerme ver qué?».

Fruncí las cejas y me crucé de brazos.

—Disculpa, pero ¿dijiste «distinta»?

Tragó saliva y comenzó a mirar para todos lados, incómodo, como si ya le hubiera insertado los *mi-cuit au chocolat* en el trasero. Aspiró y, con las manos en la cintura en forma de jarra, largó todo el aire de un sopetón.

—Distinta, sí. ¿Es que nadie te lo ha dicho? —logró decir casi en contra de su voluntad.

—No, nadie. Pero ¿te refieres a *distinta* bien o...? —pregunté tan ansiosa

como insegura.

Revoleó los ojos.

—Sí, sí... bien. Ahora, ¿podemos seguir?

—Hasta que no me digas qué significa eso, no me acercaré a la cocina.

Nos miramos unos segundos en los que, por fortuna, las ganas de saber lo que pensaba de mí fueron más fuertes que las fantasías con él.

Chasqueó la lengua, tras darse por vencido en la guerra de miradas, y bufó.

—OK, OK... —Tenía los ojos apuntando a sus zapatos, pero en cuanto tomó aire, los elevó hasta volver a clavarlos en los míos, lo que hizo que al instante mi piel se erizara—. Tal vez nadie te lo dijo porque pocos te han visto, pero cuando cocinas... no sé... pareces otra persona. —Desvió la mirada hacia un costado, como si recordara, y una lenta pero marcada sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro—. Tus ojos se ponen más brillantes ni bien te acomodas frente a la mesa de trabajo, tus dedos siempre hacen un gracioso movimiento antes de empezar, no sé, se mueven rápidos, como si tocaras un piano. —Rio negando con la cabeza—. Tampoco entiendo muy bien el punto, pero tus caderas parecieran tener vida propia, pues siempre se están moviendo como si escucharas música. No sé por qué lo haces, pero resulta muy alegre y contagias... La he visto a Annetta imitarte sin querer... Pero lo más increíble es que, ni bien empiezas a cocinar, se te forma una sonrisa que no se te borra hasta que terminas tu trabajo. Es increíble, pero no importa las horas o lo cansada que estés, siempre haces lo mismo...

Se hizo un silencio por unos cuantos segundos en el que su mirada solo permaneció perdida en algún punto del fondo de su sala, junto con una sonrisa que solo se obtiene al recordar algo ameno... o al fumarse alguna hierba rara.

Sonreí tímida pero complacida y, en cuanto él detectó ese gesto mío, acomodó la voz y su dureza volvió a su rostro.

—Y todo eso, ¿lo dedujiste al verme hace unos minutos o...?

Bufó.

—Ya basta, Smith. Te respondí lo que me preguntaste. Ahora cumple con tu

palabra y volvamos a lo que vinimos. —Se fue directo a la cocina y se sentó en el mismo lugar de antes, frente a la isla.

—OK...

Respiré profundo y volví a mi lugar, pero lo miré fijo.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué? —preguntó harto.

Hice un gesto con las manos para que se tapara los ojos, pero él solo elevó una ceja. Con eso me aseguré nunca prestarme a jugar a *Dígalo con mímicas*.

—¿Podrías taparte los ojos, Campbell junior?

Los puso en blanco y luego se los tapó con ambas manos.

—¿Así está bien, querida Smith?

¿Creía que era idiota?

—¡Claro que no! Mi infancia no ha sido la mejor del mundo, pero he jugado a las escondidas al menos tres veces y sé lo que es espiar por entre los dedos, Campbell...

De un santiamén, bajó las manos medio horrorizado, medio sorprendido.

—¡¿Tres veces?! ¡¿En serio?!
Cielos...

Cielos...

Sacudí la cabeza para desviar la atención y me acerqué a él.

—No importa. El punto es que debes taparte la cara con algo, ¿entiendes?

—Sí... A tus órdenes: tápame con lo que quieras.

Miré hacia todos lados, pero en la desesperación por hacerlo rápido, solo dije lo que se me ocurrió en el momento.

—Bien. Quítate la camisa.

«¡WHAT!».

Sí, lo sé. No fui lo suficientemente cochina como para pedirle el pantalón.

—¿Estás hablando en serio? —expresó con esa media sonrisa de infarto. Moví la cabeza en un gesto de afirmación, pero sin decir palabra alguna, pues el corazón me latía a mil por hora y temía desistir de aquella locura. Chris, divertido, negó con la cabeza y, lento, comenzó a despojarse de su prenda—.

Espero que esto tenga sentido y no sea una treta para cumplir alguna fantasía en la que me tiras el chocolate caliente sobre el pecho, Smith...

¡Rayos! Al solo decirlo, me imaginé pasando la lengua a mi jefe de forma descarada, de abajo hacia arriba, acompañado de miradas puercas y lujuriosas.

«¡Ya basta, *free* Pam! ¡O pronto no podremos distinguir lo real de lo imaginario! ¡Y ya sabemos cómo terminan estas cosas!».

Cerré los ojos y respiré profundo para tratar de contenerme, pero ¿cómo demonios haría eso?! Mi cerebro, junto con la *free* Pam que yacía en mi interior y que funcionaba de directora, comenzaron a rodar el inicio de un film que iría dedicado a Chad. Toma uno: ¡Acción! En cámara lenta, y con *Shape of you*, de Ed Sheeran, de fondo, podía disfrutar a Chris desabrocharse los botones, imaginando que cada uno de estos volaba por los aires al liberar su pecho de aquella tela negra. Oh, sí, lentamente sus pectorales quedaban al aire hasta llegar a esos abdominales en los que la madre de Maggie hubiera lavado la ropa... Y yo también estaba dispuesta a renunciar a la tecnología de las lavadoras si me aseguraban ver uno de estos el resto de mis días. Tragué saliva para no ensuciar el piso y traté de tranquilizarme cuando sacó pecho para terminar de sacarse la camisa de esos brazos que, por todos los cielos, podían triturar lo que quisieran y, por supuesto, yo no tenía ningún problema en prestarme a sentir lo fuerte que podían apretujar. La cámara lenta no se fue y mi estado ultrababoso, mucho menos hasta que él, con un llamado que seguro repitió más de una vez, me hizo despertar de aquel ensueño *porci-hot*. Y ¡puf! Adiós *Shape of you*, adiós cámara lenta.

—¡Hey! ¡Smith! ¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

Y claro que era normal que estuviera así, pues me di cuenta de que mi cabeza estaba apoyada sobre mi hombro derecho y mis ojos entrecerrados. Me había hundido tanto en mi fantasía cochina que no me había percatado de lo ridícula y preocupante que podía ser mi postura. Di un pequeño salto, tragué la saliva acumulada y traté de justificar aquella conducta estilo Homero Simpson

frente a una rosquilla.

—Oh... Perdona, es que... Yo... Je, je... —Me fregué los ojos y, con suavidad, me palmeé las mejillas—. Estoy un tanto cansada. Solo eso.

Chris achinó la mirada y me extendió su camisa. La tomé y me fue imposible no sentir ese perfume que también había usado *aquella noche*. Aspiré profundo al tiempo que cerré los ojos, pero al abrirlos vi la frente fruncida de Chris que expresaba un claro «¡WTF!». Acomodé la voz y me puse firme en un intento de seriedad.

Él, despacio, negó con la cabeza.

—Eres un tanto especial, Smith...

Me acerqué, ya con la camisa enrollada, me puse detrás de él y se la coloqué delante de sus ojos.

—¿Por qué lo dices? —inquirí mientras ataba su prenda a la altura de su nuca.

—Entre otras cosas, porque aún no comprendo el motivo por el que me has hecho quitar la camisa... —Y aunque ya no podía ver, llegó a señalar el paño que yacía al lado de los pocillos de cerámica—. Pudiste taparme los ojos con eso y no hubiera hecho falta desnudarme... —terminó de decir sugerente y con esa sonrisa robabragas.

«¡Por las pelotas de Eros! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! Piensa, Pam, piensa...».

Y... ¡Eureka! ¡Al fin, aunque fuera una vez, no quedaría como una pobre necesitada!

—¿Estás hablando en serio? ¿Quieres que me queme las manos cuando los saque del horno? —Y, antes de volver a mi puesto, le di unas simpáticas palmaditas ganadoras en su hombro, que, dicho sea de paso, daban ganas de lengüetearlo.

Hizo una mueca con su boca que transmitió un «bueno, algo de sentido tiene...», lo que me tranquilizó y me dio tiempo a tomar rápidamente la pimienta. Así, hasta con los gestos que hacía Maggie, puse una pizca en cada pocillo, ni más ni menos, y los metí en el horno. Guardé la pimienta y, como

imaginé que Chris intentaría averiguar el ingrediente, dejé sobre la mesada el primero que encontré: ají molido.

«Cielos... Solo espero que lo intente», pensé malévolamente.

—Diez minutos, ¡y la magia tendrá forma de pastelillo! —exclamé al tiempo que me fregué las manos como mosca frente al azúcar—. Ya puedes quitarte la camisa... de los ojos, claro.

—Gracias por la aclaración... —dijo al tiempo que se sacaba la improvisada venda para volver a colocársela en su torso, aunque desabotonada—. De lo contrario, hubiera tenido que quitarme la única prenda que me quedaba puesta.

Enarqué una ceja.

—Calculo que olvidaste que llevas también zapatos, ¿cierto?

—En realidad, no recordaba que llevo pantalones... —Sonrió malvadamente sexi—. Y, viendo las ganas que tienes de verme sin ellos, te lo aclaro, Smith: no te quedarás con mis *boxers*.

«¿*Boxers*? ¡Ja! ¡Más bien lo que sostienen esos calzones, mister B!».

Negué con la cabeza.

Sus ojos inspeccionaron toda la mesa, aunque con disimulo. Frunció las cejas de forma casi imperceptible cuando se posaron sobre el ají. Y en cuanto hizo eso, lo tapé con el paño para dar por sentado que ese era el ingrediente secreto.

—Pues bien... —Salí de la cocina para mostrarle mi interés en que no siguiera observando y me acerqué hasta quedar a unos pasos de él—. ¿Ahora qué?

Tomó aire y miró para todos lados.

—Bueno... Son diez minutos, ¿cierto? Hummm... ¿Quieres algo de beber? No sé, un poco de *whisky*, un trago suave o...

Los deseos por haber dicho que sí habían sido tan fuertes y notorios como la decepción con la que se impregnó mi tono al contestar.

—Yo... lo siento, pero no puedo. Ya sabes... Quizás... —Con vergüenza y

muy fugaz, apunté mi vientre.

Chris se quedó unos segundos pensativo hasta que reaccionó.

—Perdona. Lo había olvidado, es que... —Se rascó al cabeza y suspiró profundo—. Un té entonces. —Y sin esperar mi contestación, fue directo a la cocina. Los siguientes segundos de absoluto silencio parecieron eternos, pero, aún de espaldas a mí, volvió a hablar—. Smith, quiero que sepas que cuentas con mi apoyo y que...

—Gracias, lo sé. Ya me han dicho el tipo de persona que eres... —lo interrumpí, impulsiva.

A los minutos, Chris, con dos tazas en sus manos, se giró y me miró serio, fijo a los ojos. Sin quitarme la mirada de encima, se acercó hasta quedar a solo unos pocos centímetros de mí. Solo las tazas y el humeante aroma a té separaban nuestros cuerpos.

—¿Lo sabes? —me preguntó, perdido en alguna peca de mi rostro.

«Eres lela, Pam. ¡¿Por qué rayos no le pediste algo fresco?! Entre el té y tu entrepierna terminarás en Urgencias con quemaduras de tercer grado».

Tragué saliva.

—Sí, lo sé... —sentencié con una tímida sonrisa y mis ojos hundidos en los suyos.

Y no hubiera puesto freno a lo que pudo haber ocurrido. Era el momento ideal para tirar todo a la mierda y comerle a besos ese torso duro de soldadito de plomo. Con él sí que daban ganas de jugar a una guerra de comida, pero...

«¡Ringgggggg!».

El maldito reloj de la cocina sonó para anunciar que los pastelitos ya estaban listos. Corrí a la cocina y saqué los pocillos con sumo cuidado. Chris acomodó su garganta y apoyó las tazas en la mesita de la sala para luego sentarse en el sillón que estaba al lado. Me acerqué con el plato y lo coloqué frente a sus narices.

—Llegó la hora de la verdad, Smith —dijo, y dio un sorbo a su té. En silencio, esperamos unos minutos a que se enfriara. Luego, cortó con la

cuchara una pequeña porción y el chocolate completo se derramó con tal suavidad que me dieron ganas de lanzarme al plato al mejor estilo vampiro neófito de *Crepúsculo*. Llevó el trocito a su boca y su expresión lo dijo todo.

—Deberás devolverme las bragas —afirmé con una seguridad desconocida en mí. Extendí mi mano a la espera de mi premio.

Chris sonrió y no fue hasta que terminó el *mi-cuit au chocolat* que se animó a decir:

—Y lo haré, Smith... Lo haré algún día.

«¡¿WHAT?!».

—¡Cumplí mi promesa! —grité enfadada—. ¡No seas un puerco mentiroso y cumple con tu palabra!

—¡Alto ahí! —Me señaló con el dedo—. Ni te atrevas a juzgarme de no cumplidor porque no es cierto y me harás cabrear, Smith. Te he dicho que te devolvería las bragas y así será, pero no me exijas lo que nunca prometí porque saldrás perdiendo.

Abrí los ojos como huevos y la mandíbula se me cayó de la indignación.

¡Maldito huevón coleccionista de tangas!

—¡Solo te exijo que cumplas con lo que dijiste: devolverme mi ropa interior!

—Y lo haré, pero nunca dije cuándo. Así que... —Hizo el gesto de cerrar la boca como un cierre, se puso en pie, se acercó y me entregó el té—. Mientras tanto, te ofrezco disfrutar de tu obra, a menos que tengas algo más importante y bueno que hacer en la calle...

—Eres un... —Pero no continué, pues las hormonas y el estrés de haber soportado hasta lo absurdo en tan pocas horas pudieron conmigo. Olvidando por completo dónde estaba, le devolví la taza, me dejé caer en el sillón y mi llanto de ambulancia empezó a sonar. Las lágrimas no se hicieron esperar, aunque mis manos cubrieron mi rostro en menos de un segundo porque, por supuesto, la vergüenza aún estaba allí, como siempre, bien pegada a mi culo.

—¡¿Y ahora qué hice?! —Bufó—. ¿¿Smith??

Sentí el peso de su cuerpo en el sillón y su mano posarse en mi espalda. Primero, me dio la especie de palmaditas asquerosas que se le daría a alguien con lepra, pero al ver que mi angustia iba más que en serio, no tardó en abrazarme. Al principio, lo hizo con delicadeza, dulzura. No sé por qué, pero eso hizo que llorara más y más. Me abrazó con todas sus fuerzas y así pude sentir que su corazón latía con la misma desesperación con la que se descargaba mi ser. Quería frenar, terminar con tanto dolor, pero no podía. La pena se había apoderado de mi cuerpo. Parecía que nada podría acabar con mi tristeza; nada. Ni su calor, ni su perfume, ni sus latidos, ni siquiera su abrazo... Y cuando él se dio cuenta de exactamente lo mismo, separó unos centímetros nuestros cuerpos para hacer lo único que extinguiría el llanto de mi alma en pena...

—Pam..., yo...

Clavó sus ojos en los míos. Aquella mirada era tan penetrante y dulce a la vez que no podía ser más que del alma, pero también expresaba un miedo a no sé qué, esa incertidumbre que, habitualmente, manifestaba con esas dureza y frialdad tan clásicas en él. Un temor del que parecía no poder librarse y que, en ese momento, él me confesaba. Aun así, y perdido en la tibieza de nuestros alientos que se unían en contra de nuestra razón, acarició mi mejilla para evaporar con el calor de sus dedos aquellas lágrimas que, rebeldes, se habían adueñado de mi rostro.

Fueron unos diez segundos, quince tal vez, lo que nuestros ojos tardaron en desnudar nuestras almas sin necesidad de las palabras. Y fue entonces, solo cuando aquel miedo pareció disiparse en la intensidad de nuestra búsqueda, que sus labios se posaron sobre los míos en una tierna pero posesiva caricia que calmó cada poro de mi piel y secó toda lágrima de mis ojos. Aquel intenso y lento beso era la bocanada de aire que mi cuerpo entero, ahogado en angustia, necesitaba para volver a la vida. Y así, como cuando el hambre es saciada, mi ser entero se entregó a Chris... Y el suyo a mí.

Capítulo 16

—¡Chris! ¡¡Chris!! ¡¿Estás aquí?! ¡Tu teléfono está en el piso! —Y se escuchó el portazo de la entrada.

Abrí los ojos hasta dejarlos como dos huevos fritos. ¡Era la voz de Gatúbela francesa! Pero, por fortuna, ella recién llegaba y estaba en la planta baja, mientras que nosotros, escaleras arriba... Sí, *nosotros*, pues Chris estaba conmigo en su cama, con su *baguette* al aire y dormido profundamente. Aun babeando era sexi. ¡Por Dios! Y sí, lo primero que hice fue eso: revisé que estuvieran mis bragas. Rayos... Estaban a un lado. Y menos mal que así fue porque esas sí que eran de las bien feas, color natural y sin forma, de las que se estiran tanto que hasta puedes hacer una tienda de campamento. Y, un poco más lejos, amontonada en el piso, yacía mi ropa de vieja de noventa años. Sonreí de solo recordar lo rápido que me había sacado las prendas en la oscuridad (gracias al cielo)..., pero volví a la realidad al oír el grito de la Barbie parisina. Veloz, tapé a míster B, tomé toda mi ropa, bragas incluidas, y así en culo intenté pensar qué hacer. Pero cuando escuché los pasos en la escalera, no tuve tiempo a siquiera intentar despertar a Chris, por lo que hice lo único que sabía hacer a la perfección: huir... al armario. No tenía opción. Me enrosqué como pude y quedé dentro en tiempo récord.

—¿Chris? —preguntó al tiempo que hacía a un lado la puerta—. ¿Cariño? ¿Estás bien?

«“Cariño”... ¡Rayos! Si me encuentra esta vez, no saldré viva».

Aun así, mi curiosidad pudo conmigo y por nada en el mundo me perdería el espectáculo. Dije adiós al miedo y, tras dejar a un costado el bulto de ropa, despacio, abrí la puerta el tamaño de un ojo para poder husmear.

—¿Mmmh? —expresó mientras se fregaba los ojos, pero al segundo reaccionó dando un salto sobre la cama—. ¡¿Laurie?! ¡¿Qué... qué haces tú aquí?!

Sus ojos parecían dos pelotas de baloncesto y no dejaba de moverlos hacia todos lados. Mister B me buscaba, je, je...

Anaconda frunció el ceño, pero se acercó y se sentó en la cama.

—Chris, ¿qué es lo que sucede? —inquirió más seria y con un tono que rozaba la desconfianza—. ¿Has bebido otra vez?

Los ojos de mi jefe apuntaron al armario y, al notar el mío husmeando, se abrieron estilo Gollum, de *El Señor de los Anillos*, aunque, astuto, volvió a Laurie.

—¡¿Pero qué demonios dices?! Solo estaba durmiendo, o ¿acaso ahora también debo dar explicaciones de cómo y cuándo lo hago? —expresó al tiempo que, perspicaz y muy disimuladamente, tanteaba por debajo de las sábanas—. ¿Podrías alcanzarme el *jean*? —Señaló hacia la puerta. A un costado, estaba su ropa amontonada. En el momento que Laurie se dio vuelta y se levantó para buscarlos, él aprovechó para colocarse los *boxers* a la velocidad de Flash Gordon.

—Estuve toda la noche llamándote y no te atreviste a atenderme una sola vez. Entiendo por lo que estás pasando, pero tú no eres así —aseveró, y le revoleó los pantalones, aunque se quedó con la camisa.

—¿Así cómo, Laurie? —inquirió ya de pie. Y se cerró la bragueta.

Ella, con los puños cerrados a los lados del cuerpo, caminó unos pasos y se puso frente a él.

—¿Estás con alguien? —Miró para todos lados y yo casi me hago encima. Maldije por no haberme puesto las gigantes bragas contenedoras—. ¡¿Estás con la pastelera mediocre?! ¡Dímelo! —exigió.

Chris, en cuero, entrecerró los ojos, caminó unos pasos hasta quedar a solo unos centímetros de su perfecta nariz y la miró fijo.

—Yo no tengo por qué darte ninguna explicación, Laurie. Que te quede claro. —Suspiró profundo y volvió a hablar—: Pero no. No estoy con nadie si esa es tu duda. —Le arrancó la camisa de la mano que la apretujaba, tomó su cartera y caminó hasta la puerta de la habitación, pero se giró para hablarle de nuevo—. Y, por favor, entrégame las copias de las llaves. Eres solo mi asistente, no mi esposa. —Extendió su mano para que se las diera.

Puñetazo para Laurie... No me hubiera gustado estar en su lugar.

—Eres un desgraciado —expresó ella al tiempo que se las revoleó, rabiosa.

—Te equivocas. Soy tu jefe. Nada más.

Laurie, furiosa, se marchó, no sin antes golpear su hombro contra el de él. Chris, respiró profundo y, una vez que se aseguró de que ella hubiera bajado, miró hacia el armario, mostró las llaves, que dejó sobre la cama, guiñó un ojo y se fue.

No salí hasta que dejé de oír los reclamos que Laurie seguía haciéndole a Chris y a los que, por supuesto, él no respondió. ¿Por qué sería así con ella? Despacio, abrí la puerta y cuando terminé de hacerlo al ciento por ciento, la luz iluminó el interior del armario. Tomé el bulto de ropa que había dejado a mi lado y...

«¡Puerco asqueroso!».

Quise pensar que solo podía ser cierto en la imaginación de Chad, ¡pero no! El degenerado de mi amigo tenía razón, pues ¡descubrí que estuve escondida al lado de una caja llena de multicolores, sexis y pequeñísimas bragas! Claro que ninguna de ellas me pertenecía.

Y entonces creí entender por qué Gatúbela era así con él y viceversa. Era un coleccionista de ropa interior femenina. Era un mujeriego incurable.

«No estoy con nadie si esa es tu duda».

«Mentiroso», pensé con rabia y no solo por mí, sino al recordar todas esas braguitas acumuladas. Pero cuando me quise dar cuenta, mis dedos,

desconectados de mi pensamiento, acariciaban con delicadeza la zona donde me había depositado sus labios. ¿Por qué otra vez había permitido que pasara? ¿Por qué si a la vista estaba el tipo de hombre que era?

Maldije y la furia que me dio verme sin bragas me reprimió el llanto que la clásica Pam hubiera dejado salir.

Pues bien... Eran las 7 a. m. de un sábado y no cualquiera... ¡Era el día de la fiesta de presentación de pasteles y yo, en medio de Londres, vestida como una *homeless*[15], con una bolsita de cartón en la mano que, de no saber que dentro había un zapato, cualquiera hubiera creído que llevaba alguna sucia botella plástica rellena de cerveza caliente!

Decidí no pensar más y me dirigí directo a lo de Chad. No perdería tiempo y haría lo más molesto que le pueden hacer a uno a esa hora de la mañana: pegar el dedo en el timbre por tiempo indeterminado.

—*Espero que seas una chica desnuda y necesitada de que la arropen, porque si eres la de anoche, juro la peor de las venganzas...* —expresó mi amigo del otro lado del telefonillo.

—Chad, me debes varias situaciones vergonzosas como para darte el lujo de amenazarme... Necesito que me des las llaves del apartamento.

—*¿Pam?* —Hizo un silencio—. *Cielos... Espérame unos segundos que ya bajo.*

—Por favor, hazlo vestido.

Suspiró.

—*Bien, entonces aguarda unos minutos.* —Y cortó.

Agradecí a mi cerebro por haber pensado en la aclaración. Por suerte, bajó con ropa puesta.

—¿Qué rayos ha sucedido, Pam? —Me dio las llaves—. Acabo de ver tus llamadas perdidas. Intenté llamarte, pero nada. Estaba a punto de salir para tu

casa.

«Sí, claro. E ibas a ir en pelotas...».

Puse los ojos en blanco.

—Es largo, Chad, pero con decirte que he venido caminando desde *la casa de la fiesta...*

Se hizo un silencio en el que sus ojos azules no hicieron más que fulminar los míos.

—¿Me estás jodiendo?! ¿Otra vez?! —Se acarició el pelo hacia atrás.

—No, no fue tan así como tú crees. Yo... —No pude continuar al recordar a mister *Baguette* en bolas—. En fin, da igual... Gracias —dije decaída, moviendo las llaves y dispuesta a marcharme.

—No da lo mismo, Pam. Y lo sabes. ¿Acaso quieres ser la comida chatarra de su vida? Piénsalo, vamos... Quiérete un poco más. —Suspiró y negó con la cabeza.

Enarqué una ceja.

—¿Te has vuelto un chico sentimental, o debo pensar que el porno definitivamente quemó tu cerebro? —quise sonar graciosa, pero mi estado anímico lo arruinó.

Revoleó los ojos.

—Olvidalo... —Respiró profundo y, sin más, cambió de tema—. Ah, pasaré por ti luego del mediodía. Annetta se ofreció a llevarnos. Por lo que me dijo, es a las afueras de Londres... —Me miró a los ojos y, enseguida, leyó mi mente—. A menos que quieras que te acompañe ahora... Ya sabes, no hace falta que lo mencione, ¿cierto? —Se hizo una pausa—. ¿Pam?

Di un pequeño salto, como si hubiera despertado de un sueño. Lo había escuchado, pero mi mente se había quedado pensando en la mirada de Chris, el efecto que habían generado en mí sus manos, sus besos... Podía jurar que nada tenían que ver con la analogía de Chad con la comida chatarra, pero... ya ni sabía distinguir cuándo algo era real y cuándo, una *Ferdinada*. Lo miré y supe que, si no decía algo en los próximos dos segundos, no volvería a

preguntármelo, sino que se pondría a mi lado para acompañarme, como siempre.

—No, no, no hace falta, Chad... Estoy bien —intenté parecer risueña—, solo que estoy un poco cansada. Me vendrá bien dormir... O eso creo... —agregué en voz baja, pero enseguida traté de reanimar mi tono—. Además, debes practicar tu papel de *Ferdinand* —expresé nerviosa, simulando las comillas con las manos y una sonrisa que de alegría tenía, en realidad, muy poco, pues al solo nombrarlo sentí un intenso frío en el pecho.

Chad entrecerró los ojos y juro que, por sus gestos, estuvo a punto de acompañarme, pero algún pensamiento lo detuvo.

—Si tú lo dices... —Suspiró—. Nos vemos en un rato. —Y, tras sonreír con amargura, cerró la puerta, muy despacio.

Aquello me afectó. Era la primera vez que él actuaba así. Siempre estaba al pendiente de todo en mi vida y, desde hacía un largo tiempo, se había convertido en las muletas que necesitas sí o sí cuando tienes ambas piernas quebradas. Pero, tal vez, había llegado el momento de sacar el yeso. Quizá mis piernas ya estaban sanas y él se había dado cuenta antes que yo... Aunque, pensándolo bien, también pudo haber actuado así porque lo había quitado de su cama y, muy seguramente, le había interrumpido alguna situación cochina y comprometedor. Suspiré, meneé la cabeza y preferí no pensar en nada más que en ir directo a mi casa.

Llegué, tomé las llaves que habían quedado del otro lado y, al pasar por la puerta del apartamento de la vieja de mierda del primero, fantaseé con mearle la alfombrita de la entrada, pero seguí de largo. Ya bastantes problemas tenía como para sumar otro más con mi vecina. Entré y lo primero que intenté hacer fue poner a cargar mi *smarthphone*, pero siguió muerto, pues la electricidad no volvería por arte de magia, a menos que pagara y, para eso, necesitaba dinero y esperar al lunes... Bufé y, dispuesta a marchar a mi dormitorio, sentí mi cuerpo debilitarse. Respiré profundo, pues no quería que ocurriera *eso*. Debía ser fuerte. Puse agua a calentar y, al enfocar mi vista en la vieja taza de

Maggie, no pude más y me dejé caer...

«¿Qué habrías hecho tú, Maggie? ¿Qué habrías hecho tú?», me pregunté acurrucada en el suelo, dando rienda libre a mis lágrimas. ¿Sería cierto lo que decía Chad? ¿Me estaba haciendo tratar como si fuera comida chatarra? Años con Ferdinand para que a la primera posible adversidad me abandonara. Luego la vergonzosa situación con Chris en el trabajo y, encima, en su casa al haberme rendido a su cuerpo para luego optar por esconderme. ¿Por qué lo había hecho? ¿Tan poca cosa me creía? ¿Por qué me hacía todo eso a mí misma?

Me sequé los ojos y miré a mi alrededor. Suspiré de la angustia. Estaba igual a la primera vez que entré para nunca más irme. Tenía solo ocho años, cerca de cumplir los nueve, y recuerdo que estaba perdida, pues aún no caía en la realidad de que jamás volvería a ver a mis padres. Él, Martin Smith, un bonachón profesor de Matemática al que mi abuela le hacía la vida imposible; y ella, Rose Meyer, una auxiliar de a bordo a la que veía muy poco, pero que amaba porque hacía de cada momento uno especial. De hecho, durante nuestro último año juntas, no hubo vez en que no me llevara al London Eye para ver juntas el paisaje de nuestra ciudad. Recuerdo que yo le tenía terror —bueno, qué cosa no me da miedo, ¿no?—, pero ir con ella lo hacía diferente. Me olvidaba de dónde estaba, qué hacía y por qué. Solo disfrutaba que estuviéramos juntas, pues el tiempo que la tenía conmigo era cruelmente efímero.

«—¡Vamos, Pam! ¿A qué le tienes miedo? ¡No ocurrirá nada! —dijo la primera vez que fuimos.

—¿Y si se cae? ¿Y si sale rodando, aplasta la ciudad y luego se hunde en el río? ¡No quiero subir! ¡No quiero! —dije al tiempo que me solté de su mano.

Mi madre revoleó los ojos y se agachó hasta quedar a mi altura.

—A ver: no te mentaré, cariño. Todo lo que dijiste es totalmente posible, *perooo* —remarcó para evitar que yo la interrumpiera— es tan factible como

la posibilidad de pasar una hermosa noche contemplando las estrellas y las luces de la ciudad desde la mejor vista que se puede tener. Pero eso no es todo: te perderías de mis miles de besos y cosquillas. —Y me apretó una mejilla, lo que me hizo reír, aunque no logró borrar mi cara de preocupación. Suspiró y, con esa dulce mirada que la caracterizaba, volvió a hablarme—: Hija, no puedo asegurarte que nada malo ocurra, pero si algo pasara, estaremos juntas para afrontarlo. Y, aun así, lo peor que puedes hacer es no subir, pues te perderás la oportunidad de ser inolvidablemente feliz. ¿No crees que vale la pena intentarlo?». ».

Con la boca temblorosa, pero tranquila de haberla tenido conmigo, la abracé lo más fuerte que pude. Y subí, aunque debo reconocer que me meé un poco en los pantalones... lo disimulé como pude; fue un asco, sí. Pero, a la vez, fue hermoso y sé que lo hicimos todas las demás ocasiones en las que salimos juntas, pero solo recuerdo esa primera vez y lamento no rememorar la última, pues desde el momento en que la perdí para siempre nunca más volví a subir.

El chillido del agua hirviendo me trajo otra vez a mi realidad. Me acaricié el vientre y pensé que si era cierto que allí había una vida, entonces no podía seguir siendo la mujer que era. Me levanté, me hice el bendito té y marché directo a mi habitación. Debía pensar en la fiesta de presentación de pasteles. Me coloqué frente al armario, dispuesta a abrirlo. Debía enfocarme en ganar esa maldita competencia. Por mi posible hijo. Por mi futuro. Por mí.

Capítulo 17

—¿Qué rayos, Pam?! —dijo Chad, mirándome de arriba abajo cuando le abrí la puerta.

Bufé y fui directo a mi alcoba, seguida por él. No iba a prestarle atención hasta que, al tomar un pequeño sobre —también de Maggie—, me vi reflejada. Eché un vistazo al espejo y... tenía razón. Mi falta de respeto por la moda era criminal, pero lo que tenía puesto era lo mejor de mi armario. No había nada pasable. De hecho, no era siquiera digno para el vagabundo más necesitado de la Tierra. Así fue que tomé la única prenda que podía vestirme sin que me echaran de la entrada: el vestido negro, con volados de puntillas color crudo en el cuello, que había usado Maggie cuando egresé como *pastry chef*, especializada como *cake designer*. Claro que me quedaba un poco suelto y el peinado *savage*, o mejor dicho, Mufasa, de *El Rey León*, no me hacía ver muy sofisticada, pero, para no contar con electricidad que hiciera funcionar el alisador ni dinero que me permitiera un buen vestido, había logrado un buen *look*. O eso es lo que yo había creído.

—No está tan mal... —dije mirando mi reflejo, en un intento de convencerlo—. Todavía me faltan los zapatos... —Me puse el que tenía y tomé la bolsita de cartón, donde estaba el que había perdido, pero que gracias a míster B recuperé. Y, al sacarlo, cayeron las llaves de su casa.

«Cielos, tienes una poderosa arma en tus manos, querida Pam...».

Las tomé con disimulo y las guardé en el viejo sobre que llevaría. Gracias a

la indignación que le había causado mi falta de estilo, no había prestado atención. La verdad era que no tenía ganas de que trajera aquel tema que no resolvería en pocos minutos y que no haría más que arruinar el pobretón maquillaje que me había puesto.

—En serio, Pam. ¿No te has visto? ¿Por qué no me dijiste? —expresó al tiempo que, vencido, se dejó caer en mi cama.

—¿Para qué? ¿Para prestarme un dinero que no podría devolverte ni en dos vidas? ¿Para sentirme peor de lo que ya me siento?

—No, para evitar que perdieras tu actual trabajo. —Chasqueó la lengua tras mi falta de interés, pues yo seguía inmersa en acostumbrarme a los tacones—. Encima ni siquiera llevas un accesorio... Vamos, que no soy un experto en esto, pero creo que se trata de algo importante...

Lo miré a través del reflejo del espejo; estaba detrás de mí con la vista llena de pena. Entrecerré los ojos, abrí el sobre y, tratando de que él no lo viera, tomé aquello que hacía unos meses no salía de allí y que, para entonces, acompañaba al juego de llaves de Chris.

—Cierra los ojos. —Chad alzó una ceja con ambos párpados a medio abrir—. ¡Vamos! ¡Te encantará! —Acató la orden y yo me puse el accesorio para volver a hablar... Más bien gritar—: ¡Voilà! —exclamé con la pronunciación que tiene un niño francés de un año de edad.

Mi gran sonrisa no se comparó con la de Chad que, luego de unos segundos de contención inservible, estalló en una carcajada seguida de lágrimas que finalizaron en un suspiro repleto de nostalgia, sentimiento del que también se impregnó mi temblorosa boca al verme con aquellas gafas de grueso marco negro... Las inconfundibles gafas de Maggie.

Chad se dio cuenta de que no era buena idea mantener ese clima. Se levantó y, tras tomarme los hombros por detrás, no tardó en evitar que el dolor terminara de apoderarse de mí.

—No sé qué es peor: tu francés o tu estilo *vintage* porque no me queda otra. Reí, aunque el sonido se mezcló con unas inevitables lágrimas que sequé lo

más rápido que pude. Me abrazó con fuerza y hubiera amado que durara más, pero...

«¡*Give it away, give it away, give it away now!*!».

Era el móvil de Chad. Frunció el ceño y, al mirar la pantalla, relajó la expresión, aunque de una forma un tanto extraña, hasta que atendió.

—Oye, no contesté el último mensaje porque de ninguna manera volveré a permitir que me llames «chupapollas». Ahora, si es por lo de... —Se detuvo. Se escuchaba el griterío y su voz me resultaba conocida—. ¡¿Que, qué?! —Abrió los ojos como bolas de boliche—. ¡Espera! ¡Aguarda un momento! —Cortó y salió corriendo de la habitación.

—¡Hey! ¡¿Adónde crees que vas?! —llegué a gritar.

—¡Voy hasta la puerta y subimos enseguida! —Y cerró.

«¡¿*WTF*?! ¿El putón enfurecido, que seguramente se había comido por la noche, sabe dónde vivo? Espera... ¡Oh, por Dios! ¡Que no se trate de mi vecina! ¡Santa Maggie, envíale un cartero cachondo y libérame de esa vieja de mierda!».

Y, de pronto, escuché el portazo.

—¡¿Dónde estás, succiona pollas de jerarquía?!

Me alivié y largué todo el aire en un solo suspiro.

Sí, era ella... Annetta.

Me acerqué hasta la entrada y, a pesar de estar superelegante, sus ojos verdes parecían de otro mundo, destilaban kriptonita.

—¡Oye! ¿Por qué tanta furia? Que yo sepa, no te he hecho nada. A menos que te haya contagiado mi mala suerte... —Y sonreí despreocupada.

Annetta me miró de arriba abajo y giró el rostro hacia Chad, que estaba unos pasos detrás de ella.

—¡¿No era que todo iba a salir bien, cabeza de pene flojo?! ¡¿Qué mierda es esto?! ¡¿Acaso va a una maldita fiesta de disfraces para *homeless*?! ¡¿Eh?! ¡Contesta! —gritó con la boca tan dura que los labios parecieron formar una sola línea, como las bocas de los animes japoneses.

—¿Qué rayos querías que hiciera?! ¡No vivo en su puto armario! ¡Ya bastante tuve conmigo, que alquilé mi esmoquin porque no tenía qué ponerme!
—Rabioso, Chad se acomodó la solapa. Era cierto, él estaba radiante y solo para ayudarme—. Además, creo que en este momento no es lo más importante, ¿no crees?

Annetta resopló como un toro enfurecido.

—¡Mierda! —lanzó antes de acercarse a mí. Y solo luego de presionarse los ojos, volvió a hablar con un poco más de calma. O, quizá, de enojo contenido—: Pam, ¿puedes decirme qué rayos es lo que has hecho?

Fruncí la nariz. Lo miré a Chad y no solo no obtuve una pista, sino que, además, recibí una mirada de reclamo.

—OK... —dije desconfiada, mirando a uno y a otro—. ¿De qué me he perdido?

Ambos abrieron los ojos, asustados, como si hubiera descubierto algo. Claro que esa no fue mi intención, puesto que me refería a mí.

Chad, rápido, no tardó en evaporar la confusión que, por supuesto, mi curiosidad haría que los dos, más tarde, me aclararan.

—¡Humm! Pam —Dio unos pasos al frente—, ¿por qué no le cuentas a... a tu compañera dónde pasaste la noche? Eso esclarecería un poco más las cosas...

«Mierda».

Mi cara hizo que Annetta no necesitara que se lo dijera, pues su mandíbula cayó al piso al adivinarlo en medio segundo. Revoleó los ojos y volvió a su estado habitual.

—¡Claro que sí! ¡Era obvio! ¡Me cago en Chris y su polla!

—¡Hey! ¡No fue como tú crees! El asunto es que luego de que ustedes... La cuestión es que cocinamos y después... —no pude seguir. Ella no tendría la paciencia para escucharme todo lo que me había llevado a terminar, por segunda vez, en la cama de Chris, y tampoco teníamos el tiempo suficiente para intentarlo.

—¡Eso! ¡No digas nada que no hace falta, derriba muñecos!

—¡OK, me lo tiré! ¡¿Pero por qué demonios te afecta tanto, Annetta?! —grité ya cansada de no entender a qué iba.

—¡¿Por qué a mí?! ¡Querrás decir «a nosotras», lamepollas anglo-francesas! —Abrió su bolso, tomó un papel totalmente manchado de un relleno conocido y, por poco, lo pegó en mi naricilla.

¿Te gusta tomar «pasteles» ajenos? Pues «ojo por ojo, diente por diente», salope[16].

«Laurie...».

Me tapé la boca con ambas manos. El asunto era claro: la muy zorra había destrozado nuestra obra para la fiesta en la que debíamos presentar una muestra del pastel y el dibujo del diseño. La celebración que sería en solo unas pocas horas.

Adiós posible jefatura en Diseño Creativo. Adiós empleo.

«Vagabundos londinenses, háganme un hueco... Allí va Pam Smith».

Llegamos a la pastelería y, tal como lo había imaginado, estaban los restos de lo que había sido nuestro pastel. Era evidente que Laurie lo había hecho una vez que el resto de las muestras habían sido enviadas a la residencia; y, de hecho, ella era la que siempre se encargaba de que todo se cumpliera de acuerdo con el plan que dejaba Chris. En este caso, por cuestiones no solo de organización, sino también de seguridad, los únicos y malditos pasteles que podrían ingresar a la residencia serían los que llegaran en aquel envío preavisado por Chris. Y nos hubiésemos enterado en la misma fiesta que nuestro pastel había pasado a mejor vida (algo claramente planeado por Gatúbela francesa) de no haber sido por Annetta, que se acercó a la pastelería solo porque había olvidado la impresión del diseño final. De hecho, solo nosotros tres contemplábamos nuestra obra de arte hecha añicos.

—¿Y ahora qué rayos haremos?! —exclamó Annetta, caminando de una punta a la otra—. ¡Me cago en ella, en ti y en la polla de Chris! —Se acercó hasta mí con tal furia que creo que hasta hubiera hecho llorar a Simon Cowell, de *American Idol*—. ¡¿Qué rayos es lo que está mal en ti y en esa francesa asquerosa, eh?! ¡¿Qué demonios tiene Chris entre las piernas para haber llegado a esto?! ¡¿Y por qué mejor no lo solucionan en un ring de la UFC en lugar de arruinar mi trabajo?! —Inspiró aire de golpe y lo largó de una sola vez—. ¡Maldición!

Tenía razón. La verdad era que no conocía a Laurie ni la relación que, en realidad, tenía con Chris, pero mucho menos de lo que era capaz de hacer. Lo que sí era claro era que o bien se sentía amenazada por mí (algo muy poco probable), o bien su relación estaba más destruida que nuestro pastel y cualquier cosa, incluyéndome, resultaba una amenaza. Y, recordando la caja especial de braguitas, todo apuntaba a la segunda opción.

Me dejé caer en una silla, contemplé lo que había sido nuestra obra y, culpable, volví a mirarla.

—Lo siento, Annetta. No sé qué decirte, créeme. Todo esto me sorprende y más que a cualquiera de la pastelería. Yo... apenas te conozco a ti, a Peter y a...

—Al pene de Chris. A ese sí que lo conoces bien, ¿no?

Agaché la mirada. Toda la situación era una mierda y la verdad era que no sabía qué demonios más decir.

—¡Hey! ¡Ya basta! Si creen que tirándose mierda mutuamente lograrán salir triunfantes de esta, se equivocan —intervino Chad, harto de escucharnos.

—Yo no le he dicho nada. Solo expliqué lo que pude —repliqué cansada y molesta.

—Y eso no tiene sentido ahora, a menos que no les interese ganar la competencia ni ser jefas.

—Eso si logramos conservar nuestros trabajos... —agregó, punzante, Annetta. Se dejó caer sobre la silla que estaba a mi lado para observar la obra

de Anaconda parisina.

Nuestras miradas, llenas de derrota, no hicieron más que hundirse en el estúpido e insalvable pastel.

—Ya... —Chad bufó y, tras ponerse delante de nosotras, volvió a hablar—. Muéstrenme el diseño final y haremos lo posible para terminar algo a tiempo —expresó, cruzándose de brazos.

—Si no te quitas de enfrente, pensaré que quieres que hagamos un pastel con la forma de tu pene... Y créeme, cuando nos piden una muestra, no se trata de llevar una pequeña porción.

—Me importan diez tetas lo que digas de mi pene. Pam ya lo conoce, así que puedes tragarte tus comentarios de mierda o, si prefieres, puedes comerte mi...

—¿También la polla de este?! —lo interrumpió tras girar la cabeza hacia mí—. ¡Pero qué demonios! ¿Acaso eres insaciable?! ¿De dónde sacas tantas ganas?! —dijo mirándome de arriba abajo.

¡WTF!

Bufé.

—¡Ya basta, Annetta! Lo conozco porque lo he visto en pelotas con mi vecina, ¡nada más!

Abrió los ojos y la boca de una forma tan exagerada que parecía una de esas muñecas inflables para solitarios.

—Voyerismo. Lo sabía.

Puse los ojos en blanco y decidí no seguir contestando. No tenía sentido ni tampoco ganas de explicar, con mi infradesarrollada capacidad de oralidad, aquella escena entre la vieja de mierda del primero y el puerco de Chad.

Me puse de pie, me acerqué a la obra abstracta en que se había convertido nuestra muestra y saqué del medio de esta el dibujo del diseño que hubiésemos entregado. La zorra lo había hecho un bollo y metido en medio del pastel.

—Esta es la imagen de lo que sería la obra final. Hoy solo debemos entregar una muestra. Y lo que habíamos hecho era un solo piso de los tres que diseñamos.

Chad no tardó dos segundos en verlo que frunció el ceño al tiempo que sus orejas se pusieron rojas de la furia. Sus ojos claros parecían querer apuñalarme.

—¿Es en serio? ¿Esta es toda la creatividad que tienen dos cabezas especializadas en diseño de pasteles? —expresó, mostrándonos el dibujo.

Tenía razón. Era una mierda.

—¿Cuál es el maldito problema?! —dijo Annetta tras acercarse a Chad—. ¡El cliente es un rico idiota cercano a la realeza, cabeza de termo! ¡No podemos entregarle un pastel con luz led y gente en pelotas, lo que seguramente tú hubieras diseñado y presentado como más elegante! ¡Y déjame decirte que tu querida amiga no ha hecho una mierda y he tenido que encargarme sola de esta porquería! ¡Se la ha pasado pensando si está preñada o verificando si Chris y su pene estaban o no en la puta pastelería! ¡¿Qué rayos más querías que hiciera?! ¡Yo soy especialista en ejecución! ¡Se suponía que ella era la maldita cabeza creativa, la maldita y gran *cake designer*! Pero ahí la tienes... ¡Solo pensando en nuevas poses para chupársela a Chris!

Y ahí iba de nuevo: fijación oral.

—¿Pero qué rayos dices, Annetta?! Sí, es cierto, he estado preocupada, pero ¿quién demonios no lo estaría, eh?! Se trata de un hijo, por todos los santos... Además, sí te he ayudado... Tal vez no tanto como me hubiera gustado, pero tampoco es que pudiera hacer mucho más...

Chad entrecerró los ojos, serio, y se acercó hasta quedar a unos pocos centímetros de mí.

—Que no pudiste haber hecho mucho más que... ¿esto? —Me puso enfrente de la nariz el dibujo del diseño, un simple pastel de tres pisos, blanco, con la rosa de Inglaterra de adorno—. ¿Quieres decir que este mediocre *pastel de bodas*, salido de la más básica pastelería que pudiera haber, es lo más creativo y elegante que pudo hacer la chica que siempre soñó con ser una *pastry chef* de alto nivel, especializada como *cake designer*? —Se hizo un silencio, pero sus ojos seguían fijos y clavados como hielo en los míos—.

Pam, esto no eres tú.

Tragué saliva e hice lo imposible por no llorar.

—Chad, es que yo... No sé... —Me dejé caer en la silla y, con la mirada fija en el destrozado pastel, me presioné la frente con ambas manos. Estaba agitada, pero no quería terminar en lo de siempre: llorando como una niña de tres años.

—Este era tu sueño y tú sola lo estás destruyendo. —Caminó hasta mí y me levantó el mentón para que lo mirara una vez más—. Pam, si tú no crees en lo que eres capaz de hacer, nadie lo hará por ti.

Y tenía razón. Esa mierda de pastel no era yo. Pero, peor aún, era reflejo de que yo no había creído en mí.

No tenía mucho tiempo. Solo tres horas. Ni un minuto más ni uno menos para demostrar quién era yo... Quién era Pam Smith.

Capítulo 18

—**E**spero que funcione o si no... —me amenazó mirándome por el espejo retrovisor, pero cerró los ojos por un segundo y largó todo el aire de sus pulmones—. O si no, te coseré los ojos y la boca, y te enviaré lo más lejos posible de la entrepierna de Chris.

Puse los ojos en blanco.

—¿Por qué siempre imaginas que se la chupo? Tienes un serio tema con lo oral...

—Doy fe... —respondió Chad, a lo que Annetta replicó con un sarcástico, añinado y nasal: «Seguro, *mami*».

Arrugué la frente y agradecí que mis encuentros *hot* fueran más convencionales... Bueno, al menos en lo que el propio acto implica. Olvidémonos de las circunstancias, de los lazos que me unen a mis compañeros de cama y, por supuesto, a los elementos que se pierden en cada batalla.

Suspiré profundo y miré el nuevo diseño. Era arriesgado, sí, pero no me importaba. Estaba segura de mi obra, estaba segura de mí. Era la primera vez que no me interesaba lo que pensarían. Estaba, sencilla y simplemente, orgullosa de lo que había sido capaz de hacer. Sentí que, por fin, una nueva Pam comenzaba a salir a la luz. O, tal vez, no una nueva, sino la que nunca había dejado florecer... y que no era la otra y ya conocida *free* Pam, claro.

Estábamos a punto de llegar, a unos metros de la impresionante entrada de la

residencia, pero Annetta, al mirarme una vez más por el espejo retrovisor, detuvo el automóvil, tomó su sobre, dejó su asiento y, escabullándose como podía, pasó a la parte de atrás, a mi lado.

—Así te quedará mejor. No te estoy salvando la vida, pero sí de que no te confundan con alguna especie de ladrona especializada en atracos a ancianas discapacitadas —dijo, luego de varios minutos en los que me maquilló los labios, con un tono rojo acorde a mi piel, y me peinó con una trenza cosida hacia el costado.

—Yo sabía que el rojo te quedaría bien —expresó Chad, y me guiñó un ojo a través del espejo.

«Sí, claro... Y esperemos que esta vez no termine con el *look* del payaso de *It*».

—Gracias, Annetta. —Sonreí.

Mi compañera frunció el ceño.

—No hagas tanto eso que parecerás la novia de Ronald McDonald...

Revoleé los ojos. Ella volvió al lugar del conductor, lo que fue un tanto incómodo, en especial, porque Chad aprovechó para tocarle todas sus partes, no sin justificarse que lo hacía para ayudarla...

—Puerco... —expresó, acomodándose los enormes senos.

Chad solo le lanzó un guiño.

—Bien, y... ¿nos bajamos aquí o...?

Pero no pude terminar de preguntar, pues una mano golpeó la ventana del lado de Annetta. Era un hombre enorme, con anteojos negros y vestido de traje como otros dos que yacían en la entrada principal, pero que nada tenía que envidiarle al guardaespaldas de Anastasia, de *Cincuenta sombras liberadas*. Ella bajó el vidrio de forma manual hasta la mitad, pero, por supuesto, este se trabó.

—¡Maldita mierda sesentosa! —compartió con nosotros mientras seguía dando golpes a la puerta para que bajara el vidrio.

El hombre descendió su rostro hasta la altura de la ventanilla y nos miró a

los tres, con cara de póker y poca paciencia.

—Señoras, señores. —Se sacó las gafas de sol y parpadeó una vez como un gesto de cortesía; lo imitamos como respuesta, excepto Annetta que seguía insultando al creador del Volkswagen Beetle de 1961—. Debo informarles que la seguridad de la propiedad ha detectado movimientos sospechosos en su vehículo, por lo que les pediremos sus identificaciones antes de reportarlos a las autoridades.

«¡WHAT!».

Chad y yo no sabíamos qué decir, y eso sin tener en cuenta que él se haría pasar por alguien que, en realidad, no era. Un asunto que Annetta se había comprometido a resolver, pero que jamás me había dicho cómo... Y cuando se quedó sin insultos, para nuestro infortunio, se dio cuenta del ejemplar que permanecía a su lado, del lado externo de la caprichosa ventanilla de los sesenta.

—Oye, muñeco... —Lo miró con lascivia—. Frenamos un momento para volver presentable a mi compañera, nada más. Entiendo tu empleo, pero venimos a trabajar y no queremos causar problemas, a menos que tú los quieras tener conmigo, ¿eh? ¿Qué dices? —Levantó las cejas dos veces y, puerca, le guiñó un ojo. Sí, eso hizo.

El guardia alzó el ceño, acomodó la voz y sonrió.

—Claro... ¿Podría bajar del automóvil para dejarme *hacer mi trabajo*? —preguntó sugerente y también le guiñó.

Annetta sonrió triunfante y, tras lengüetearse los labios, dijo unas últimas palabras:

—Así es como se hace, perras... —Rio y sacó la lengua para luego bajarse del coche, pero...

¿Cómo decirlo? A ver... Ni bien Annetta descendió e intentó acercar su mano al pecho del guardaespaldas de Grey, este la dio vuelta en un solo movimiento y la estampó contra el capó del viejo Beetle para ponerle unas esposas, mientras ella no dejaba de gritarle todo tipo de guarrada, como: «¡Maldito

puerco mentiroso!», «¡Que te la mamen en la cárcel!» o «¡Me convertiré en policía solo para demostrarte lo que mi mano y una porra pueden hacer con tu trasero!». Y así muchas expresiones más que, por supuesto, no harían más que enviarnos a la prisión de Guantánamo, directo y sin escalas.

Chad y yo bajamos de inmediato, aunque sin saber qué hacer más que mirar boquiabiertos, y sin pestañeo de por medio, cómo el guardia *hot* sometía a Annetta.

«Gracias, Dios, Buda, dioses del Olimpo y parecidos. Este era el único condimento que le faltaba a mi friki vida».

Sin embargo, si esto no era ya humillante, llegó la fresa del postre. O la *baguette*, mejor dicho.

—¡¿Qué rayos sucede aquí?! —expresó un consternado Chris al tiempo que cerraba la puerta de su tan distinguido Aston Martin negro que había aparcado detrás del de Annetta.

Oh, Dios mío... Qué bueno estaba... Ese traje azul oscuro era obvio que había sido diseñado solo para él, parecía pintado sobre su cuerpo. Y esas gafas oscuras... ¡Al demonio con el guardaespaldas! De no haber sido porque estaban arrestando a Annetta y porque tenía un serio problema de amor propio, me habría lanzado a su cuello para cometer un verdadero crimen. ¡Cielo santo! Me lo había devorado unas horas atrás y ya estaba hambrienta de nuevo.

—¡Oh, pero miren quién llegó! ¡Es el James Bond, agente 007, de pene inquieto! —vociferó Annetta, y luego intentó dirigir su mirada hacia sus espaldas, para gritarle al matón sexi—. ¡Nadie puede contra su polla! ¡Nadie, idiota!

Chris se sacó las gafas de sol y revoleó los ojos.

—Fergus, déjalos. Son empleados de la pastelería. Al menos dos de ellos... —dijo tras echar un rápido vistazo a Chad—. Han venido por el evento de hoy —aclaró Chris, y el doble de Sawyer liberó a Annetta en unos pocos segundos.

Ambas fruncimos el entrecejo. ¿Conocía al guardia de la casa del cliente?

—Vaya... Creí que lo de tu pene era una broma, pero al parecer...

—Ya basta, Annetta. Lo conozco porque es del servicio que contratamos para el evento. —Acomodó la voz, un poco nervioso—. La seguridad de aquí solo se encarga de los residentes de la casa. El cliente solicitó que todos ustedes también contaran con protección por cualquier situación indeseable, pero factible. Nada más.

¿Era en serio?

Annetta lo miró con los ojos entrecerrados, pero él ni se molestó en contestar, solo bufó y, al caminar hacia su coche de *Volver al Futuro*, versión realista, repitió el vistazo a Chad para luego lanzarme una enigmática mirada que no pude descifrar si expresaba rabia, enojo o deseo, puesto que volvió a colocarse los anteojos de sol para entrar al automóvil y marchar de una vez. Agradecí que así fuera porque no solo había erizado el ciento por ciento de mi piel, sino que, además, de haberse quedado unos segundos más, hubiera visto la cara de babosa entregada que Annetta me quitó de un solo grito.

—¡Hey, tú! Si no quieres que nos arresten, será mejor que controles tu ansiedad oral, ¿me oíste?! —Y se metió del lado del conductor tras mostrar su dedo mayor a Fergus.

Chad y yo la imitamos al ubicarnos en nuestros lugares, aunque él no se quedaría callado...

—¿Gafas de sol a esta hora y con este día de mierda? —Chasqueó la lengua y, serio, volcó su mirada a la residencia—. Idiota...

No supe si se refirió a Fergus o a míster B, aunque, por su expresión, preferí no preguntarle.

—Señoras, señores, identificaciones, por favor —expresó el hombre de la seguridad.

Sí, creo que jamás había sentido tanta presión y más aún después de haber

pasado por aquella situación vergonzosa minutos atrás. El tema era que, en el momento en que se nos solicitó informar con quién iríamos a la fiesta de presentación de pasteles, yo aseguré, y confirmé las tres veces que nos preguntaron, que sería con el irresponsable de Ferdinand. Claro que, para cuando decidió abandonarme una vez más, no tuve la fortaleza suficiente para avisar a la presumida de Laurie que iría sola —menos al haber confesado que podía llegar a estar embarazada de él... o de Chris—. Y la propuesta de Chad, de hacerse pasar por mi pseudonovio, fue como agua en el desierto para mí, aunque nunca me detuve a pensar en los pormenores que podían conducirnos a un serio problema. Pero Annetta, ni bien se enteró de esta porquería de situación, no dudó en ofrecer su especial ayuda, aunque nunca dijo cómo lo haría.

—Par de inútiles, ya oyeron. —Y extendió su mano para que se las entregáramos. Chad, inseguro, lo hizo. Y yo lo seguí, aunque quise hablar para recordarle *ese* pequeño detalle, pero lo impidió—. Y a ti, cabeza de fresa quemada, ni se te ocurra decir nada, pues no hace falta... —dijo en voz baja, presionando los dientes y con los ojos abiertos como dos huevos fritos.

Definitivamente, con esa mirada de asesina serial, no intentaría hablar de nada, ni siquiera del clima, por si acaso.

—Annetta Cipolla... Pam Smith... y... —El hombre tardó unos segundos en volver a hablar hasta que lo verificó en el ordenador—. Chad Miller. —Y alzó la vista luego de haber pasado nuestras identificaciones por una especie de escáner. Yo, desconcertada, tragué saliva de solo enterarme de que Chad ingresaría como él mismo y no como *Ferdinand*. Claro que, tras pedirnos que descendiéramos, dos hombres más controlaron todo el maldito coche, lo revisaron hasta el último rincón y se lo llevaron sin dar explicación alguna. Quien nos había pedido los documentos nos hizo dejar nuestros móviles y, tras controlar que el contenedor de nuestra muestra no llevara más que un pastel, volvió a hablar—: El pastel no podrá ingresar. Se nos había informado que todas las muestras serían las que llegaron en un camión especial esta tarde.

Maldita fuera la zorra de Laurie.

—Disculpe, pero hubo un accidente con uno de los pasteles y no llegó a tiempo de ser enviado —dije con sinceridad y en un intento de salvar nuestros pellejos.

—El señor Campbell no ha informado nada sobre esto y ha sido muy claro en su pedido de no permitir acceso a nada que no estuviera en ese camión.

Los tres tragamos saliva. Hasta que...

—¡Maldito idiot...!

Chad le tapó la boca y la contuvo para que no fuera directo a amasar al hombre que solo hacía su trabajo y no tardaría en mandarnos a cientos de kilómetros de una sola patada.

—No creo que lo sepa, porque fue un accidente de último momento, pero...

—Miré las puntas de mis zapatos. Tenía que pensar en algo. Debía hacerlo y rápido, pero no me dejó continuar.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada. Les pediré que ingresen. La muestra se quedará aquí hasta que haya una autorización del señor Campbell. Que tengan una bella velada.

Rayos.

Y tuvimos que retirarnos, pues, de forma muy elegante pero clara, dos de los guardias nos escoltaron hasta alejarnos lo suficiente de la entrada principal. Distraídos, caminamos unos pasos, calculo que los tres estábamos pensando qué demonios haríamos sin un pastel que presentar, hasta que alzamos la vista.

Por todos los cielos. Por un momento, nos quedamos boquiabiertos al ver, a lo lejos, la entrada de la casa. Era de lujo y el camino que nos guiaba hasta esta nos permitía disfrutar del paisaje de aquel parque extremadamente cuidado.

—Genial, entraremos a la casa del superricachón del que depende mi ascenso y, en tu caso, tu empleo, y con las manos vacías. —Me miró de arriba abajo—. Y eso sin contar lo ofensiva que ya es de por sí tu facha, ultrajadora de centros de caridad.

Suspiré. No le diría, por enésima vez, que tenía razón.

—No soy tan brillante como tú, querida Annetta. Quisiera aprender, así que, ¿por qué mejor no nos dices cómo rayos hiciste para que Chad pudiera entrar con su identificación original? —pregunté, con un tono de voz más bajo, aunque ya estuviéramos bastante alejados.

—No hice nada. —Miró mi ceja alzada y, tras bufar, continuó—: Qué mierda... ¿No es obvio? Tomé el ordenador de Laurie y modifiqué la lista. Cambié los datos de tu acompañante por los reales del cerdo que tienes por amigo.

Cerré los ojos e hice un largo y mental «ommmm».

—Estupendo... Era lo único que me faltaba. Resulta que no solo deberé afrontar la vergüenza de asistir sin un pastel, sino que, además, la humillación de haber sido plantada por el idiota que hice llamar como mi novio. Gracias, Annetta... Te debo una.

Sí, era una magnífica idea para no seguir sintiéndome poca cosa...

—¿Eres idiota o se te cayó medio cerebro al bajar del coche? ¡¿A quién demonios le importa el nombre verdadero de este pervertido, eh?! ¡Ni al enfermo de seguridad, que solo está pensando en terminar de recibir a todos los idiotas para poder estar solo, robar uno de nuestros móviles, buscar un vídeo guarro y masturbarse, Pam! ¡Por Dios!

—No es mala idea... —acotó el asqueroso de Chad—. Digo... lo de seguir con la mentira de que soy Ferdinand. —Y sonrió.

«Sí, seguro, Chad..., porque esas puercadas nada tienen que ver contigo».

—Oh..., mira al cerdo juguetón. Parece que te gusta el juego de roles, ¿eh? —agregó Annetta con ese tono que me dieron ganas de alejarme lo más rápido posible de ese par de degenerados.

Chad sonrió divertido, pero luego, justo al llegar y con la mirada fija en la entrada de la mansión, habló, aunque en un tono más serio:

—Me gustan, pero esto solo lo hago por Pam. —Y después de que sus palabras nos dejaran a las dos completamente mudas, él, seguro como nunca,

subió los escalones que nos llevarían a la bendita fiesta.

Las dos nos lo quedamos mirando cómo subía hasta que...

—Qué buen culo que tiene, pero no se lo digas. Es un perverso presumido.

—Annetta se adelantó unos pasos y, sin dejar de avanzar para luego unirse a Chad, continuó—: Y no me debes una. Me debes varias, devorapollas de clase alta.

Suspiré profundo y traté de olvidar su obsesión de imaginarme siempre con la boca llena. Debía enfocarme y esperar a que Maggie y todo el puto infierno y cielo se decidieran a darme una mano para, una vez en la vida, hacer algo que jugara a mi favor. Si quería cumplir mi sueño, o al menos intentarlo, si quería demostrar quién era en realidad yo, necesitaba que mi pastel fuera aceptado. Y, para eso, debía buscar a Chris... o al cliente.

Capítulo 19

Entré a la recepción de impecable estilo victoriano, y toda la seguridad que había sentido a la hora de diseñar y crear la muestra de nuestro pastel se perdió en cuanto la vi. Mierda... Absolutamente en contra de mi voluntad, mi cabeza puso *play* al tema *Gimme more*, de Britney Spears. Juro que en mi mente retumbó un «*It's Laurie, bitch*[17]». Y, para hacérmelo más intimidante, dio cámara lenta a su felino andar que la dirigía directo a mí. Sí, era ella. Era Laurie. Y estaba perfecta con ese vestido rosa palo, al cuerpo, de alguna casa como Saint Laurent o similar, que yo, vestida de color negro con supervolados *vintage* color crudo, ni vendiendo mi alma, hubiera podido pagar.

«Estúpidos y malditos perfectos genes franceses».

Sí, fantaseé que una de las impresionantes arañas, que colgaban del techo, se le caía encima hasta convertirla en puré francés, y también que uno de sus tacones Jimmy Choo se le quebraba hasta dejarla despatarrada como una cucaracha pisada en el suelo, pero no. Nada de eso ocurrió, pues la maldita llegó con esa media sonrisa de zorra de alta costura para mirarme de arriba abajo y taparse la boca con las yemas de sus dedos. Sí, hasta para burlarse era elegante. Al menos, en la pose...

—¿Has venido a limpiar o a pedir auspicio para algún centro de beneficencia, Smith? Porque con ese atuendo y sin pastel que presentar, dudo de que tu presencia tenga otro sentido.

—El sentido te lo dará el pie de Chris cuando se entere de lo que has hecho

y te deporte a Francia, donde tendrás que succionar penes sucios para sobrevivir, zorra —dijo Annetta, que apareció junto a Chad en cuanto llegó Laurie.

—Por algún motivo, sospecho que no podrá enterarse, bola de grasa de panadería italiana de cuarta. Y, aun así, no me importa. —Miró a Chad y entrecerró los ojos al tiempo que puso pico de pato—. Y tú debes ser...

—Ferdinand Williams, el novio de Pam —completó Chad, sin titubeos, y extendió su mano hacia Laurie, que sonrió astuta.

—Oh, el *novio*... —resaltó. Tomó su mano y la mantuvo apretada—: Pues si así te consideras, deberías agudizar tu sistema de alerta, *amour*. —Lo soltó al mismo tiempo que su boca dibujó esa risita de Chucky. Se alejó un paso, lo que la hizo quedar de espaldas a nosotros, pero giró el rostro para dirigirse a mí—. Disfruta de la recepción, Smith, pues me temo que no volverás a presenciar algo como esto, al menos como empleada de esta pastelería... *Au revoir*. —Y se fue con su estúpido y sensual caminar de Duquesa, de *Los aristogatos*.

—Putá —se limitó a decir Annetta.

Sí, era una zorra. ¡Maldita y asquerosa zorra! Me hubiera colgado de ella, cual garrapata famélica, solo para desarmar con mis propios dientes ese perfecto rodete que siempre llevaba en la coronilla. Pero solo me animé a suspirar, pues el reflejo que me devolvió un extravagante espejo que yacía en una de las paredes me hizo entender por qué me pasaban cosas así: yo lo permitía. Mi postura desgarbada, la mirada gacha, los hombros caídos y la constante expresión de «por favor, no me hagas daño, soy un pobre insecto indefenso» que mi rostro parecía jamás querer abandonar eran señales de mi estúpida forma de ser. Y otra vez volvió a mí la misma pregunta: ¿por qué me hacía esto?

Tragué saliva y, aunque hubiera seguido toda la noche observando mi nefasta imagen, no pude, pues su figura, detrás de mí, me devolvió la sonrisa. Apoyó sus manos en mis hombros y, sin dejar de mirarme a través del espejo, me

susurró al oído.

—Recuerda quién eres... —Y me dio un beso en la mejilla.

Sonreí al escucharlo. Solo Chad sabía cuándo y cómo aparecerse en mi vida.

—¿Eres idiota que ya te crees Mufasa, de *El rey león*? —Por supuesto que fue Annetta la que preguntó para interrumpir y sacarme una risa—. La vi demasiadas veces como para no saber que lo estás citando, maniaco sexual poco creativo.

—Pues la próxima vez le preguntaré directamente a tu hijo las frases que pueda reproducir. O tal vez a tu desinhibida tía abuela, si es que lleva puesto el audífono.

¿Próxima vez? ¿Hijo? ¡¿Tía abuela?!

«¡¿Qué demonios...?!».

En fin...

Y de forma gradual, todas las luces se apagaron, excepto una, que alumbró directo al centro de la escalera que llevaba a un desconocido primer piso.

Desde que había entrado, no había podido centrarme en lo majestuosa que era la residencia y el evento en sí, pero aquella luz me hizo entender lo importante que era ese momento. Allí, bajo la intensa luminosidad, estaba ni más ni menos que... él.

—Bienvenidos —dijo con un micrófono en mano—. Hoy es el gran día en el que nuestro cliente real elegirá el mejor diseño y pastel para... —hizo una pausa llena de suspenso— la celebración de su cumpleaños.

Se escuchó un cuchicheo, pues acababa de revelar un detalle que hubiera sido de gran ayuda días atrás: el tipo de evento. Algunos hicieron muecas de disgusto y otros respiraron profundo. Chris sonrió con suficiencia.

—Pero antes de que saquen conclusiones por adelantado, deberemos esperar el veredicto del cliente. Y, para eso, es necesario que pruebe las muestras que ustedes mismos prepararon para esta noche. —Una luz alumbró un enorme telón rojo oscuro, que se abrió hacia cada lado, como si de una obra de teatro se hubiera tratado, y mostró una larga mesa que sostenía unas ornamentadas

bandejas metálicas, con sus respectivas tapas con forma de domo, que yacían sobre una mesa decorada afín al estilo de la residencia. Arriba de cada bandeja y sobre la pared, se notaba que había un cuadro, tapado por una fina tela negra—. Como podrán apreciar, en cada una de estas bandejas se encuentra la muestra que hicieron y, en el cuadro que corona a cada una de ellas, el diseño final correspondiente. El proceso implicará destapar la bandeja, aguardar la devolución del cliente por el sabor de la muestra, para finalmente desvelar el diseño, al que también le dará una calificación. —De pronto, el brillo de diversión que tenía su rostro, se apagó por un instante. Acomodó la voz y continuó—: No obstante, he de informarles que no conocerán a nuestro juez. De hecho, solo mencionaremos su identidad a los ganadores. —El murmullo no tardó en llegar—. Como así él lo ha dispuesto, las muestras y los diseños se los acercarán al salón de la casa, donde se halla escondido, y todos nosotros sabremos su devolución a través de unos sobres cerrados que me entregarán una vez que haya terminado de degustar. —Sonrió y, tras un suspiro, se despidió—. En unos minutos, comenzaremos con el duelo. Buena suerte a todos y disfruten de la velada.

—¡Pero qué demonios es toda esta mierda? ¡¿Acaso estamos en *Zumbo's Just Desserts* o *Sugar Rush* que nadie dice nada?! ¡Malditos ricos ególatras! —expresó Annetta.

—Ves demasiado Netflix —agregó Chad, para su infortunio.

—¡Y tú, demasiado porno, idiota sin cerebro! —claro que siguió insultándolo, pero también al organizador, al cliente, a Chris y, aunque sin motivo, Peter apareció en su lista. Desde ya, no era un buen momento para pedirles ayuda y tampoco tenía mucho tiempo, así que... ¡¿cómo rayos haría para que le llegara nuestra obra pastelera?!

«¡Piensa, Pam, piensa por una puta vez en tu vida!».

Y entonces me acordé de cómo había hecho el pastel: recordando quién era yo en realidad.

«Ratón pelirrojo», rememoré con un atípico sentido de oportunidad.

Sí, definitivamente era el momento para dejarme llevar por mi inevitable curiosidad. Respiré profundo y, tras echar un vistazo global al salón, comencé por hacerme perder entre la multitud al gran estilo *Assassin's Creed*. Divisé el *toilette* y no tardé en entrar para, con disimulo, quitar de la rígida carpeta el diseño de nuestro pastel y enroscarlo. ¿Dónde lo escondí? Je, je... Bueno, la cuestión era que tenía un vestido, por lo que no me quedó más opción que hacer uso de mis ajustadas bragas modelo postparto. Enrollé el dibujo y lo coloqué entre el elástico de mi prenda interior antigua y mi cadera. Y no pregunten por qué no lo puse entre mis senos, porque la respuesta es más que simple y *llana*... Por supuesto que recibí alguna que otra mirada escandalizada del grupo de compañeras de trabajo que, al salir, utilicé para camuflarme. Miré hacia un lado y distinguí la puerta que llevaba a la cocina. Esperé unos segundos a que algún empleado saliera, para simular un desmayo, pedir agua y así, una vez dentro, tomar algún delantal, pero... ¿cómo decirlo? Tal vez siempre me quejaba de mi mala suerte y de mi lastimosa situación económica, pero esa vez, jugó todo a mi favor.

—¡Hey, tú! ¡¿Qué demonios haces sin tu uniforme?! —me gritó un enorme gordinflón con pocas pulgas—. ¡Entra y empieza a hacer tu trabajo si no quieres perderlo!

Sí, fue muy triste, pero oportuno. Suspiré. Sin dudas, cómo te muestres a los demás, así te tratarán...

Sin chistar, aproveché la etiqueta «Soy tu esclava. Ven, por favor, y maltrátame», que yo misma me ponía en la frente, y entré a la cocina... ¡Por Dios! ¡Era un sueño, aunque caótico! Eran tantos que ni en toda la noche hubiera podido contarlos. Nadie paraba de trabajar y poco les importaba mi presencia o los gritos de su jefe. Estaban realmente enfocados en sus tareas. Meneé la cabeza para quitarme la expresión de sorpresa y luego de que Pillsbury Doughboy, versión «te meto mi zapato en el trasero si no haces lo que te digo», me revoleara un delantal, simulé lavar un plato cualquiera hasta que nadie me prestara la más mínima atención. No pasaron más de cinco

segundos en los que pude tomar una bandeja y largarme por otra puerta que me llevó a unas escaleras destinadas al personal de servicio. «Genial, Pam. Lo estás haciendo muy bien. Solo no la cagues...», pensé mientras subía rápido, pero con cautela. Y cuando logré hacerlo y me vi en esa impresionante primera planta, descubrí, por unos fortachones clones del guardia de Grey, que escoltaban una puerta, que allí debía estar el cliente misterioso. Tragué saliva, respiré profundo al tiempo que me erguí y fui directo a ellos.

Me coloqué frente a los dos armarios vivientes y, luego de que se miraran entre sí, uno de ellos volvió a mí y alzó una ceja.

—Hummm... —Acomodé la voz. Traté de disimular el temblor de la mano con la que sostenía la estúpida bandeja—. He venido a traer lo pedido por... —¡Demonios!, ¡si no sabía quién rayos era el cliente!— su real alteza...

«¡*WTF*, Pam! ¡Dijimos que no la cagaras!».

El tipo me miró con cara de «¡¿Qué rayos, loca de mierda?!» para luego concentrarse en el contenido de la bandeja.

—Y... ¿*Su real alteza* ha pedido... un set de cucharas? —inquirió sarcástico.

Abrí los ojos como dos pizzas extragrandes y miré lo que antes no había chequeado. ¡Putra madre! ¡¿Es que no había forma de que siempre, pero siempre, la arruinara?!

Desuní los labios para dar alguna absurda respuesta hasta que...

—¡Detengan a esa inmundada rata! —gritó mi pesadilla, con ese acento francés tan único y de ella. Estaba en la puerta de servicio por la que yo había entrado, escoltada por el jefe de la cocina, dos de las zorras que me habían visto en el baño y, por fortuna, también Peter.

Los dos hombres no tardaron en tomarme por los brazos mientras Laurie se acercaba a zancadas de avestruz.

«Si tú no crees en lo que sabes hacer, nadie lo hará por ti».

Y sí, era el momento para reconocermé que otra cosa que sabía hacer muy bien era chillar de una forma muy particular: como sirena de ambulancia.

«Llanto, ven a mí».

—¡No! ¡Por favor! —grité y lancé mi llanto de ambulancia. Los *supermen* se taparon los oídos—. ¡Se los ruego! ¡Este es mi sueño! ¡Debo hablar con el cliente, por favor! —me animé a vociferar para que, quien estuviera dentro, me escuchara.

—Tu sueño ya pasó a la historia, basura *vintage* —no pudo evitar decirme y con un tono bien al estilo Cruella de Vil.

—¿A la historia?

Peter se acercó hasta donde estaba yo, poco más maniatada por los *highlanders* modernos que hacían de seguridad privada. Laurie se alteró al escuchar la voz de la mano derecha de Chris. Respiró y, tras recobrar la compostura, se giró hacia él.

—Peter, esta maniática no logró hacer su pastel a tiempo y tuvo el atrevimiento de asistir a la fiesta con una nueva muestra que no entró con el camión de seguridad con el que ingresarían los pasteles. Por orden del cliente y del mismísimo Chris, ese pastel no puede ser tenido en cuenta.

Peter entrecerró los ojos y me miró extrañado.

—¡Peter, eso no es cierto! ¡Esta loca destruyó la muestra que hicimos porque...! —Claramente, no podía decir el motivo—. ¡Oh, Dios! ¡Tú ya sabes! —Suspiré angustiada—. ¡Lo juro! ¡Pregúntale a Annetta y a Ch... —recordé que no podía mencionar su nombre real— y a Ferdinand! Ellos son testigos de lo que hizo Laurie y la nota que nos dejó.

—¿Ferdinand? ¿El sujeto que te hizo... *aquello* ha venido a la fiesta? —preguntó descolocado.

Cielos... Todo parecía irse al demonio... Y realmente así hubiera sido de no ser por la expresión de unos de los guardias que se llevó la mano a la oreja para presionar la cucaracha-audífono que tenía en esta.

—Sí, señor. —Aguardó unos segundos en silencio, pero volvió a contestar—. No se preocupe. Lo informo de inmediato. —El espartano contemporáneo me soltó y me miró—. El señor quiere saber por qué has venido y que seas lo más concisa posible.

—*Putain...* —dijo Laurie, tras bufar, en voz baja y cerrando los ojos de la rabia.

Tragué saliva. Era entonces o nunca.

—*Alguien*, por fortuna, destrozó nuestro pastel, y gracias a ello pude diseñar lo que verdaderamente quería decir mi corazón, mi alma. —Me levanté la falda, y varios se taparon los ojos, mientras que otros solo fruncieron el ceño horrorizados por mi atuendo íntimo. Tomé el diseño del pastel, lo desenrollé y se lo di al guardia—. Por favor, entrégueselo al cliente de mi parte y dígame que le ruego por los sueños que alguna vez tuvo en su vida que acepte el ingreso de mi pastel.

El hombre asintió y, solo cuando comenzamos a caminar para irnos, entró al cuarto.

—Esto me lo pagarás y muy caro, Smith... —me lanzó entre dientes la zorra de Laurie, y se adelantó para bajar antes que los demás.

Cerré los ojos y, con todo el fervor de la pasión que sentía por mi vocación, rogué a Maggie que me ayudara una vez más.

Capítulo 20

—**P**or favor, Maggie, endeuda tu alma por mí, tu única nieta, y pídele a Dios, o al Diablo, porque en serio que no sé dónde estás, que me ayuden y dejen entrar al maldito pastel... —rogué con los ojos cerrados, pero en voz baja casi imperceptible, excepto para...

—¿Puedes dejar de pedir idioteces a tu abuela y a sus amigotes? ¿Es que no entiendes que todo nada más depende de lo que tú hagas? —replicó Annetta para luego revolear los ojos y suspirar.

—Hey, hey... Aguarda, que mientras tú seguías insultando a todo el puto salón, ella salió a hacer algo por ambas y, encima, descubrió que se trata de un hombre —me defendió Chad, y tomó un sorbo del exquisito *champagne* que ya estaban sirviendo. En unos minutos, comenzaría la devolución del cliente.

—¿Y qué mierda esperabas?! ¡¿Qué yo saliera a solucionar el maldito problema que jamás hubiera ocurrido si tu estúpida amiga hubiera mantenido cerrada la boca y todos sus otros orificios al menos por un día más?! —Sí, exacto: volvió a decirlo.

Habría seguido sin parar, como siempre, pero de nuevo el reflector apuntó a la escalera.

—¿Otra vez? ¿Es que tiene el complejo del pavo real que no puede dejar de mostrarse? —comentó Chad, molesto.

—¡*Wow!* ¿Detecto un poco de celos o temes que termine mostrando la polla frente a todo el público y eso te desanime?

«¿*What?*».

Estaba concentrada y nerviosa por el asunto del pastel, pero aquel comentario fue imposible ignorarlo. Fruncí las cejas.

—¿Por qué rayos haría eso? Te pasas, Annetta... —dije ansiosa.

Chad me miró con los ojos entrecerrados, con enojo.

—¿Y por qué no? No deja de mostrarse como un estúpido necesitado de amor... La que se pasa eres tú, Pam, que solo te enganchas con este calibre de tipejos que aman ser alabados y menospreciar a los demás. Sin ir más lejos, te recuerdo el asunto de tus bragas... ¿O ya te las devolvió como hubiera hecho cualquier caballero?

Annetta arrugó la nariz.

—¿Bragas? ¿Hay un asunto con tus asquerosas pantaletas? —El silencio no hizo más que dibujar una sonrisa en la cara de Annetta, que la tornó parecida al gato de *Alicia en el país de las maravillas*.

Cerré los ojos con fuerza y me presioné las sienes con ambas manos. Mataría a Chad. Sí, eso haría, pero no en ese momento, pues la voz de Chris hizo que los tres volviéramos la mirada hacia él.

—Pues bien, el cliente ya ha degustado un trozo de cada muestra, y también posee una copia de cada diseño. Comenzaremos, entonces, por el primer pastel. —La luz se enfocó en la primera bandeja y un asistente sacó la tapa—. El relleno consiste en una *cremeaux* de *champagne* con fresas, cubierto por una capa de fondant blanco y decorado con varias rosas de Inglaterra. —Acto seguido, otro asistente quitó la elegante tela negra que cubría el cuadro con el dibujo final del pastel—. El nombre del diseño es *La torre inglesa* y consiste en tres pisos. Los autores, Marc Simons y Fiorella Hopkings. —Tomó un sobre, de la bandeja donde yacían otros más, y lo abrió—. Y la devolución del cliente es... —El silencio era absoluto y lo único que se respiraba era ansiedad—. Cito: «La próxima vez que quieran hacer un pastel, por favor, que no lo hagan».

El murmullo mezclado con preocupación y alguna que otra risa fue muy

incómodo. Por supuesto que no para Annetta, quien aprovechó para lucir, una vez más, su opinión.

—¡Ja! ¡Idiotas perdedores! —Rio y nos miró, claro que sin conseguir nuestra aprobación, pues, sin ir más lejos, ese pastel era muy parecido al primero que habíamos hecho. De verdad que Laurie nos había hecho un gran favor al destruirlo.

Chris sonrió y pude ver cómo, por unos segundos, miró divertido hacia el fondo del salón, donde estábamos nosotros.

Suspiré. Faltaban muchos más. Y, de hecho, cada devolución que fue dando mister B era peor a la anterior. Pero eso no fue lo más trágico, sino que había llegado a la última y aún no había noticias de nuestro pastel. Nadie había ingresado ni puesto una bandeja más.

—Cito: «Por favor, una pila de profiteroles con crema vencida hubiera sido mejor idea que esto». —Chris rio disimulado al leer la crítica de aquel último pastel, pero se contuvo y volvió a hablar para calmar el murmullo que se había armado—. Damas, caballeros, les pediré que no se alteren por los comentarios del cliente, pues, sea como sea, deberá escoger uno de todos los que ha probado y, por ahora, pareciera ser que será el de Marc Simons y... —No pudo terminar, pues un asistente se acercó a Chris y, tras decirle algo al oído, le dio un sobre junto a un papel y se retiró. El ceño fruncido de Campbell junior lo dijo todo, y su mirada, que apuntó a mí, aún más.

—¡Parece que también se la has chupado muy bien al cliente! ¡Bien hecho, Pam! —dijo Annetta en voz baja, pero llena de felicidad por lo que veía y suponía.

Hubiera puesto los ojos en blanco, pero la tensión y las ganas de saber solo me hicieron mantenerlos fijos en Chris.

—Siento modificar lo dicho, pero el cliente ha aceptado el ingreso de un pastel que, por *error*, no llegó con el camión de seguridad —dijo confundido, y acomodó la voz al escuchar otro molesto y estúpido cuchicheo. Tomó el sobre, lo abrió y comenzó a leer—. Su relleno... Cielos... —Hizo un silencio

luego de leer unas líneas y, fugaz, me miró, pero volvió al papel—. Hummm... —El reflector apuntó a una bandeja que acababa de ingresar. El asistente sacó la tapa y el murmullo se convirtió en un inconsciente y unísono «¡Oh!». Y así, Chris volvió a hablar—: Se trata de un especial *entremet* con forma de domo, formado por cinco capas y un piso de suave bizcocho de coco. Los diseñadores lo denominaron *La perla negra de Londres*, y la unión de sus capas simboliza lo que cada uno de nosotros es —El murmullo se hizo más fuerte y Chris tuvo que acomodar la voz varias veces para que lo dejaran continuar—. Sobre la base de coco, una tarta de avellana es la que representa la realidad, el espacio en el que nos desenvolvemos. El glaseado espejo color negro, que cubre a todo el pastel, es la capa que simboliza cómo nos mostramos y somos percibidos en el mundo. Debajo de esta, una *mousse* de limón funciona como representación de nuestra mente, la acidez protectora de la razón. Luego, una *gelée* de fresa, que simboliza uno de nuestros cinco sentidos por los que percibimos, protege y a la vez permite el acceso, según los diseñadores, a la principal de todas: una *mousse* de chocolate negro con pimienta inglesa, que representa ni más ni menos que nuestra alma..., nuestro corazón.

Annetta giró su rostro lentamente hacia mí y gesticuló un silencioso «¡WTF!» que no supe si fue bueno o no hasta varios minutos después. Y Chad, tras morder su labio inferior y sonreír, movió sus labios para expresar un «Esa es mi Pam».

No voy a negarlo, independientemente del efecto sorpresa en el que todos se habían hundido, estaba orgullosa de mí misma. Y creo que fue la primera vez que me sentí así.

—El diseño —la luz apuntó al asistente que, de último momento, tuvo que sostener el papel desenrollado— consiste en una base con forma de coral, del tono del mar, confeccionada con azúcar *isomalt*. Este sostendrá una ostra, del mismo material, y que poseerá en su interior una versión de mayor tamaño de este domo que representa a la perla negra de la que hablan los creadores. —Se

hizo un intenso silencio—. Los diseñadores, Annetta Cipolla y... Pam Smith. —Todos, hasta la perra de Laurie, se dieron media vuelta para mirarnos con una mezcla de sentimientos de la que, por fortuna, predominó la sorpresa. Chris, medio abrumado, suspiró y abrió el sobre—. Hummm... Y lo más importante: la devolución. Cito al cliente: «No daré vueltas y solo diré que es *tasty*[18], *divine*[19]... Y, como dirían algunos sabios... —hizo una pausa para luego volver a hablar, aunque con un tono apagado, perdido, sombrío— *a delicious little sweetheart*[20]».

—¿*Tasty*? ¿*Divine*? ¡¿Es que acaso probó el puto pastel mientras jugaba al Candy Crush? ¡¿Y eso de «*a delicious little sweetheart*»?! ¡¿Qué demonios?! A mí que no vengan con excusas estúpidas. ¡Todos los ricos son unos enfermos cocainómanos que no saben en qué más perder el tiempo que en decir idioteces! —exclamó Annetta. Luego me miró a mí—. Y tú también eres una drogadicta chupapollas. Nunca me dijiste que le pondrías un significado tan friki al puto pastel.

Pero yo no podía quitar la vista de Chris, pues, luego de decir aquella empalagosa y última expresión, sus manos temblaron y su boca se endureció, como quien, con rabia, busca reprimir un sollozo tras haber desenterrado un antiguo y profundo dolor del pasado. Sus ojos no se elevaron por nada en el mundo y, con todo el revoloteo que había generado aquella devolución —en apariencia, positiva—, se marchó escaleras arriba sin que nadie, excepto yo, lo notara.

—Y bien, ¿no me vas a decir qué se fumaron tú y el misterioso cliente? Porque a mí no me engañas: o te lo tiraste o se drogaron juntos —expresó Annetta.

Estábamos fuera. Dentro era un caos, y temía que me escupieran o me hicieran alguna cosa típica de *bullying* de las que solía sufrir. Y la verdad era

que el ambiente se había tornado más del estilo de *Los Juegos del Hambre* que otra cosa. En pocas palabras, todos parecían querer asesinar-me.

Moví la copa con *champagne* que, por supuesto, no tomaría y suspiré.

—Ni siquiera pude verlo, Annetta. Y te agradezco que esta vez no me hayas imaginado chupando ningún pene. —No quité la mirada de mi bebida, a la que movía con parsimonia y en forma de círculos.

—No lo sé, pero seguro que le pasaste una línea de cocaína con tu diseño enrollado. ¡¿Qué rayos fue eso, Pam?! —Y, tras tomar de un solo sorbo su copa, sonrió con cierta sorpresa y satisfacción.

—Una obra de arte.

Ambas, sorprendidas, nos dimos vuelta. Era Chris... y estaba distinto a la última imagen que me había quedado de él.

Annetta, tras detectar que su mirada solo se dirigía a mí, saludó levantando su copa vacía y se fue al serpentario, muy probablemente en busca de más alcohol y de alguien a quien insultar.

Solo al verlo, me di cuenta de que, de fondo, había comenzado a sonar *Always in my head*, de Coldplay. Tragué saliva y suspiré con disimulo.

—Gracias... —Bajé la mirada.

—No me agradezcas. Es la simple verdad... y me lo ha dicho el mismo cliente.

De inmediato, volví a elevar los ojos.

—Él... ¿ha dicho eso?

Frunció las cejas y sonrió.

—¿Y por qué lo preguntas así, insegura? ¿Acaso no lo ves tú misma, Smith? Ya te lo he dicho antes: cuando cocinas, te ves distinta; tal vez sea porque muestras una de esas *capas* tuyas que cubres con esta miedosa y huidiza Pam —dijo con ese tono altanero.

Elevé una ceja.

—Siento mucho haber sonado insegura, *señor Campbell* —dije burlona—, pero la devolución del cliente... no sé... Entiendo que fue buena, aunque su

última frase me confundió un poco.

Se hizo un breve silencio en el que Chris esbozó una media sonrisa que destiló amargura y, tras avanzar unos pasos que lo dejaron a mi lado, se apoyó en la columna de la entrada para perder su triste mirada en el horizonte del parque.

—Esa frase... fue la mejor crítica que pudo haber recibido tu pastel, Pam. — Giró su rostro hacia mí—. Créeme.

Jamás olvidaría ese momento. Fueron unos eternos y únicos segundos en los que mi corazón pareció frenarse al sentir sus ojos en los míos. Cielos..., tenía *esa* mirada, *esa* expresión que anunciaba la desnudez de su alma.

«Y ojalá que la de su cuerpo...», pensó la cochina desesperada *free* Pam de mi interior.

—Espero que así sea —resonó una fuerte voz masculina.

Nos dimos vuelta. Era Chad, aunque definitivamente más serio y con una pose sexi con la que no lo había visto jamás. Una mano estaba en el bolsillo del pantalón, mientras que la otra sostenía una copa. Y debo reconocerlo: ese traje le sentaba perfecto. Hasta sentí unas mariposas en el estómago de solo recordar que, por fortuna, él hacía de Ferdinand. El idiota de mi ex —o lo que fuera que lo relacionara conmigo— nunca hubiera podido mostrarse tan elegante. Lo único que sabía hacer bien era cocinar, pedir dinero y follar a mucha gente.

Chris se enderezó de inmediato y la tensión se notó en su postura reticente. No pudo evitar mirarlo de arriba abajo.

«¿Duelo de *sexis pastry chefs*? ¡¿Y por mí?! ¡Santo cielo!».

Traté de endurecer la boca para no dejar salir la estúpida sonrisa típica que uno dibuja al estar feliz por obtener aquello que nunca tuvo, en mi caso: la atención que, muy seguramente, la mayoría de las mujeres están hartas de recibir.

—Disculpa. Tú eres...

—Ferdinand... Williams. El novio de Pam.

Chris alzó ambas cejas y rio con displicencia.

—¿Novio? ¿En serio? —Avanzó dos pasos hacia Chad; la distancia aún era prudente. Hizo un exagerado gesto como si recordara algo y volvió a mirarlo —. Si mi memoria no me falla, entonces tú eres el sujeto al que Pam llamó ayer por la noche y la atendió... digamos... ¿entre gemidos?

«Putá madre...».

Chad, tratando de disimular un claro «¡¿WTF?!»», me echó un vistazo y tragó saliva al ver mi expresión de «Lo siento». Por suerte, Chris continuaba de espaldas a mí.

—Humm... Sí, claro. Y tú debes ser... *él*. —Suspiró y avanzó un paso—. ¿Y qué esperabas que hiciera después de que me confesara su traición, luego de cuatro malditos años de estar juntos?

Míster B alzó el mentón.

—¿Traición? Tal vez no me incumba, pero ¿crees que tienes derecho a considerarlo como tal después de lo que tú le hiciste a ella? —se animó a inquirir un nuevo e impulsivo Chris, y Chad, confundido, frunció las cejas—. ¿Renuncia? ¿Mesa de trabajo de Pam? No sé..., ¿no te es familiar?

Cerré los ojos a la espera de cualquier cosa, pero la creatividad de Chad fue realmente sorprendente. Debía reconocer que, después de todo, sus fantasiosos vídeos porno habían servido para algo.

—Eso fue porque... —me miró y, tras clavar sus ojos en el piso, tragó saliva para volver a hablar—: ella me quiso dejar... —Alzó la mirada hacia Chris, seguro que convencido de su fabulosa actuación—. ¿Y sabes? No sé tú que hubieras hecho, pero yo no lo soporté. Necesité hierirla como ella a mí, lo que no quiere decir que no la ame. —Y lo miró con intensidad.

«¡Sí! ¡Ese es mi amigo! ¡Maldito, asqueroso, pero eficiente y sexi a más no poder!».

Chris se dio vuelta para mirarme, y yo di un pequeño sobresalto en el que tuve que cambiar mi divertida y satisfecha expresión por una llena de indiferencia con un poco de culpa.

Míster B, con los ojos entrecerrados, se mojó los labios al tiempo que me miró de arriba abajo, tal vez sorprendido, pero también intrigado por mi reveladora actitud. No puedo explicarles lo fabuloso que se siente ser vista como una *femme fatale*[21], objeto de tensión entre dos tentadores machotes.

—Lo siento... —Agaché la mirada, simulando confusión—. Yo... no sé qué decir. —Pero volví a elevar los ojos hacia ambos, que me miraban a la espera de una respuesta.

Y de verdad que no sabía qué demonios expresar. Por suerte, Chad se dio cuenta de que, si no intervenía, hasta la propia Meryl Streep, haciendo uso de su sexto sentido, habría olfateado mi pésima *performance* y hubiera ido exclusivamente a darme una paliza por convertirme en un insulto al arte de la actuación.

—Mejor no digas nada, Pam. —Con aire de súplica y arrepentimiento, caminó hasta mí y me tomó de las manos—. Por favor, no lo hagas y solo dame la oportunidad de demostrarte que yo soy el hombre para ti... y el padre ideal, sea de quien sea la criatura. —Y clavó sus ojos en los míos con un efecto tan real que pude ver, de soslayo, que había *shockeado* al señor *baguettón*.

Tragué saliva —no la cagaría interviniendo— y, como si lo hubiera pensado por unos segundos, solo moví mi cabeza como afirmación a su pedido.

Chad me tomó de una sola mano y, sin despedida de por medio, me llevó al interior de la residencia. Me di vuelta mientras marchábamos y pude devolverle una fugaz pero intensa mirada a Chris, que no quitaba sus desafiantes ojos de mí.

«¡Sí! ¡Al fin una noche a mi favor! ¡Gracias, Maggie! ¡Ojalá no hayas tenido que tirarte al Diablo para lograr esto!».

Apreté la mano de Chad y sonreí como jamás en mi vida.

Capítulo 21

—Annetta, gracias por ofrecerme un lugar en tu casa. Yo...

—¡Shhh! —expresó antes de girar la llave para entrar—. No hables tan fuerte o los despertarás... —completó en voz baja.

«¿Los despertarás?», me pregunté a mí misma hasta que Annetta abrió la puerta.

—¡¿Pero qué demonios?! —gritó al ver el escenario.

—*Uuunooo... Dueeee... Tre... Quattro...*[22] —iba diciendo una señora grande y bastante rellena al tiempo que un niño, de unos dos años, señalaba cada una de las tetas de una perra vieja y gorda que yacía tirada en el piso con la mejor expresión de «Me rindo».

Sí, se las estaban contando.

—¡¿Tía abuela?! ¡¿Qué mierda ocurre aquí?! ¡Se suponía que irían a dormir temprano! —vociferó Annetta luego de que entráramos al apartamento.

—¡*Mama!* —gritó el niño, lleno de ilusión.

Pero la señora no reaccionó hasta que Annetta se acercó y le encendió o subió el volumen al audífono.

—¡*Annetta!* —Y la abrazó con una enorme y desdentada sonrisa. Luego me echó un vistazo a mí—. *¿Chi è la ragazza*[23]?

Mi compañera quiso contestarle, pero su nariz, que parecía haber detectado algún olor especial, evitó que hablara por unos segundos hasta que estalló.

Yo también lo sentía. Era mierda.

—¿Ese idiota estuvo aquí?!

Pero cuando dijo eso, me di cuenta de que se refería a otro aroma.

La señora frunció el ceño. Al parecer, no entendía un huevo de inglés o, con audífono y todo, no escuchaba.

—*Bonjour, amour*[24]...

Rayos... Si ese era el esposo de Annetta, entendía muy bien por qué no quería sacárselo de encima. Claramente era un francés y «fornido» sería insuficiente para describirlo. Tenía unos brazos que costaba imaginarlos así de fuertes solo por hacer artesanías, y su nariz recta junto a esos ojos azul oscuro lo tornaban la mayor tentación que alguien tuviera que enfrentar. Eso sin mencionar la piel tostada y el torso trabajado que tenía y que pude apreciar por este haberse presentado en cuasipelotas. Por fortuna, una de sus manos tapaba la entrepierna mientras que la otra sostenía un cigarro.

Annetta se acercó en dos zancadas, le tomó el cigarrillo y, furiosa, fue hasta su minicocina integrada, donde lo mojó con agua para apagarlo.

—¡Te he dicho una y mil veces que no quiero que fumes en mi casa, maldito vago nudista!

El francés suspiró y las palabras de mi amiga parecieron no haberle afectado, pues su calma se mantenía intacta. Se acercó hasta mí, me miró de arriba abajo y, tras arquear una ceja, me saludó.

—Pierre Fondue, *mademoiselle*. —Extendió la mano con la que había estado tapando sus pelotas y pene.

Fue inevitable. Mis ojos se abrieron como dos huevos de toro. Primero miré su entrepierna dormida, luego sus largos dedos y fruncí el entrecejo. Ni loca se la estrecharía. ¡Puaj!

—Pam Smith. —Y sonreí, incómoda, tratando de quitar mi traviesa mirada que había vuelto a descansar sobre su pene.

Tras la ausencia de mi apretón, se miró la pelvis y, luego, la mano extendida.

—¡Oh! ¡Lo siento! —Y me ofreció la otra. Por supuesto que no se tapó sus partes.

—¡Ya basta, francés asqueroso! ¡¿Qué demonios haces otra vez en mi casa?!
—Annetta se acercó hasta un viejo sillón, en el que había algunas prendas amontonadas. Tomó una especie de falda floreada y se la revoleó a Pierre por la cabeza—. ¡Ahora vete y, en lo posible, a la mierda! —Lo empujó hacia la salida y el pobre de Pierre, que solo llegó a aferrarse a la falda, quedó fuera del apartamento. Annetta cerró de un portazo y se limpió las manos, como cuando uno se deshace de algo.

Por suerte, el niño estaba tan concentrado en seguir contando las tetas de la perra aún inmóvil, que no percibió cómo su padre desnudo había sido echado.

—Annetta, si prefieres puedo ir a lo de Chad. No tendrá inconveniente, ya sabes que...

Suspiró.

—No. Tú te quedas aquí. Aguarda un minuto —dijo seca y a un volumen prudente... hasta que se acercó a la tía abuela, claro—. ¡¡Tía!! ¡¡¡Tíííaaaa!!! —vociferó sin éxito, por lo que, con una extraña paciencia, la tomó del brazo y, tras hacerle unos exagerados gestos con los labios, la señora se marchó a otra habitación luego de despedirse con la mano y diciendo algo que no entendí—. Y tú, Giovanni, vamos. A la cama.

El niño bufó, pero no se opuso. Se lanzó a los brazos de Annetta y esta lo alzó para llevárselo. Pero entonces recordé el aroma.

—¡Oh! ¡Annetta! —Sonreí cuando ella se dio vuelta para mirarme—. Creo que el niño... ya sabes... —Hice un gesto como de explosión, pero ella no me entendió—. Creo que se hizo encima... Lo segundo... Je, je —logré decir para hacerme entender mejor.

Annetta alzó las cejas al comprender y se llevó el culo del pequeño a la nariz. Frunció las cejas, pensativa, pero enseguida lo bajó.

—No, no es su pañal... Debe ser el de la tía abuela. —Y se dio vuelta para seguir.

«Cielos...».

Sí, lo sé. Era demasiada información. Sin dudas, hubiera sido mejor haber

ido con Chad.

Cansada, suspiré, pero luego me arrepentí, porque el olor se mantenía firme como cuando había entrado. Traté de olvidar el contexto y solo me senté a esperar a Annetta. No quise pensar en Chris, ni en su mirada, ni en su pose, ni en su perfume, pero fue inevitable. Por suerte, mi compañera de trabajo no tardó en llegar. Traía una manta de distintos colores. Se dejó caer a mi lado y me la entregó.

—Annetta, no quiero ser un estorbo. No creo que quedarme sea buena idea.

—Pam, cállate, por favor —dijo con el tono propio del hartazgo, pero volvió a mirarme y, con una mirada de arrepentimiento, continuó—: Escucha, esto es algo que ya habíamos conversado con Chad, que esta noche te quedarías aquí, ¿está bien?

Fruncí las cejas.

—¿Y... eso por qué? Y no me digas que porque no tengo energía eléctrica porque claro estuvo que eso no fue un impedimento la noche anterior...

Suspiró muy profundo. ¿Cómo hacía? Podía jurar que la mierda estaba allí, cerca de nosotras y no en el pañal de la tía abuela.

—Escucha... Ambos creemos que necesitas una charla femenina y, además, aquí estarás segura... O, al menos, nadie podrá follarte o rasguñarte.

¿Charla femenina? ¿Con Annetta? ¿Era en serio?

Reí con indignación.

—¿De qué hablas? —Parpadeé más de la cuenta y dejé la manta a un lado—. No necesito nada de eso, solo quiero estar tranquila. La peor parte ya pasó, ¿no crees?

Annetta me tomó las manos y, con una inimaginable dulzura, me miró a los ojos.

—Pam, agradezco que todo haya salido bien, porque, de lo contrario, en este preciso momento, estaría metiendo mi zapato en tu trasero. —Sonrió, pero lo decía en serio—. Ahora que no te odio tanto, creo que tengo ganas de ayudarte... un poco más de lo que ya he hecho por ti, claro.

Deshice el agarre, me puse de pie y bufé.

—¡Oh, vamos, Annetta! No puedes estar hablando en serio. ¡¿Qué demonios es lo que hablaron con Chad?! ¿Qué problema hay con que haya decidido acostarme otra vez con Chris? ¡Fue mi elección! —Ella entrecerró los ojos y luego se succionó el dedo pulgar. Volví a bufar—. ¡Pero...! ¡¿Es en serio?! ¿Acaso sus vidas están mejor que la mía que pueden darse el lujo de socorrerme? —Reí, pero ella se mantuvo seria.

«Rayos...».

Me dejé caer de nuevo en el sillón, cerré los ojos y me fregué el rostro para espabilarme.

—Pam, necesito que seas sincera conmigo... —Volvió a tomarme las manos y, con mucha dulzura, continuó—: ¿Eres una zorra disfrazada de cordero o, simplemente, eres idiota, así, de fábrica? —Sonrió con una ternura transparente. No estaba siendo sarcástica.

Alcé una ceja. Esperé unos segundos, pero nada. Hablaba en serio y esperaba una respuesta. La verdad era que no sabía cuál de las opciones era más ofensiva... Pero no me dejaría etiquetar de forma tan sencilla, no. Así que diría lo que realmente era cierto...

—Soy idiota —sentencié sin vueltas, y largué todo el aire al tiempo que dejé caer mis hombros.

Sí, lo sé. Hubiera sido preferible escoger la primera opción, pero, quisiera o no, la segunda, aunque un poco extremista, era la correcta.

Annetta me abrazó y me acunó unos segundos hasta que me obligó a mirarla.

—No tienes de qué preocuparte. Aprenderás a valorarte y a hacerte valer, Pam. Seguiremos con el plan del principio: conocerás gente nueva y, por nada, nada en el maldito mundo, volverás acostarte con Chris, ¿de acuerdo?

«¡¿WHAT?!».

—Annetta, yo creo que...

—Shhhh... —Tomó la manta y la puso encima de mis manos—. Ahora descansa. Mañana será otro día. —Sonrió y, sin más, se fue.

Genial. Maravillosa charla femenina. Conmovedora, profunda e intensa, aunque no tanto como el olor a mierda que me acompañaría hasta el día siguiente.

La pastosidad y sequedad de mi boca no fue nada comparado a cuando abrí los ojos.

—¡Cielos! —exclamé al amanecerme con la imagen de un blanco y respingón culo con pelos. Era Pierre, que estaba allí, en la minicocina, de espaldas a mí.

Me erguí hasta quedar sentada en el sillón y me fregué los ojos.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento, *mademoiselle* Pam! —dijo al darse vuelta y acercarse unos pasos—. Estoy haciendo un *magnifique* desayuno. ¿Desea acompañarme? —terminó de decir, casi poniéndome el pene en la cara.

«Siempre y en tanto la entrada no sea tu salchicha francesa, amigo».

Giré la cara hacia un lado y, con una sonrisa incómoda, le hubiera contestado, pero...

—¡¿Otra vez tú?! ¡¿No te he dicho que te fueras, degenerado asqueroso?! —gritó Annetta con el puño alzado.

Pierre ladeó la cabeza hacia un lado y luego negó con esta. Su sonrisa creo que sacó aún más a mi compañera y nueva consejera de vida amorosa, porque salió disparada hacia su habitación y volvió en menos de dos segundos para revollearle algo que solo llegué a ver una vez que se estrelló contra la pared: era un enano de porcelana fría, en pelotas y que se había partido en dos por el impacto. Eso sí, aun roto, se podía ver que los genitales eran más grandes que la propia cabeza. ¿A quién se le hubiera ocurrido una escultura tan friki? Cielos...

El francés se lanzó al piso a recoger los pedazos de su obra: la imagen fue igual a la de *La Cenicienta*, en la última versión filmica, cuando su madrastra

le rompió el zapato de cristal. Decía cosas en su idioma que no voy a entender jamás, pero, por sus incipientes lágrimas y el tono agudo —casi de sirena de ambulancia—, supe que eran tristes. Miró a Annetta con los ojos del gato con botas de *Shrek*.

—¿*Pourquoi*? —dijo con un tono cargado de tanta tristeza que casi me conmueve, pero la lágrima que hubiese coronado su drama rodó por su mejilla, llegó al mentón y se desprendió para caer al suelo, aunque no pudo, pues la punta de su pene fue quien la interceptó. Eso quitó toda la magia y sentimentalismo que pudo haber tenido la escena. Yo solo suspiré y me presioné los ojos para no arruinar el momento. Sin embargo, Annetta...

—¿Por qué? —Se acercó unos pasos hasta él, que seguía de rodillas con el enano hecho añicos entre sus manos—. ¡¿Todavía tienes las malditas agallas de preguntarme por qué?! —Agarró una bolsa de tela llena de juguetes, la vació y empezó a cargarla de algunas prendas de la pequeña pila de ropa que había al costado del sillón mientras le contestaba—. ¡Porque eres un maldito vagabundo que solo me ha usado, porque te importa una mierda tu hijo, porque te has aprovechado de mis sentimientos, porque me has llenado de deudas y jamás te has interesado en saldarlas, y... —presionó sus labios de la rabia hasta que las palabras lograron salir— porque eres un maldito asqueroso que se la pasa en pelotas, como si estuviéramos en una maldita playa nudista de Francia! —Terminó de llenar la bolsa, hizo una pausa, tomó aire y, con una calma llena de seguridad, volvió a hablar—: Pero eso fue hasta hoy. Se acabó, Pierre. No vuelvas a intentar entrar porque te denunciaré. Y solo vuelve a ver a tu niño cuando te conviertas en un adulto y tengas un trabajo con el que puedas responderle. Adiós. —Le lanzó la bolsa.

A pesar de la rabia, pude notar cómo Annetta estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no largar las lágrimas que se le habían acumulado en sus enormes ojos verdes. Pierre, como si le hubieran echado un balde de agua fría, tragó saliva y se limitó a asentir con la cabeza. Se colocó unos *shorts*, una camisa mal abotonada, unas tenis con los cordones sin anudar, tomó el pomo

de la puerta y se giró hacia Annetta para decir unas últimas palabras cargadas de dolor.

—Y por favor, *amour*, solo te pido que no tires mis obras de arte. Déjalas con el conserje, que luego las mandaré a retirar.

Annetta asintió con la cabeza y él, sin más que decir, se marchó del apartamento.

Fue cuestión de esperar el «clic» de la puerta, que mi compañera se dejó caer vencida sobre el sillón. Su respiración era agitada y se tapó la cara para que no viera las lágrimas que estaban mojando sus manos. El sonido de su llanto era contenido y bajo, probablemente para no despertar al pequeño Giovanni.

Me senté a su lado y la abracé con fuerza. No era buena hablando, pero sentí necesidad de hacerlo.

—Ya, Annetta, ya... —Tragué saliva—. Sé que debe ser doloroso, pero piensa que no has hecho más que salvar tu futuro y el de tu niño. Vales demasiado para permitir que alguien así te haga desperdiciar tu vida, tu posibilidad de ser feliz... —Y sonreí para mí al escucharme decir aquello de forma automática, hasta que...

«Haz lo que yo digo y no lo que yo hago. Muy bien, Pam, has cumplido a la perfección con el papel hipócrita que todo el mundo espera en un momento así. Felicidades y ojalá que puedas seguir con tu miserable vida mejor que Annetta, aunque lo dudo al recordarte con Ferdinand», escuché a la Pam sin filtros de mi interior.

Suspiré y, al mismo tiempo, Annetta se incorporó en el sillón sin dejar de secarse los restos de lágrimas.

—No sé si agradecerte o insultarte, Pam. Pero creo que prefiero aprovechar comer el estúpido desayuno que dejó mi ex. Al menos sabe cocinar. —Sonrió con amargura.

La imité y, tras acompañarla a su minicocina, me fue inevitable recordar la frase del marcapáginas que me había regalado Maggie: «Si buscas resultados

distintos, no hagas siempre lo mismo». Annetta acababa de ser un increíble ejemplo de ello. Era, otra vez, mi turno. Ya lo había hecho en la competencia y los resultados no solo fueron diferentes, sino los mejores. Era tiempo de llevar la misma actitud a mi vida amorosa.

—Annetta. Lo haré. Dejaré a Ferdinand, conoceré a nuevas personas y lo principal: me haré valorar; me valoraré.

Mi amiga sonrió junto a mí y, tras elevar las dos tazas de café, brindamos por la nueva etapa.

Y hubiera sido maravilloso terminar esa mañana así, pero...

—*Uno, due, tre, quattro...*

Giovanni, de nuevo y en pijamas, contaba con parsimonia las tetas de la perra que seguía extrañamente en la misma pose desde el día anterior.

Cielos... ¿Estaría viva o...?

No quise preguntarlo, pero al oír al niño contar la última mama, me tranquilicé.

—¡*Dieci!* —gritó, y la abrazó. La perra, aunque sin cambiar la posición, movió el rabo y le lamió la cara—. ¡*Ti amo*[25], Lady Tetas, *ti amo!* —exclamó.

Y sonreí.

En realidad, la mañana cerró más que perfecta... y, como no podía ser de otra manera, de forma friki también.

Capítulo 22

—Al fin... —expresó Chad, cruzado de piernas y con los párpados caídos, seguro que aburrido de ver su móvil, pues lo dejó a un costado ni bien nos vio llegar.

Estaba sentado en una mesa del café al que solíamos visitar cuando trabajábamos juntos. Annetta, rápida y temerosa de que me arrepintiera de mi promesa, le había escrito a Chad y así quedamos en vernos.

—No es mi culpa. La indigente de tu amiga debía cambiar su *look* elegante *homeless* por el de pordiosera *casual*.

Bueno, la verdad era que sí era cierto que habíamos tardado un poco porque tuvimos que pasar por mi apartamento para asearme y cambiar el vestido de Maggie por algo más moderno, informal y de mi edad. Unos oscuros *jeans*, con alguna parte tajeada —que agradecí estuviera de moda—, y una camisa a cuadros no me habían parecido mala idea. Y, por supuesto, mi clásica trenza de costado.

—No está tan mal... Ojalá no tengas que conocer todo su guardarropas ni debas compartir tardes de completa indecisión frente al espejo. Te aseguro que es una tortura por partida doble —acotó mi mejor amigo al tiempo que Annetta y yo nos sentamos en la mesa.

La misma mesera de años atrás se acercó, pero no llegó a decir nada.

—Lo de siempre —dijimos Chad y yo al unísono, pero la chica no se iba. Y fue en el momento que dirigió su mirada a Annetta en el que nos dimos cuenta

y sonreímos apenados.

—Un café y bien cargado —expresó de mala gana, y esperó a que la joven se fuera para seguir—. Ustedes dos, ¿nacieron y se quemaron los cerebros juntos o son *follamigos* y aún no me he enterado? —Bufó Annetta, y continuó, pero entre dientes—: Cortesía inglesa, mis tetas...

—Creo yo, ¿o esos son celos? —preguntó Chad, y le puso la mano encima de la de ella.

«¡WTF!».

Abrí los ojos y miré a uno y otro hasta que los dos se dieron cuenta y cerraron los suyos.

—Mierda... —Annetta suspiró—. Explícaselo tú, porque yo no pienso hacerlo.

—¿Te folló y estás embarazada? —pregunté sin tapujos.

—¡Vete a la mierda! —Se tocó una teta—. ¡Y ojalá que sí estés preñada, zorra! —me gritó Annetta.

—No, no es eso, Pam... El asunto es que... Bueno... —Chad miraba distintos puntos del café, parecía no encontrar las palabras justas—. Yo...

Annetta, nerviosa, puso los ojos en blanco.

—El asunto es que, luego de que te quedaras sin luz y nos echaras de tu casa, el idiota de tu amigo no tuvo mejor idea que insistirme con lo de armarte un perfil adecuado para ti y, con esa estúpida excusa, nos fuimos a un bar... —Suspiró—. Entre una copa y otra...

—... entre risas y confesiones de borrachos... —acotó Chad.

—... nos gustamos... bastante, podría decir... —lo completó ella.

—... mucho, porque tuvimos una noche de sexo increíble... desenfrenado... —siguió él, perdido en el rostro de mi regordeta amiga.

—... y luego, por la mañana temprano, me propuso ser su *follapareja estable*... —terminó Annetta, algo tímida, me atrevería a decir, y emocionada al resaltar con orgullo aquella etiqueta.

¿Follapareja estable? ¿Era en serio? Dios..., aunque viniendo de Chad, eso

era mucho. Traducido a idioma de ser humano, sin cerebro quemado por el porno, eso significó «novia».

—¡Oh! ¡Pero eso es una gran noticia! —dije a tiempo, por lo que entendieron que supe traducir sus cochinos términos.

Pero de pronto, Chad, con el rostro serio, no tardó en quitar su mano de la de ella.

—Sí, muy lindo e ideal hasta que apareció un hombre en bolas, un niño pequeño, que resultó ser su hijo, y una señora bañada en fragancia «Mierda» que no paraba de decir cosas inentendibles. La única que no me molestó descubrir fue a Lady Tetas, que ni siquiera supe si al final estaba viva o era un perro disecado...

Fruncí la nariz.

—Está viva. Doy fe —le aseguré, y suspiró aliviado.

—Si te molesta que tenga un niño, eres libre de irte de regreso a la vagina de tu madre, idiota.

Chad arrugó el ceño.

—¿Qué rayos dices?! Una vez que pienso en tener una relación en serio con alguien, ¿y pretendes que lo haga mientras un hombre se nos pasea delante de nuestras narices, orgulloso de su desnudez, de su asqueroso pene francés y de sus mierdas de artesanías?! ¡Lo que sea, menos eso! —Chasqueó la lengua y giró el rostro hacia un lado al tiempo que se cruzó de brazos.

Annetta agachó la mirada, pero volvió a alzarla hacia él.

—Pues si es solo eso, entonces ya no hay de qué preocuparse...

Chad la miró a los ojos, algo desconfiado, pero ella asintió con la cabeza y así, luego de unos incómodos e intensos segundos en los que solo se miraron, se besaron puercamente al punto de dejar entrever sus babosas lenguas. Me dio una arcada que no llegaron a ver, pero dejaron de hacerlo a tiempo, por lo que les regalé una acartonada sonrisa más acorde a la noticia.

—Sí, sí... Es cierto, Chad, ya no hay franceses en la costa —agregué risueña. «En letra pequeña, aclaremos que *solo* franceses. Ancianas italianas, niños

cuentatetas, perros inválidos o resignados, y todos envueltos en un intenso y misterioso aroma a mierda, seguirán allí firmes».

Sonreí.

—Pero eso no es todo... ¡Pam se comprometió a seguir con nuestro plan, Chad! —anunció más emocionada que mujer rica y divorciada.

—¡Yeah! —gritó mi amigo al tiempo que chocó los cinco con Annetta—. ¡Iniciemos sesión para ver si algún interesado envió mensaje! —Y, ansioso, tomó su móvil.

—¡Hey! ¡Un momento! —Los dos me miraron como niñitos descubiertos con las manos en la masa—. Quitaron la foto de perfil en la que parecía una trabajadora sexual, ¿verdad?

Ambos suspiraron y volvieron al móvil.

—Sí, Pam. Solo pusimos la tuya original. —Chad alzó los hombros y yo fruncí la frente, resignada—. Sí, lo sé, una foto de ti, babeando mientras duermes, no es la mejor forma de empezar, pero al menos te asegurarás de que no se te acerquen degenerados o donjuanes de cuarta —intentó convencerme.

—¡Oh, cielos! ¡Tienes dos mensajes, Pam! —gritó Annetta, y me mostró la pantalla del móvil.

Bueno, no voy a negarles que me sentí algo halagada. Me acerqué a los dos y, con un entusiasmo naciente, asentí a la súplica de sus ojos de abrir el primero.

Pero no había nada escrito del usuario, sin foto de perfil, *Iamsofunckighot[26]_80*. Solo había enviado una imagen adjunta.

—Debe ser el estilo de ahora. —Alcé las cejas, esperanzada—. Ábranlo.

Ambos asintieron con la misma expresión y...

—Aquí les dejo los dos té con... ¡Oh, por Dios! —exclamó la mesera que se había acercado por detrás de nosotros.

No podía juzgarla. El archivo adjunto era la foto casera de un relajado pene junto a su par de huevos que, por deducción, calculé que eran de *Iamsofuckinghot_80*.

—Rayos... —Cerré los ojos y suspiré.

—Lo siento... —Acomodó la voz—. Iré por el resto del pedido —logró decir la empleada tras dejar las cosas lo más rápido posible.

—Mierda, Pam... No sé qué decirte... Yo creí que, con esa foto tuya...

—No digas nada, Chad —lo interrumpí—. Era algo de esperarse...

—¡Hey! ¡No sean tan pesimistas! ¡Nos queda el otro mensaje! —exclamó una positiva y alegre Annetta.

Ladeé la cabeza hacia un lado y con la mirada les pedí si podíamos terminar con el plan de «conocer gente», pero ambos me miraron con reprobación.

—OK... Pero es la última oportunidad que le doy a esto, ¿entendido?

Ni me escucharon, pues, ansiosos, fueron directo a ver el mensaje de Mr.Darcy_65, cuyo avatar era la imagen del actor de la última versión de la película *Orgullo y prejuicio*.

Y, esa vez, la luz volvió a mí, pues sí había escrito.

Estimada Pam:

Espero que estés muy bien. Si no es molestia, me gustaría que compartamos más fotos de cada uno, pues de ese modo nos conoceremos mejor. Sé que las mujeres suelen ser un poco más tímidas, así que seré yo quien envíe primero.

¡Espero la tuya!

Ansioso por *conocerte*,

Mr. Darcy_65

Los tres arqueamos las cejas, sorprendidos para bien por la cortesía, aunque no entendí por qué había realizado el «conocerte». Quizás fuera un cortés ansioso caballero...

Ambos me dieron el honor de hacer clic en la foto del pretendiente y...

—Y aquí está el café cargado para... ¡Oh, por Jesucristo! —exclamó la mesera, que se había acercado de nuevo, y salió espantada luego de dejar el pedido de Annetta.

Sí, por supuesto. Era la foto de otro pene, aunque erecto y de mayor edad. Puse los ojos en blanco y, furiosa, negué con la cabeza.

—¡Se acabó! ¡No seguiré con esto! —vociferé al ponerme de pie.

—Bueno, Pam... No seas tan exigente. Al menos este mandó una imagen con su amigo duro. Si lo piensas, creo que quiso mostrarte su costado más *entusiasta* para asegurarte una diversión que, por su nombre, calculo romántica... —dijo Chad, en serio.

Las dos lo asesinamos con la mirada y lo hubiéramos logrado de no haber sido por el móvil de Annetta, que sonó.

—¿Hola? —Hizo una pausa—. Oh, Peter... —Sonrió, con tranquilidad—. Sí, dime... —Otro silencio de varios segundos—. Sí, estoy con ella. Aguarda. —Tapó el móvil y se dirigió a mí—. El cliente quiere saber si puede vernos ahora para ultimar detalles del pastel, porque cree que no podrá en los siguientes días. Puedes, ¿cierto? —Asentí, y ella volvió al teléfono—. Sí, no hay problema. —Otra vez dejó que él hablara—. ¡Estupendo! Estamos en London Tea House. —Se escuchó una exclamación de Peter—. ¡Genial! ¡Nos vemos en unos minutos! —Y cortó la llamada.

—¿Iremos a la residencia de ayer? —pregunté tras darme cuenta de mi vestimenta. Me volví a sentar.

—Eso parece, *lady homeless*. Pero dijo que no nos preocupáramos, pues el cliente entendía que era algo de último momento. La buena noticia es que Peter está cerca y pasará a buscarnos.

Sonreí, pero no duraría mucho, pues, en cuanto quise relajarme para pensar en mi tan maravilloso e inesperado diseño, una voz, una maldita voz, me erizó toda la piel.

—¡Sabía que estarías aquí!

Era Ferdinand. Se acercó hasta nuestra mesa y, sin siquiera saludar, esperó a que dijera algo.

—¿Vienes por aquel pequeño e importantísimo asunto del que te hablé o...? Chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—¡Ya déjate de esas cosas, Pam! ¿Sabes por lo que he pasado? No me enviaste el dinero y Natal... —Tosió al darse cuenta de que no podía ser tan fresco y decirme, así, sin anestesia, el nombre de la pobre follada con la que había estado—. Una amiga tuvo que pagar la cena por mí. ¿Entiendes lo mal que he quedado con ella? ¡Ahora ni siquiera sé si querrá volver a verme!

Chad se irguió de un solo salto.

—¡Eres un pedazo de mierda! —le gritó, lo que hizo que Ferdinand volviera su mirada a él.

Mi ex frunció el entrecejo, serio. Era muy raro verlo así, solo cuando le faltaba dinero solía perder su tan excéntrico sentido de humor.

—¿Cómo has dicho?! ¿Quién rayos te crees para dirigirte a mí y de esa forma, pastelero idiota?!

Wow... Ese contraataque había sido lo más agresivo que vi en Fer. Realmente le había tocado los huevos con mi falta de consideración hacia él y su vacía cartera.

Y se hubiera dado una interesante pelea de no haber sido por Peter, que acababa de entrar y acercarse a nosotros..., aunque acompañado y de la persona que hubiera querido tener en todo momento cerca, menos en ese: Chris.

—¡Mierda! —exclamó Annetta sin poder evitarlo. Sus ojos parecían dos bolas de boliche verdes.

Sí, habría exclamado lo mismo de no haber sentido todo ese sudor frío que te corre cuando estás a punto de hacerte el número dos encima. ¿Era en serio?! De todas las posibilidades que pudieron existir en el mundo, ¿justo esa tuvo que ser en la que Chris pudiera descubrir la verdadera identidad de Chad?

Paralizada, solo logré tragar saliva.

Míster B, sin entender la situación, nos miró a las dos y, luego, observó a Chad y a Ferdinand que, tras el silencio, no tardaron en reparar en él.

—¿Y ustedes quiénes son?! —inquirió Fer con tono despectivo y al mismo tiempo que los miró de arriba abajo.

Chris entrecerró los ojos y elevó el mentón y una ceja. Su postura y expresión indicaron que no le había gustado ni un poco aquella actitud.

—Me hago la misma pregunta respecto de ti, aunque solo por cortesía, pues la verdad es que realmente no me interesa saber quién eres.

—¡Genial! —expresó un impulsivo Chad y con una alegría que no encajaba para nada con el contexto. Abrió los ojos como dos balones playeros y le hizo una seña a Annetta para que nos fuéramos.

Ferdinand enseguida se dio cuenta de lo sospechoso que era todo y, con una sonrisa maliciosa, se animó a hablar.

—Mi nombre es...

—¡Chad! —lo interrumpió mi amigo. Chris se quedó un poco extrañado por la reacción, mientras que Peter no pudo evitar una mueca de asombro. Pero la follapareja estable de Annetta no se asustó y solo acomodó la voz para completar—. Él es Chad Miller, señor Campbell. El mejor amigo de Pam.

Chris alzó las cejas y asintió con la cabeza, como si hubiese recordado la mención de aquel nombre.

—Ya veo... —Sin mucho interés, dio por cerrado el asunto allí y miró a Peter—. Los espero en el coche. —Y, gracias al cielo, salió.

—Con que Chad Miller... —dijo Ferdinand con los ojos entrecerrados y la misma estúpida y maligna sonrisa que indicaba que algo tramaba en su cabeza.

Chad, serio y con esa actitud madura poco habitual en él, volvió a hablarnos, aunque sin quitarle de encima la mirada desafiante a Ferdinand.

—Váyanse, Pam. Yo me encargaré de este asunto...

Y seguimos su orden, aunque mi mente no pudo dejar de pensar en lo que haría Chad para salvarme una vez más.

Capítulo 23

Annetta y yo íbamos en absoluto silencio, aunque era imposible no sentir la furtiva mirada de Peter por el espejo retrovisor. Era claro que nos exigía una explicación de la que no podríamos zafarnos. Y la verdad era que no le mentiría. Estaba harta de toda esta farsa que no me llevaría a ningún lado. Al menos él debía saber la realidad del asunto. Y mister B..., pues ya vería cuándo y cómo se lo explicaría, si acaso era necesario hacerlo, por supuesto.

Llegamos y Chris, en completo silencio, caminó delante de nosotros durante todo el trayecto hasta la entrada a la casa. Nos cedió el paso, pero al entrar a la sala de recepción, en donde se había hecho el evento, su voz nos hizo frenar de inmediato para dirigirle la mirada.

Su rostro parecía un trozo caído del gris y lluvioso cielo típico de nuestro amado Londres. Sus ojos verdosos estaban repletos de una tristeza inimaginable en el Chris que todos conocían. Y sus manos ya no sabían cómo manejar la tensión que, se notaba, contenía con todas sus fuerzas.

—Pam.. y Annetta —agregó a los segundos—. Debo ser honesto con ustedes. El cliente... El cliente...

Pero la voz se le cortó. Tragó saliva y parpadeó más de la cuenta, señal de que la angustia estaba ganando la batalla en su interior.

Peter se acercó a él y le tocó el hombro, pero Chris, aunque sutil, se hizo a un lado.

Con una tristeza manifestada en furia y con los ojos llenos de lágrimas, se

giró y caminó escaleras arriba.

—Solo síganme —se limitó a decir.

Las dos nos miramos y quisimos hacer lo mismo con Peter, pero él no nos respondió y solo dirigió sus ojos a la escalera para seguir a Chris.

Lo imitamos, aunque el silencio era tan intenso, tan abrumador que se me erizó la piel al volver a escuchar su voz cuando llegamos a la misma puerta del lugar donde había estado escondido el cliente en la fiesta de la presentación de pasteles.

—Solo les pediré que su identidad la mantengan en secreto hasta la fiesta —dijo con la mirada clavada en el piso, como si de allí tomara las fuerzas que le faltaban para hablarnos. Luego, levantó la mirada y la clavó en Annetta, quien asintió despacio, silenciosa y respetuosa. Pero después... cuando sus ojos, que trataban de mostrar la dureza de una roca, se posaron en mí, sus cejas se alzaron y, en un inevitable signo de debilidad, de sensibilidad reprimida que pedía a gritos escapar, sus ojos dejaron caer unas caprichosas y densas lágrimas que no me permitiría contemplar, pues se marchó en cuanto mis labios, repletos de extrema preocupación, se despegaron para intentar decirle algo.

—Déjalo, Pam... —me dijo un conmovido Peter al tiempo que, con su mano y suave, tomó mi brazo para que no siguiera a Chris—. Es mejor así.

Tragué saliva por aquellas palabras. ¿Qué rayos era lo que ocurría?

Peter, tras hacer sonar la puerta, pasó al oír el permiso del cliente.

Annetta y yo nos miramos inseguras. Toda esta situación, envuelta en una neblina de misterio y tristeza, nos había desconcertado sobremanera. Pero no había tiempo a preguntar nada. La puerta estaba entreabierta y el cliente nos aguardaba dentro. Respiramos profundo y, sin decir palabra alguna, ingresamos...

Al principio, solo vi la refulgente luz que bañaba al cuarto entero. Era impresionante, deslumbrante, pero al dar unos pocos pasos, aquella inigualable luminosidad perdió protagonismo frente a la imagen que nunca

jamás podría borrar de mi mente. Su escuálida figura casi no me permitió reconocerlo cuando giró su rostro hacia nosotras. Dios mío... Era él. Era Chris Campbell padre.

Aquel hombre seguro y excéntrico, que solía salir en numerosas revistas de pastelería, con esa sonrisa llena de suficiencia, tan parecida a la de su hijo, era aquel moribundo hombre que yacía acostado, agradecido por cada bocanada de aire que lograba dar.

Miré de soslayo a Annetta y supe, por su perplejidad, que ella también lo había reconocido.

El señor Campbell, al notar que descubrimos su identidad, dibujó esa clásica media sonrisa con la que salía en las fotografías.

—Supongo que no hará falta que me presente. —Tosió, pero Peter tuvo que alcanzarle un vaso de agua para que su tos cesara—. Disculpen mi recibimiento, pero la vida se ha cansado de mí y ha logrado atraparme para al fin vengarse. —Sonrió. Como pudo, y tras rechazar la ayuda de Peter, se acomodó hasta quedar sentado aún dentro de la cama y nos invitó, con la mirada, a que hiciéramos lo mismo en las dos sillas que estaban cerca de él—. Pero pasemos a temas más amenos... Felicitaciones, señoritas Smith y Cipolla. De acuerdo con lo propuesto por mi hijo Chris, son ustedes las nuevas encargadas, ¿no es así, Peter?

—Sí, señor, así es. La señorita Annetta Cipolla será la nueva jefa de Gestión Gastronómica. Se encargará de que todo lo planificado se lleve a cabo eficientemente y hará foco en la técnica y ejecución, ya que su precisión y detalle a la hora de trabajar son los puntos fuertes de ella. —Eché un vistazo a Annetta y le sonrió—. Y Pam Smith será la nueva jefa de Diseño Creativo. Ella...

—No hace falta que lo menciones —lo interrumpió el señor Campbell, a lo que Peter respondió con una sonrisa llena de orgullo—. Pam Smith... Así que tú eres la mente que estuvo detrás de esa obra...

El calor subió a mi rostro y, sin poder evitarlo, las mejillas se me pusieron

rojas como dos ramillos de cerezas. ¡Maldita timidez que no podía sacarme de encima! Bueno... algunas veces sí, pero no era buen momento para recordarlas y más tratándose de que hablaba con el padre de la persona que lograba hacerme *soltar*, por decirlo de alguna manera.

—Sí, señor. Yo soy Pam Smith —dije, con la mirada baja.

—¿Eres solo Pam Smith o «Sí, señor, soy la mente que estuvo detrás de esa gran obra»?

«¿Puedes dejar de ser la estúpida e insoportable niña insegura? Porque si no lo haces, te juro que hablaré de otras cosas de las que sí fuiste capaz de hacer, *park here*», escuché a mi *free* Pam.

Odiaba reconocerlo, pero tenía razón. Debía dejar de actuar así.

Alcé la vista y acomodé la voz.

—Las dos cosas, señor Campbell. Soy Pam Smith, la diseñadora de *La perla negra de Londres*, del pastel que usted eligió como el ganador.

No quise enfocarme en sus reacciones, pero fue inevitable, pues Peter y Annetta abrieron los ojos con sorpresa de la buena y el padre de mister B dibujó esa media sonrisa, clásica en ellos.

—Creí que no lo escucharía, pero me equivoqué. Incluso lo has dicho mejor a como lo esperaba. En fin... —Tosió, pero, esa vez, se recuperó pronto—. No las retendré mucho tiempo, primero, porque no lo tengo, y, segundo, porque no es justo para ustedes. Como verán, estoy enfermo. —Suspiró—. Cáncer. No hace falta que diga mucho más. La idea inicial era que en alguno de los siguientes días efectuaran el pastel en tamaño real para asegurarnos de que se cumpliera con lo diseñado, pero deberé pasar unas vacaciones bajo los cálidos rayos de la radioterapia —dijo sarcástico—. Por ende, los cambios se los marcaré ahora. Y el pastel no lo probaré yo. Lo hará Chris, él sabe a la perfección que lo deseo tal cual lo probé en la fiesta.

Ambas asentimos con la cabeza y, tras escuchar sus detallados cambios junto a unos increíbles secretos técnicos para cumplir con lo que pedía, se despidió de nosotras. Peter y Annetta lograron salir, pero cuando yo quise hacer lo

mismo, un segundo antes de que terminara de cerrar la puerta, su voz me detuvo.

—Señorita Pam Smith...

Asomé mi rostro.

—Sí, señor Campbell.

—Y, si no es molestia, ¿podría usted hacer aquel magnífico *mi-cuit au chocolat* del que me habló mi hijo? No quisiera irme de este mundo sin probar lo que ha hecho que él y yo habláramos más de una hora, luego de tantos años.

Tragué saliva.

—Por supuesto, señor Campbell. Lo haré.

Él sonrió y, tras volver a toser, me dirigió unas últimas palabras:

—Y gracias, señorita Smith. Volver a verlo sonreír era lo único que me quedaba pendiente en esta vida.

Esbocé una sonrisa, tratando de contener las lágrimas, y asentí para despedirme de aquel hombre que acababa de tocar mi alma.

Capítulo 24

Desde que cerré esa puerta, no volví a abrir la boca. La tristeza, el dolor y ponerme un solo segundo en el lugar de Chris hicieron que mi cuerpo entero pidiera a gritos verlo, mirarlo y solo abrazarlo.

En ese entonces fue cuando comprendí por qué su padre le había cedido el mando de la pastelería. También el desinterés de Chris por celebrar aquello cuando le hicieron la fiesta sorpresa en la que lo conocí, como así también esas semanas de ausencia en las que debió haber estado a su lado. Como era de esperarse, casi nadie sabía el verdadero estado de salud de Campbell padre, de allí que los mismos empleados le habían hecho aquella fiesta, de la que él no pudo decir nada y solo alcanzó a encerrarse en su cuarto, en su dolor.

Sí, lo que más deseé en ese momento era acompañarlo y decirle cuánto lo entendía. Pero nada de todo eso pude hacer, pues en cuanto bajamos, Peter nos pidió que marcháramos con él. Solo con él. Chris había desaparecido. Tal vez se había encerrado en algún lugar recóndito de aquella enorme residencia o, peor aún, en su vacío y moderno *penthouse*.

En cuanto llegamos a la puerta de mi casa, Annetta me ofreció hospedarme un día más en su casa o lo que fuera necesario hasta que regresara la electricidad, pero, aunque agradecida, rechacé su propuesta. Sí, porque no quería correr el riesgo de encontrarme con algún francés más en bolas o mismo a mi mejor amigo... y tampoco volver a sentir el olor a mierda. Pero si había un motivo por el que realmente no quería ir a su casa era porque

necesitaba estar sola, pensar en él y también en mí. Me descalcé, puse a calentar agua y, mientras esperaba a que llegara al punto ideal para el té, me recosté sobre el viejo sillón de Maggie y observé todas esas cosas que tanta historia conservaban. Cada una de ellas me hizo viajar a un momento hermoso de mi vida. Las cartas, a esas noches infinitas y maravillosas con Maggie. Los libros, a ella sentada con los pies sobre la mesita mientras esperábamos la comida china. El juego de té de porcelana antigua, a sus insultos cada vez que debía limpiarlo cuidadosamente, pues había pertenecido a su tatarabuela y, además, la tetera conservaba aquella simple receta, tan ansiada por Chris, y que nosotras solo manteníamos como recuerdo de mi bisabuela, que siempre la guardaba ahí, según Maggie. Todos inolvidables momentos que habían hecho de mi vida una muy feliz. Sí, hermosas vivencias que jamás olvidaría, pero que no pertenecían más que a un pasado que nunca más se volvería a repetir. Y entonces mi corazón se preguntó si existiría la posibilidad de que yo creara un pasado así para alguien más...

El silbido del clásico hervidor me hizo salir de aquel metódico momento, aunque no me libró de la lágrima que rodó sobre mi mejilla y que cayó hasta desaparecer en el camino hacia mi pequeña cocina. Me hice un té y, al escuchar el cielo tronar, fui directo a la ventana. Si había algo que amaba hacer desde niña, era tomar un té junto a la ventana abierta para aspirar aquel inconfundible olor a lluvia. Conté los segundos en que tardaría en caer el agua, otra manía que me encantaba disfrutar para coronarla con una enorme sonrisa seguida de un buen sorbo de mi infusión favorita. «Veintitrés», sonreí y cerré los ojos unos segundos más para aspirar el húmedo aroma del aguacero que estaba bañando a Londres. Cuánta paz me traía hacer aquello, cuánta felicidad... Pero mi mente volvió a repetir aquel número y, entonces, me di cuenta de que hacía esa cantidad de días lo había hecho por primera vez con Chris. «Cielos...». Bebí un sorbo de té y solo cuando un impresionante relámpago llamó mi atención, a través de la ventana, divisé a alguien al mismo tiempo que escuché el trueno. ¿Era Chris quien había bajado del coche y

corría hacia mi edificio?

Achiné los ojos, pero no veía nada más que un automóvil oscuro. La lluvia era torrencial y mi cansancio no ayudaba demasiado a mi vista. Tomé el sobre que había llevado a la fiesta y en el que estaban los anteojos de Maggie. Lo abrí y, al levantarlos, un juego de llaves se enganchó a estos.

«Rayos...».

Eran de la casa de Chris. Seguro que venía por ellas. Suspiré, lo que me liberó de aquel entusiasmo que había hecho latir mi corazón tan rápido y empecé a buscar mis viejas bailarinas, pues bajar descalza no era buen plan por si llegaba a ocurrir lo mismo que el viernes por la noche. Solo había encontrado una, y no creía poder hallar la otra, cuando la puerta sonó. Sí, la de mi apartamento.

«Cálmate y no te comportes como una zorra desesperada o harás que yo salga de ti de un solo salto y hacia su entrepierna... ¡Oh, lo siento! No lo había pensado... ¿Te sientes así porque recibirás al *baguettón* rico en una casa sin electricidad? Suerte con eso, princesa pobretona...».

¡Malditos pensamientos acertados de *free* Pam!

Y la puerta volvió a sonar.

Comencé a dar saltitos desesperados por solo tener un zapato y por todo lo que implicaría hacerlo pasar... Pero luego pensé que nada de todo eso tenía sentido si quien estaba detrás de la puerta no era él. Y tenía absoluta razón, pues ¡¿cómo demonios había hecho para entrar al edificio?! Sonreí y largué todo el aire mucho más tranquila. Pensar en la posibilidad de que no fuera Chris me calmó. Respiré profundo, dejé la bailarina tirada por ahí y volví a tomar mi taza de té. Me acerqué lo más tranquila que pude y entonces abrí...

—Hola, Smith...

«Maldito y estúpido mundo de las probabilidades, me vengaré de ti y del creador de la teoría».

El corazón se me detuvo por unos segundos en los que solo podía ver esos ojos verdosos clavados en mí. Tenía *esa* expresión. Estaba desnudo... Claro

que no literalmente, pues de haber sido así, mi baba hubiera chorreado por todo el piso y hubiera empezado contando ese particular *gran* detalle. Más bien tenía esa mirada que indicaba que era el Chris sensible, era su alma la que estaba desnuda, de nuevo, y frente a mí. Y no sé por qué, pero en términos de mi diseño de pastel, me pregunté cuál sería el relleno ideal que representara su corazón. Sonreí y pestañeé, pero fue entonces que me di cuenta de que su cabello estaba mojado y sus labios temblaban. Estaba empapado.

—¡Oh! ¡Chris, pasa, pasa! —Me hice a un lado y dejé la taza sobre la barra desayunadora.

Él sonrió y entró, aunque bajando y subiendo los hombros, no sé si porque tenía frío o por los nervios que sentía de estar en mi casa.

«Ponte en su lugar: en una cueva *vintage*, vieja y oscura, lo mínimo que piensas es que, en cualquier momento, saldrá una anciana loca para violarte...», me dijo mi *free* Pam.

Me acerqué hasta él y ambos sonreímos como dos niños de primaria. Le señalé su abrigo y, rápido, se lo quitó para entregármelo.

—Lo pondré en el cuarto de baño para que termine de gotear allí.

—Claro, sí, por favor —dijo mientras recorría con la mirada todo mi humilde apartamento.

Dejé el sobretodo de Chris sobre la cortina de baño y, veloz, me acerqué al espejo para mirarme. ¡Por todos los cielos! No podía hacer nada, pensar ya no tenía sentido y tampoco me iba tan bien cuando lo hacía. Me di unos suaves golpecitos en las mejillas y respiré profundo. Debía tranquilizarme, era una situación normal, común y corriente en la que alguien se acerca a tu casa para que le entregues algo que le pertenece. Nada más, ¿qué podía salir mal?

—¿Pam? Creo que se ha quemado la luz principal de la sala... —Tardó unos segundos más hasta que volvió a hablar—. Oh... y de la cocina también —dijo con voz más fuerte para que lo oyera.

Cerré los ojos.

«Mierda...».

Pero los abrí para mirarme por última vez en el espejo y salir de una vez por todas.

—Pues... no, creo que no es eso... —dije, sonriente y medio tímida, mientras me acercaba a la sala con las manos escondidas en los bolsillos de mi *jean* roto.

Chris frunció las cejas y su mirada se perdió en el piso hasta que cayó en la cuenta de lo que ocurría.

—¿Corte de luz?

Asentí con la cabeza y me apuré a decirlo yo misma antes de que él lo hiciera.

—Por falta de pago. —Sonreí de oreja a oreja y alcé los hombros para dejarlos caer como gesto de resignación—. Pero pronto volverá. Fueron solo estos días...

Entrecerró los ojos e hizo un gesto como si entonces comprendiera algo.

—Oh... Por eso tu timbre no funciona...

Con mi dedo índice hice la señal de que había dado en el blanco.

—Hablando de eso, ¿cómo es que entraste? Sería bueno saberlo, para la próxima vez que me quede afuera... —Me acerqué un poco más. Lo notaba un tanto inquieto.

—Bueno... La verdad es que recordé lo que me habías dicho sobre tu vecina y toqué el timbre del primer piso. Le dije que si bien no era un cartero, le devolvería con creces el favor de abrirme la puerta. —E, ingenuo, sonrió.

Suspiré profundo. Pobre.

—No sabes a lo que te has comprometido —le dije sin poder evitar reír.

Él me imitó.

—Creo que me di cuenta de eso. Su mirada hacia mi pelvis fue... digamos que... bastante concluyente para mí.

Y yo, de solo imaginármelo en pelotas con sombrerito de cartero de los años cincuenta, me ruboricé, por no decir otra cosa, claro...

«Cambia de tema urgente si no quieres ser tú la *anciana* que se le tirará

encima».

Suspiré.

—¿Quieres un té?

—Si te han cortado el servicio de gas, te diré que sí solo para ver cómo te las ingenias para hacerme uno.

Mis párpados quedaron a mitad de camino y negué con la cabeza.

—No. El gas funciona bien...

«Por ahora...».

—Está bien. Aceptaré uno.

Coloqué de nuevo el hervidor al fuego y, de reojo, pude ver que todavía temblaba.

—¿Quieres un abrigo? O no sé... Tal vez tu camisa se haya mojado. Creo que puedo prestarte una de...

—¿Ferdinand? —me interrumpió.

Se hizo un breve silencio en el que ambos quedamos mirándonos, pero fui la primera en bajar la mirada para elegir la taza en la que le haría la infusión.

—No. Solo te puedo ofrecer una camisa de Maggie. —Me reí con timidez, pero, sin poder evitarlo, volví a alzar la vista hacia él, que se notaba arrepentido—. Pero si no estás tan mojado, preferiría no verte con prendas de enormes flores multicolores. No creo que te favorezcan...

Chris sonrió de lado.

—Creo que así estaré bien. Gracias...

No fueron más de dos minutos en los que pude ver cómo me miraba casi sin pestañear, y yo no hacía más que mantenerme con la vista fija en la tetera al tiempo que, ansiosa, movía mis dedos sobre la mesada. Podría haber contado la cantidad de veces que tanto él como yo tragamos saliva o mismo los furiosos latidos de nuestros corazones. Y fue entonces cuando sus labios se abrieron para decir algo que no pudo, pues el hervidor silbó y cortó aquel silencioso momento.

Rápido, preparé el té y volví a hablar mientras este se asentaba.

—Puedes ponerte más cómodo si quieres... —expresé echando una fugaz mirada a su rostro y, luego, le señalé la sala de estar.

Chris, perdido y nervioso, se sentó en el sillón, pero no pudo evitar parpadear sin parar. Su cabeza trabajaba en algo que no lo dejaba en paz.

Me acerqué a la mesita con su té y, aunque lo correcto hubiera sido que me sentara en frente de él, mi cuerpo y corazón decidieron por sí solos al hacerme ubicar a su lado.

Su expresión fue de sorpresa, pero creo que también le agradó, pues sonrió y su postura pareció relajarse de un segundo a otro. Despacio, desplazé la infusión hacia su lado y tomé la mía, que ya estaba helada.

Sus manos, temblorosas, abrazaron la taza y parecieron calmarse.

—Pam... Disculpa por haber venido sin previo aviso, pero yo necesito...

—Las llaves —lo interrumpí.

Él alzó la vista, algo asombrado por mi intervención. Miró hacia un lado y hacia el otro, hasta que las tomé y se las mostré colgadas de mi dedo índice.

—Mis llaves... —Suspiró y volvió la vista a la taza humeante—. Cierto.

—Perdona que no te las haya devuelto antes, pero realmente había olvidado que las tenía. De hecho, acabo de descubrirlo hace unos minutos atrás. —No le explicaría el motivo, por supuesto—. No quiero que pienses que soy una *ladrona al acecho*. —Y dibujé una media sonrisa insegura.

Él hizo el mismo gesto, aunque parecía cargado de tristeza, desilusión o nostalgia. No supe descifrarlo con precisión.

—Sería un buen reemplazo para «ratón»... —intentó sonar animado.

—Para «ratón pelirrojo» querrás decir. —Puse las llaves sobre la mesa, casi enfrente de él. Dejó la taza a un lado, las tomó y, de forma inconsciente, sus dedos comenzaron a jugar con ellas.

Rio.

—Eso sí que no. A menos que te tiñas... Y creo que así estás bien —se animó a acotar.

«¿Eso fue un cumplido?».

Suspiré, pero no me atrevería a decir «gracias».

—Entonces... ¿eso es todo? Quiero decir, si hay algo más en lo que yo pueda... ¿ayudarte? —agregué, tratando de arreglar mi expresión.

«Vamos, ¿qué esperas? Dile que quieres comer un poco de *pan* francés, pobretona hambrienta».

Cerré los ojos y suspiré de solo escuchar a mi alter ego. Y los hubiera mantenido así de no haber sido por lo inesperado que fue para todo mi ser sentir el calor de su mano al tomar la mía. Había dejado las llaves en la mesa de nuevo y, con los ojos hundidos en mí, me obligó a mirarlo directo a su rostro.

—Pam... Yo... —Temblaba y su pecho agitado era señal de la lucha que estaba viviendo por no dejar salir una sola lágrima de todas las que se agolpaban en sus ojos. Tragó saliva y volvió hablarme—: Yo no... no sabía... a dónde ir y...

No pude evitarlo y esa vez fui yo quien le tomó las manos. Podía sentir el dolor que padecía.

Pero Chris no pudo con ello. El calor de mi piel y la presión de mis dedos hicieron que aquella capa helada terminara de derretirse hasta abrir el paso al centro de su ser, a su corazón, pues agachó la mirada y dejó salir un silencioso llanto que no hizo más que impulsar a mi corazón a hacer lo que tanto sentía. Acaricié su mejilla y, tras él elevar el rostro —algo tímido, algo sorprendido —, acerqué mi boca y lo besé con la máxima ternura que alguna vez expresé.

Era increíble, pero podía sentir todo lo que su cuerpo, lo que su alma sufría. Y por cada caricia que mi boca hacía a la suya, su garganta expulsaba un sonido roto que indicaba que cada capa de hielo de su interior se estaba quebrando sin vuelta atrás. Acaricié su mejilla mientras lo besaba para luego entrecruzar mis dedos con los cabellos de su nuca, e, inevitablemente, el iceberg de Chris se desintegró por completo, allí, entre mis manos, entre mis dedos, en mis labios.

Su mirada no se cruzó con la mía, pues, en cuanto sus labios se

desprendieron de los míos, sus brazos se adueñaron de mi cuerpo de forma posesiva; suplicaban más amor. Lo abracé de igual manera y sentí que el hueco entre mi hombro y cuello era la pieza que su llanto, su mar de lágrimas, necesitaba. Era imposible no sollozar con él, pero dejé que solo unas pocas gotas brotaran de mí, pues me precisaba fuerte. O, al menos, eso mismo fue lo que yo había necesitado las dos veces que viví aquel inconfundible dolor que sentimos ante la pérdida de lo que más amamos.

—*A delicious little sweetheart*. Así también te hubiera llamado mi madre... —me dijo al oído al tiempo que intentaba calmar el llanto. Se desprendió de mi abrazo y, sin poder mirarme a los ojos, continuó—: Y mi padre no tuvo mejor idea que volver a pronunciar tales palabras luego de diez años, ni más ni menos que en la devolución a tu pastel. —Y ahí sí clavó sus ojos en mí, junto a una sonrisa que trataba de no temblar. Negó con la cabeza y casi se quiebra de nuevo, pero hizo un gran esfuerzo para descargarlo por medio del habla—. ¿Sabes? No quiero perderlo... No a él también...

Agachó la mirada para contenerse, pero le tomé ambas manos. No lo soltaría.

—Sé que no hay palabras para explicar esto, Chris. Lo sé porque también lo he vivido y, aunque no hubiera sido así, nadie en el mundo quiere perder a quienes ama. De solo imaginarse la posibilidad, el dolor comienza a hacerse palpable. Pero al hacerse real, el vacío es eterno y nada ni nadie lo puede llenar...

Alzó la vista hacia mí.

—¿Tú tampoco lo lograste?

—¿Llenar el vacío? —pregunté. Él asintió—. No, jamás. Y está bien que así sea. Cada persona es única e irrepetible, Chris, como los momentos, las vivencias... Bueno, eso es lo que decía mi madre. No es que pueda recordar mucho de ella, pues tenía solo ocho años cuando ella partió a mejor mundo, pero la huella que ha dejado en mí la mantiene viva en mi corazón. Créeme. — Sonreí.

—¿Ocho años? —me preguntó, aturdido, pensativo.

—Sí, solo ocho años, a punto de cumplir nueve. Viajaba con ellos en el automóvil que tanto trabajo le había costado a mi padre conseguir. Lo estrenábamos para irnos de vacaciones, pero la vida decidió que para ellos fueran eternas. Fue un accidente. El conductor del camión, que venía en dirección contraria, se durmió y mi padre no pudo esquivarlo. Me hubiera gustado hacer más que quedarme quieta para evitar tener como último recuerdo esas dos enormes luces que me encandilaron. Pero el destino quiso que así fuera, y aquí estoy.

—Y tu abuela, la de la receta, fue quien te crio, ¿cierto? —me preguntó con una sonrisa dulce.

—Maggie. Odiaba que la llamara «abuela». —Reí y dejé que unas lágrimas rodaran por mi mejilla, pero las sequé al instante de solo imaginarla criticándome por tanto melodrama—. Ella fue todo para mí, ¿y sabes? No pudo llenar el vacío que me dejó la pérdida de mis padres, y nadie podrá hacerlo, pero creó su propio espacio en mi vida y la convirtió en una muy feliz. Ella siempre me decía que no buscara parches para calmar el dolor de lo ácido de la vida, que no pensara en los *debería* que nunca pudieron ser ni que me estancara en el pasado, pues nada de lo que vivimos se puede repetir. El pasado es lo que fue y punto. Pero sí que me enfocara en lo que podía hacer, en lo que quería vivir, pues somos nosotros mismos los artífices de nuestros destinos. Claro que lo decía con otras palabras y con insultos de por medio, pero la idea digamos que es la misma. —Y sonreí.

—Por cómo hablas, parecieras no tener miedo a nada, Smith —dijo más tranquilo, pero sin perder la nostalgia.

—¿Hablas en serio? Desde que te he conocido, no he dejado de huir de ti. Y eso sin contar que aún no he podido volver a subir al London Eye. Solo lo hacía con mi madre, pero desde que me faltó, no he vuelto a intentarlo. Y no lo volveré a hacer, créeme —afirmé medio graciosa, pero en serio.

—Creo que ese miedo tiene más solución que el de perder a alguien que

quieres. Y más aún cuando te das cuenta de que aprecias a esa persona solo cuando estás por perderla... Al menos de eso me he dado cuenta con mi padre... y contigo, Pam.

Mi corazón se detuvo y la piel se me erizó de solo escucharlo decir esas palabras.

—¿Conmigo? —inquirí en un hilo de voz.

Asintió despacio y esta vez fue él quien me envolvió las manos con las suyas.

—Sí. No me preguntes por qué. Tal vez la fiesta y haberte visto con tu... *él* —remarcó— me hayan movilizado. Pero es estar a tu lado y simplemente saberlo. No lo sé... Como sea, solo quiero pedirte una cosa...

Pero no lo dejé continuar, pues lo frené con un gesto de mano, me levanté, fui directo a la vieja tetera de Maggie y tomé la amarillenta receta de mi bisabuela. Volví a su lado y, con una enorme sonrisa, se la entregué.

—Aquí la tienes, Campbell junior. Es toda tuya... ¡Oh! Y como lo que te he dicho es verdad —le señalé la parte en la receta que decía «ingrediente secreto»—, te confieso que el ingrediente secreto es...

—Pimienta —dijo al mismo tiempo que yo. Abrí los ojos como huevos fritos y reímos—. Lo sé. Por el momento mantengo el paladar bastante agudo como para no detectarlo o creer que era *ají molido*... —expresó con los ojos entrecerrados y una ceja alzada.

Me tapé el rostro al ver descubierto mi frustrado y malévolo plan de que intentara recrear la receta con ese fuerte ingrediente.

—Lo siento, pero debía intentarlo —repliqué risueña.

Él negó despacio con la cabeza y, tras alzar la receta, la guardó en el bolsillo de su pantalón.

—La conservaré y protegeré con todo mi honor, Smith... ¡Oh! Y prometo devolverte tus bragas, solo que no las he traído, pues... te habrás dado cuenta de lo impulsiva que ha sido esta visita, ¿verdad? —Sonrió con culpa y yo asentí—. Pero ¿sabes? Creo que las dejaré en mi saco gris; es mi favorito. Así

me aseguraré de dártelas en un mejor momento. —Guiñó un ojo y volvió a sonreír, pero más animado.

—Tranquilo. Por hoy, lo dejaré pasar. Pero no creas que me olvidaré, coleccionista pervertido —afirmé, cruzándome de brazos.

Divertido por mi acusación, frunció el entrecejo.

—¿Coleccionista?

—He visto la caja en tu armario.

Carcajeó y negó varias veces con la cabeza.

—Si quieres saber de quiénes son esas prendas, pregúntaselo al antiguo inquilino de mi casa... Para ser más precisos, al señor Peter Chanella, querida Smith.

Si las sorpresas no habían sido suficientes, esta se llevaba el puesto número uno. Y mi expresión de «¡WTF!» seguida de carcajadas por parte de los dos fue señal de eso.

—Quién iba a imaginar eso del tímido Peter...

—Como sea, Pam, lo que en realidad quería pedirte es que, por favor, te realices la prueba de sangre para saber sobre tu embarazo.

Suspiré.

—¿Lo necesitas para saber qué hacer conmigo? —pregunté resignada.

Me apretó la mano.

—Eso ya lo tengo bien claro, Pam. —Y me acarició la mejilla—. Solo quiero que lo realices para que tengas los cuidados necesarios en caso de que sí lo estés. —Se acercó un poco más, y yo no pude evitar sentir esa sensación de revoloteo en el estómago. Me podía, incluso en contra de mi voluntad—. ¿Lo harás?

Lo miré a los ojos y, aunque con ciertas dudas, asentí. De todos modos, ya estaba agendado hacía varios días.

—Lo haré, Chris, lo haré...

Y me besó para luego fundirse en mi cuerpo de tal manera que terminamos tirados y enlazados en el piso como nunca antes.

Pero no solo sentí su pasión y la entrega completa de su alma... Sentí todo su amor. Y, aunque no lo crean, allí tirados en el suelo, hallé también lo otro que tanto había buscado: ¡el par de mi vieja bailarina!

Como me hubiera dicho Maggie, «el que busca, encuentra». Y sí que es verdad.

Capítulo 25

—Deberás decírselo, Pam. Si quieres empezar bien con esto, tendrás que hacerlo —expresó una Annetta seria y preocupada.

Bufé y me deje caer sobre el sillón. La mirada de ella y la de Chad me estaban agobiando. Pero tampoco lo suficiente como para quitarme toda la alegría de gozar por contar, de nuevo y milagrosamente, con electricidad en mi casa. Había sido un largo día en el que no había podido ver a Chris y así sería el resto de la semana, pues acompañaría a su padre en las sesiones de rayos, como también lo había hecho en esas primeras semanas en las que yo no había entendido su ausencia. Todo, aunque de una forma penosa, había cobrado más sentido.

Y allí los tenía a Chad y a Annetta hablándome del amor y la sinceridad.

—No quiero arruinarlo... —dije a desgano, pero como sabía que no tenía razón, chasqué la lengua—. No, al menos, por ahora...

—Escucha, Pam. Tal vez no sea lo que más le gustaría oír de ti, pero es lo mejor que puedes hacer. Estás a tiempo. No podremos mantener esta farsa mucho más. Y, de hecho, cuanto más lo hagamos, peor será el momento en que se lo confieses. No tardará en descubrirme y si no lo hace él, Ferdinand se encargará de hacerlo... —agregó Chad con pena.

Entonces recordé que el pobre de mi asqueroso amigo había tenido que hacer algo para chantajear al innombrable de Fer.

—Chad, por favor, dime qué es lo que te debo.

—Nada, Pam. Déjalo ahí —me cortó en seco. Odiaba hablar de dinero.

—Sabes que no lo haré y menos sabiendo lo hábil que es Ferdinand con estas cosas. Por favor, dime qué te ha pedido.

—Nada. Yo le he dado. Y algo que seguro podré volver a ahorrar, ¿está bien?

Desconcertada, me puse de pie. No podía ser cierto.

—¿¿Tus ahorros?! ¿¿Lo que habías juntado para tu propia pastelería?! ¿¿Estás loco, Chad?! —grité, caminando de una punta a la otra.

—Sí, y no me importa. Lo único que te pedimos es que seas sincera con... Chris —agregó de mala gana su nombre—. Si es cierto que tiene buenas intenciones contigo y no es un rico asqueroso y creído como parece, entonces haz lo que te decimos, ¿OK?

—Lo que dice el puerco de tu amigo es así. Vale la pena, Pam. Míranos a nosotros, por ejemplo. Ya hemos llegado a un acuerdo: el no meará más mientras se ducha a cambio de que Giovanni no cuente más las tetas de Lady.

¿Era en serio?

—Exacto, Pam. Debes ser honesta hasta con las pequeñas cosas. Pero, en tu caso, bien sabes que se trata de algo bien grande y que si no confiesas, atentarás contra tu propia felicidad. Y no tienes mucho tiempo. Ya conoces a Ferdinand: no tardará más que unos pocos días en despilfarrar ese dinero.

Suspiré.

—Está bien, se lo diré, pero luego de la fiesta de cumpleaños de su padre. No quiero agobiarlo con más problemas.

Los dos revolearon los ojos y dijeron al unísono:

—No digas que no te lo advertimos.

Estábamos a solo unos días de la celebración del cumpleaños del padre de Chris y los nervios me carcomían, pero no solo por eso, sino también porque

el viernes me haría el estudio de sangre para, finalmente, saber si estaba o no embarazada. Y lo peor era que el resultado lo tendría recién el lunes, mismo día en que, si salía todo bien con el pastel, nos nombrarían tanto a Annetta como a mí jefas de Chocolat Home. ¡Oh, Dios mío, lo que hubiera pagado para que Maggie me hubiera visto tan feliz y a pasos de cumplir mi más deseado y mejorado sueño! ¡Lo tenía todo en mis manos! Solo debía no estropearlo... Y entonces recordé el consejo de Chad y Annetta. Suspiré de solo reconocer que tenían absoluta razón. Pero no daría más vueltas y aprovecharía ese momento en el que Chris se tomaría un instante para acercarse a la cocina principal de la pastelería a probar el pastel en su versión y tamaño finales, tal como lo habíamos plasmado en el diseño.

—Quién lo diría... Parecías una cosa y en el momento en el que te metieron el puño en el trasero salió la mejor versión de ti. No quisiera decirlo, pero eres toda una artista, Pam. Te felicito —me dijo Annetta mientras, con los brazos cruzados, no dejaba de contemplar nuestra obra.

Sonreí y mis mejillas se encendieron. La verdad era que no estaba acostumbrada a que dijeran ese tipo de cosas sobre mí.

—Pues gracias, pero debo recordarte que, de no ser por tu meticulosidad y técnica, el pastel no se vería tan bien. Tú has sido la encargada de llevar ese diseño a la realidad. Así que felicitaciones también a ti, Annetta. Creo que lo tenemos más que merecido.

Me miró y sonrió como pocas veces la había visto hacer.

Es que era cierto. Aquella enorme ostra, sobre el coral celeste mar, era impresionante. Y la perla negra, tan perfectamente ejecutada, daba pena degustarla. Pero, después de todo, era un pastel. Y tal vez ninguna de las dos sabíamos de lo que realmente éramos capaces de hacer, y solo un obstáculo tan pesado y negativo como Laurie había sido capaz de despertar lo mejor de nosotras.

—No voy a negar que lo que han hecho ha dado en el blanco con el padre de Chris. Fue pura suerte, por supuesto, pero la verdad es que el ama todo este

tipo de pastelería arquitectónica, clásica y perfecta, al mejor estilo de la impresionante Kasko.

«¡Y me cago en los obstáculos del maldito destino!».

Era Laurie y, también cruzada de brazos, nos había hablado desde el marco de la puerta, donde se había apoyado sin perder su elegante pose de modelo de alta costura.

—¡Pues vete a la mierda con tus conocimientos sobre pasteles! ¡A nadie le importa un huevo lo que conoces de diseño, pues no sabes ni hacer un puto té inglés! ¡¿O crees que no he visto cómo enviabas a cualquier empleado pordiosero a hacerlo por ti cuando Chris o su padre te lo pedían?! Maldita zorra embustera y barata... —terminó de decir mi compañera con su expresión de siempre.

—Pobre de ti, Annetta. Mientras que tú solo pasarás el resto de la vida haciendo pastelitos las veinticuatro horas del día para poder, a duras penas, comprar comida barata, lista para calentar en microondas, yo disfrutaré de mis días probando lo que tú cocinas, querida. —Sonrió con una malicia, que me dieron ganas de saltar sobre ella, y siguió—. Por ejemplo, seré yo quien tenga la suerte de probar este mismo pastel el sábado en el cumpleaños de mi *futuro suegro*, y no tú... o ella —sentenció seria y con la mirada que, por poco, me asesina.

—Laurie..., te buscan en Administración.

Era Peter. Gracias al cielo, había ido a nuestro rescate, pues de no haber sido así, Annetta habría terminado ahogándola con nuestro pastel y yo no lo hubiera impedido.

Gatúbela francesa entrecerró los ojos y, como si antes nos hubiera lanzado un conjuro diabólico, se giró para irse, aunque no sin antes regalarme, exclusivamente a mí, una sonrisa tan llena de maldad que me dio miedo. Pero no solo su presencia me había fastidiado el buen momento, el hecho de descubrir que ella también sabía el nombre del cliente secreto y su afirmación de asistencia a la celebración del cumpleaños me habían noqueado.

Annetta se dio cuenta enseguida y no tardó en tratar de levantarme.

—¡Hey! Nada de caras de niña boba a la que le acaban de robar un dulce.
—Y clavó sus ojos en los míos—. Ya lo sabes: habla, sé sincera y pide lo mismo para ti, ¿OK?

Asentí con la cabeza y, al ver que Chris acababa de llegar, los ojos se me abrieron a tal punto que pude ver a Annetta revolear los suyos para luego hacer el gesto de arcada.

—Veo que ya lo han terminado.

—Sí, y yo vomitaré si sigo participando de esta escena asquerosamente romántica. Vámonos, Peter, que estos dos seguro follarán encima del pastel y no quiero estar para verlo.

Chanella puso los ojos en blanco, pero suspiró y se despidió de mí con una mirada de advertencia. Sabía a lo que se refería. Él también quería que fuera sincera con Chris.

—Y entonces... *Voilà?* —expresó mi mister B, más vivaz y risueño de lo habitual.

Sonreí.

—Ni lo pienses. No pronunciaré en francés.

—Bueno... *Lady Herbert* no te lo hubiera perdonado —dijo para luego saludarme con un tierno beso en los labios.

¡Dios! ¡Qué bien se sentía eso!

—*Lady Herbert?* —pregunté aún perdida por ese casual y espontáneo beso.

—Mi madre, querida Smith. —Me acarició la barbilla y sonrió, pero continuó hablando mientras buscaba una cuchara entre los utensilios de la cocina—. Ella era la hija de un exigente conde, amante de la cocina parisina, por lo que su francés era perfecto y eso, de alguna manera, ayudó a mi padre. No lo creerás, pero en realidad el *señor Campbell* —dijo resaltando de forma graciosa y tras encontrar la cuchara de su gusto— es francés. Mis abuelos paternos tuvieron que vivir muchos años en la ciudad francesa. Al regresar, mi padre trabajó un tiempo en una vieja pastelería de aquí hasta que, gracias a

unos clientes muy satisfechos por su trabajo, logró entrar como personal de gastronomía en la residencia del conde Herbert. No te contaré toda la historia, pero cuando dicen que a todo hombre se lo conquista por el estómago, agregaría a tan gran verdad que a las mujeres también. —Elevó la cuchara y, resaltando sus hermosos hoyuelos sexis, me sonrió—. ¿Preparada? Ha llegado la hora de la verdad.

«La hora de la verdad...».

Suspiré. Y el tono apagado de mi voz sería inevitable.

—Chris... —La expresión de su rostro cambió de un segundo a otro; parecía el de semanas atrás—. Yo... necesito que seas honesto conmigo. Sincero. —Y lo miré a los ojos.

Él frunció el entrecejo.

—¿A qué te refieres, Pam? Te he dicho todo, no tengo nada que...

—Laurie —lo interrumpí, a lo que él respondió bufando.

Dejó la cuchara al costado del pastel y me tomó las manos.

—Laurie... —Largó todo el aire y me miró a los ojos—. Empezaré por decirte que no tengo nada con ella... —Quise abrir la boca, pero no me lo permitió—, pero sí tuve un pasado. Antes de que mi padre enfermara, ella era su secretaria y yo, gerente de la pastelería. No lo voy a negar, me enredé y disfruté de ese tiempo que todos, menos yo, consideraron como *noviazgo*, pero en cuanto quiso formalizarlo, yo me negué y mi padre no quedó contento con ello. Solo luego de un tiempo prudente entendió que no sentía nada tan fuerte como para prometerle algo que jamás la haría feliz a ella o a mí. —Respiró profundo—. Pero entiéndelo: ya no hay nada más.

Decía la verdad. Sus ojos me lo aseguraban.

—Pero creo que Laurie no lo entiende así. No sé... se hace ver y tratar como si aún fuera tu pareja, ¿no lo has notado? Hasta ha venido aquí para burlarse de Annetta y de mí. Incluso dijo que iría a la celebración de tu padre, su *futuro suegro* —y dije esas últimas palabras haciendo el gesto de las comillas con las manos.

Revoleó los ojos y se irguió para volver a tomar la cuchara.

—Eso no será así. Y no te preocupes, pues si intenta hacer algo, no dudaré en despedirla. Si he permitido que se quedara, fue solo por respeto a la desilusión que le generé y por el aprecio que en algún momento mi padre le tuvo. Nada más, ¿está bien?

Asentí.

—Bueno..., pero ahora también yo quiero ser sincera contigo.

Una media sonrisa se dibujó en su rostro.

—Pues ya era hora. ¿Creíste que no lo descubriría?

Tragué saliva. ¿Lo sabía y así lo había tomado?

—Chris..., yo...

—Shhhh... —Me silenció suave con un dedo sobre mi boca, hasta que con la cuchara señaló el pastel—. El glaseado espejo color negro y la forma simple del pastel son la manera en que te muestras al mundo; pretendes no llamar la atención, pero, aun en contra de tu voluntad, no lo logras. Sencilla y sin color, pero brillante, enigmática como pocas, siempre te conviertes en el foco de atención de quienes saben ver. —Su mirada me penetraba de tal forma que mi piel se erizó y mi boca se mantuvo cerrada para solo seguir escuchando lo que nunca hubiera imaginado que alguien me dedicaría—. La segunda capa, *mousse* de limón, es tu razón, que, distinta a la de otros, te insiste en que huyas y vuelvas. Cualquiera diría que, al ser abandonado, uno viviría una intensa amargura, pero con tus regresos, irritas y alegras al mismo tiempo, a tal punto que no generas más que la acidez propia del limón. —Sonrió—. Sí, Smith, al menos eso has hecho conmigo... —Su entusiasmo iba en aumento y a la par de los latidos de mi corazón—. Y la tercera capa —se acercó despacio y con la vista fija en mi boca—, la *gelée* de fresa, el sentido con el que se accede a tu alma, es en tu caso ni más ni menos que tus labios, tu lengua... —Hizo un breve silencio en el que me contempló, pero volvió a hablar; no había terminado, no—. Pero nada de todo esto tendría razón de ser si no fuera por el centro del pastel, la *mousse* de chocolate con pimienta inglesa, lo clásico y lo exótico en

una sola mezcla única y original: tu corazón, Pam.

Mis labios se abrieron y mis ojos se llenaron de lágrimas. ¿Quién había hecho sucumbir a mi corazón? ¿Shakespeare? ¿Bécquer? No, Chris Campbell: el señor de la *baguette*.

Hubiera hecho muchas cosas cochinas en ese preciso momento, pero, afortunadamente, la lucidez aún estaba en mí.

—Pues entonces, ¿qué esperas? Degústame... —señalé el pastel— y solo así sabrás si lo que dices es así.

—Eso haré...

Me tomó por la cintura y, tras hundir su desnuda mirada en la mía, sus labios susurraron un inolvidable «*my delicious little sweetheart*» que se desintegró en el beso que su boca me regaló para silenciar la verdad que no le pude desvelar.

Capítulo 26

El techo de mi cuarto no tendría la respuesta, pero allí estaba yo, barriga arriba y con el libro de Jane Austen sobre mi pecho. ¿Es que puede ser el amor tan adictivo? Sabía que sí y más que el chocolate. Sí, sí. Y si no, empataban con lo justo. Ya era viernes por la mañana y no era un día cualquiera, pues me lo habían dejado libre para ni más ni menos que hacerme el bendito análisis de sangre. Estaba un poco nerviosa, ansiosa, pero nada que un buen libro de amor no pudiera sanar.

Había sido una semana de gran movimiento. No había visto mucho a Chris, pues había tenido que acompañar a su padre en las sesiones de rayos; debía estar con él todo lo que pudiera. Aun así, se hizo un espacio para ir a ver y degustar nuestra obra. Claro que aquel momento fue muy distinto a como lo había esperado... Su análisis del pastel, su mirada, ese beso y *esas* palabras... Habían salido en un suspiro, tal vez en un impulso extraño en alguien como Chris y, por eso, más significativas, cruciales, únicas. Sin dudas, fue uno de mis mejores días desde que Maggie marchó a mejor vida. Y no solo por todo eso, sino también porque su exigente paladar le dio el *OK*, tanto al diseño como al sabor, aunque me recordó que agregarle una pizca más de pimienta no quedaría nada mal. Fue un día más que esencial para mí y agradecí que así hubiese sido, porque no verlo me angustiaba, saber que estaba solo enfrentando todo el asunto de su padre me desesperaba. Y por eso comprendí la necesidad de querer celebrar el sexagésimo cumpleaños con un pastel

especial. Por supuesto que también recordaba aquel pequeño gran detalle que quedó pendiente: decirle la verdad acerca de la identidad de Ferdinand. Intenté hacerlo, pero no me dejó... ¡Vamos! ¡De haberlo hecho, después de que me desvelara su ultrasecreta faceta romántica, él se habría encerrado en sí mismo otra vez y hubiera arruinado todo el momento para convertirlo en uno de los clásicos del mundo de Pam! Así estaba bien. Solo era cuestión de esperar un poco más, no mucho, solo un poco más...

Y mi puerta sonó.

Me acerqué, pero no llegué a abrir, pues, por el ruido de las pantuflas alejarse y los insultos que se escuchaban detrás de la puerta, supe que se trataba de mi vecina del primero que solo se había acercado para dejar el sobre que allí asomaba frente a mi entrada. Lo tomé. Era hermoso, y la caligrafía, una belleza victoriana. Tenía mi nombre. Lo abrí y noté dos papeles: uno era una elegante invitación, y el otro, algo escrito a mano, con la misma letra del sobre. Tomé ese papel, lo leí y... no me caí de culo al piso gracias al sillón de Maggie.

Señorita Smith:

Espero que esté usted bien. De antemano, le pido disculpas por la poca anticipación de esta invitación a mi cumpleaños. Pero, como usted misma ya habrá descubierto, Campbell junior es una caja de sorpresas y su estallido verborrágico, algo que jamás había visto en él, está afectando severamente a mi salud mental. En especial, porque todo se trata de usted. Así que si no tiene otro compromiso ese día, me gustaría contar con la presencia de la novia de mi hijo para encargarme yo mismo de conocerla en profundidad y así callar un poco a esta nueva versión insoportable de Chris junior.

Espero que su benevolencia se apiade de mí y decida venir para regalarme unos últimos días llenos de paz.

Un cordial saludo,

Chris Campbell

¿¡Novia?! ¡¿Eso le había dicho?! ¡¡Por todos los santos y demonios juntos!!
No podía ser cierto... ¡No podía ser real!

Empecé a dar saltitos no aptos para hacer en público y llamé a Chad.

Esperé unos segundos y...

—*Si te falta un sostén, aquí no está* —contestó Annetta—. *Chad se está bañando.*

Mierda. Le había contado lo de mis braguitas *park here*... Y también había olvidado que harían coincidir sus días libres.

—Annetta, no lo creerás, pero el padre de Chris me invitó a su cumpleaños ¡y se dirigió a mí como «novia»! —Hice unos ruiditos extraños, chillidos de *gnomo* o de niña feliz.

—*¿Qué?! ¡¿Pero entiendes lo que esto significa?! ¡¿Entiendes?! —Pero como yo seguía expresando mis sonidos agudos de felicidad incontenible, gritó más fuerte—: ¡Deja de chillar así o me encargará de que tu vecina se tire a Chris y lo rapte para que no vuelvas a verlo jamás!*

Me callé automáticamente.

—Perdón, hummm... Creo que aún no caigo en la cuenta de que esto es real, Annetta... —le dije tocando con gran admiración el labrado de la invitación.

—*¡Claro que no caes! ¡¿No te das cuenta de lo serio que es?! ¡No puedes ir como una pordiosera en busca de caridad! ¡Quédate ahí y no hagas nada! A ver si espantas a la suerte con tus ruidos o prendas...* —Suspiró y, más calma, siguió—. *Te acompañaremos a que te saquen sangre y luego te ayudaremos a elegir un vestido mejor que la bolsa de residuos que usaste la última vez, ¿está bien?*

Claro que estaba bien. ¡Todo lo estaba!

Nos despedimos y solo me dediqué a esperarlos. Annetta tenía razón. Si era la novia de Chris, e iría a la fiesta de *mi futuro suegro*, debía lucir como tal.

Era el día. Y mi corazón no había parado un segundo de galopar. Estaba ansiosa y ellos fueron los que tuvieron que padecerme.

—¡Ya quédate quieta o esta vez sí que parecerás Ronald McDonald luego de haber dado sexo oral! —exclamó Annetta mientras intentaba terminar de maquillarme con el labial rojo.

—Ya, Pam. Pareciera que te bebiste media fábrica de Red Bull —agregó Chad, que estaba tirado sobre mi cama, mirando su móvil y más serio que de costumbre.

Cerré los ojos y respiré profundo. Debía calmarme o, al menos, intentarlo.

—Bien, creo que así será suficiente.

Annetta se alejó unos pasos hasta quedar cerca de donde estaba Chad. Me erguí y me di media vuelta para quedar de frente a ellos.

Aunque nunca lo reconocería, Annetta sonrió feliz y orgullosa, y Chad primero lanzó una fugaz mirada que lo hizo volver a mí con una inolvidable expresión de sorpresa, a tal punto que el móvil se le cayó de la mano.

—Mierda... De verdad que te ves bien. Debería repensar mi profesión —dijo Annetta.

Chad, con la mirada más calma, se puso de pie, se acercó hasta mí y, sonriente, dio el largo suspiro típico de los hermanos que no quieren dejar libres a sus hermanas, pero que saben que ya es hora.

—Estás hermosa, no porque no lo seas, ya eres bella. Te ves mucho más bella —expresó Chad con dulzura.

Sonreí y me ruboricé.

—¿Te crees que somos idiotas?! ¡Estás citando a Anna de *Frozen*, estúpido galán de cuarta! —gritó Annetta.

Chad rio y me contagió.

—Lo siento. Debía hacerlo... —me dijo, para luego dirigirse a su follapareja estable—. Y más aún después de habérmela fumado *seis veces*, sin contar el jueves y el viernes.

—Y espera a que entre en confianza. No tardará en pedirte que le cantes

Libre soy, maldito puerco quejoso.

Chad abrió los ojos como nunca.

—¿¿No lo había hecho ya??

Annetta negó y, tras mirarlo, frunció el ceño.

—No abras tanto los ojos que parecen dos testículos de pitufo inflamados.

Puse los ojos en blanco y, mientras ellos comenzaron a debatir sobre qué favor sexual recibiría Chad a cambio de soportar al pequeño Giovanni y su fanatismo por *Frozen*, yo me acerqué al espejo de mi armario y me contemplé. Suspiré. No podía negarlo, me sentía increíble con ese vestido a la rodilla, color crema, y con esos tacones de un rosado tan pálido que apenas se distinguía del tono del vestido. Y el pelo, recogido al mejor estilo Bella Swan en su boda —en *Amanecer*, parte uno— junto al suave maquillaje de los ojos hacían, de la combinación, una maravilla. Y los labios... El color era osado, pero quedaba estupendo, era el toque de pimienta a todo el clasicismo del *look*. Sin dudas, el equilibrio perfecto. Suspiré una vez más y, lista para partir, los miré. Ambos dejaron de debatir sobre sus asuntos cochinos.

—Bueno... Creo que es hora —dijo Chad, resignado.

Corrí hasta ellos con pequeños saltitos por los tacones y los abracé hasta dejarlos sin aire.

—Ya, ya... y mejor que se la chupes bien hasta convencerlo de que te haga su esposa, porque nos debes una fortuna que ni siquiera con diez salarios de tu nuevo puesto podrás saldar... —expresó Annetta. La apreté más fuerte y le di un beso que le quedó marcado en la mejilla—. Está bien. Me convenciste, zorra manipuladora... No nos debes nada.

Deshicimos el abrazo y, sin dar más vueltas, nos apuramos a salir.

La fiesta no tardaría en comenzar y, más aún, Chris me esperaba.

Los nervios me carcomían, pero ya estaba allí, en la misma residencia en la

que se había realizado la fiesta de presentación de pasteles. Las puertas se abrieron y la sorpresa fue enorme. No había nadie... o, más bien, solo el mayordomo que acababa de recibirme.

—Señorita, Smith. —Inclinó la cabeza para saludarme—. Por favor, sea usted bienvenida.

Ingresé y solo una elegante y preciosa mesa adornaba el lugar. Estaba armada para la cena. Veloz, conté los platos y no eran más que cuatro. Fruncí el entrecejo, pero no pude cuestionarme mucho más, pues, enseguida, divisé en la escalera a Peter, Chris... y a su padre. Tragué saliva al verlos bajar lentamente. El hombre apenas podía hacerlo ayudado por su hijo y Peter. Me acerqué hasta el primer escalón y, cuando los tres llegaron a esa instancia, Campbell padre me miró a los ojos y sonrió.

—Lamento no haber cumplido, señorita Smith. La idea era hacerlo en la residencia de Salcombe, junto al mar, pero creo que eso quedará para más adelante. —Y me guiñó un ojo, a lo que respondí con una sonrisa.

Chris no pudo evitar mirarme de arriba abajo con una mirada que me sacó un suspiro en contra de mi voluntad.

Nos acercamos los cuatro a la mesa y, luego de que ambos lo ayudaran a sentarse en la cabecera, Chris hizo a un lado mi silla para que fuera la segunda en hacerlo. Él quedó enfrente de mí, y Peter a su lado.

—Gracias por la invitación, señor Campbell. Para mí es un gran honor compartir esta mesa con usted. —Y, luego de darme cuenta, volví a hablar—. ¡Oh! ¡Disculpe! No sé si deba hacerlo, pero le deseo un muy feliz día... —agregué incómoda.

El mayordomo sirvió un poco de vino en cada copa, mientras el resto del servicio servía las entradas. Yo indiqué mi preferencia por agua y Chris me sonrió.

—Bueno, la verdad es que si por mí hubiera sido, jamás habría hecho esta reunión, señorita Smith...

Tragué saliva.

—No te pases, *mi querido pastry chef*... —dijo Chris junior, resaltando la última expresión.

Su padre suspiró profundo.

—Y encima la citas... —contestó el mayor de los Campbell.

—Te recuerdo que tú también y me lo has hecho repetir frente a una multitud.

Ambos se miraron por unos segundos, desafiantes, hasta que su padre negó con la cabeza.

—El orgullo sigue siendo tu mayor obstáculo, querido hijo. —Dio un sorbo a su copa e hizo un gesto para dar inicio a la cena.

Chris rio indignado.

—Una peculiaridad heredada de ti, *querido padre*. —Luego se dirigió a mí —. Perdónalo, Pam, pero odia recibir órdenes de otros.

Fruncí las cejas.

—¿Órdenes?

Peter rio tras lograr dar el primer bocado. Y yo aproveché para empezar mi plato.

—No órdenes... —dijo Chanella, y suspiró—. A ninguno de los dos les gusta celebrar sus cumpleaños, pero *lady* Herbert les hizo prometer que cuando ella no estuviera más en este mundo, siguieran haciéndolo. Y pidió que lo festejaran con gran énfasis cuando el señor Campbell llegara a sus sesenta, Pam.

Cielos...

Padre e hijo acomodaron la voz.

—Sí, es como dice Peter. Y, por eso, el pastel —acotó mi Chris sin alzar la vista de su plato y antes de degustar una pequeña porción de la entrada de calamares.

Chanella me miró y levantó los hombros y cejas al mismo tiempo.

—Sin duda, todo es culpa de *lady* Herbert, sus *frasecitas* melosas y su pasión por el mar —dijo el padre.

Sonreí y luego reiría varias veces con las anécdotas en las que la madre de

Chris había sido protagonista. De hecho, gracias a estas descubrí que sus padres amaban a The Beatles y que aquel tema musical, que también había adorado Maggie, había sido el favorito de ambos. Tuve que reprimir la tristeza que sentí al recordar a Chris ebrio cantándolo solo en su cuarto...

El plato principal —salmón acompañado de finas rodajas de papa bañadas en salsa *bisque*— jamás sería el tema de conversación ni el resto de las delicias. Solo cuando llegó el momento del pastel principal, el padre de Chris se animó a elogiarlo, aunque sin dejar de recordar a su esposa.

—Y, gracias a usted y a su compañera, el tan amado mar ha venido a mí... — Se hizo un breve silencio—. A Elizabeth le hubiera encantado, de eso estoy seguro —terminó de decir Campbell padre con una nostalgia tal que me hizo entender que aquel nombre era el de la madre de Chris.

Los cuatro probamos el pastel y, tras varios asentimientos de cabeza, míster B habló.

—Con la pimienta justa. Bien hecho, Smith. —Y me guiñó el ojo.

—¿«Smith»? ¿Por qué llamas así a tu novia? —preguntó su padre con el ceño fruncido.

Y un escalofrío me recorrió toda la espalda hasta llegar a mi culo. Por poco me hago encima.

Chris suspiró.

—Tú y tus etiquetas, salidas de esa cursilería de la que nunca te has cansado de expresarle a mamá, harán que nuestra invitada salga corriendo —dijo Chris con una sonrisa que le resaltaban los hoyuelos.

—Oh..., la chica huidiza..., cierto. —Su padre tosió y, tras recuperarse, continuó—. No es que quiera imponer las etiquetas, pero tampoco comprendo. ¿Acaso no se adecuaba a lo que sientes tú, hijo?

«¡Trágame, tierra, trágame!».

Juro que noté las mejillas de Chris sonrojadas, aunque no sé si fue porque casi se atraganta con el pastel, por lo que su padre había dicho o por ambas cosas.

Suspiró y, tras mirarme con seriedad, se dirigió al mayor de los Campbell.

—Sí, claro que sí, pero creo que algunas cuestiones no son necesarias decirlas o *etiquetarlas*, ¿no crees?

Campbell padre negó con la cabeza y, luego de acomodarse, diría unas palabras que jamás olvidaríamos:

—Bien sabes que nunca estuve de acuerdo con la idea de dar consejos, Chris, pero, estando donde estoy, créeme que ser honesto contigo mismo y los demás te hará libre y feliz. Jamás debes guardarte lo que sientes, hijo, pues nunca sabes cuándo será tu último día...

Chris tragó saliva, y yo hice lo mismo en cuanto sentí la mirada breve pero intensa de Peter.

Honestidad. Felicidad.

«Esto también aplica para ti, Pam. Recuérdalo».

Brindamos en honor al cumpleaños, y el silencio posterior al choque de las copas hizo su efecto, pues sería la campana que daría inicio a la batalla entre aquellas palabras y el miedo que tenía a perderlo si le decía la verdad.

Capítulo 27

—¡¿Qué rayos haces aquí?! —preguntó Annetta.

Y así me despertó. Por poco, me da un ataque cardiaco.

Me puse la mano en el pecho que subía y bajaba por el miedo que me había causado. Casi me meo encima.

—¡¿Qué quieren?! —A los manotazos, tomé mi móvil y, luego de ver las treinta y cinco notificaciones de llamadas perdidas de ambos, vi que eran las seis de la mañana—. ¿Por qué no se van a follar a alguna otra parte, eh?

—¡¿Es que no lo entiendes, Pam?! ¡El idiota de tu ex me escribió durante la puta madrugada! —exclamó Chad al tiempo que se acariciaba el pelo hacia atrás una y otra vez.

De un salto, me incorporé hasta quedar sentada.

—¿Por WhatsApp? —pregunté, abriendo por fin los ojos. No era el momento adecuado ni lo más importante, pero la curiosidad fue más fuerte.

Chad elevó una ceja e, indignado, negó con la cabeza.

—¡¿Qué rayos importa?! —Al ver mi cara de «Dímelo ya», bufó y siguió—. ¡Sí! ¡Por WhatsApp!

—Lo sabía... —acoté con rabia.

Annetta puso los ojos en blanco.

—¡Eres una tonta y lo perderás todo por tu estupidez elevada al infinito! —me dijo señalándome con el dedo índice—. ¿Quieres saber algo más importante? ¿Eh? ¿Algo como lo que le puso a Chad en sus mensajes?

Entrecerré los ojos y me dejé caer de nuevo en la cama.

—No necesito saberlo, Annetta. Es obvio que le ha pedido más dinero. Ya hablaré con él. —Y me tapé el rostro con la almohada.

Mi compañera me la quitó de encima y su elevada voz me obligó a mirarla.

—¡Con el que tendrías que haber hablado es con Chris, chupapollas! ¡¿Por qué crees que estamos así?! ¡¿Solo piensas que el idiota nos exigió más dinero?!

Fruncí las cejas y miré a Chad que negaba con la cabeza, pero luego se acercó a mí.

—Pam, al menos debiste quedarte con él. ¿Por qué estás aquí? ¿O acaso ya le dijiste la verdad?

Tragué saliva.

La realidad era que no había podido hacerlo. El contexto de celebración, el estado delicado de su padre y mi miedo a perderlo me habían hecho huir de nuevo, algo que Chris no entendió como tal, pues mi excusa de dejarlo a solas con aquel hombre que le había dado la vida, y que entonces tanto lo necesitaba, había sonado más que convincente para él.

Annetta se presionó las sienes.

—Te lo dije, Chad. Estamos perdidos.

—No si antes lo llama y le dice la verdad.

Pero no tuve tiempo a hacerlo, pues el teléfono de mi amiga sonó.

—¿Hola?... ¡Peter! —Hizo un breve silencio, pero a los segundos abrió los ojos como huevos de dinosaurio—. ¡¿Que qué?! —Sacudió la cabeza—. ¡¿Me estás jodiendo?! ¡No, no! ¡Detenlo ya! —Otro silencio—. ¡Me cago en esa puta! ¡Dios! —Bufó y, tras escuchar lo que le decía Peter del otro lado, volvió a hablar antes de cortar—: *OK*. Haremos lo que podamos.

El rostro de Annetta estaba desfigurado de la preocupación y yo, si bien no terminaba de entender lo que ocurría, sabía que había cavado mi propia tumba.

Y entonces lo peor llegó: la puerta de mi apartamento sonó.

—Son ellos —dijo con la mirada clavada en Chad.

Pero, fueran quienes fueran, yo no pude pensar en otra persona que en la vieja de mierda del primer piso. ¿Le abría a todo el mundo menos a mí? La próxima vez no lo pensaría dos veces y le mearía la alfombrita que tenía en su entrada.

Golpearon dos veces más y cuando los tres nos acercamos a la sala, mi mano, temblorosa, abrió: era Chris... seguido de Laurie.

—Veo que tienes mal gusto hasta para elegir pijamas, Smith —dijo la zorra tras mirarme de arriba abajo. No lo negaría, pues amaba dormir con ese mullido saco sin forma, marrón excremento, que hasta Maggie había odiado. Eso sin mencionar los pantalones holgados de algodón verde que me llegaban a los tobillos y cuyas rodillas estaban tan estiradas que parecían un par de tetas.

Chris estaba callado, su rostro expresaba una furia contenida. Me echó una fugaz mirada, pero luego clavó los ojos en Chad. Sacó su móvil del bolsillo interno de su chaqueta de cuero, que seguro valía más que todo mi apartamento, lo colocó en alta voz y, a la vista de los cuatro que lo rodeábamos, presionó la pantalla en «llamar». Fueron solo dos sonidos de espera hasta que *Give it away*, de Red Hot Chili Peppers, se hizo escuchar con una inconfundible claridad proveniente del bolsillo de Chad.

Cerré los ojos y me dejé caer en el sillón. Parecía imposible que Chris tuviera el teléfono de mi amigo, pero no lo era. Aquel viernes por la noche, en el que me había quedado fuera de mi casa, había intentado comunicarme con Chad a través de su costosísimo móvil. Tras dar con su contestadora, había tratado con Ferdinand... Y entonces, sin muchas vueltas, comprendí por qué Chris estaba allí.

—Escucha, todo esto tiene una explicación que Pam debió... —intentó Chad decirle, pero Chris lo frenó con un simple gesto de mano.

Laurie abrió su bolso, sacó un papel doblado y se lo entregó a Chris. Este solo lo dejó sobre la mesita de la sala.

Caminó hasta la puerta y solo antes de irse, aunque de espaldas, despegó sus

labios.

—Jamás te hubiera creído capaz de algo así para atrapar a un hombre, pero mucho menos de mentir con algo tan especial como un posible hijo. —Giró su rostro y su mirada de hielo se clavó cual daga en mi corazón—. Dile a Ferdinand que pagaré cada centavo de su honestidad. Y, tranquila, no mezclaré este asunto con el trabajo. El puesto aún es tuyo.

Abrió la puerta, que había quedado entreabierta, y se fue sin más. Laurie, con una sonrisa de medio lado, nos mostró su dedo mayor y, con una elegante parsimonia, marchó tras él.

Aun sin poder creer del todo lo que acababa de ocurrir, desdoblé el papel y lo miré. Era la versión impresa de la lista de invitados a la fiesta de presentación de pasteles, aquella que Annetta había logrado modificar a tiempo.

Me dejé caer al suelo y, tras soltar el papel, tapé mi rostro que sería bañado por las lágrimas del arrepentimiento.

De nada sirvieron mis cien llamadas perdidas a su móvil ni que Peter intentara hablar con él. Chris no contestaba.

Hablé con el malnacido de Ferdinand y de nada sirvió que le insistiera en que se retractara de lo que le hubiera dicho a Chris. Pero, al menos, tuvo la *gentileza* —claro que solo una vez que cobró el dinero— de decirme lo que había hecho para que mi jefe se enterara de la verdad que nunca pude decir por mis propios medios. Gracias a habernos encontrado en London Tea House, Ferdinand se enteró de todo, puesto que Chad no tuvo otra opción que contarle mi historia con Chris y la mentira que inventamos para evitar quedar mal en aquella fiesta a la que él no quiso asistir. Por supuesto que el precio para que no contara nada fueron los ahorros de Chad. Pero tras la negativa de mi amigo de entregarle más dinero, pues confiaba en mi pronta confesión, el zorro

asqueroso recordó que tenía registrado ese número del que yo lo había llamado para pedirle ayuda aquel viernes por la noche. Llamó y confirmó su sospecha de que se trataba del móvil de Chris, el hombre que, sin dudas, me había robado el corazón. Y así ofreció decirle aquella verdad relacionada a mí. Chris se opuso al principio, pero cuando mi ex le dijo que, a cambio de dinero y si aceptaba, podía confirmarlo con documentación fehaciente, lo escuchó. Así le confesó que quien me había acompañado a la fiesta era Chad, mi amigo, y que si era necesario, le enviaba su identificación. Chris rechazó el ofrecimiento, seguramente para confirmarlo de forma directa y objetiva con el registro que había hecho la seguridad de su casa el día de la fiesta: la lista de invitados.

No entendía por qué Ferdinand me había hecho esto, si después de todo yo no significaba nada en su vida. Pero cuando me dijo que me lo tenía merecido por no haberle enviado el dinero que necesitaba aquel viernes por la noche, comprendí que no solo yo no valía nada para él, sino también que el dinero para algunos lo es todo. Recordé las últimas palabras de Maggie antes de morir: «Déjalo. Es un idiota. No es para ti» y supe que habían sido las más indicadas para expresarme cuánto me amaba.

Toda mi vida había sido, la mayor de las veces, miedosa, inconstante y tal vez añorada, pero si había algo que debía reconocermelo, era que nunca había dejado de intentar, jamás me había dado por vencida. Sin embargo, aquella tarde de domingo mi corazón se había apagado, se había hundido en un llanto tan gris como el cielo del día que acababa de declararse como el de mi rendición.

Despacio, caminé hasta mi cuarto y me acurruqué en la cama, bajo la manta, para tratar de olvidar. Chad y Annetta besaron mi cabeza para despedirse, y solo mi amigo se animó a decir unas palabras antes de partir:

—Lo siento mucho, Pam. Y no importa lo que suceda. Siempre contarás conmigo y para lo que sea. Recuérdalo. —Cerró la puerta de mi alcoba y, al escuchar el mismo sonido de cierre a lo lejos, supe que, finalmente, estaba

sola, como debía ser.

Primero una lágrima, luego dos y ya después un mar de ellas se adueñó de mi rostro y almohada. Las manos, cerradas en puños y presionadas contra mi pecho, suplicaban a Maggie perdón por no haber hecho lo que debía, por no haber sido más valiente como ella sí hubiera sido. Había decepcionado a mi abuela, a mis padres, a Chris y, en especial, a mí misma. Lo había echado a perder. Y el único sueño hecho realidad que aún se mantenía en pie, el del trabajo de mi vida, ya no tenía el mismo sentido sin aquello que había comenzado a sentir por él... por Chris.

Tomé mi móvil y puse el tema que me recordaba la noche de la fiesta en que *esa* mirada, su mirada, reflejó la desnudez de su alma y marcó mi corazón para siempre: *Always in my head*, de Coldplay. Lloré sin parar, y recordar sus besos no fue más cruel que repetirme sin cesar aquellas palabras que me había regalado y que, encima, habían pertenecido a su madre. Él se había animado a tanto conmigo y yo no solo había huido innumerables veces, sino que además había elegido mentirle, engañarlo... Y entonces entendí que la respuesta a lo que debía hacer me la habían dado todos, hasta el propio padre de Chris: «Créeme que ser honesto contigo mismo y los demás te hará libre y feliz. Jamás debes guardarte lo que sientes, hijo, pues nunca sabes cuándo será tu último día...».

Tenía razón y, junto a lo que Maggie me había insistido tantas veces, era absolutamente la respuesta a todo: darme por vencida, no hacer nada, quedarme allí, tirada, por el resto de mi vida, no era la solución.

Respiré profundo, puse *stop* a la canción y cerré los ojos segura de lo que haría. Enfrentaría la realidad.

Había llegado el tan esperado lunes. Faltaban quince minutos para empezar la jornada laboral, que comenzaría con el anuncio de los ascensos que Annetta

y yo habíamos conseguido gracias a nuestra labor.

Entré a la pastelería, agradecí las felicitaciones con sonrisas de compromiso y fui directo a su oficina. Golpeé, pero nadie atendió. Abrí la puerta y, al descubrir que no había nadie, me animé a ingresar y a cerrar para quedar yo sola dentro.

Parecía otro despacho, las cajas amontonadas en pilas y el desorden de papeles sobre su escritorio eran signo de una revolución. Miré un poco más y, debajo de una carpeta azul en la que figuraba el nombre de Peter, sobresalía la punta de una imagen. Despacio, la tomé. Los hoyuelos lo delataban: era Chris de pequeño, con una sonrisa tan grande que era imposible no notar la falta de uno de sus dientes paletas. Su expresión era tan hermosa como la mujer feliz que lo abrazaba desde sus espaldas. Miraba el gran pastel que sostenía, sin dudas, el padre de Chris, que vestía con un clásico uniforme de *pastry chef*. La giré y la inscripción, en una bellísima cursiva, me dejó claro que aquel había sido uno de los momentos más felices de su vida: «Cumpleaños N° 8 de Chris. Salcombe. Año 1992».

Recordé las anécdotas que contaron en el cumpleaños y todas, o la gran mayoría, habían sido en aquella residencia con vista al mar. Tomé de mi bolso el sobre sellado del laboratorio y la carta que había preparado para Chris y, tras mirar la fotografía una vez más, coloqué las tres debajo de la carpeta. Suspiré y, lista para irme, escuché unas voces acercarse.

«¡¿Es en serio?!».

¿Es que nunca iba a poder cerrar algún asunto un poco más normal?

No podía hacer mucho y la verdad era que no tenía ganas de ser acusada vaya a saberse de qué más. Bufé, pero, sin pensarlo tanto, me escondí detrás de la pila más alta de cajas.

—Ya te lo he dicho, Peter: la decisión está tomada —dijo Chris al entrar seguido de Chanella. Se lo notaba apurado y no tardó en sentarse frente al escritorio.

Peter siguió de pie, enfrente de él.

—Chris... —Suspiró—. Entiendo que estés abrumado por todo lo que te ha ocurrido y no es poco, sumado a la situación que estás pasando con tu padre, pero piénsalo, por favor. Aquí está toda tu vida, tu carrera, tu negocio —expresó un preocupado Peter.

Chris se tomó unos segundos hasta que lo miró.

—Siento tener que repetírtelo, pero eso no es así. Mi vida, la verdadera vida en la que fui feliz está allá. Además, mi madre siempre deseó vivir allí, solo que mi padre nunca quiso dejar su sueño creado en Londres. Pero yo... —hizo una pausa— no tengo más nada aquí que me ate. Todo está vacío, nada tiene sentido... —dijo más para sí mismo que al pobre de Peter, que lo miraba preocupado.

—Y allí, ¿qué tienes? ¿Una casa vacía y un pasado que recordar? ¿Eso crees que te hará más feliz, Chris?

—Al menos no me sentiré miserable y estúpido —contestó con un tono cargado de ira contenida.

Peter chasqueó la lengua.

—¿Te has oído? ¿Es que no te das cuenta lo absurdo que sueñas? —Negó con la cabeza y lo miró fijo a los ojos—. No seas necio y habla con ella, Chris. Lo que ocurrió no fue más que una tontería... ¿Acaso no ves que si estás tomando esta decisión, torpe e infantil, no es más que por Pam?

Sonrió indignado y con un toque de esa altanería que tanto le encantaba demostrar.

—No me voy por ella, me voy por mí. Necesito ser yo mismo y aquí no lo conseguiré. Y no fue una tontería. —Suspiró—. No solo fue la mentira que se montó con su amigo galán para envolverme, sino también lo del embarazo, Peter. Su ex me ha dicho que nunca le dijo nada de aquella posibilidad, pero que tenía sentido que no le comentara nada, pues hace años que tiene hecha una vasectomía. Y yo, por mis propios medios, lo he confirmado... —Río al tiempo que negaba con la cabeza—. Lo siento, pero prefiero pensar en frío, ¿entiendes?

«¡¡¡¡¡WTF???!».

Por empezar... ¡Sí que le había dicho a Ferdinand sobre mi retraso! ¡Hasta tenía un mensaje de texto que lo confirmaba! ¡El problema era que siempre ignoraba lo que le convenía! Y segundo... ¡¿Tenía una vasectomía hecha y nunca me lo había dicho?! ¡Basura asquerosa de lo más bajo de Londres! ¡Y pensar que me había cansado de contarle hasta los segundos nombres que le quería poner a nuestros futuros niños! ¡Pedazo de mierda! ¡Ojalá se le pudriera el pene!

—¿Y por qué inventaría un embarazo? Su sueño solo era trabajar aquí y eso lo consiguió gracias a su talento y esfuerzo.

Chris bufó.

—Ni tú ni yo la conocemos lo suficiente, ¿OK? —Volvió a bufar al tiempo que se fregó los ojos. Se lo notaba frustrado—. No lo sé... Tal vez sea lo que dijo Laurie: quizá lo hizo para terminar de atraparme hasta que la dejara realmente embarazada y, de esa manera, asegurarse una buena vida.

Se me hirvió la sangre de la furia y le hubiera lanzado una de las cajas que me tapaban, pero debía mantenerme callada.

—Te estás equivocando, Chris.

—No, Peter: me he equivocado, pero al etiquetarla como novia y frente a mi padre.

—¿Que qué?! —preguntó Laurie, quien justo entraba.

Peter cerró los ojos al oír su voz, pero hábil, saludó a Chris y se retiró sin más.

Campbell junior puso en blanco los suyos y luego se sonó el cuello. Se notaba que estaba al límite.

—¿Y ahora qué, Laurie?

Gatúbela de París endureció los labios y cerró los puños como muestra de la furia que sentía.

—¿Presentaste a esa zorra como tu novia?! ¡¿Después de todos los años que te dediqué y de haberte ayudado ayer mismo?! ¡¿Por qué me haces esto,

Chris?! ¡¿Qué demonios te he hecho para merecer este desprecio?!

—¡Ya basta! —gritó, y Laurie abrió los ojos de tal manera que el color verde de estos se vio más claro de lo que en realidad era—. Siento mucho si te hice perder tiempo, pero no lo hice a propósito. No quise jugar contigo, Laurie. Ya te lo he dicho mil veces: no fue mi intención. —Suspiró y se acarició el cabello hacia atrás—. Quise demostrártelo al dejar que continuaras trabajando aquí, pero veo que no ha hecho más que empeorar las cosas...

—Chris... —se quiso anticipar.

—Lo lamento, Laurie, pero estás despedida.

Se hizo un intenso silencio. Ella no parpadeó por varios segundos hasta que sus labios se animaron a decir unas últimas palabras.

—Eres un hijo de perra y me las pagarás... —Y, tras dar media vuelta, dejó a Chris solo en su despacho. Bueno, en realidad, conmigo, je, je...

Suspiró profundo y dejó caer el peso de su cuerpo en el respaldo. Miró al techo, luego elevó su muñeca izquierda a la altura de su mentón y echó un vistazo a su reloj. Chasqueó la lengua, se levantó en un santiamén y tomó la carpeta azul, pero al hacerlo su mirada quedó fija en lo que esta había estado tapando: la fotografía y el sobre, ambos envueltos por mi nota. Dejó la imagen, tomó el sobre sellado y lo observó por varios segundos.

Su expresión era la clásica que uno pone cuando no se sabe qué hacer, y yo podía disfrutar de esta, allí, en primera fila sin que él lo supiera.

Tragó saliva y lo guardó en el bolsillo interno de su saco gris perla, su favorito. Tomó la nota y comenzó a leerla.

Muy despacio, con las puntas de mis dedos, hice un espacio un poco más grande entre las dos cajas que tapaban mi rostro. Necesitaba ver mejor la cara que pondría al leerla. Pero lejos de ver sus ojos repletos de lágrimas, sus cejas se fruncieron al tiempo que negaba con la cabeza. Entonces, preocupada, me paré de puntillas y me estiré un poco más para ver si, en realidad, yo no estaba observando bien...

—Típico de ella... —dijo casi entre dientes. Moví la caja otro poco más—.

Lo esperable... —agregó aún hundido en la nota. Y yo hice a un lado la otra caja porque, definitivamente, no estaba viendo bien, no...—. Clásico de Pam —sentenció. Y cuando dijo eso, aplastó la nota contra su escritorio tan fuerte que mi cuerpo no pudo evitar dar ese sobresalto que se produce sin querer por la sorpresa. Y así, cual rata descubierta, el muro de mi fuerte de cartón cayó frente a mi nariz chismosa.

Su ceja elevada y su expresión boquiabierta de pez en busca de oxígeno fue lo último que necesitaba para terminar de darme cuenta de que jamás me libraría de la ridiculez.

Sonreí y acomodé la voz al tiempo que salí de detrás de las cajas que quedaron en pila.

Me limpié un polvillo imaginario de mis prendas y volví a mirarlo.

—Hummm... Yo... quisiera...

—No puedes con tu genio, ¿verdad? —Suspiró profundo—. La próxima vez, ¿de dónde saldrá tu cabeza? ¿Del retrete del *toilette*? —preguntó remarcando el acento francés que yo nunca tendría.

—Muy gracioso... —ironicé—. No fue mi intención esconderme, yo solo...

—¿Lo dices en serio? —Rio indignado—. Te recuerdo que hace solo unos segundos acabas de salir de detrás de una pila de cajas, Smith. Y estás en *mi* oficina —remarcó—. ¿No llamas a eso «esconderse»? Cielo santo... Tampoco tienes vergüenza.

Esas últimas palabras me hirvieron la sangre.

—¡Está bien! ¡Sí, estaba escondida, pero solo porque escuché que alguien se acercaba! ¡No fue mi intención hacerlo! ¡Solo quise venir a entregarte el sobre con los resultados y no tenía ganas de enfrentar otra situación extraña o embarazosa, ¿OK?

—Claro, porque haberte hallado así es normal —ironizó—. Aunque si lo pienso bien, es algo común y corriente..., al menos, tratándose de ti.

No lo soporté más.

—OK, lo siento. Adiós... —Di media vuelta para irme.

—¿No me dirás que es esto? —lo escuché inquirir.

Volví a girarme. Hablaba de la carta.

—Es una nota. Mi renuncia.

Alzó las cejas.

—Pues qué bueno que lo aclaraste. Pensé que era una declaración de huida, pero por escrito.

Presioné los dientes tan fuerte que casi chirriaron.

—¿Huida? —Furiosa, me acerqué hasta apoyar las manos en el borde del escritorio—. El único que está huyendo aquí eres tú. —Y señalé la fotografía.

Su rostro se tensó y, con los labios endurecidos, tomó el sobre de los resultados que había guardado en su saco.

—¿Y tú no?

Ambos nos miramos desafiantes hasta que la puerta se abrió.

—Chris, ¿tú tenías un vídeo para proyectar? Porque Laurie... —Era Peter que se quedó sin palabras al elevar la vista y verme allí, de pie—. ¿Pam? ¿De dónde saliste si yo...?

—Buenos días, Peter... Y adiós —expresé seca, para marcharme de la oficina sin mirar atrás.

—¡Pam! ¡Espera! —escuché a un determinante Chris gritar.

Veloz, me lancé a correr por el pasillo y no pensaba frenar, pero cuando llegué al salón principal, las miradas fijas en mí y las carcajadas de los empleados hicieron que me detuviera lo justo y necesario para descubrir lo que ocurría...

—Y con ustedes, ¡la nueva jefa de Diseño Creativo! —gritó Laurie con el micrófono al avistarme, mientras de fondo se veía en la enorme pantalla la última parte del vídeo que el mismísimo Chris había grabado la noche en que me quedé en su casa.

«—¿No es este el ingrediente? Espera un momento... ¿No estábamos hablando de sexo, Smith? ¡Oh, cuánto lo siento!».

Y las braguitas *park here*, colgadas del dedo de Chris, ocuparon un primer

plano en la pantalla.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y el espacio, de unas risas que jamás olvidaría.

—¡Pam! —gritó Chris mientras se acercaba a toda velocidad, pero se detuvo en cuanto llegó al salón. Sus ojos se clavaron en la pantalla y luego en mí, con esa lástima humillante que me faltaba recibir como premio final—. Pam... —logró decir con un hilo de voz. Pero no iba a perder un segundo más, no le daría tiempo a nada.

Empujé a cada uno que se interpuso en mi camino y escapé de Chocolat Home. Paré el primer taxi que apareció en Abbey St y me subí. No estaba huyendo. No. Me estaba salvando.

—Buenos días, señorita. ¿Adónde la llevo?

En el momento solo pensé que, con Chocolat Home, me había subido y animado a la vuelta al mundo equivocada. Y así dije lo primero que vino a mi mente:

—Al London Eye, por favor. —Y sequé mis lágrimas antes de que cayeran.

Me bajé del coche y contemplé la enorme estructura que tanto había fascinado a mi madre. ¿Por qué había decidido ir allí? Tal vez mi corazón pedía un cambio, abandonar la manta de Maggie para sufrir de otra manera, o solo había ido para recordar la sonrisa de mi madre, aquella mujer que tanto me había amado. Sí, para rememorar su alegría, su entusiasmo o, mejor aún, sus palabras.

Suspiré profundo y cuando bajé la vista, lo vi, aunque a la distancia: estaba descendiendo de un taxi, tal como yo lo había hecho un minuto atrás.

«OK, cariño. Tú decides. O enfrentas a míster B y pones en práctica tu capacidad de oratoria o haces lo que nunca nadie, ni tú misma, esperaría que hagas: subir al London Eye».

El corazón me latía a mil, pues no sabía qué era más difícil: si soportar al idiota que acababa de humillarme más que Ferdinand, o si subirme y correr el riesgo de mojarme los pantalones. Pero, sin dudas, tomé la decisión más adulta y riesgosa: me animaría a mearme encima.

Antes de que lograra localizarme, caminé lo más rápido que pude y, disimulada, me escurrí entre la gente hasta llegar a la oficina, donde compré la estúpida entrada. Agradecí que en la fila no fuéramos muchos, algo raro, aunque tratándose de mi suerte, no lo era tanto... Y aunque no quise pensar, durante el tiempo que tuve que esperar, las imágenes apocalípticas de la enorme rueda cayendo al Támesis prendida fuego hicieron efecto en mí a dos pasos de entrar a la cápsula.

—¿Vas a ingresar o te quedarás ahí? —me preguntó un chico, onda *dark*, con muy poca paciencia y sin quitarme la mirada de encima.

Estuve a punto de salir corriendo hasta que oí los llamados desesperados de Chris. Sin pensarlo dos veces, me lancé hacia el interior totalmente agitada, desesperada. Claro que las expresiones de quienes estaban dentro y el espacio que habían dejado alrededor mío hablaban por sí solos. Aun así, aquello era nada comparado a lo que había tenido que atravesar en la pastelería. O, incluso, a lo que debería soportar minutos después de haber entrado a la puta cápsula.

—Por favor... —Era su voz. Y cuando la gente se hizo a un lado, confirmé que Chris también estaba allí.

Me hubiese quedado en el medio, pero el instinto de apartarme de él me llevó a quedar pegada contra el cristal y en uno de los extremos.

—Mami, ¿por qué esa señora usa pantalones tan feos? —dijo la niña que estaba a solo dos pasos de mí, junto a su madre.

—No lo sé, hija. No debes juzgar a la gente. Tal vez sea muy pobre.

¿Era en serio?

Estuve a punto de desearles una diarrea espontánea, pero no pude hacerlo. La voz de Chris se volvió a escuchar, pero esta vez de más cerca.

—Pam, solo escúchame...

Suspiré y me giré para ver el paisaje, pero enseguida tuve que volver la vista hacia el interior. No dejaría que, además de juzgarme por mis pantalones viejos, lo hicieran también porque me los meara.

—No quiero hacerlo, Chris. Ya fue suficiente. Yo te herí, tú me heriste. Quedamos a mano. Fin de la historia.

Frunció las cejas.

—¿Fin de la historia?

—¿Y qué esperas que te diga? Si quieres pensar que soy una zorra, eres libre de hacerlo. Estoy cansada de tener que dar explicaciones y que nadie piense un segundo lo que es estar en mi lugar. —Negué con la cabeza y luego suspiré—. ¿Prefieres pensar que lo que hizo Chad por mí fue para engatusarte en lugar de creer que lo hizo para hacerme ver menos estúpida y para asegurarse de que no fueras un idiota malnacido como Ferdinand? Pues hazlo, no te detendré. Como bien dijiste, no me conoces. No sabes que he pasado más de cuatro años con un tipo del que ni siquiera sabía que tenía hecha una vasectomía...

Chris no pudo evitar la expresión de sorpresa.

—Mami, ¿qué es una vasectomía? —preguntó la niña.

—¡Mira, cariño! ¡Qué bello se ve el Big Ben! —expresó la madre claramente esquivada.

Suspiré.

—Chris, ya te pedí perdón en la nota por haberte engañado en la fiesta, pero mi renuncia es definitiva, no solo para demostrarte que todo lo que dijiste de mí no es cierto, sino también por lo que acabas de hacerme. Entiendo tu rabia, pero de ahí a humillarme así... —Me di vuelta. Prefería ver el paisaje y cagarme encima que dejar ver a Chris las lágrimas que mojaban mis mejillas—. Solo déjame en paz.

Chris rio indignado.

—¿Estás hablando en serio? ¿No creerás que lo del vídeo lo planeé yo,

cierto?

—Claro que puedo, así como tú piensas que soy una zorra interesada en asegurarme una *buena vida*...

—Mami, de grande, ¿puedo ser una zorra?

—¡Mira qué lindo el río, cariño! ¿No es hermoso?

Chris apoyó sus manos en mis hombros.

—No voy explicarte por qué no borré ese vídeo; ya te he dicho lo que me genera verte cuando cocinas. Tampoco creo necesario recordarte de todo lo que es capaz de hacer Laurie, porque tú misma lo has tenido que padecer.

Era cierto. Y, en cuanto quise analizarlo un poco más, recordé aquella mañana en la que me escondí en su armario: Laurie había gritado que había encontrado el teléfono de Chris en el suelo. Eso sin contar que vivía teniendo acceso a este por ser su secretaria. Así también comprendí por qué nuestro primer pastel había aparecido destrozado y con nota de venganza incluida.

Creí ver una luz de esperanza, pero entonces recordé sus palabras a Peter y preferí mantenerme fría, por una vez, aunque fuera. Suave, moví los hombros para deshacerme del calor de sus manos.

—Ya no importa... Lo mejor es que lo dejemos así. Apenas nos conocemos y ya hemos pasado por demasiadas cosas. Creo que es momento de que cada uno se haga cargo de su vida. Como has dicho, necesitas encontrarte a ti mismo, y yo también.

Se tomó un segundo y, luego, se colocó a mi lado para que lo mirara. Tenía el sobre del laboratorio en la mano.

—¿No piensas abrirlo?

Giré mi rostro y clavé los ojos en los de él.

—¿Dependes del resultado de un test de embarazo para saber qué hacer? Yo no, Chris.

Entrecerró los ojos con esa expresión que se pone cuando te hieren.

—¿Estás hablando en serio, Pam?

—Claro que sí. ¿Cómo pretendes que no lo haga si no crees en mí? —

Suspiré—. ¡Oh, pero cierto! Tú no crees en nadie, ¿verdad, Chris?

Se hizo un silencio en el que no solo vi cómo se tomaba el cabello sin saber qué responder, sino en el que también pude observar al resto de la gente que, absortos en la telenovela que protagonizábamos, no nos quitaban la mirada de encima, incluidas la niñita y su madre.

«Cielos...».

Chris tragó saliva y, luego de mirar el increíble paisaje de nuestra Londres, dejó caer el sobre al suelo y, con decisión, volvió sus ojos a mí.

Tenía *esa* mirada.

—Pam, perdóname, pero yo... —No siguió. Su rostro, su agitación y sus ojos indicaban que ninguna palabra podía expresar lo que quería decirme. Llenó su pecho de aire y, tras regalarme una última e intensa mirada, me tomó por la cintura para quemar mi boca con sus labios, su lengua, sin importarle el público y el silencio incómodo que nos ahogaba. Y solo cuando nuestros cuerpos pidieron una bocanada de aire, se desprendió unos pocos centímetros de mi boca para volver a hablar—. No puedo estar sin ti... Cambiaste mi vida para siempre y lo volverás a hacer si te vas... Eres mi pimienta, Pam. Sin ti, el sabor de mi vida jamás volverá a ser el mismo. —Tomó algo del bolsillo interno de su saco y se arrodilló ante mí—. Pam Smith, ¿aceptarías compartir algo más que una noche conmigo? —Abrió su mano y allí estaba lo que toda chica desea recibir... o, más bien, recuperar, pues me devolvía mis tan ansiadas bragas *park here*.

«Creo que por primera vez estamos de acuerdo con lo que hay que hacer, ¿no lo crees, *free Pam?*», le pregunté mentalmente a mi alter ego.

Reí sin poder evitarlo y, tras adueñarme de ellas, lo obligué a ponerse de pie para abrazarlo como nunca antes. Pero a nadie pareció importarle, pues sus miradas estaban fijas en el sobre del laboratorio.

—Queremos saber si está embarazada —dijo la voz de un chico.

—No dejen que bajen hasta que lo digan —agregó una mujer.

—¿Podemos abrirlo, señora pobre? —me preguntó la niñita.

«¿Pobre?». La hubiera mandado a la mierda, pero, en cambio, suspiré. El amor logra cosas increíbles, sí...

Los dos nos miramos unos segundos y, tras asentir, nos reímos para luego hundirnos en el beso más largo y lleno de pasión que hayan visto alguna vez.

Los gritos de ansiedad por abrir el sobre fueron la música perfecta para nuestro beso y la mención del resultado, la fresa del postre:

—Negativo... —dijo el chico *dark* con desilusión.

—¡Gracias al cielo! —coronó la madre de la niña.

Epílogo

Las cosas cambiaron para todos, incluso en el mundo de Pam.

Después de lo del vídeo y, a pesar de haber solucionado los problemas con mister B, no quise volver a Chocolat Home. Se siguió el plan que Chris había armado y Peter, aunque a regañadientes, quedó a cargo de la pastelería. Annetta se lució en su nuevo puesto de jefa y nunca dejó de insultar. Gracias a su nuevo salario, la tía abuela recibió un nuevo audífono y Giovanni, un juego de bloques con números para que aprendiera a contar con otra cosa que no fueran tetas. Lady siguió igual de sedentaria, aunque confirmé que sí podía mover algo más que el rabo (una noche, la descubrí caminando hacia su plato de comida); y Pierre, su exesposo, volvió a su país, en donde se hizo famoso por sus esculturas de enanos en pelotas. Chad, por su parte, montó su propia pastelería con el dinero que le devolví y logró mantener la relación estable con Annetta al punto de pasar a la etiqueta *follaconcubinos*. Desde que están juntos, no volvió a ver porno solo... De hecho, lo comparten. Y claro que también hubo un final para los excrementos de mi historia. Laurie también volvió a Francia y se casó con un viejo viudo al que creyó adinerado. Al poco tiempo, el anciano murió y descubrió que las deudas que tenía eran mayores a la fortuna. No supe mucho más de ella, pero, según Annetta, figura en una página de *escorts* baratas. Ferdinand fue el que menos cambió, pues siguió trabajando en el mismo restaurante, aunque la *nueva Pam* de su vida es la estúpida de la dueña con la que folló en la cocina. Y, por supuesto, no podía

faltar la vecina del primer piso, que se enganchó con un cartero de verdad. La última vez que la vi fue cuando puse en venta mi apartamento: estaba que echaba chispas porque *alguien* le había meado su alfombrita...

Y para Chris también cambiaron las cosas. Su padre pasó los últimos días de su vida con nosotros y no se privó de devorar aquel *mi-cuit au chocolat* que yo le había prometido. Luego de su partida, los días fueron grises e interminables, hasta que un inesperado y nuevo retraso en mi periodo lo llenó de vida como nunca antes. Nos mudamos a la residencia de Salcombe y, a los pocos meses de haber inaugurado otra sucursal de Chocolat Home, nació nuestra pequeña e indomable Maggie Elizabeth.

Sin dudas, todos cambiamos y eso me incluye. Pero no solo me enamoré y me convertí en madre. Lo más importante es que logré superar mi pasado para vivir mi presente y soñar con un futuro. Y nada de todo eso hubiera sido posible si no hubiera confiado en mí misma. Claro que es mentira eso de que no existen los miedos; de hecho, son las piedras con las tropezamos en el camino. Pero, créanme, son al tiempo las mismas que usamos para construir la senda por la que avanzamos hasta el fin de nuestros días. Como sea, confíen en sí y disfruten del viaje, pues lograrán lo que sea siempre que enfrenten sus miedos y los conviertan en sus propias armas. Es un proceso difícil, lo sé, pero lo único importante en todo esto es, simplemente, no perder las bragas... ¡Digo, la confianza, por todos los cielos!

Fin

Agradecimientos

Escribir es una de mis pasiones, pero sería muy difícil materializarla sin el apoyo de quienes me rodean. Gracias a toda mi familia, amigos y lectores que siempre están ahí dándome fuerzas y aliento. Gracias a Selecta y a todo su increíble equipo de trabajo. Ayudar a cumplir los sueños de los demás es de las más maravillosas cosas que se pueden hacer en este mundo. Y gracias a la vida, por darme la posibilidad de tan hermoso camino.

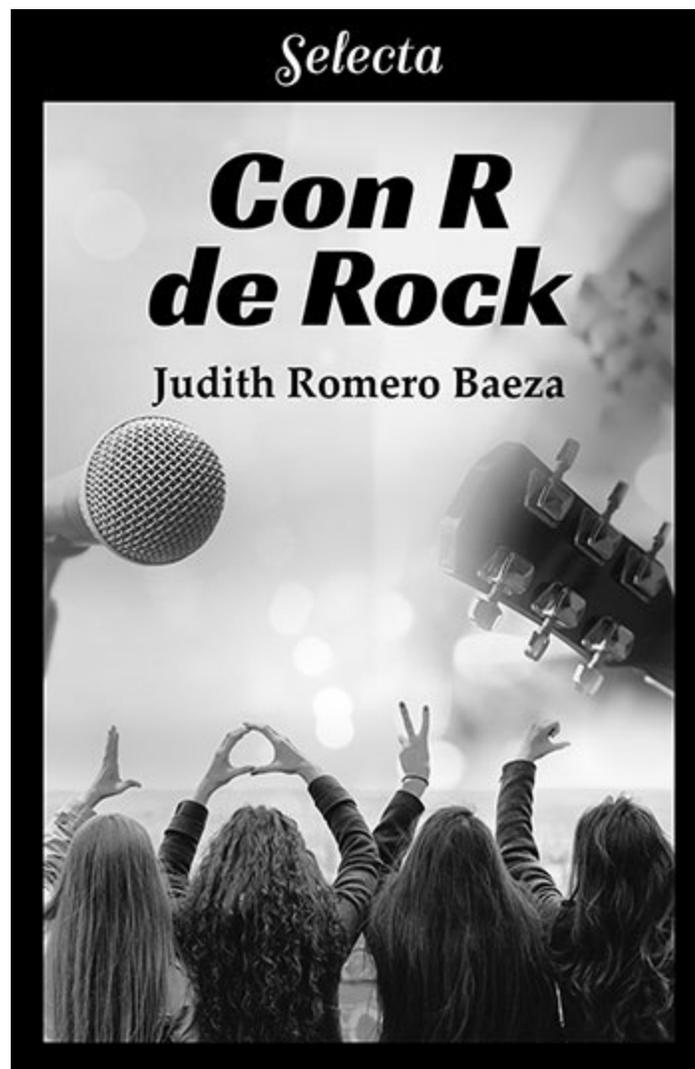
Si te ha gustado

Degústame

te recomendamos comenzar a leer

Con R de Rock

de *Judith Romero Baeza*



Prólogo

Santander, España. Enero 2015.

Unai

Luces fuera.

Solo el murmullo expectante del público ocupa el espacio.

Los focos, ubicados en la parte más alta del escenario, se derraman en forma de charcos de luces de colores sobre los asistentes. De pronto, un redoble de batería que rasga la quietud de la noche y arranca gritos de júbilo a unos espectadores que necesitamos más. Mucho más.

Los cañones de humo liberan volutas grises que enturbian el aire, y dotan al escenario de un halo de misterio que aumenta la excitación del momento. Y entonces suena su voz, femenina y nítida, tan vibrante y aterciopelada que me pone los pelos de punta.

Dios, es una puta maravilla.

Una mezcla entre cantante de góspel y diva del rock, con unos bajos dulces y unos agudos estremecedores.

El humo se disipa y veo el brillo de sus alas negro azuladas, que tan etérea e inaccesible la hacen parecer.

Alexia Lowe, el hada del rock, la belleza de cabellos dorados y cuerpo de infarto. Porque no solo tiene una voz increíble, está tan buena que podría ser la fantasía erótica de más de la mitad de los hombres del universo. Y puede que lo sea, porque a pesar de que su fama es más notoria en Europa, sus canciones se escuchan en EE.UU. y muchas otras partes del mundo.

Se mueve por el escenario meneando sus alas con gracia, saltando, bailando y haciendo vibrar a cuantos la rodean. Se acerca al resto de chicas del grupo, porque todas las integrantes de Charmed Bite son mujeres, y toca la guitarra a

su lado, con una complicidad que sería un sueño compartir.

De nuevo me vienen las mismas preguntas a la cabeza: ¿cómo será en la vida real? ¿Simpática, cariñosa, leal, buena amiga? Porque con sus compañeras parece un encanto, pero en los medios de comunicación no lo es tanto, como si le molestara compartir su vida con el resto de los mortales.

Escucho y canto cada una de sus canciones, me las sé todas. Pero antes de que termine el concierto, el móvil comienza a vibrarme insistente en el bolsillo de los pantalones, y con un suspiro resignado lo saco para ver de quién se trata.

«Mierda».

Ignoro la llamada y me intento concentrar en la música, pero vuelve a vibrar una y otra vez, así que retrocedo apartándome hasta la zona del bar.

—¿Qué quieres, capullo? Estoy en un concierto.

—*Aquí se ha liado gorda, tío, a Vicente se lo han cargado en la segunda pelea y necesito que vengas.*

Resoplo hastiado, frotándome los ojos con los dedos. No quiero ir, joder, pero es mi hermano y no lo puedo dejar tirado.

Con un gruñido seco, espeto:

—Mándame la ubicación con el móvil, voy para allá.

—*Gracias, Unai. Sabía que no me fallarías, hermano.*

—Hasta que un día sí te falle, Antonio, esto no puede ser.

Cuelgo y nos dejó a ambos un sabor amargo en la boca que a mí tardará más tiempo en pasárseme.

Me acerco a la zona donde se encuentran mis amigos y le doy una palmada en la espalda a Quique, que está desplegando todas sus armas de seducción con una chica morena.

—Mi hermano me necesita, tío. Me largo.

Quique me guiña un ojo y me pasa un brazo por los hombros, poniéndose de puntillas ya que es más bajo que yo. Casi todos lo son.

—Reparte unas cuantas hostias y después me llamas y continuamos la fiesta.

—¿Aunque sea con el labio roto y alguna que otra mancha de sangre?

Se inclina sobre mí y, con su expresión de zorro viejo, susurra para que solo yo lo oiga:

—Solo si el otro tío queda mucho peor.

Y con un guiño de ojo se despide con la mano y devuelve todas sus atenciones a la morena, que le está haciendo un mohín encantador con los labios. Meneo la cabeza sonriendo, Quique tiene un caso claro de «casanovitis» aguda.

Antes de salir del recinto, echo un último vistazo al escenario. Alexia se ha arrodillado en una pequeña plataforma circular que la eleva sobre el público. Su pelo rubio y ondulado sobre sus hombros hace que parezca una sirena, una cuyo canto sé que me podría llevar a la perdición.

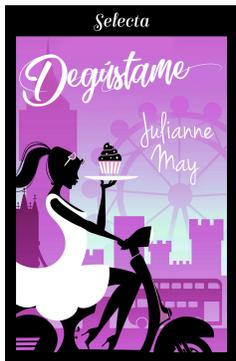
—Esta canción va para los que aún creen en el amor. Ese que es auténtico, cala hasta empapar los huesos y le impone un ritmo propio al corazón. Yo aún no lo he conocido, pero sé que en algún lugar ese amor existe; latiendo rabioso, dispuesto a hacer sentir a lo bestia.

No sé por qué, pero sus ojos parecen tristes a través de las grandes pantallas que enfocan su rostro. Esconden mucho más de lo que dice.

Las luces se apagan y cientos de mecheros pintan la noche. Una fina lluvia de confeti dorado cae sobre nosotros. Y cuando empieza a cantar las primeras frases de la canción *The magic of love*, deseo con todas mis fuerzas que de verdad la música sea mágica, y que sus notas guíen los latidos de su corazón hasta encontrar los del mío.

Rabiosos, desbocados y llenos de necesidad.

**Pam deberá elegir entre huir y seguir con su antigua vida, o enfrentar sus miedos, luchar por el amor y...
¡recuperar sus bragas perdidas!**



Pam Smith, una joven diseñadora de pasteles, se encuentra en el peor momento de su vida. Tras la pérdida de su alocada abuela, una humillante escena en su trabajo la obliga a renunciar. Desempleada y harta de su aburrida rutina, hace caso a su mejor amigo y sale de fiesta.

Chris Campbell, el soberbio dueño de la pastelería más famosa de Londres, necesita con urgencia un nuevo empleado, tras recibir un importante pedido de un cliente cercano a la

realeza.

Los caminos de ambos parecen muy lejanos entre sí hasta que el destino decide unirlos de la manera más inesperada y repentina.

No te pierdas esta simpática y divertida comedia romántica de Julianne May.

Julianne May nació en diciembre de 1985, en Buenos Aires, Argentina, lugar en el que reside con su marido, su hija y su perrita.

Le encanta estudiar, es titulada en RRPP y actualmente está cursando Filosofía.

Le apasiona el cine y la literatura. Su primer libro, el que jamás olvidará, es *Azabache*, de Anna Sewell, que no pudo leer hasta más mayor, pero del que inventó su propia historia con sus imágenes. Tampoco olvidará que *La Cenicienta* fue la primera película que vio montones de veces en su infancia.

Son muchos los géneros de lectura que le gustan, sin embargo, las novelas románticas son las que le encantan... ¡y escribirlas aún más!

Los animales son una de sus debilidades. Su color favorito el violeta y la cocina una de sus pasiones, aunque está convencida de que es una cuestión de karma.

Su sitio web: www.juliannemay.com.ar

Edición en formato digital: diciembre de 2018

© 2018, Julianne May

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-19-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 2

- [1] Se denomina así a quienes se dedican profesionalmente a efectuar las labores de repostería.
- [2] Diseñadora de pasteles.
- [3] Expresión que, en español, suele ser traducida como «¡Mierda!».
- [4] Fievel es un ratón protagonista de una película animada y conocido por cantar la canción *Allá fuera*.

Capítulo 3

- [5] En español, «¡Estacione aquí!».

Capítulo 4

- [6] OMG!, Oh, my God! En español, «¡Oh, por Dios!».
- [7] En gastronomía, *brochette* (origen francés) se refiere a la brocheta, las comidas servidas ensartadas en un pincho.
- [8] En español, ¡¿Qué?!
- [9] Pastelillos.

Capítulo 7

[10] Se hace referencia a la conocida y, de gran valor económico, trufa negra, oriunda de esta provincia francesa. En la gastronomía es muy apreciada por su aroma. Es un hongo que se halla bajo el suelo y, por eso, se utilizan perros especializados para su recolección, incluso cerdos. Es de color oscuro, casi negro, y de superficie verrugosa.

[11] *What the fuck*. En español, «qué rayos» o «qué demonios».

Capítulo 8

[12] *Baguette*: término francés para denominar a la variedad de pan caracterizada por su longitud.

Capítulo 10

[13] Perdedor, perdedora.

Capítulo 14

[14] Manera informal del idioma inglés de decir «Hola».

Capítulo 16

[15] En español, «sin techo», «vagabundo».

Capítulo 17

[16] Palabra francesa para expresar lo que en español se denomina como «mujerzuela».

Capítulo 19

[17] Se hace referencia a la frase con la que comienza dicho tema musical, pero con el nombre del personaje. En español, «Es Laurie, perra».

Capítulo 20

[18] En español, «sabroso».

[19] En español, «divino».

[20] En español, «un delicioso corazoncito».

[21] En español, «mujer fatal».

Capítulo 21

[22] En español, «Uno... Dos... Tres... Cuatro...».

[23] «¿Quién es la chica?».

[24] «Hola, amor».

[25] «Te quiero» o «te amo».

Capítulo 22

[26] «Yo soy tan malditamente sexi».

Índice

Degústame

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro
Sobre Julianne May
Créditos
Notas